

HISTORIAS DE VIDA

Mujeres Sindicalistas

“Historias de Vida”

Editado por: Fundación Friedrich Ebert

Entrevistas: Inés Gonzales

Fundación Friedrich Ebert

Av. Hernando Siles esquina calle 14 N° 5998 – Obrajes

www.fes-bolivia.org

Impreso en: Moreno Artes Gráficas

Depósito Legal: 4-1-1781-12

La Paz - Bolivia

INDICE

Presentación	5
Norka Ivonne Flores	7
Carmen Rosa Dominguez Arias	13
Josefina Avendaño Garnica	17
Nelly María Salgueiro Coromi	22
Amalia Catalina Mayta Alcón	27
Matilde Avendaño Matienzo	32
Alicia Cuéllar Flores	37
Madalina Cortéz Aguilera	43
Miriam Pérez Morales	48
Fanny Gutierrez	52
Amalia Coaquira Calani	56
Yolanda Suárez Gil	61
Lucía Cuentas Cruz	67
Ayda Teresa Gascón Alcázar	71
Silveria Martinez Medrano	76
Edmy Gloria López Irahola	80
Carmen Lidia Andia Olmos	85
Elizabeth Vaca Mendoza	89
Rosario del Carmen Arce Pizarroso	94
Gladys Rivera Vaca	98
Antonia Sánchez Loza	102
Miriam Magarzo Segovia	106

Nelly Arias Mitma	110
Shirley Molina Cuéllar	113
María Luz Pinto Rivera	119
Andrea Corina Chávez Calderón	124
Martha Vargas Caero	128
Aidéé Vidal Velasco	132
Basilia Catari Tórres	139
Carmela Cachi Huanca	144
Martha Pacheco Herrera	148
Erlinda Ibañez Rodríguez	152
Nora Guatara Parari	157
Jenny Arias La Torre	161
Martha Campos Cartagena	165
Estefanía Gareca Choque	169
Betty Angulo Catorceno	173
Sofía Ríos Montes	177
Aydeé García Duchén	180
María Luisa Vargas Vaca	184
María Elena Leytón Martínez	188
Esther Encinas Valderrama	193
Natividad Gonzales Zelada	199
Carla Karina Cardozo Cuenca	206

Presentación

En las páginas siguientes, muchas mujeres sindicalistas, trabajadoras de diversos sectores laborales del país, plasmaron sus historias de vida en una acción que reconocemos no sólo como la manifestación sincera de su compromiso con el fortalecimiento sindical a partir de la participación plena de las mujeres en esos espacios, sino como expresión abierta y legítima de su convicción con la causa de los trabajadores y las trabajadoras de Bolivia.

Para la mayoría de las mujeres, incursionar en el mundo sindical representa un triple desafío. Se trata, en primera instancia, de vencer el miedo a un “territorio” que se siente ajeno, no propio de las mujeres ni apropiado para ellas; este territorio puede tornarse hasta hostil con las “recién llegadas” que, en segunda instancia, deben aprender códigos, lenguajes, actitudes y hasta posturas determinadas para ser aceptadas y ellas mismas darse el permiso de estar ahí, con una identidad muchas veces encubierta, que las orilla en algunos casos, a parecerse más a ellos que a las mujeres. Como muchas sindicalistas expresan textualmente, cambiar las reglas de juego del mundo sindical, para adecuarlas también a la identidad femenina, los tiempos, las necesidades e inclusión de las trabajadoras, no es algo en lo que se piense todavía como una posibilidad. En tercer lugar y considerado por la mayoría como uno de los desafíos más importantes, está el hecho de tener que “renunciar” a la familia y a los/as hijos/as, dado

que muy pocas son las mujeres dirigentes declaradas en comisión que ocupan el tiempo de su trabajo a las tareas dirigenciales. Las mujeres que se arriesgan a incursionar en la dirigencia sindical, deben sumar a sus otras jornadas la carrera dirigencial.

La FES ha acompañado el proceso de empoderamiento de muchas mujeres sindicalistas que hoy ocupan espacios haciendo visible no sólo la figura femenina en los sindicatos, sino representando, además de los intereses generales de trabajadores y trabajadoras, la problemática que afecta en particular a las mujeres trabajadoras. Esta tarea se vuelve épica y casi irrealizable si cada una la asume individualmente; también, se necesita un empoderamiento colectivo que habrá que mirarlo como un proceso que, sin embargo, puede demandar un tiempo del que cada vez se dispone menos y es al mismo tiempo valioso porque el mundo transcurre hoy en la dinámica de lo instantáneo. En el camino del empoderamiento colectivo, la construcción de la identidad de las mujeres trabajadoras y sindicalistas, es sin duda un aspecto clave y es ese precisamente el ánimo que impulsa esta publicación.

Finalmente, y aunque no pudimos abarcar a todas las mujeres de este proceso, queremos aplaudir a estas valientes entrevistadas por atreverse a contar sus historias y, a través de ellas, a todas las mujeres que se identifiquen con las vidas que aquí aparecen; con todas ellas continuaremos impulsando el proceso que las mujeres sindicalistas ya han emprendido.

Anja Dargatz
Directora
Fundación Friedrich Ebert

Lisette Dávalos
Coordinadora de Proyectos
Fundación Friedrich Ebert

NORKA IVONNE FLORES RAMOS



"Tengo 40 años, he nacido en la provincia Linares, exactamente en Caisa D, en el departamento de Potosí. Mis padres eran maestros rurales, pero a muy temprana edad he quedado huérfana de madre; fue cuando yo tenía dos años en un accidente al ir a su escuela a trabajar". Norka fue criada por sus tías en un ambiente familiar acogedor, es una mujer sólida y bien formada. Estudió todo el colegio sin interrupciones y siguió estudios superiores: "he salido bachiller y como allá tenemos una Normal, directo ahí he entrado a estudiar. En las provincias siempre estamos en organizaciones desde niños, así que desde muy joven me di cuenta que tengo don de liderazgo. Fui presidenta de la Liga Trabajadora Femenina. Trabajábamos con CARE para conseguir apoyo en fortalecimiento a la mujer, en planificación familiar y esas cosas".

Norka estaba estudiando en la Normal y conoció a su pareja: "me casé a los 21 años y a mis 22 tuve mi primera hija. Egresé en una época muy linda porque los directores distritales nos esperaban en la puerta para ofrecernos trabajo. Yo me fui a una comunidad muy alejada, Toropalca, muy lindo lugar, pero el maestro

"La realidad del magisterio rural es muy triste, porque los directores distritales son también maestros como nosotros, pero cuando llegan a esos cargos se hacen nuestros enemigos y cometen muchas Injusticias. Cuando fui la Secretaria General de mi sindicato, denuncié públicamente los abusos que hacía el Director Distrital, como ir a tocar las puertas de las maestras Jóvenes a altas horas de la noche, venir a la escuela en estado de ebriedad, cada que nos visitaba, los profesores hombres le invitaban una cerveza y todas las mujeres teníamos que corretear para prepararle la comida. Él me retó y me dijo -acuérdesse de mí para pedirme cargo- y yo le dije que antes que yo lo busque, él iba a salir de su cargo".

sólo podía salir de ahí en vacaciones. Me fui con mi esposo y mi hijita. En esa época todavía tenía la concepción tradicional de la mujer. Mi esposo y yo teníamos el mismo trabajo, el mismo salario pero nuestras responsabilidades eran diferentes. Salíamos a la misma hora a trabajar, él se levantaba y se alistaba, en cambio yo, debía alistar a mi hija, dejar la casa limpia, incluso dejar cocinado y alistarme para ir a la escuela. Al retorno, yo llegaba a servirle la comida y lavar los platos. Él llegaba cansado y descansaba. Yo hacía todas estas tareas sin cuestionar porque había crecido en ese ambiente. Mis tías siempre hacían eso y todas mis colegas hacían lo mismo. Pero éramos buenas para quejarnos entre nosotras, porque en las noches nos reuníamos para tomar un tecito y ahí todas contaban los problemas que tenían”.

Norka es emprendedora y decidida no esperó su primer salario como profesional para disfrutarlo: “antes de salir profesional y por el mismo hecho de haberme casado, yo ya tenía que ayudar en la casa, así que atendía una tiendita que abrí en mi pueblo. Las mujeres de ese lugar no somos de las que esperamos el salario del marido. Mi primer salario ha sido una bendición, aunque era muy poquito y como nuestro trabajo era muy lejos, compramos una moto antigua. No era un lujo era una necesidad, porque ya en eso nos transportábamos mi hija mayor, mi otra hijita pequeña, mi marido y nuestras provisiones, era muy chistoso porque íbamos como una torre. Era emocionante tener un salario seguro, aunque era un salario bien pobre”.

No pasó mucho tiempo de maestra para involucrarse en el sindicato “ser parte del sindicato significa sacrificar horas que puedes dedicar a tu casa, así que la mayoría de las mujeres se excusaban y decían -que lo haga mi esposo- yo he empezado siendo parte del sindicato y a veces he sido Secretaria General y debo reconocer que con miedo y temor porque las reuniones eran hasta tarde en la noche y era algo nuevo que mi esposo se encargue de mis hijos. En principio dejaba todo listo para que no haya pretextos, no tanto por lo que me diga mi esposo, sino por estar segura y tranquila. Con los años me fui acercando a una escuela más próxima a la ciudad y siempre he sido parte del sindicato pero sin dejar de lado mis organizaciones de mujeres porque yo he trabajado más con ellas. Hemos conseguido una casa e incluso nos hemos aprovechado de los políticos que en épocas electorales venían a ofrecernos cosas y hemos conseguido hasta máquinas de coser. En esas organizaciones ya empezamos a tener

formación política. La realidad del magisterio rural es muy triste porque los directores distritales son también maestros como nosotros, pero cuando llegan a esos cargos se hacen nuestros enemigos y comenten muchas injusticias. Cuando fui la Secretaria General de mi Sindicato denuncié públicamente los abusos que hacía el Director Distrital, como ir a tocar las puertas de las maestras jóvenes a altas horas de la noche, venir a la escuela en estado de ebriedad, cada que nos visitaba, los profesores hombres le invitaban una cerveza y todas las mujeres teníamos que corretear para prepararle la comida. Él me retó y me dijo -acuérdesse de mí para pedirme cargo- y le dije que antes que yo lo busque, él iba a salir de su cargo. Felizmente gozamos de inamovilidad funcionaria pero llegó a extremos, como que alquiló una oficina en Potosí y quería que nosotros se la paguemos. En un congreso ordinario denuncié los atropellos del Director Distrital, esa era la oportunidad de hacerlo, aunque lo hice con mucho miedo porque suponía que no iban a respaldarme, pero recibí aplausos y como resolución del Congreso se decidió destituir inmediatamente al Director Distrital y a raíz de eso saltaron denuncias de otros distritos”.

Ese sólo acto la catapultó a la cima de la dirigencia del Magisterio: “como representante departamental, con todos los votos a favor, me mandan al Congreso Nacional el 2007 en Uyuni y allá como que ya me gustó el asunto de dirigir la organización más grande del Magisterio, pero no había consultado con mi esposo y tenía a mi hijita pequeña. A pesar de todo, me lancé a la candidatura porque tenía ganas de crecer en el sindicalismo y fui elegida como representante nacional. Llegué a Potosí, le comenté a mi esposo; lógicamente, en ese momento no me ha entendido y a regañadientes aceptó que vaya “a hacer la prueba”. Él estaba seguro de que yo no iba a resistir. Al final logré convencerlo y para organizarme dejé a mis dos hijas mujeres en un internado y mi hijito, que por entonces tenía 8 años, se quedó con su papá. Llego a La Paz y en el primer encuentro me doy con que todos eran varones. El lenguaje que utilizaban era terrible, la forma de vida también. Me dieron un cuartito porque todos los dirigentes nacionales vivimos en una vivienda. Tuve que soportar muchas cosas que nunca había visto, ‘cabalito’, como mi esposo había pensado, dos semanas después decidí dejar la Confederación, vuelvo directo a la escuela de mi esposo y lo encuentro borracho; mi hijo, totalmente descuidado, realmente me he amargado. Fui a ver a mis hijas a su internado y el Padre me dijo que habían bajado en su rendimiento. Yo me sentía responsable de todo eso. Fui a

mi Federación y justo por entonces empezó el proceso de institucionalización para cargos departamentales, me pidieron que cumpla con esa etapa y después podía renunciar, pero tenía que tomar en cuenta que una renuncia amerita un proceso sindical. Decidí aceptar el reto; hicimos un proceso de institucionalización transparente, me gustó ese trabajo. Me decían que para ser dirigente, una mujer tenía que ser viuda, soltera o divorciada. Eso para mí era un conflicto, pero, como anillo al dedo, me encontré con la Red de Mujeres Trabajadores y Sindicalistas. Allí expuse mi caso, porque además de mi problema familiar, yo todavía no dominaba el discurso nacional y me faltaba preparación, lo peor que llegué a una cartera complicada. Era Directora Nacional de la Mutualidad del Magisterio. Yo jamás había visto nada de contabilidad. Tenía que tomar un curso acelerado de contabilidad y tenía muchas otras responsabilidades de la Confederación así que era un reto muy grande y en eso me ayudó mucho la Red”.

Norka acabó su gestión el 2009, pero su trabajo apenas comenzaba; estaba dejando muchas cosas pendientes: “En el Congreso Ordinario, para cambiar dirigentes yo tenía la opción de irme a mi casa y respirar tranquila o retomar la Confederación, y la pena era que detrás mío no había otra mujer y como tenía apoyo, decidí regresar. Ahora estoy en la MUMANAL como Comité de Vigilancia pero mucho más fortalecida, sin temores y con más decisiones. Sigo siendo la única mujer en la Confederación y estoy con ganas de seguir adelante”.

Ahora que está en su segunda gestión como dirigente nacional, Norka hace algunas evaluaciones: “lo positivo de esta gestión es haber tenido la presencia de la mujer en la dirigencia nacional del Magisterio, pero lo más negativo de haber optado por este camino es mi familia. Tengo muchos conflictos como madre porque tenemos eventos de más de cinco días; no están abandonados mis hijos, pero les hago falta aunque yo he intentado formarles independientes, pero siempre los pequeños buscan el calor de la mamá, lo familiar es un reto grande porque no puedo ser dirigente con este discurso de equidad de género y no cambiar las cosas en mi hogar. No sé si mi esposo se ha acostumbrado o he logrado convencerlo de que las cosas han cambiado. Él dice que no soy la misma y es obvio que no. Las responsabilidades son compartidas y mi esposo ahora me ayuda, me apoya y creo que eso es lo más importante que he logrado aunque todavía es un proceso porque nos hemos formado en otra estructura

social. Muchas cosas he cambiado, pero todavía me pesa no estar con mis hijos en momentos en que tal vez me necesitan. Eso es lo más difícil de mi vida sindical, mi rol como madre”.

Ya en el plano organizacional, Norka detecta algunas debilidades en su Confederación: “hasta ahora, de los 18 varones que están en la Confederación, hay tres o cuatro extremadamente machistas y lo manifiestan en el momento que quieren, pero el resto me apoya. Lo que me enorgullece es que hasta ahora jamás he puesto como pretexto mi condición de mujer para evadir el trabajo. Lo que hay que hacer, lo hago con ellos y mis compañeros valoran eso. No tengo mucha relación con las mujeres de mi gremio pero cuando me reúno en congresos y asambleas con ellas, expresan sus inconformidades por las inequidades, pero no practican nada de eso. El reto que tenemos es que en la reorganización de sindicatos incorporemos mujeres. De más de 50 mil maestros, por lo menos el 70% somos mujeres y seguimos teniendo dirigentes varones, mayoritariamente”.

Quizá por la fuerte presencia masculina en el sindicato es que la lógica de esta organización aleja a las personas de sus familias, pero Norka cree que eso puede cambiar si se logra una presencia mayoritariamente femenina: “si en el magisterio rural, el 70% somos mujeres, lógicamente, el 70 % de sus representantes sindicales deberían ser mujeres, y si las mujeres tenemos los mismos problemas e intereses, podemos adaptar el sindicato a nuestras necesidades, teniendo en cuenta nuestras responsabilidades en el hogar. Para eso nos falta, pero estamos trabajando. No se trata sólo de hacer cumplir la agenda oficial, sino también hay una agenda personal en la que tenemos que trabajar. Ahora, es evidente que pagamos una factura grande con nuestros hijos pero en el largo plazo también es beneficioso porque, por ejemplo, mi hija mayor ahora valora lo que hago y ella también conoce sus derechos y organiza gente donde está. Otra cosa muy importante que he aprendido es que no se trata de estar las 24 horas con los hijos, sino de dedicarles tiempo de calidad. Yo no soy la mujer perfecta, pero estoy trabajando en todo eso”.



CARMEN ROSA DOMÍNGUEZ ARIAS



Carmen camina las calles en busca de su madre. Le han dicho que la han visto entrar en un bar, en un barrio lejano. Ella va sin medir distancias, peligros, tiempos. Entra al bar y ve a

su madre, dormida en una silla con la mano aferrada a la botella de alcohol. Así transcurrió la juventud de Carmen Rosa, una mujer que hoy tiene 51 años. Con evidente pena recuerda su infancia: “vengo de una familia de 5 hermanos; 2 hombres, 3 mujeres y yo soy la mayor. Mi papá ha fallecido a los 39 años; mi mamá quedó viuda muy joven y para entonces yo tenía 19 años. Me ha impactado mucho y me ha marcado el hecho de que mis papás bebían mucho; en realidad ellos eran alcohólicos. Mi mamá ha estado en el psiquiátrico de Cochabamba durante tres años y, gracias a Dios, ya no bebe. Son ocho años que mi mamá ya no bebe y eso me hace sentir feliz porque siempre la he visto como una mujer muy luchadora pero lastimosamente se dio a la bebida y tuve que hacerme cargo de mis hermanos. He trabajado desde mis siete años vendiendo dulces en la plaza. Era chiquita y me subía sobre las cajas para atender y cómo, ¿no?, tenía conciencia, sabía que tenía que ayudar a mi mamá. Después le han dado un puesto en el Cine Capital, luego en la escuelita Nicolás Ortiz, por eso me conoce mucha gente en Sucre. He vendido también en los partidos de fútbol”.

“Entre mujeres, en el sindicalismo y en todo, parece que somos más destructivas porque si ven que una está subiendo, le ponen trabas; en cambio, los hombres pueden ser rivales dentro del sindicato pero afuera son amigos. Nosotras discutimos y ya ni nos miramos. Yo pienso que tenemos ese problema porque desde niñas nos inculcan ciertos roles en la educación y es difícil salir de eso. Así que esto está sembrado en nosotras y no podemos decirnos ni ‘te quiero’ con sinceridad; no somos leales, nos falta aprender eso”.

A pesar de todo lo que ha vivido, Carmen Rosa se siente privilegiada: “pienso que soy privilegiada en mi familia. He salido bachiller del Colegio Mugía e inmediatamente he entrado a la universidad, he estudiado Auditoría pero nunca he podido ejercer mi profesión. Tuve que ser vendedora nomás porque ya era mi medio para subsistir, pero me hubiera gustado ejercer como auditora”.

Carmen Rosa se casó muy joven pero su matrimonio fracasó porque su esposo no comprendió el rol que jugaba ella en su familia “me casé a los 19 años, ahora estoy divorciada. Tengo 3 hijos. Mi esposo se hacía problemas porque me hice cargo de mi mamá. Yo tenía que ir a buscarla a lugares terribles y le iban con el chisme a mi esposo, diciendo que me habían visto salir de un local y ahí empezó la desconfianza. Pese a eso, hasta a él le he hecho estudiar pero era egoísta; yo tenía que hacer todo: vender, atender a la wawa y, encima, perdió su trabajo, lo tuve que mantener. Volví a casarme pero tampoco resultó. En ese matrimonio tengo dos hijos. La mayor está en la universidad y el otro está en tercero medio”.

Como Carmen Rosa era la mayor, era fundamental en su casa. Así fue casi inevitable que se hiciera parte de un sindicato: “he entrado a la vida sindical porque mi mamá estaba en el sindicato de dulceras y a veces me mandaba a oír la lista y me decía -dices presente y te vienes- pero yo no me iba. Me gustaba y me quedaba a opinar en lugar de mi mamá y como antes afiliarse creo que era 1 boliviano nomás, me he afiliado y a los 19 años he asumido la cartera de actas en la Federación de Artesanos Gremiales que luego se separaron, conformándose la Federación de Minoristas y la de Artesanos. Estoy a la cabeza de los artesanos porque los minoristas habían comprometido a la Federación de los gremialistas por dinero con el MNR, y por eso soy la Ejecutiva de la Federación de Artesanos, Gremiales y Ramas Anexas”.

Carmen Rosa empieza a contar con mucho entusiasmo sus logros como dirigente sindical: “es la primera vez que una mujer sale Ejecutiva y yo salí con bastantes votos a la cabeza de la Federación y actualmente no me dejan hacer elecciones, por eso sigo ahí, ya 6 años, y pienso que he hecho nomás gestión porque la casa se estaba cayendo y lo primero que he hecho ha sido contratar gente para que se reconstruya, pese a no saber nada de construcción y como mujer me sentía huérfana porque habían hombres pero nunca han hecho

nada. Parece que a los hombres jurar nomás les gusta, y listo. Yo les tenía que sacar de sus casas para que me ayuden porque pensaba que tal vez me podían engañar. Luego he alquilado algunos ambientes de la casa para reunir fondos y con eso he comprado una computadora, he hecho una cocina para prepararse siquiera un té. Después he acomodado a compañeras que me contaban que tenían problemas y les hacía pagar su tributo para que no les molesten. Nunca he hecho nada fuera de la legalidad. Ahora a la casa van mis viejitos, así les digo porque a los jóvenes les invitamos, pero no quieren venir, piensan en ganar nomás. Una hora que su puesto esté cerrado, pierden y es cierto, pero, de todos modos, estamos ahí reorganizando siempre nuestra Federación. De ahí han salido muchas ramas porque el 2014 mi Federación va a cumplir 100 años; han salido chóferes, fabriles, matarifes, la Central Obrera Departamental, hoteleros, casi todo funcionaba en esta Sede”.

Conseguir todo lo que ha logrado Carmen Rosa, no ha sido fácil: “Me ha costado escalar en una federación de hombres porque la mayoría son joyeros, radio técnicos, sastres. Mi formación se la debo a CRISOL que es una fundación para formar a los sindicalistas. Lo más difícil ha sido ser mujer porque para asumir mi cartera de ejecutiva no había ni una mujer; hasta mi delegado era hombre, y ellos tienen la virtud de que aunque sean enemigos se agarran de la mano y aplastan nomás. En las primeras reuniones me daba ganas de llorar, no podía ni hablar fuerte pero he pensado que si mostraba debilidad me iban a ganar. Al final, si ellos gritaban, yo gritaba el doble; si carajeaban, igual, porque la vulgaridad del hombre es grave. Una vez casi me agarro a golpes con un compañero; le tuve que decir -parece que con usted nos vamos a tener que entender afuera- y pienso que eso le hirió y se calmó. Los hombres no asimilan que una compañera como líder puede ser buena y abusan, nos agarran por el lado de las debilidades, nos tratan con indiferencia o nos gritan para intimidarnos; así que el trato es desigual entre hombres y mujeres”.

Pero más triste que lidiar con el machismo de sus compañeros varones, es lidiar con las mismas mujeres, dice Carmen Rosa: “entre mujeres, en el sindicalismo y en todo, parece que somos más destructivas porque si ven que una está subiendo, le ponen trabas; en cambio, los hombres pueden ser rivales dentro del sindicato pero afuera son amigos. Nosotras discutimos y ya ni nos miramos. Yo pienso que tenemos ese problema porque desde niñas nos incul-

can ciertos roles y es difícil salir de eso. Así que esto está sembrado en nosotras y no podemos decirnos ni “te quiero” con sinceridad; no somos leales, nos falta aprender eso”.

“Para algunas mujeres, como el hogar las ahoga, el sindicato es un escape donde una va y expresa lo que piensa”, Carmencita sabe lo que dice porque para ella, el sindicato ha sido ese espacio de escape de sus padres alcohólicos, de sus parejas y se ha constituido en su espacio de libertad, de acción y de realización: “yo me siento feliz porque para mí el sindicato es servir, más bien mi familia me apoya, mis hijos me ayudan; si tengo que viajar, mi mamá me dice que vaya y cuando era casada, igual; le decía a mi esposo así me has conocido y así nomás va a ser”.

Ella que dirige un gremio mayoritariamente masculino, con conocimiento de causa dice: “el mundo sindical todavía pertenece a los hombres y a la politiquería, pero si las mujeres entraran y se unieran, sería diferente, todavía hay mujeres a las que sus familias, sobre todo sus esposos, les prohíben ir y ellas también ponen a sus familias por delante y no cumplen sus roles en el sindicato”. Para Carmen, no hay más opción que adaptarse a la lógica masculina del sindicato “Pienso que la mujer tiene que adaptarse a la lógica sindical. Creo que si se le explica a la familia, ellos pueden entender. Si se quiere participar, se puede hacer las dos cosas. Ahora, para incentivar la participación de todos los afiliados, creo que funciona obligar como yo les obligaba en mi Sindicato. Les decía que si no venían a una reunión no entraban a un partido a vender, a pesar de todo, las mujeres iban a las reuniones, pero estaban desesperadas por terminar la reunión porque querían irse a sus casas. Parece que todavía no se dan cuenta que cuando estamos organizados se puede hacer todo. Yo, hasta cargando a mi bebé iba al Sindicato. En cartones le hacía dormir y vendía con mi bebé en la calle; nunca me he hecho problema y por eso me he abastecido sola.

JOSEFINA AVENDAÑO GARNICA



Josefina tiene 29 años y una mirada que enamora; sus ojos son de un impresionante negro y sus pestañas y cejas el marco perfecto para hacer de ella una mujer impactante, pero su vida no es tan linda como ella: "nací en una comunidad llamada Cinti y he dejado muchos recuerdos allí. Mi padre ha fallecido hace dos años; mi madre todavía vive y tiene 78 años, soy la última de 11 hermanos. Mis padres no sabían leer, pero nos hicieron estudiar hasta el quinto básico a todos porque en mi comunidad no había más cursos. Vivíamos en una estancia y sobrevivíamos de la siembra de maíz y trigo. Recordar mi infancia es un poco triste pero es bueno recordar de dónde viene una, ¿no?".

Y comienza a recordar: "en mi estancia yo cuidaba a las chivas, a las ovejas y desde que tengo conocimiento de la vida he sido bien curiosa. Como era la menor, nadie me tomaba importancia, me dejaban sola, y yo quería que me

"Un día el señor ha llegado medio borracho y a gritos me dijo que se lo haga sandwich de queso y no había queso; de eso me hizo el escándalo. Hasta he tenido mala experiencia de acoso; un amigo de la familia me jaló de mi pollera y me dijo que si le hacía caso yo iba a tener mucho dinero. Me asusté y le apunté con el cuchillo y él se salió y me dijo 'vas a ver si avisas algo'. Un día me levanté furiosa y les dije -cuánto siempre es pues 100 dólares. Los domingos no tengo libre; así que este domingo, por buena, voy a dejar cocinado el almuerzo pero en la tarde quiero estar libre y si no, me regreso a mi casa porque ustedes me han ido a traer de ahí-. ¡Uy! Se formó el escándalo; me han dicho que me trataban como reina, que en ningún lado iba a estar como ahí, que me dejaban estudiar, de todo me han dicho. -Ah no, dije yo, mucho ya he aguantado- y me fui".

tomen en cuenta, hasta mi mamá era bien estricta y no nos dejaba salir solas. Mi hermana ya era joven y andaba bien cambiada y yo desde mis 10 años igual quería cambiarme y le reclamaba también a mi mamá, pero ella ha sido bien pobre y nos decía -por qué me reclaman, yo no he tenido nada-. "Como mi madre no me hacía caso y no me quería comprar ropa, yo le he dicho que iba a ir a cuidar las chivas de mi tío y me iba a ganar de eso, pero ganaba tres pesos al día que, de alguna manera, me servía de algo. Cuando mi mamá me quiso comprar algo, era un pantalón, pero yo quería pollera siempre. Un día llegó mi prima que vivía ya dos años en Sucre, y bien animada me dijo -sabes, en Sucre hay una señora que quiere a alguien para trabajar-. Yo, decidida le dije a mi mamá que me iba a trabajar allí, me apoye o no, y si no me daba permiso iba a ser peor, porque ella no iba a saber ni dónde estaba yo. Mi madre me dijo -pero por qué me presionas tanto con eso-. Al final me vine, mi prima me puso ahí y ganaba 150 bolivianos; atendía a dos personas y no puedo decir que he sido maltratada, pero me prohibían de todo, no podía alzar ni una fruta. A veces venían los hermanos de la señora de Estados Unidos con sus hijos y ellos se comían algo y a mí me culpaban. Yo le decía mala a mi madre, pero ella me ha sabido encaminar bien y estoy agradecida porque no había sido por mala, sino por mi bien que me decía. Un día me he salido a la terraza llorando y he pensado -para que me habré venido aquí, allá sea lo que sea, tenía por lo menos comida-.

"Mi primer sueldito ha sido para mi pollera. Fui al mercado Negro, ahí habían polleritas bonitas. Me he comprado una pollera lila con su blusita medio tumbito y me sentía como una flor cuando me las he puesto y decía -ahora sí mis sueños se han hecho realidad-. La señora me pidió que le atendiera a su hermano también y me dio 50 bolivianos más; con esito le he mandado a mi mamá un panetón y no sé qué cositas más porque era casi fin de año.

"Un día he hecho caer un plato por ir a abrir la puerta rápido y me descontaron. De eso me he ido dando cuenta de que la platita que recibía no me alcanzaba porque yo quería comprarme pues una mantita, unos zapatitos y ahí se iba todo. Hasta ahora mis hermanas me dicen -por qué usas pollera, debes ponerte pantalón, es más barato- pero yo les digo -he salido de la casa para trabajar por mi pollera y si me pongo es con mi trabajo- además, me siento linda de ser de pollera, a mí me gusta".

Después de esa experiencia Josefina volvió a su pueblo, pero un día que cosechaba cebollas, su prima le avisó que la buscaban: “yo dije -quién me va a venir a buscar, en auto todavía- y cuando salgo, había sido la hermana de la señora para la que trabajaba, me dijo que quería que trabaje con ella. Mi mamá no estaba de acuerdo por nada porque necesitaba ayuda también con los animales y con la tienda. Al final me dió permiso, por un año nomás. Y me vine con 300 bolivianos de sueldo. Yo le dije que quería estudiar, ella me decía todo lo malo del estudio. Regresé a mi casa el 99, pero a medio año volví a venir para trabajar con la cuñada de la señora. Ella tenía su finca en Cinti y mi mamá le había conocido porque antes habían sido los patrones. Me fui y ahí he estado siete años trabajando con la familia Zamora y tuve problemas también porque no me dejaban estudiar. Yo quería salir bachiller”.

Este es un trabajo que Josefina no olvidará: “mi trabajo era bien duro; atendía casi siempre a 25 personas. Su familia era bien numerosa y todos los fines de semana se reunían. Lavaba 2 tachos de ropa cada día, tenía que atender a 2 niños y la casa era bien grande; hasta las 11 de la noche seguía lavando platos y encima, sus hermanos de la señora, me hacían hacer sus cosas. El tiempo no me daba y la señora quería que haga todo como máquina. Yo lloraba, decía -en mi casa aunque comiendo mote, puedo estar bien- pero luego pensaba -no tengo que ser cobarde, tengo que seguir, si regreso también así me van a ver-”.

A pesar de su voluntad de trabajo Josefina no podía con todo porque le reñían si las cosas salían mal, la culpaban cuando algo se perdía; la llevaban a Yotala a limpiar la finca y no la dejaban ni ir a misa: “Un día rompí una fuente que ellos decían que era la mejor de la casa y dice que costaba bien caro y cada vez me descontaban 200 o 150 pesos”.

Josefina quería estudiar: “Un día, le he dicho a la señora que quería estudiar y que iba a ir al CEMA, que no iba a dejar de hacer mi trabajo. Como ella era un poco mas buena me ha dejado, pero no podía salir ni para una fotocopia porque creía que iba verme con chicos. He hecho crecer a los chiquitos de la casa y se han acostumbrado conmigo; a veces, incluso, me defendían, uno de ellos en su inocencia me ha contado que conseguirían otra chica porque mi indemnización iba a ser mucha y además querían otra que no estudie, así me ha dicho”.

Ahora, Josefina no puede comprender cómo aguantó tanto maltrato, pero llegaba el día en que las cosas empezarían a cambiar: “he escuchado en la radio, que invitaban a las trabajadoras del hogar a aprender, pero yo no podía salir, y en eso, me he puesto a pensar, si yo no hablo quien va a hablar por mí. Un día el señor ha llegado medio borracho y a gritos me dijo que le haga sandwich de queso y no había queso; me hizo el escándalo. Hasta he tenido mala experiencia de acoso; un amigo de la familia me jaló de mi pollera y me dijo que si le hacía caso yo iba a tener mucho dinero. Me asusté y le apunté con el cuchillo, él se salió y me dijo ‘vas a ver si avisas algo’. Un día me levanté furiosa y les dije –cuánto siempre es pues 100 dólares. Los domingos no tengo libre; así que este domingo, por buena, voy a dejar cocinado el almuerzo pero en la tarde quiero estar libre y si no, me regreso a mi casa porque ustedes me han ido a traer de ahí-. ¡Uy! Se formó el escándalo; me han dicho que me trataban como reina, que en ningún lado iba a estar como ahí, que me dejaban estudiar, de todo me han dicho. -Ah no, dije yo, mucho ya he aguantado- y me fui. El señor había hecho llamar a mi mamá y le había contado cosas que hasta ella se ha puesto en mi contra y me ha reñido. -Bueno, me quedo- le dije a mi mamá, pero al final, me he ido siempre y he tenido que pelear con ellos por mis beneficios. No querían pagarme. Me puse firme y les dije -aquí no me van a tomar el pelo y si no me dan, ya saben qué pasa. La señora trabajaba en el Consejo de la Judicatura, sabían pues. Bueno, al final me dieron 3000 bolivianos; con eso ya me callé nomás, por lo menos eso me han dado”.

Josefina logró salir bachiller y posteriormente estudió secretariado: “Gracias a Dios la familia Samos, donde he trabajado después, ha sido muy respetuosa de mis derechos; incluso me han hecho tomar clases de conducción. Después he entrado a Trabajo Social; el señor me apoyaba y me daba la libertad para que vaya a estudiar, cuando me he casado tuve que salir de la casa, pero continué trabajando con ellos y lo que me pagaba ya no me alcanzaba, mi universidad era privada, así que he congelado mis estudios por mi hijita también”.

“Por las injusticias que he sufrido he decidido entrar en la vida sindical”, argumenta Josefina. Ya era afiliada al Sindicato de Trabajadoras del Hogar, ya se había casado y tenía una hija pequeña. La postularon como ejecutiva y ganó pero el sindicato tenía problemas. “Era un momento bien difícil, el sindicato se dividió; una compañera no quería que esté otra que ya había estado 3 años; algo no había salido bien. Entre las mujeres no se ayudaban, se peleaban. Cuando

asumí el sindicato, apenas había 6 compañeras, tomé las riendas, saqué la personería jurídica y tuve 85 afiliadas. Ahora soy Secretaria de Hacienda pero me ha faltado unir más a las mujeres”.

Esta sola experiencia le valió ser nombrada como Secretaria de Género de la Gobernación de Chuquisaca. Ahora ella estudia Derecho y ejerce sus funciones dentro de la Gobernación pero: “me siento un poco discriminada; estoy teniendo muchas dificultades y estoy recibiendo llamadas de mis mismas compañeras que me dicen que yo ni he trabajado en la campaña y ellas mismas me ponen barreras. He ido a buscar el apoyo de las mujeres de la Bartolina Sisa y me han cerrado las puertas, no sé por qué son así. A una de la Asamblea le hablo y me trata con mucha indiferencia y hay una superior que no acepta que yo esté ahí por que soy de pollera”.

Desde su corta pero intensa experiencia dirigencial, Josefina intenta explicar por qué las mujeres se oponen a ver surgir líderes mujeres: “Tal vez está faltando capacitación para que la mujer se dé cuenta que al estar una adelante, puede otra también estar. Habrá que hacer campañas en los medios y hacer encuentros donde se debata por qué otras mujeres no quieren que una esté adelante. Entonces, faltaría más unidad o no sé qué faltaría, pero falta algo. Hay que acabar con ese mal que tenemos entre nosotras. También nos falta valorarnos entre nosotras, enfocarlos a solucionar esas envidias”

NELLY MARÍA SALGUEIRO COROMI



"Tengo 43 años y he nacido en La Paz", dice Nelly muy orgullosa de su origen, y en seguida retrocede a su niñez: "la infancia ha sido dura porque desde que me acuerdo mi mamá ha sido el eje de la casa. Mi papá se había ido con otra mujer cuando yo era muy pequeña. Dice que venía y le pegaba a mi mamá y que incluso intentó matarla. Ella trabajaba vendiendo comida; antes de entrar al mercado vendía chicharrón. Me acuerdo cómo ella iba con nosotros al mercado y compraba dos o tres chanchos y nos dejaba cuidando mientras iba a comprar las otras cosas, luego cargaba todo eso y con nosotros más subía al micro. Realmente mi mamá se ha sacrificado mucho por nosotros que éramos siete hermanos. Hemos vivido en pobreza, no teníamos juguetes y nos inventábamos juguetes. No hemos disfrutado de nada, no hemos tenido ninguna comodidad".

Su infancia le duele pero matiza su rostro lloroso con una sonrisa de orgullo cuando se acuerda del colegio: "he estudiado sin interrupciones y siempre he sido buena alumna. Ya en el colegio he empezado a hablar, estudiaba en el Liceo Técnico La Paz y siempre estaba recomendando a las chicas en todo. De ese modo fui presidenta de mi colegio y me invitaron a reuniones de la Federación de Estudiantes de Secundaria, fui pero nos querían utilizar políticamente, no me gustó y me alejé".

"...yo quería ser profesional y estar en el mercado era para mí lo peor, ha sido muy decepcionante, me daba mucha vergüenza. Unos dos años he vendido con mucha vergüenza, no usaba mandil, odaba la bolsa y el ambiente mismo era muy difícil. Estaba a punto de dejarlo, pero ya tenía mis hijos y tenía que hacer algo. De ese modo estoy 23 años vendiendo abarrotes y ahora he encontrado la satisfacción de vender en el mercado, lo he reconocido como un trabajo que se debe valorar y dignificar. Mucho más cuando he entrado a la Federación".

Su madre fue vendedora en un mercado y Nelly se había pintado un horizonte diferente: “acabando el colegio, fui a la universidad a estudiar medicina y justo cuando estaba haciendo el primer año, mi mamá se enfermó, la llevé a consultar con dos de mis docentes que yo consideraba los mejores, pero ninguno nos dio un diagnóstico. Después de visitar como ocho médicos recién supimos que a mi mamá le había rebrotado un cáncer por el que años antes la habían tratado. Todo el dinero ahorrado se gastó en su tratamiento y ya no quedaba nada para mis estudios. Decepcionada por esa calidad de profesores, dejé la carrera de Medicina, yo decía -no quiero ser como estos doctores que no saben ni diagnosticar una enfermedad y que no pueden ayudar a la gente-”.

Sin oportunidad para estudiar en el corto plazo y enamorada, Nelly decidió casarse: “dejé la carrera y me casé casi al cumplir los 19 años, pero siempre he sido revolucionaria. Le he dicho a mi esposo que se estaba casando con una mujer, no con una empleada y que no se haga la ilusión de que se lo iba a cocinar y a lavar. Siempre he querido que participe de todas las obligaciones de la casa; si yo iba a comprar pan, él debía poner el agua para el té; si yo lavaba, él enjuagaba. Al principio peleábamos, después hemos ido aprendiendo juntos y siempre me ha apoyado en lo que he emprendido”.

Ya casada, Nelly tenía que hacer algo para ganar y aportar a su casa: “así que a través de mi hermano fui a trabajar en una fábrica de chamarras pero me pagaban una miseria, trabajaba sin horario y había más hombres que mujeres y eran un poco groseros. No me ha gustado y lo he dejado. Después he querido trabajar de secretaria o algo así porque era bachiller y había ido a la universidad pero no he conseguido nada. Mi mamá me dijo que había un puesto libre en el mercado. Al principio, ha sido muy difícil para mí aceptar esa situación; quería ser profesional, y estar en el mercado era para mí lo peor, ha sido muy decepcionante, me daba mucha vergüenza. Unos dos años he vendido con mucha vergüenza, usaba mandil, odiaba la boina y el ambiente mismo era muy difícil. Estaba a punto de dejarlo pero ya tenía mis hijos y había que hacer algo. De ese modo, estoy 23 años vendiendo abarrotes y ahora he encontrado la satisfacción de vender en el mercado, lo he reconocido como un trabajo que se debe valorar y dignificar. Mucho más cuando he entrado a la Federación”.

Nelly había postergado sus deseos de estudiar pero no los había olvidado: “mientras vendía en el mercado, el ‘94 volví a la UMSA a estudiar Psicología, y he acabado la carrera el ‘98. No he podido hacer mi tesis pero ya tengo la satisfacción de haber hecho lo que quería. Para mí, a pesar del esfuerzo, era fácil estudiar. Eso sí, me sacrificaba en el tiempo porque me levantaba a la 4 de la mañana, cocinaba, luego iba a vender y corriendo a la Universidad, de ahí de nuevo a mi puesto, ver a mi hijos, pero a pesar de eso, me sentía la mujer más feliz, he sido muy feliz en la Universidad”.

Nunca estuvo entre su aspiraciones ser dirigente, ella soñaba con otras cosas pero las circunstancias le despertaron no sólo el gusto, sino la necesidad de hacer ese trabajo: “en el mercado he aprendido mucho, porque la dirigencia abusiva y corrupta me ha despertado el gusto por ser dirigente. Todo empezó con el cobro del agua. Nos cobraban a todas por igual, cuando, por ejemplo, yo no usaba agua, y un mes nos cobraron 2 veces reclamé y se enojaron. En una reunión, determinaron subir el precio de la cuota y volví a reclamar. En esa ocasión he recibido muy mal trato, incluso me trataron de ‘sonsa’ pero eso me ha hecho despertar a la otra persona que hay en mí. He empezado a dar ideas para resolver nuestros problemas y hacer justicia”.

Era 1992 cuando comenzó, casi sin querer, su carrera sindical: “era maestra menor y muy ingrato, porque un grupo de vendedoras mayores no me bajaban de sonsa y yo supuestamente, era la autoridad de mi mercado. Después, el 2005 fui Secretaria de Relaciones, y en esa gestión hicimos el tinguado de mi mercado, el 2009 me postularon a la Federación, el 2010 he sido Secretaria General de mi Mercado. En una de mis primeras dirigencias he sugerido que se pague por balde de agua que se usaba. Hicimos la prueba y nos fue bien porque ya había un criterio de justicia. Con mis propuestas creo que me he hecho respetar porque nunca he sido atrevida ni maleducada, les peleaba con ideas. De a poquito hemos ido cambiando las cosas, hemos metido al banco nuestros dinero, así hay más transparencia. Después hemos regalado un platito de comida a las compañeras que cumplían años. Con lo recaudado del baño del mercado hemos hecho unos pequeños canastones y las compañeras se sentían muy felices, porque nosotros nunca recibimos nada de nadie. Después he propuesto hacer un aporte pro-navidad y también ha salido bien. Me siento muy satisfecha con lo que tenemos en el mercado y, modestia aparte, muchas de las cosas que se han implementado son mis ideas.

Otra cosa que me ha impulsado han sido los abusos de la Alcaldía. Los señores de la Guardia Municipal, sin previo aviso, nos quitaban mercadería diciendo que no tenía SENASAG, pero no nos prevenían que hay cosas que no podemos vender; nosotras ni sabíamos qué era SENASAG. A las comideras les quitaban sus ollas, sus tablas, todo. Lo peor era que lo decomisado no lo volvíamos a ver nunca más, eso era para ellos, ellos se lo comían. Estábamos cansadas de tanto atropello y decidimos hacer algo, así que un día han venido a hacer una batida y ya estábamos preparadas: unas han cerrado una puerta del mercado, otras, la otra y los ‘frutillitas’ (Guardia Municipal) se han metido atemorizados a la Comisaría y se han encerrado ahí. Yo les dije que nos dejen entrar para hablar y logramos que nos devolvieran nuestras cosas; incluso les dije que si no se podía vender, me dejen abrir los productos para botarlos. De ese modo nos han devuelto nuestras cosas. A raíz de eso, la Federación ha organizado una movilización para parar los abusos de los ‘frutillas’.

A esas alturas, Nelly estaba apasionada por la dirigencia y su liderazgo era indiscutible: “poco tiempo después me invitaron a participar de la Federación Departamental Única de Mercados de La Paz. Fuí a una reunión donde supuestamente se iba a hacer un sorteo para los diferentes cargos. La asesora de la Federación hizo el sorteo y la compañera que hoy es Secretaria General, sacó justo el cargo que esperaba. Eso estaba previamente dispuesto. Yo me enteré de eso, mucho tiempo después. Bueno, ahora soy parte de la Federación con el cargo de Secretaria de Actas y, a pesar de ese detalle, ésta es una directiva elegida democráticamente. Como candidatos hemos ido a todos los mercados a pedirles que voten, que participen. Ya estando dentro de la Federación, vi muchas cosas y una que me llamó mucho la atención fue la dependencia hacia la asesora legal que aprovechando esa dependencia, manipulaba a la gente. Los dirigentes no podían hacer nada sin que la “doctorita” avale lo que decíamos y ella nos direccionaba mal, nos hacía pelear entre nosotros, hasta que finalmente hemos logrado independizarnos”.

Hoy, Nelly ama su trabajo y ha encontrado en él el espacio ideal para aplicar sus conocimientos de psicología y sus capacidades personales: “creo que he logrado muchas cosas y estoy muy satisfecha con mis logros a riesgo de que a mi esposo, a ratos, lo dejo solo con todas las cosas y alguna vez se molestó, pero es lo que me gusta y tampoco tengo hijos pequeños; el menor tiene 15 años, el del medio 17 y la mayor 19”.

De hecho, Nelly proyecta su vida en el mercado y por eso quiere seguir contribuyendo a la formación de sus compañeras: “yo quisiera impulsar para mi sector un proyectito para la formación, porque por no tener formación son víctimas de muchas cosas, como una compañera a la que le han hecho pagar 6.500 bolivianos porque, supuestamente, en su rendición de cuentas faltaba dinero y esas cosas hay que trabajarlas”.

Para Nelly, la relación entre mujeres es muchas veces áspera y dura: “en los mercados la mayoría somos mujeres y hay relaciones malas, de intereses personales, y casi siempre, los pocos varones que hay quieren ser los líderes pero hay mujeres muy interesantes que aportan, como digo, hace mucha falta trabajar en la formación”.

Finalmente, esta valerosa mujer, cree que: “si en el mercado la mayoría somos mujeres, el sindicato tiene que adaptarse a los tiempos y las necesidades de las mujeres, ¿no?”.

AMALIA CATALINA MAYTA ALCÓN



"Hice de sindicalista pero un día tuve que poner en una balanza a mis hijos o la actividad sindical; mis hijos son adolescentes y pesa más para mí atenderlos. Además es muy ingrata la actividad del sindicato. Con nada se puede conformar a la gente y a estar peleando con ellos, prefiero estar en mi casa con mis hijos"

Entre ollas y platos, cocinando y planchando, atendiendo y acompañando a sus hijos, cumpliendo a cabalidad sus funciones como empleada del Estado, así es como prefiere que transcurran sus días, por ahora, Amalia Mayta. Pero definitivamente hay una gran diferencia entre la Amalia de hoy y la de hace 20 años.

Ahora tiene 47 años. Nació en Caquingora y allí estudió hasta tercero medio. Llegó a La Paz para acabar el colegio y entrar a la universidad, pero Amalia no tenía la vida comprada. Sus padres eran comerciantes y no ganaban lo suficiente como para mantener a los hijos estudiando en la ciudad. Así que debían buscar trabajo: "saliendo bachiller yo no sabía hacer nada, pero necesitaba trabajar y mi primer trabajo fue en un restaurante de ayudante de cocina, pelando papas, lavando platos y ascendí a administradora. Después de dos años de ahorrar, entré a la Universidad. Más tarde, mi cuñado que militaba en ADN me recomendó entrar a trabajar a la Caja Nacional de Salud como ayudante de oficina y luego empecé a ordenar una Biblioteca. Mi primer sueldo fué 90 bolivianos y lo consideraba bueno porque era soltera".

Ese estado no duró mucho más: "una vez que trabajé en la institución, me independicé y viví sola un tiempo. Conocí a mi esposo al poco tiempo de entrar a trabajar, y no sé qué me pasó, pero creo que sobre todo he visto en él el afecto de padre que me faltaba. Me mimaba y me daba lo que no tuve de pequeña. Eso me pareció muy lindo. Parece que me he cegado y vela por sus ojos, al punto que dejé la carrera y nunca más volví. Yo había visto a mi mamá, que, un poco más y le lavaba los pies a mi papá, había aprendido eso y pensé que así

era. Mi esposo veía la 'tele' feliz y decía, tengo hambre. Yo le atendía al punto. A veces me mandaba a comprar comida y yo, inexperta, compraba alguna mala presa de pollo, por ejemplo, y él me reprochaba ¿qué es esto, te has hecho regalar?, me decía". Amalia cuenta esto con tanta jocosidad que se ahoga en risas: "yo pensaba que eso era la felicidad de una pareja", confiesa haciendo apenas una pausa para retomar su risa.

Tuvieron que pasar muchos años para que Amalia se diera cuenta de que la relación de pareja no debía ser así: "Al principio de la relación, me sentía bien pero con el pasar del tiempo, yo empecé a sentirme mal. Donde he aprendido a abrir los ojos y nunca lo voy a olvidar, fue en las reuniones de la Red de Mujeres Trabajadoras y Sindicalistas. Recuerdo que cuando tenía que ir a alguna reunión, me controlaba. Yo le mostraba las invitaciones para evitar discusiones, y para cada salida, me preguntaba quién va a cocinar. Para ir a las reuniones, le daba solución a todo. Me levantaba temprano, cocinaba, dejaba todo organizado y recomendaba a mis hijos que sirvan a su papá".

El trabajo de Amalia para cambiar la relación con su esposo fue arduo y de largos años. Reconoce el mérito de él, celebra sus avances pero las cosas no cambian del todo: "hasta ahora es así, pero hoy me comprende y me deja salir sin tanto problema. A veces, ahora, me rebelo y le digo que si muere de hambre, es por flojo. Pero también pienso que en eso consiste el amor. Al final, lo acepto como es y acabo haciéndole un huevo y encima le pregunto si le gusta –suelta otra vez las carcajadas y continúa- sólo cuando me hace renegar lo 'mando a rodar' y punto. Él siempre ha estado consciente, pero le ha costado mucho aceptar que su mujer salga. Los primeros años era más por celos pero ahora ya me conoce bien y confía".

La vida tiene cosas curiosas. Amalia nunca fue una apasionada del sindicalismo, pero quizá su perfil serio y responsable dentro de su institución la hacía una candidata para dirigir a los trabajadores. Entonces, llegó la primera invitación: "una primera vez me invitaron a formar parte de un sindicato; acepté sin mucha convicción y en el proceso me di cuenta de que la cabeza estaba muy politizada. Por otro lado, habían bastantes mujeres, pero entre ellas los 'dimes y diretes' estaban al día. Nada de eso me ha gustado y he renunciado".

Quizá sólo por quitarse el mal sabor de esa primera experiencia, ella aceptó formar parte de otro sindicato: "la segunda vez, fui como Secretaría de Hacen-

da. Yo quería manejar las cosas de modo correcto, pero mi ejecutivo me pedía todo el dinero y eso no me gustaba. En ese tiempo recibí la invitación de otro frente para formar parte de la Federación de Trabajadores en Salud de El Alto. Aquella vez, acepté a mucha insistencia y pedí ir al final de las listas. Estuve como Vocal en esa ocasión, pero fraternalmente le dije a la compañera de fórmula de entonces que ella cometió un error, porque siendo la candidata a ejecutiva se alió con su oponente, y finalmente un hombre asumió como ejecutivo, además un hombre muy machista”.

Otra mala experiencia, y la tercera debía ser la definitiva para olvidar el asunto, porque los golpes enseñan y muchas veces las convicciones nacen de las adversidades. Es el caso de Amalia: “yo me abocaba a cumplir mis funciones, pero en cada cambio de gobierno, había una barrida de personal por motivos políticos. Si bien entré a trabajar por influencia política, personalmente nunca participé en la política. Esa vez, estaba en el gobierno el MNR y yo era parte del equipo de gestión de mi Institución, como responsable de activos fijos. Botaron a todo el equipo de gestión, no podía creer y cuando pude reaccionar, y por recomendación de mis compañeros, mandé una carta a la Confederación y pedí audiencia en el SEDES La Paz. A tal punto estaba alejada de todo, que no conocía a mis dirigentes y pensé que nunca los iba a necesitar. Por casualidad me encontré con un compañero con el que trabajé en otro lado, que me preguntó qué pasó; le conté todo. A mi pregunta de qué hacía él ahí, me avisa que era parte de mi Confederación -propensa como es a la risa, Amalia rompe en risas otra vez- El responsable de personal no sabía justificar el despido y reconsideraron mi caso”.

Esta mala experiencia forjó la convicción de Amalia: “recién esa vez he entendido la importancia del sindicato. A veces cometen errores con uno y si no reclama se queda sin trabajo. Por todo eso, en la cuarta ocasión asumí la secretaría general del sindicato del SEDES, Centro de Salud de El Alto. Yo organicé la fórmula y gané. Tuvimos una buena gestión y tocó el tiempo de renovar el Sindicato. Por lo visto, valoraron el manejo honesto del Sindicato y asumí una segunda gestión. Querían reelegirme por tercera vez pero los reglamentos no lo permiten. Después fui la segunda de una tercera gestión y ahí lo dejé”.

Ese es el momento en que Amalia vuelve a su ámbito privado, su preferido: “tuve que poner en una balanza a mis hijos o la actividad sindical. De niños no

había problema porque yo les dejaba su comidita. Pero me ha tocado un día analizar y pesa más para mí atenderlos porque es muy ingrata la responsabilidad de dirigente. Con nada a la gente se le puede conformar. Entonces, a estar peleando, a recibir reproches de la gente, prefiero estar con mis hijos adolescentes. Me duele, muchas veces me pierdo de reuniones y esas cosas pero es por mis hijos, ellos me necesitan. He perdido varias oportunidades, primero en mi Institución porque me han ofrecido cargos jerárquicos pero no he aceptado porque eso supone mayor responsabilidad. En la parte sindical igual, tal vez más adelante me arrepienta pero no creo. Me ofrecieron ser delegada de la COR y ese es un cargo interesante. Ahora ya no es por mi esposo. Otra cosa que pasa es que no quiero corromperme. Un año, vi una pelea muy fea de dos dirigentes enfrentados, un hombre y una mujer. La mujer acabó perdiendo todo; incluso su familia porque la denigraban con mensajes a su celular. Entre hombres se sacan la mugre pero llegan a la mesa del bar y lo resuelven; se sacuden y, como dicen, les resbala, mientras a las mujeres nos afecta mucho, ya quedamos tildadas o señaladas. Ese es mi miedo; por ahí un día les dicen algo a mis hijos, ellos se preguntarán ¿será?. No quiero eso, quiero cuidar mi imagen para mis hijos". Sus temores son bien fundados y su elección está hecha.

Amalia no llegó muy lejos como sindicalista, pero tiene pasta de líder. Ella valora así su paso por el sindicalismo: "mi mayor logro quizá es haber cambiado yo misma y luego, haber ayudado a otras mujeres a asumir estos cargos, transmitir lo que he aprendido a otras mujeres. Sigo trabajando detrás del telón, hablando sobre todo con las mujeres y quizá una de mis mayores dificultades ha sido relacionarme con el segundo de mi sindicato porque no toleraba que le ordene y discuta mis ideas con él".

Ella misma ha sido testigo de mujeres líderes, enemigas de otras mujeres líderes y halla una explicación para esto: "hay todavía mujeres muy cerradas que piensan que el hombre es superior y siguen yendo de su casa al trabajo y no quieren cambiar. Eso debemos cambiar porque ellas cuando una mujer asume un cargo dirigencial, jalan para abajo, piensan que una mujer no puede aportar y que un varón puede hacerlo mejor, así que siempre optan por los dirigentes varones. Solo la formación permanente puede cambiar esa mentalidad y en eso hay que trabajar. Las mamás también cometemos ese error de criar hijos e hijas machistas."

Una última reflexión cierra el ciclo sindicalista activo de Amalia: “el sindicato como organización podría ayudar a cambiar y a fortalecer los liderazgos, a través de guarderías y de cambiar algunas cosas como horarios de reuniones porque los hombres pueden amanecerse en una reunión; una mujer no, y muchas veces, aunque le encargue al marido, él simplemente lo olvida”.

MATILDE AVENDAÑO MATIENZO



Matilde nunca llora. Mientras más sufre, más ríe. La vida siempre se le ha planteado dura. Así recuerda ella su infancia: “mi madre murió a los 39

años. No conocí a mi padre; tenía referencias de que él también falleció. Crecí entre la casa de mis tíos y la de mi padrastro. Sufrí mucho porque fui acosada por mi padrastro. Varias veces me escapé de mi casa. Nunca dije por qué me escapaba por no hacer problemas. Me fui a Santa Cruz y volví y mi padrastro otra vez me acosó. Me decía que si no estaba con él, me iba a botar a la calle. Preferí irme a vivir con el papá de mis hijos a los 15 años. Ahí comencé a vivir mi vida con muchos problemas; quedar huérfana es complicado, porque sabes qué tienes que caminar de un lado a otro buscando dónde estar”.

Cuando Matilde habla de problemas, se refiere a los peores problemas: “me fui a vivir con el padre de mis hijos porque quedé embarazada de mi primer hijo. Tuve que servir a su familia y tuve una amarga experiencia porque el papá de mis hijos me pegaba. Tengo cicatrices en varias partes del cuerpo y con un hijo encima ya no sabía a dónde ir. Mientras más sufría más reía porque no quería que la gente me vea mal. Además no me quejaba a nadie porque me iban a decir maricona”.

“Entré a trabajar de cocinera a la Recoleta. Trabajaba medio día y medio día me dedicaba a fortalecerme porque yo era piel y huesos. No tenía recursos, no tenía profesión, no tenía con qué cubrir los gastos. Llegaba la Navidad y para mí era un tormento porque tenía que ir a mendigar al padre de mis hijos por un par de zapatos para los chicos. Iba a concursos en la radio, en la tele bailaba, cantaba para ganar alguna cosita para mis hijos. Yo estaba deshecha por dentro, pero siempre me daba ánimos yo misma y ballaba lo mejor que podía para ganar algulto”

Su hermana intentó ayudarla a salir del círculo de violencia en el que Matilde había crecido: “mi hermana me dijo que me vaya a trabajar al Magisterio -porque te estás llenado de hijos y esto va a ser un desastre, separate de este hombre que sólo te hace sufrir, mirá tu ojo ¿no te da vergüenza?- Me fui al Magisterio a trabajar pero volví con mi esposo porque para entonces ya tenía dos hijos y me daba pena que crecieran sin padre, solos como yo, van a sufrir igual que yo. Así que volví con el papá de mis hijos, pero él no cambiaba y me saqué otro hijo más”.

Matilde todos los días se tragaba su tristeza y salía a la calle a enfrentar la vida, en su barrio la invitaban a participar en varias actividades: “me llamaban para participar de un centro de leche; siempre me decían que era líder, me invitaban a capacitarme y de ese modo fui dirigente del Centro de leche”.

Matilde nunca más dejó de dirigir algo: “Después formamos clubes de madres. Me fui formando más en el IPTK. Allí me decían que era un buen cuadro, yo no sabía qué era eso. Luego me invitaron a formar parte del directorio de los centros de leche. Tanto sufría con mis hijos y el padre de mis hijos que esas actividades eran como un alivio a mis penas. Gracias a Dios, he tenido apoyo y ayuda de la gente. Yo organizaba campeonatos y manejé 180 clubes de madres. Un día me dijeron que vaya al Ecuador a capacitarme, pero rechacé porque me daba pena dejar a mis hijos”.

No fue sino hasta el cuarto embarazo que Matilde decidió separarse definitivamente de su pareja. Para entonces ya había recibido bastante formación como líder: “en mi embarazo del cuarto hijo, no aguanté más, tenía la panza grandota y me pegó, le dije hasta ahí nomás. Ya había aguantado patadas, golpes, humillaciones, todo. No más. Él también me dijo que me vaya y he salido de mi casa. Por fin me separé. Sé lo que es estar sin comer o tomando un té todo el día pero prefería eso, a seguir bajo el mismo techo con mi marido”.

Había tardado mucho en tomar la decisión, pero fue un paso fundamental en la vida de Matilde. Sin embargo, al principio no fue fácil enfrentar la vida sola y con cuatro pequeños: “me entré a trabajar de cocinera a la Recoleta. Trabajaba medio día y medio día me dedicaba a fortalecerme porque yo era piel y huesos. No tenía recursos, no tenía profesión, no tenía con qué cubrir los gastos. Llega-

ba la navidad y para mí era un tormento porque tenía que ir a mendigar al padre de mis hijos por un par de zapatos para ellos. Iba a concursos en la radio, en la tele bailaba, cantaba para ganar alguna cosita para mis hijos. Yo estaba deshecha por dentro, pero siempre me daba ánimos yo misma y bailaba lo mejor que podía para ganar algo. Gracias a doña María Paz me seguía formando como líder. Ella me estimulaba y para ganarme la vida iba a lavar ropa; mi hijo mayor me ayudaba a cocinar, así han crecido los chicos pero nunca los he abandonado. Ellos son los mejores que tengo. A ratos no sé de dónde sacaba dinero, gracias a Dios he sacado adelante a mis hijos. Después me han conseguido trabajo de barredora en el Municipio. Mi hermana me animó -entrarte loquita, vos eres habladora, te vas a ganar un lugar- y como me consideraban un buen cuadro, me dieron un lugar como conserje. Me fui superando, participando en varios cursos de las Juanas. Tenía tiempo para lavar, cocinar y con la ayuda de mi hijo mayor. Realmente no sé cómo pero llegué a comprarme un lotecito que para mí era la gloria y concursaba en todo para ganarme bolsitas de cemento, una puerta y todo lo que se podía”.

Agobiada por la situación económica y con la ilusión de que el papá de sus hijos cumpla con sus obligaciones, Matilde recurrió al comandante de su esposo que es policía: “en mi desesperación, fui a pedir ayuda al comandante y él me dijo -usted esfuércese señora; si él no la quiere, tiene que resignarse nomás- y le expliqué que lo que yo quería, era que cumpla como padre, nada más, pero el Comandante me dijo que no podía hacer nada y que no me quedaba otra que esforzarme sola. Me salí del Comando llorando con mis 4 hijos”.

Y así lo hizo. Se esforzó sola, siempre: “Llegó una gringuita y le dijeron que yo quería trabajar; me aceptó como empleada y de ser su empleada me convertí en su jefa porque administraba su dinero. Trabajaba medio tiempo con ella y medio tiempo seguía en la Alcaldía. Así que llegaba de mi otro trabajo y ella me esperaba con pollo, con soda y me decía -hermana, come- me llevaba a La Paz, me compraba ropa. Yo le correspondía, tempranito le hacía sus cosas”. Hoy Matilde tiene 48 años, es madre de 4 hijos: 2 varones 2 mujeres, sus dos hijos mayores ya son profesionales y todo lo ha hecho ella sola.

Matilde siempre mostró buena disposición al trabajo y su liderazgo era indiscutible, así que, trabajando de auxiliar entró a formar parte de su sindicato: “con el

apoyo de mis compañeros varones entré a ese sindicato. Extrañamente, las mujeres no me apoyaron. Bueno, ahí comencé como sindicalista en la cartera de Relaciones; luego pasé a la de Conflictos y jalé a más mujeres a la organización. Una mujer ya entró como Vocal y otra a Hacienda. Así pasaron dos gestiones y nos hicieron una evaluación. Tras la evaluación dijeron que sigamos nomás, que lo estábamos haciendo bien y sugirieron que se mantengan las tres primeras carteras y se renueve el resto. Yo me opuse y pedí que las bases nos elijan a todos de nuevo. En esas circunstancias, un compañero me dijo que en la nueva fórmula me baje a la tercera cartera y él asumir la primera cartera. Acepté el cambio y es entonces que me di cuenta que hay mucho machismo en el sindicato. Ellos, con sus bocas, nos lo pintan todo bonito pero disimuladamente nos van relegando a funciones menores con argumentos como el tiempo, etc., y nosotras nos dejamos ¿no?. En la segunda elección disminuyó una mujer, porque son las mismas mujeres que no ven las cosas buenas que hacen sus compañeras y más bien le ponen énfasis a lo negativo que tenemos". Matilde no ha llegado a la Confederación porque, según cuenta, le ofrecen cosas pequeñas, de modo que ella prefiere quedarse en su sindicato donde se siente mucho más útil. Actualmente es Secretaria de Conflictos del Sindicato de Constructores Municipales.

Por su capacidad y entrega en el trabajo, Matilde escala rápidamente en la estructura de la Alcaldía de Sucre: "de auxiliar me suben a recepcionista, luego a promotora, y después a planificadora; finalmente a Sub-alcaldesa. Al mismo tiempo, estaba en el Sindicato y mis propios compañeros me dijeron que un subalcalde no puede estar en el sindicato -renuncias a la Sub-alcaldía o al Sindicato ¿qué prefieres?-. Ante la disyuntiva, Matilde tiene que replantearse su situación y reflexiona: "el de la Sub-alcaldía es un cargo político, prefiero quedarme en el Sindicato porque lo político prima y los vecinos querían que en la Sub-alcaldía esté alguien del MAS y yo no soy del MAS. Tengo mis criterios y respeto los principios. No puedo ser juez y parte y quise volver a mi puesto de planificadora, pero como no respondo al partido dominante en esta coyuntura, me dijeron que me busque otro lugar donde trabajar; de ese modo me fui a archivos aunque me correspondía ser planificadora porque como dirigente vecinal conocía todo y la gente me busca porque me gusta solucionar los problemas no alargarlos o empeorarlos".

Quizás su máscara de risa eterna le ha ayudado a Matilde a construirse y reconstruirse de sus propias cenizas, una y otra vez, y desde esa fortaleza ella recomienda: “como mujer digo que debemos perder el miedo y ójala siempre hayan cursos que permitan formar nuevos cuadros. Tenemos que luchar para lograr más espacios. Cuando una mujer se excusa y se encierra, no puede superarse. Hay que tener valor, fortaleza y lealtad con a una misma para salir adelante. Las mujeres no tienen que escudarse con la familia, el marido o el tiempo. La mujer puede darse tiempo para todo y para superarse”.

“Tendríamos que ver eso, pero las mujeres somos las que damos un paso al costado cuando los hombres nos dan la oportunidad. No todas las mujeres tenemos ese tiempo útil que debemos darle al sindicalismo. Siempre nos ganan las tareas de la casa. Con las mujeres siempre hay excusas ¿no?, que tengo que llegar a cocinar, que no puedo ir al taller porque tengo que hacer. Poco a poco podemos cambiar eso, pero mientras tanto tenemos que adaptarnos nomás. Si hay más mujeres participando activamente en los sindicatos, creo que se puede cambiar esa lógica”.

ALICIA CUELLAR FLORES



Alicia nació en Tarija y ahora tiene 59 años. Así recuerda ella su infancia: “mi infancia es un poco triste porque yo soy más hija de mi papá que de mi mamá; siempre he tenido el cariño de mi papá pero he sido un poco entenadita de mi mamá. Siempre mi

mamá me decía que yo era más parecida a mi papá y él era un poco ojo alegre y como tenían problemas entre ellos, yo era la pagana de eso. Mi hermana mayor era querida para ella y mi hermano, por ser varoncito; yo era la última”.

Alicia estuvo en Tarija hasta sus nueve años, cuando cursaba el cuarto de primaria: “luego mi papá me llevó a Santa Cruz; allí tenía un contrato en Bartos y ahí me he terminado de criar hasta los 16 años. Ya no pude estudiar, he dejado el colegio porque mi papá era un papá de la época, ¿no? como hijita mujer siempre tenía que saber lavar, coser, cocinar. No era su preocupación que estudie. Él me daba cariño pero siempre decía -mi hijita se ha venido conmigo para atenderme- así que yo tenía que dedicarme a cocinar, a lavar, a planchar y he aprendido quemándome los dedos, no lavaba bien pero yo solita me fijaba y mejoraba. Estudié hasta quinto básico y recién, hace 5 años, he salido bachiller de CEMA – Tarija”.

“Mi papá me ha llevado a Santa Cruz; allí tenía un contrato en Bartos y ahí me he terminado de criar hasta los 16 años. Ya no pude estudiar, he dejado el colegio porque mi papá era un papá de la época, ¿no? como hijita mujer siempre tenía que saber lavar, coser, cocinar. No era su preocupación que estudie. Él me daba cariño pero siempre decía -mi hijita se ha venido conmigo para atenderme- así que yo tenía que dedicarme a cocinar, a lavar, a planchar y he aprendido quemándome los dedos, no lavaba bien pero yo solita me fijaba y mejoraba. Estudié hasta quinto básico y recién, hace 5 años, he salido bachiller de CEMA – Tarija”

Dedicada sólo a las labores de casa, Alicia, pronto fue presa del matrimonio: “muy joven me embaracé. Cuando me vine de Santa Cruz me conocí con mi ex marido. Él era militar y me hicieron casar a los 16 años porque él, como militar que es, me embarazó aprovechando que yo estaba enamorada. He tenido 6 hijos con él pero después me divorcié y he sido padre y madre para mis hijos”.

A sus 28 años, Alicia estaba separada y con 6 hijos. Tenía que buscar algún modo para mantener a sus hijos porque el padre de los niños, nunca lo hizo: “he trabajado desde que me he separado, con gente conocida de mi papá en talleres de costura como operaria. Me gustaba mucho la costura, así que trabajé en San Roque con costureras de renombre. Hice de todo porque esperar que mi exmarido me de pensiones, era mucha burocracia y tenía que ver por mis hijitos. He tenido navidades tristes”.

Después de hacer varios trabajos y angustiada por la situación económica decidió irse a la Argentina: “me estaba yendo con los dos más chiquitos; a los mayores estaba dejándoles en un internado. Lamentablemente, se han criado aparte mis hijitos mayores y mi papá era el que ayudaba por lo menos yendo a verlos porque mi mamá nunca me ha ofrecido su ayuda. Bueno, estaba yéndome a la Argentina, cuando en Bermejo veo un letrero donde decía que necesitaban personal para Yacimientos. He ido al lugar y entré a trabajar como personal eventual, atendiendo como mesera a los trabajadores. He entrado cuando estaban perforando en Churumas. Unos ingenieros a los que les caía bien y a los que les he contado mi situación, me han sacado de mesera y me han hecho trabajar como auxiliar de la Administración del Casino. Y gracias a una señora que se llamaba Seferina, he trabajado como 7 años en Yacimientos como administradora. En ese tiempo, he ido a San Alberto, a Los Monos en el Infierno Verde, después en Caigua, en Santa Rosa, todo como Administradora del Casino. Todos esos años mis hijitos estaban internos y mi papá siempre iba a verles los domingos, les sacaba y me avisaba cómo estaban. Yo, cada tres meses tenía una semana libre y venía a verlos; me venía a Tarija con mis dos hijos menores para reunirnos. En Yacimientos nos daban una lata de manteca, una lata de aceite de cinco litros, un paquete de arroz, un paquete de fideo, una bolsa de harina a todos los trabajadores. Pese que yo era eventual, sería que me tenían lastima, también me daban. Venía y dejaba todo eso en mi casa, pensando que mis hijitos iban a salir a comer pero no había sido así. Mi papá me decía que no salían y que mi mamá renegaba cada que los veía”.

Largos 7 años había vivido así, Alicia. Ni el intenso calor ni las agotadoras jornadas de trabajo la derrotaron. Pero llegó al Chaco una epidemia de fiebre tifoidea y todo el mundo enfermaba, y Alicia no fue la excepción. Enferma volvió a Tarija con los dos pequeños “gracias a un médico, amigo de mi papá, me interné en el hospital y me salvé, pero durante el tiempo que estaba interna, perdí mi trabajo y no tenía cara para volver a pedir mi puesto”.

Alicia tenía que comenzar de nuevo en Tarija: “he empezado a acercarme a don Oscar Zamora Medinacelli, “el Motete”; un hombre de mucho carisma de quien he aprendido mucho. Él me ha abierto las puertas de la Alcaldía y he empezado en jardines, como inspectora. He estado ahí como cinco meses; luego me ha llegado una felicitación y me han contratado como personal de planta. En la posta he empezado a trabajar. Todos se llevaban bien conmigo y luego de tres años me han nombrado Vocal del Sindicato de Trabajadores y el ‘94 me han retirado de la Alcaldía”.

Desde que se divorció y pasó tantas penurias con sus hijos, Alicia se interesó mucho en la situación de la mujer y velaba siempre por sus compañeras “veía mucho por las barrenderas, que recién en la gestión de Oscar Zamora se ha empezado a emplear (barrenderas y jardineras) y fuimos un grupo grande. Gracias al Motete y a los procesos de capacitación es que ha despertado en mí, ese espíritu revolucionario y mis deseos de superarme, me he inscrito al colegio en CEMA para salir bachiller pero siempre pasaba algo y tenía que dejarlo porque ya estaba en viajes por el sindicato o ya había reuniones, pero yo estaba ‘chocha’ con eso. Hacíamos comisiones y hemos conseguido mucho para las compañeras. Por ejemplo, habían señoras que lloraban porque por años seguían siendo eventuales y las he hecho contratar; ellas me agradecían y me sentía bien por ellas porque a pulmón nomás barren”. Esos apenas algunos de sus logros y satisfacciones como dirigente sindical.

Pero no todo fue bueno, también ha tenido malas experiencias “he visto mucho que los compañeros no dejan surgir a las compañeras; en cambio ellos con una parrillada y vino lo arreglan todo, pero las mujeres siempre somos más dignas, no, no podemos hacer eso. Entonces, las mujeres dicen -¿para qué vamos a entrar al sindicato si ellos hacen y deshacen?-. Las mujeres siempre ocupábamos carteras de vocal; antes qué iba a haber ejecutivas, ¿no?, más bien está cambiando eso”.

Alicia, como muchas otras mujeres trabajadoras y sindicalistas, ha tenido que hacer muchos sacrificios para cumplir con todas las responsabilidades que le suponía ser madre sola, trabajadora y dirigente: “Cuando he empezado a trabajar en la Alcaldía, mi horario de entrada era a las 5 de la mañana, me levantaba a las 4 de la mañana y alistaba mi desayuno; a esa hora les despertaba a mis hijitos y les dejaba hablando entre ellos para que no se duerman. Esa vez, teníamos dos camas nomás. Así que era más fácil despertarlos. Les dejaba el desayuno servido y más tardcecita ellos tomaban. Cada día tenía un recorrido de varias plazas, verificando que se arreglen los jardines y se hacía todo a pie, y entre una y otra plaza iba a las escuelas de mis hijos a averiguar cómo les estaba yendo. Salía a las 11 de la mañana del trabajo y me iba corriendo a mi casa a acabar de cocinar para esperar a mis hijos con la comida. Mis hijos mayores han trabajado junto conmigo desde pequeños. Compraba cajas de jabón y otras cosas y ellos iban a vender al mercado. Mi hijita, igual que yo, se quedaba en la casa a ayudar con la cocina. En la tarde, para que me alcance la plata, hacía sándwiches y vendía en la puerta de la casa. Con eso me he levantado mucho. He recibido una casita vieja de mi papá y me he arriesgado a un préstamo de 10 mil dólares. Con eso he levantado mi casita y he hecho una especie de restaurante donde también atendía fines de semana. Así he logrado pagar mi deuda a la Mutua”.

Alicia trabajó 9 años en la Alcaldía pero: “por un acuerdo político, ‘Motete’ Zamora cedió sus votos al licenciado Montes, queriendo darle oportunidad para que lo haga mejor. Seguramente habrán hecho sus tratos para que no saquen a la gente de don Motete pero llegada la hora, primerito nos han sacado. Entonces, yo me fui a la Brigada Parlamentaria durante dos años, siempre apoyando a ‘Motete’. Él hizo su arreglo con Mario Cossío y nos hicieron trabajar en las campañas. Como tengo hijos, tuve que hacerlo. Pero a ese grupo de personas que hemos trabajado, nos han tenido rebotando de un puesto a otro en la Prefectura de Tarija. Nos tenían diez días aquí, veinte días allí, como para cansarnos y nuestros sueldos no mejoraban nunca. En la Prefectura no podíamos hacer sindicato, pero entonces se me ocurrió que hagamos una asociación para defendernos de algún modo. Hablé con mis compañeras pero les llegó el chisme a los jefes y con eso, peor. Ahora me veo en representación de las desocupadas, pero no pierdo la esperanza de entrar a otra institución, y ahora sí me voy a dedicar a trabajar sin seguir a nadie”.

Y desde su experiencia opina sobre lo que ve en los sindicatos que conoce: “ahora todo el tiempo se escucha manipulación por malos dirigentes; no ayudan a los trabajadores pero sí a sus “compinches”. Donde hay varones, ellos manipulan todo y se acomodan en los mejores puestos y no se preocupan por los demás; en cambio entre mujeres no hacen eso. Quieren estar en primera línea, pero tampoco se apoyan entre ellas y prefieren cederle al varón. Tampoco quieren formarse y trabajar con solidaridad y compañerismo”. Pero Alicia no pone a todos los hombres en la misma bolsa. Rescata a muchos dirigentes varones que han hecho honor en los cargos sindicales que han desempeñado: “hay dirigentes muy honestos, y otros que hasta venden pegas pidiéndoles parte de su salario”.

Por estas razones, Alicia considera que las mujeres pueden tener un mejor desempeño en la dirigencia sindical e incluso cree que se puede cambiar esa lógica corrupta que se ha apoderado de algunos sindicatos: “se pueden cambiar las cosas poniéndole empeño y uniéndose para trabajar una sola idea. Ahora también es importante participar sin desperdiciar ninguna oportunidad, aunque sea de vocal y empezar a trabajar ahí adentro; como dicen que somos radio cocinas, aprovechar eso para convencer a más mujeres y sumar, ser muchas más. De ese modo podemos cambiar las cosas en los sindicatos”.



MADALINA CORTEZ AGUILERA



“Todo estaba bien y no va a ser que después de que ya estaba armado el frente en el que anteriormente estaban ellas, las llamaron y se mudaron otra vez con el mismo. Me quedé sola; entonces, inmediatamente, tuvimos que armar otra plancha y fuimos la mayoría mujeres. Ganamos las elecciones y ahora la Federación está conformada por una mayoría de mujeres y un solo hombre.

“Me llamo Madalina Cortez, tengo 45 años; soy de la provincia Iténez del Beni. Allá nací, me crié y terminé el bachillerato. Por cuestiones de trabajo me trasladé a Trinidad. A mis 17 años empecé a trabajar”. Madalina viene de una familia relativamente grande; tiene cinco hermanos, de los cuales cuatro son mujeres y uno es hombre. Ella es la tercera hermana: “Mi papá era agricultor; tenía sus chacos, su tierra. Mi mamá es comerciante. Mi papá hacía el chaco y mi mamá comerciaba lo que mi papá producía. La mayor parte del tiempo nos quedábamos solas a cargo de mis abuelos, por cuestiones de trabajo de mis padres”.

El esfuerzo de sus padres y el sacrificio de los hijos, de quedarse solos casi siempre, repercutía en una vida relativamente cómoda: “no hemos sido una familia con mucho dinero, pero tampoco éramos pobres. En todo caso, soy de una familia de comodidad media; no nos ha faltado nada para vivir”.

Madalina salió bachiller y debía buscar otros horizontes: “me vine a Trinidad y empecé a estudiar en la Escuela de Enfermeras Auxiliares y posteriormente he hecho la universidad. He terminado enfermería, he hecho la licenciatura y también tengo hasta el séptimo semestre de Derecho. No pude terminar porque ya entré a la dirigencia sindical como Ejecutiva de la Federación de Trabajadores en Salud del Beni, pero voy a terminar porque es una de mis

metas. Bueno, acabando de estudiar la carrera de auxiliar de enfermería, volví a trabajar a mi pueblo y allí estuve brindando mis servicios durante siete años”.

Un denominador común parecen tener las mujeres que se inclinan por el sindicalismo: “soy una persona a la que siempre le ha gustado ver por lo demás. No me gusta que en mi presencia se maltrate a nadie; entonces, siempre me he sabido dar mi lugar. Durante esos siete años que trabajé en provincia, no incurSIONÉ en el campo sindical como dirigente pero me involucré en la vida sindical. Posteriormente, por cuestiones de superación personal, solicité a mi Federación y a mi Asociación de Enfermeras que me trasladen con un ítem a Trinidad; como no lo logré, dejé mi trabajo y me vine a buscar nuevos espacios. Trabajé en un hospital gratis porque mi Federación no me pudo ayudar a hacer una transferencia. Creo que eso fue lo que más me impulsó a meterme en la vida sindical. Después que trabajé 7 meses gratis en un centro hospitalario me fui a otro, directamente con ítem, en el que trabajé gratis. No pude conseguir ítem porque el Ejecutivo de mi Federación prefirió dárselo a una de nivel más alto que yo. Entonces, esas injusticias fueron motivándome para que entre a la vida sindical”.

Es en este centro hospitalario que Madalina se inaugura como dirigente sindical: “En este nuevo hospital estuve ocupando carteras del sindicato, como la de conflictos. Eso ha sido el año 1993 y, bueno pues, después estuve en la presidencia de la Asociación de Enfermeras Auxiliares de Beni y después ya vino la tercera cartera de la Federación Departamental de Salud, durante dos años, y posterior e imprevistamente ya incursioné a la cartera de Ejecutiva. No pensaba ir a la cartera ejecutiva; uno, porque estaba estudiando y otro, porque no tenía tiempo y ese cargo supone mucha responsabilidad, más que todo porque uno viaja, aparece una cosa y otra; era mucha responsabilidad pero al final asumí el cargo. En esa gestión éramos cuatro mujeres y tres hombres, ahí, yo vi que las mujeres no nos apoyamos, no pasa lo mismo entre mujeres y varones; así nos enojamos con el hombre, el enojo no nos dura mucho mientras que entre mujeres no nos disculpamos fácilmente. Siempre creemos más en lo que dice el varón que en lo que dice la mujer”. Pero esta primera experiencia era sólo el principio de una larga y exitosa carrera sindical.

Para confirmar la poca lealtad que a veces existe entre mujeres, Madalina tuvo que sufrir otro embate sindical: “bueno, con todas las dificultades, ya venía

terminando nuestra gestión y mis compañeras mujeres me preguntaron, qué vamos a hacer, porque sabíamos por ‘dizques’ que el tercer ejecutivo estaba armando su plancha y que nosotras no estábamos en sus planes porque, supuestamente, no le servíamos. Ellas se habían enterado de esto y me propusieron que nos unamos las mujeres y requieran de mi apoyo -que estos no se burlen fácilmente de nosotras. Ellos ya han tenido reunión y no nos han buscado-, me dijeron. Entonces les recordé a mis compañeras las peleas que había entre algunas. Ellas me propusieron aliarme con alguien con quien yo no tenía afinidad, en principio, les dije que no podía, porque siempre fue mi contrario y cómo voy a ir ahora a pegármele; no, ni idea. Ellas insistieron por darles una lección a los otros compañeros. A tanta insistencia, acabé aceptando pero les dije -si ustedes se van a mantener firmes y no van a claudicar a la primera palmadita en el hombro para volcarse y dejarme colgada, yo voy- Ellas organizaron las reuniones con el otro frente y en eso se me ocurrió que primero debía ir a preguntar a mi centro a ver qué dicen de esta alianza y me fui, hice la reunión y les planteé la situación y ellos me respaldaron pidiéndome que ocupe una cartera importante; que si no era la cabeza, era la segunda, cosa que tampoco los aliados querían y otra vez me ofrecían la tercera cartera. Entonces, rechacé la alianza y en consulta con mis compañeras hicimos otro frente cuya candidata a ejecutiva era yo. Todo estaba bien y no va a ser que después de que todo estaba armado, el frente en el que anteriormente estaban ellas, las llamaron y se mudaron otra vez con el mismo. Yo me quedé sola; entonces, inmediatamente, tuvimos que armar otra plancha y fuimos la mayoría mujeres. Ganamos las elecciones y ahora, la Federación está conformada por una mayoría de mujeres y un solo hombre. En cuestión de 15 días organizamos la Federación, viajamos a provincias, pasamos una serie de cosas, de anécdotas, porque en 15 días recorrimos todo el departamento. Ahora soy la Ejecutiva de la Federación Departamental de Trabajadores en Salud del Beni. Este es mi cuarto año porque nos reeligieron”.

Con estas dos gestiones como federación, Madalina ha construido algunas certezas: “así como en toda dirigencia se tiene problemas tanto con mujeres, como con hombres, pero para mí, mis compañeras no son mis enemigas. Mi enemigo número uno es la ambición de ciertas personas que quieren poder personal; entonces, la mujer, en realidad, no es la rival de una, porque las mujeres tenemos nuestro carácter pero el peor enemigo es el querer subir para beneficio propio y no para beneficio de los demás”.

Sobre la relación entre hombres y mujeres en los espacios sindicales, Madalina dice: “yo nunca he tenido problemas de trabajo con los hombres porque siempre me he dado mi lugar, siempre me he hecho respetar. No veo que sean ningún obstáculo los varones, sino que hay que saber sobrellevar la relación con ellos en el marco del respeto y el diálogo. Eso sí, alguna vez he tenido problemas con mujeres porque a veces las mujeres tenemos envidia y a pesar de haber estado en talleres y todo eso, no practicamos. Eso perjudica mucho porque otra vez caemos en esa rutina de ser el eslabón para que crezcan los hombres. Pese a eso, sigo en el propósito de unificar a las mujeres”. Sin embargo, sobre la relación entre mujeres en el sindicato, ella hace una reflexión: “tanto las mujeres como los hombres, a veces tenemos envidia entre nosotros y creo que ese es el enemigo que nos perjudica para poder unirnos y para poder lograr lo que queremos y ocupan espacios importantes tanto en el sindicalismo como en la vida política. A veces, las mujeres, nos metemos al sindicalismo y vamos ambicionando cosas personales y eso es lo que perjudica, mata al sindicalismo porque quiere aprovecharse del compañero para seguir escalando y no importa si ese compañero o compañera está bien, con tal de seguir escalando para beneficio personal. Para mí, el sindicalismo es vocación de servicio hacia los demás”.

Para Madalina, como para otras mujeres sindicalistas, la Red que las une es muy importante y cuenta su participación en esta Red como uno de sus logros: “hace nueve años que soy parte de la Red de Mujeres Trabajadoras y Sindicalistas y en esta Red me han permitido conocer a muchas mujeres con diferentes opiniones: mujeres importantes, sencillas, humildes y eso me ha motivado a continuar. Esas experiencias para mí son positivas. Lo otro que considero un logro, es que en mi vida sindical nunca he perdido, siempre he ganado y no sé si en el momento que pierda termine mi carrera sindical, pero camino con la mente positiva para que las mujeres ganemos espacios, tanto en el ámbito sindical, como en el político, hasta lograr, ojalá, una mujer presidenta y que no se la discrimine”.

Finalmente, Madalina aterriza en su vida personal: “Me casé a los 25 años, tengo mucho apoyo de mi esposo, viajo bastante. Yo estoy en mi casa cuando él no está porque trabaja también, pero cuando me toca salir él se ocupa de mis hijos. Más bien le encanta que yo esté en la vida sindical. Cuando siento que estoy

desatendiendo a mis hijos en el estudio y otras cosas, él me apoya para que siga adelante y siempre se hace cargo de nuestros hijos. Tengo 5 hijos, la mayor de 22 años, otra de 15, uno de 6 años y dos chiquititas, gemelas". Con un esposo como el suyo, Madalina no encuentra mayores dificultades para hacer vida pública, vida sindical: "yo creo que no es difícil organizarse con la casa; la vida doméstica no es obstáculo para el sindicalismo si compartimos los trabajos. Ese debería ser el objetivo de las mujeres: que tanto el hombre como la mujer podamos ocuparnos de la casa. No tengo empleada en mi casa. Vivo holgadamente de mi trabajo pero no ganamos como para pagar una trabajadora del hogar así que, con mi esposo, las cuestiones de la casa, tanto él como yo, las hacemos. El que llega primero y con ayuda de los hijos, lo hace; entonces, no es un obstáculo para mí. Lo único de lo que a veces nos descuidamos, es del estudio de los chicos y me pasó con mi hijita, la segunda; cuando ella estuvo en el período de la adolescencia, en el que no estuve apoyándola, pero lo he sabido sobrellevar; estamos saliendo adelante".

Aunque ella ha cosechado muchos éxitos, considera que hay cosas en el sindicalismo que deben cambiar: "esa lógica machista del sindicato creo que puede cambiar porque las mujeres tenemos que darnos el lugar, hablar con la pareja, porque el trabajo doméstico no sólo es de la mujer y no tiene que ser un obstáculo, lo mismo tenemos que hacer en el trabajo, incursionando en la dirigencia y no dejando que sólo los hombres ocupen esos espacios".

MIRIAM
PÉREZ MORALES



Apresurada, Miriam se mueve por el hospital. Ella es enfermera y trabaja ya 31 años en la Caja Nacional de Salud. Así recuerda su infancia: “soy de Uncía, Potosí, pero radico más de 30 años en La Paz. Mi padre y mi madre murieron cuando yo tenía 12 años. Quedé huérfana de papá y mamá casi al mismo tiempo, me quedé con dos hermanos menores a cargo, por lo que tuve que estudiar en un colegio nocturno y trabajar de día. A los 12 años empecé a trabajar; mi primer trabajo fue hacer juguetes para vender, así me conocieron y me trajeron a La Paz. Aquí hicimos como una semi-fabrica y con eso ayudé a mis hermanos. Lo primero que hice con mi primer sueldo fue comprarles zapatos”.

A pesar de las adversidades Miriam nunca dejó el colegio y logró salir bachiller del Colegio Juan Capriles de la ciudad de El Alto: “Posteriormente, entré a la Escuela de Enfermería Juan XXIII de la cual salí directamente con trabajo, por las notas que obtuve. Tuve la ayuda de los padres italianos, especialmente del padre Pérez. Gracias a Dios salí con trabajo, directamente a la Caja Nacional de Salud”.

“En mi experiencia personal, la familia no me ha perjudicado en mi vida sindical. Tengo 3 hijos y un esposo que han entendido que para mí era muy importante ser dirigente, porque por más de 15 años he sido sólo delegada de base y cuando se me ha presentado la oportunidad, no podía dejarla pasar por la familia. Mi esposo ha tenido que aceptar eso y mis hijos me han colaborado en las tareas de la casa para darme mi espacio y poder cumplir mis funciones a cabalidad. Al principio, ha sido muy difícil porque me quedaba en todos los turnos para saber qué pasaba en cada uno, así que estaba todo el día fuera de mi casa, pero mi familia ha ido comprendiendo y asumiendo que a mí me gusta y lo aceptan”.

Empezó a trabajar muy joven en el Hospital Obrero y durante muchos años fue elegida como delegada de base ante su organización sindical. Ella nos cuenta más detalles: “el año 1991 había un conflicto del sector de enfermería para conseguir los sábados por medio y los uniformes para trabajar. Allí comencé a dar mis primeros pasos sindicales como delegada de base del Hospital Obrero. En el ‘98 hubo un paralelismo sindical propiciado por los partidos políticos de turno. Entonces despidieron a un gran número de trabajadores y entre ellos yo, por el sólo hecho de ser delegada de base. Me declaré en huelga de hambre junto con mi bebé, en la Central Obrera Boliviana. La lucha era para hacer retornar a 40 trabajadores. Esa fue mi primera huelga y tuve experiencias muy lindas, como conocer a Wilma Plata, pero también fue muy dura porque entonces perdí mi riñón. Me sacaron de la huelga en estado de coma y desperté después de 3 días. Allí me avisaron que por falta de líquidos, mi riñón izquierdo se había atrofiado”.

La vida sindical de Miriam empezó con una experiencia muy fuerte pero aún así, permaneció buen tiempo en las bases: “tras eso, fui casi por 10 años delegada del Hospital Obrero. El 2002 me invitaron a un congreso y allí me eligieron como Secretaria de Conflictos de FENSEGURAL. Directamente, de delegada de base, pasé a la Federación. Fue una experiencia muy linda porque conocí muchos dirigentes nacionales y aprendí mucho. Después me trasladaron al Hospital Materno Infantil y participé en el Congreso del 2009, donde fui elegida Secretaria Permanente de la FENSEGURAL. Esa ha sido una gestión muy ardua porque participamos de las jornadas de abril y creo que hemos dejado cosas muy concretas para la Caja Nacional de Salud porque en esa ocasión iban a privatizar este servicio”.

De todo lo bueno que ha pasado como dirigente sindical, Miriam destaca su última gestión: “una de las cosas positivas de esta última gestión ha sido formar parte de la Comisión de Seguridad Social en la que durante un año y medio hemos preparado la reestructuración de la Caja Nacional junto al Gobierno. En esa comisión he sido la única mujer”.

Como algo negativo, Miriam resalta: “la lucha continua, constante y permanente de la mujer para buscar espacios de participación en los lugares que nos corresponden, porque nuestros compañeros difícilmente aceptan que las

mujeres estemos preparadas para asumir los puestos de decisión en los sindicatos. He tenido que pasar por situaciones difíciles para hacer respetar los derechos de las mujeres y para que escuchen mis opiniones. Para mí, esa ha sido una lucha muy dura. Como experiencia les digo que me ha ayudado mucho capacitarme y recomendando a las nuevas dirigentes que se preparen, que lean mucho porque esa es el arma más grande que podemos tener para entrar en los espacios de participación y decisión”.

Miriam también lamenta que: “en la dirigencia sindical, en mi gestión, hemos entrado cinco mujeres y sólo he quedado yo. Por diferentes razones, mis compañeras han dejado sus cargos. Eso es muy perjudicial porque siempre las mujeres ponemos de pretexto a la familia y los quehaceres de la casa para no asumir estos cargos y no aprovechamos la confianza que nos dan los compañeros de base. Mi consejo sería que las nuevas dirigentes aprovechen las oportunidades que se les presentan y vayan hasta donde puedan avanzar”.

Cuando Miriam se refiere a las relaciones entre hombres y mujeres dentro del sindicato, no tiene mucho que decir, pero sí cuando habla de las relaciones entre las mujeres: “la relación entre hombres y mujeres es buena. Lo que falla es la relación entre mujeres. Esa es nuestra debilidad y pasa quizá porque queremos ganar más espacio que la otra. También pasa mucho que entre nosotras no escuchamos nuestras opiniones pero sí las de los compañeros varones y eso está muy marcado en las dirigentes”.

Miriam es de las sindicalistas con larga e intensa trayectoria sindical y como tal, considera que la familia no debería influir en la decisión de participar en el sindicalismo: “en mi experiencia personal, la familia no me ha perjudicado en mi vida sindical. Tengo 3 hijos y un esposo que han entendido que para mí era muy importante ser dirigente, porque por más de 15 años he sido sólo delegada de base y cuando se me ha presentado la oportunidad, no podía dejarla pasar por la familia. Mi esposo ha tenido que aceptar eso y mis hijos han colaborado en las tareas de la casa para darme mi espacio y poder cumplir mis funciones a cabalidad. Al principio, ha sido muy difícil porque yo me quedaba en todos los turnos para saber qué pasaba en cada uno, así que estaba todo el día fuera de mi casa pero mi familia ha ido comprendiendo y asumiendo que a mí me gusta y lo aceptan”.

A pesar de que ha logrado vencer los obstáculos que a veces supone la familia, Miriam reconoce que en el sindicalismo hay una predominancia de gente mayor y que no se fomentan nuevos liderazgos: “son muy pocas las líderes jóvenes. La mayoría son personas muy mayores que incluso ven ésto como una distracción pero deberían dar paso a gente joven y ayudarla a prepararse para mejorar el sindicalismo. Dicen que ser dirigente es trabajar sin descanso y por eso hay más hombres metidos en el sindicalismo, pero también creo que si las mujeres nos proponemos podemos cambiar eso ¿Por qué no puede quedarse un hombre en la casa? ¿Por qué no puede cuidar a los hijos? Si el matrimonio es de dos personas, los dos pueden asumir todas las responsabilidades. Creo que las mujeres tenemos que dar ese gran paso y tomar las oportunidades que se presentan. Además estamos viviendo otra época, ya no estamos en la época en que el hombre es para la calle y la mujer para la casa. Pienso que esa etapa ya ha sido superada, ha sido un trabajo largo que ha cambiado. Por otro lado, creo que la mujer es muy responsable a la hora de asumir altos cargos y tiene la capacidad para asumirlos”.

Tras haber concluido su gestión dentro de la FENSEGURAL, Miriam es una trabajadora de base, pero dice muy determinada: “ahora me estoy preparando para presentarme a las elecciones del sindicato más grande de La Paz. Mi siguiente meta es esa”.

FANNY GUTIÉRREZ



Fanny transmite energía, valentía, fortaleza. Cuando comparte sus momentos más trágicos se le quiebra la voz pero no rompe en llanto porque: “la vida me ha hecho fuerte”, dice orgullosa. Ahora Fanny tiene 54 años. Vive en La Paz, hace más de 30 años pero nació en Potosí, en Chayanta. Su infancia estuvo llena de sorpresas y de ausencias: “sincera-

mente, yo he vivido con una señora que pensé que era mi mamá, pero no había sido, sino su hermana gemela. Resulta que mi papá había muerto un mes antes de mi nacimiento y mi mamá un mes después. Estuve con ésta que había sido mi tía, hasta los cuatro o cinco años. Después me fui con un tío para ir a la escuela y, desde entonces, he andado de una a otra casa. Estuve en Colquechaca, en Sucre, en La Paz, en diferentes lugares. Nunca he conocido cariño de padre o madre y en casa de mis tíos tenía que ganarme el plato de comida. Quizá todo eso me ha dado mucha fortaleza”.

Fanny fue criada por varios de sus tíos, siempre estuvo rodeada de primos, pero como ella misma dice, nunca se sintió incluida y parte de ninguno de esos

“Un día mi tía me dijo que ya no podía mantenerme porque ya era grande y que me busque trabajo. Una señora me dijo que en INTI recibían gente. Me he ido a parar a la puerta todos los días, hasta que el dueño me ha recibido y me preguntó de qué quieres trabajar, yo le dije de lo que sea. Eso le gustó y me recibió. Empecé en limpieza, después me pasaron a la fabricación y luego he ayudado en laboratorios a hacer exámenes con los conejos para probar los medicamentos. Luego en administración. Así trabajé diez años. Allí fui dirigente. Empecé como Secretaria de Deportes, luego de Actas y después de Relaciones. Ya participé en las marchas del ‘78 con la Federación de Fabriles. El ‘84 hice huelga de hambre con mi tercera hija, cuando Siles (estaba en la presidencia)”.

hogares; en el fondo, siempre se sintió sola, por eso, sola se daba ánimos para continuar: “siempre pensaba que todo, un día, iba a cambiar, que si tenía hijos, no iban a pasar por lo que yo he pasado”.

Desde 1972, Fanny se estableció en La Paz y en esta ciudad transcurriría el resto de su vida: “estaba haciendo la secundaria en el Colegio Lindemann nocturno y ahí tuve mi primera experiencia dirigencial porque no me gustaba la injusticia y había una directora que nos maltrataba, les dije a mis compañeros que no podían maltratarnos y logré que cambien de directora. Como estudiaba de noche, de día trabajaba en INTI. Un día mi tía me dijo que ya no podía mantenerme porque ya era grande y que me busque trabajo. Una señora me dijo que en INTI recibían gente. Me he ido a parar a la puerta todos los días, hasta que el dueño me ha recibido y me preguntó de qué quieres trabajar, yo dije de lo que sea. Eso le gustó y me recibió. Empecé en limpieza, después me pasaron a la fabricación y luego he ayudado en laboratorios a hacer exámenes con los conejos para probar los medicamentos, luego en administración. Así trabajé diez años. Allí también fui dirigente. Empecé como Secretaria de Deportes, luego de Actas y después de Relaciones. Ya participé en las marchas del '78 con la Federación de Fabriles. El '84, hice huelga de hambre con mi tercera hija, cuando Siles estaba en la presidencia. El '86 despidieron a los miembros del sindicato y entre ellos a mí”.

Fanny se casó muy joven y no precisamente enamorada: “yo, mientras hacía la secundaria, vivía donde una de mis tías y allí pasaron algunas cosas que no me gustaron y por escapar de la casa me he casado con el primero que he visto, que era sobrino de la secretaria del Colegio. Me casé a los 18 años. Cuando me casé, yo mantenía la casa porque mi esposo no trabajaba, él estaba estudiando y yo solventé sus estudios. Él acabó su carrera el '86, justo cuando me botaron de INTI, pero, menos mal, ya tenía una vivienda en El Alto.

En esa época se estaban eligiendo comités populares de salud y entré a participar en eso y organizamos centros de leches; también me había formado hasta por ahí en el IPTK y sabía inyectar, con eso he tratado de conseguir trabajo. Estuve trabajando en el Ministerio de Salud ad-honorem, al mismo tiempo, estuve en la Junta de Vecinos como Secretaria de Hacienda. También he organizado un grupo de mujeres para que hagan trabajo por alimentos. He trabajado

con el Centro de Promoción de la Mujer Gregoria Apaza, organizando mujeres para un proyecto de invernaderos. También he trabajado políticamente con el MIR y he organizado un grupo de niños que eran brigadas infantiles de salud que se llamaban Pío Pío. Mi vida en esa época era bien ajetreada pero mi afán era hacer algo, sobre todo por las mujeres de los relocalizados que después del 21060, han vivido buen tiempo en carpas y eran mis vecinos. Eso a mí me conmovía y debía hacer algo. Claro que he abandonado a mis hijos. Iba a reuniones hasta la una de la mañana y esas veces no había transporte en El Alto como hay ahora. Me entraba cuerdas de cuerdas a pie y mis hijos echados llave hasta esas horas. Mucho sacrificio he pasado en esa época. Mi esposo nunca estaba porque trabajaba en CORDEPAZ haciendo caminos en el norte paceño. Había noches que ni dormía porque llegaba a lavar ropa, a preparar la comida para el día siguiente". Fanny no salió bachiller, dejó el colegio justo cuando iba a dar los últimos exámenes de cuarto de secundaria: "el '92, por necesidad he entrado al CEMA porque me exigían título de bachiller"

Fanny es de esas antiguas vecinas de El Alto que ha tenido que luchar para estructurarla como una ciudad; lo hizo por necesidad: "En el '90 recién se consolidó la Unidad Sanitaria de El Alto. En esa época éramos apenas 20 trabajadores que hemos luchado por tener un terreno en la Ceja y le hemos ganado espacio al mercado. Nadie quería ir a trabajar a El Alto porque el sueldo era muy bajo, incluso hemos rogado para que vayan, ahora es casi imposible conseguir un ítem, somos más de 600 trabajadores."

También por necesidad fundó sindicatos y federaciones: "En el '92 hemos fundado el primer sindicato de salud de El Alto; yo estuve como Secretaria de Conflictos y Alejandro Zapata era el Secretario General. En esa época también se fundó la Federación de El Alto porque antes sólo enviábamos una representación a la Federación de La Paz. Nuestro trabajo como sindicato ha sido muy duro porque toda tarea de inicio es difícil".

Y su carrera sindical iba en ascenso: "entre el '99 y el 2002 he estado en la Confederación, en la cartera de Género y hemos empezado a trabajar para que las mujeres sean incluidas y ocupen lugares en los sindicatos con poder de decisión. Hemos hecho talleres en La Paz y a nivel nacional. Acabé esa gestión, pero inmediatamente conformamos una nueva fórmula en la Federación de El

Alto con un varón a la cabeza, y en esta nueva gestión tropezamos con el machismo recalcitrante de este compañero. El hacía sus cosas solo y quería decidir todo de manera individual y no podíamos permitirlo porque esa era también nuestra gestión”.

Fanny tiene una larga experiencia como dirigente en varios espacios y de toda esta experiencia colige que entre mujeres, muchas veces las relaciones son muy difíciles pero considera que esto puede cambiar. Ella misma siente que ha crecido y madurado en sus actitudes como dirigente: “soy más consciente, antes era muy impulsiva pero ya he aprendido por todos los momentos difíciles que nos ha tocado vivir como octubre de 2003. Lamentablemente la mujer es la enemiga de la mujer, deberíamos de apoyarnos entre nosotras; creo que esto pasa porque no están preparadas o son egoístas. En esta gestión de la Federación de El Alto veo mucha dificultad para coordinar pero estoy aprendiendo a escuchar”

.....
AMALIA
COAQUIRA CALANI
.....



“No teníamos una organización como vendedoras, éramos dependientes de la Alcaldía y como yo tenía trayectoria como dirigente, alguien de la COB me dijo que nos organicemos para defendernos de la privatización de los mercados y fundamos la Federación de Mercados de La Paz pero me ha costado un año recorrer todos los mercados y hacerles entender qué es una federación y qué vamos a lograr...”

Son las cinco de la mañana de un día cualquiera. Amalia tiene como cinco años de edad y se levanta cuando todavía no ha aclarado. Tambaleante de sueño y casi automáticamente, pone su banquito junto a la puerta del horno, se sube sobre él y espera que su padre, el panadero, saque las latas de pan. Ella las toma una tras otra y voltea el sabroso pan recién horneado en las canastas. Luego, a cuidar a los hermanitos menores y ayudar con la cocina. Su mamá se va al mercado a vender el pan y al mediodía, casi perdiendo los zapatos, llevar el almuerzo al puesto de venta y de allí al colegio. Llega la noche, el sueño la mata y la tarea está inconclusa. Ojala mañana haya tiempo de terminarla.

Hoy, Amalia tiene 57 años y con notable tristeza afirma: “creo que no he tenido infancia”. Estudió sólo hasta lo que hoy es séptimo de primaria porque debido a una estafa que sufrió su padre, perdieron todo y acabaron de inquilinos en la casa de su tío. Su madre asumió sola la responsabilidad de mantener a la familia de cuatro hermanos y como los recursos no alcanzaban, hubo que dejar la escuela. Además, Amalia como hermana mayor, era fundamental para colaborar en las tareas de la casa.

“A los catorce años me han mandado a aprender costura con un pariente de mi papá que hacía polleras. No me pagaron por un año hasta que aprenda y después me pagaban un peso por presilla (fruncido de la cintura), a veces hacía una presilla en un día. Yo no usaba el dinero sino que le daba a mi mamá”.

Amalia estaba feliz de poder contribuir en su casa con algún dinerito y emocionada porque incluso aprendió a hacer toda la obra fina de las polleras a mano, y le estaba enseñando a su mamá. Las polleras hechas a mano eranpreciadas, sobre todo por las carniceras y trabajando juntas les iba a ir muy bien: “yo hacía las polleras a mano porque no tenía máquina y de cada pollera cobraba 50 pesos. Las carniceras se han anoticiado y me conocían, apreciaban lo que hacía, así que a la semana, a veces ganaba 100 pesos”. En camino estaba el quinto hermanito de Amalia, pero el destino o quién sabe qué extraña fuerza que Amalia no conoce, se llevó al niño y a su madre.

Amalia no puede más y suelta en llanto: “mi papá se ha dedicado al alcohol, prácticamente se ha olvidado de nosotros y yo asumí toda la responsabilidad de mis hermanos menores porque soy la mayor de cuatro hermanos”. Menos mal, había aprendido el oficio de hacer polleras y había heredado el puesto de su madre. No sin dificultades, ella cuidaba de sus hermanos.

Una noche, una fiesta y un atraso involuntario a la casa porque, como suele pasar, no hay transporte cuando se necesita, acabaron en un matrimonio forzado: “yo me he casado a los 17 años, obligada. Salí de una fiesta un poco tarde, no había movilidad. Llegué a mi casa acompañada de un muchacho. Mi padre, al verme con él, no me quiso recibir y yo, desesperada, acudí a mi tía pero ella tampoco quiso recibirme. El muchacho me llevó a su casa y le contamos todo a su mamá. Ella me ha ofrecido hospedaje con sus hijas y al día siguiente fue a hablar con mi papá, pero mi papá dijo que yo me había trasnochado y que ya no me podía recibir, así que tuve que casarme. La relación fue muy mala desde el principio porque él era ‘hijito de mamá’ y yo seguía trabajando para mis hermanitos haciendo polleras”. Sí fue mala al principio, fue peor después: “he sufrido mucha violencia intrafamiliar; al punto que he perdido a uno de mis hijos durante el embarazo porque me pegaba mucho. Hemos acabado en la fiscalía, allí, la Fiscal me pregunta qué elijo: mi hogar o el sindicalismo. Yo opté por el sindicalismo. Qué mala madre, me dijo la Fiscal de Familia. Mi suegra dijo que iba a recoger a sus nietos. Yo ya tenía cuatro hijos para entonces. Yo, con todo el dolor de mi corazón acepté que se los lleven y recién empezaron a investigar y vieron que quien mantenía la casa era yo. Hemos llegado al punto que él estaba por matarme. Una diputada recibió la llamada de una vecina y vino a salvarme. Se

llevaron al padre de mis hijos enmanillado e iban a encarcelarlo, pero toda su familia abogó por él y yo también, pensaba qué iba a ser de mis hijos sin su padre. Lo perdoné, pero es algo de lo que me arrepiento hasta ahora”.

La situación económica era difícil; cocer polleras y venderlas no cubría todos los requerimientos de cuatro hijos y tres hermanos. Por entonces, la Cooperación Internacional otorgaba alimentos a mujeres pobres en un programa que se llamaba Clubes de Madres: “ahí nos daban alimentos y desayuno para mis hijos y hermanitos. Eso era una ayuda y el día de las reuniones era muy esperado por mí porque ahí podía contar lo que me pasaba”. Todas las semanas las mujeres se reunían en el patio de una casa y allí, entre las clases de tejido, bordado, repostería y otros, Amalia escuchaba historias parecidas a la suya, aprendía a compartir sus experiencias con otras mujeres y a soñar con un futuro diferente: “entre el ’78 y el ’80 vino a un taller de mi Club de madres, Domitila Chungara y sus palabras me han motivado mucho; ahí he empezado a dirigir primero mi club de madres y luego, para integrar más a las mujeres, he organizado un campeonato de fútbol de salón. El éxito de ese campeonato me ha motivado. Después, he hecho el cooperativismo de víveres. Con MANACO hemos hecho convenio para comprar al por mayor y lo mismo he hecho con alimentos. Comprábamos al por mayor y nos repartíamos. Así ahorrábamos en cada familia”. Era sólo el principio de una larga trayectoria de dirigente.

“La casa de mi papá estaba al borde del río Gringojuira y en tiempos de lluvia, daba miedo; por temor de que el río se entre a la casa, he molestado a la junta de vecinos. De ese modo, he entrado como delegada de mi calle. Ahí he conocido los trámites de la alcaldía y he participado en las reuniones. Me daba miedo hablar porque eran varios hombres y yo la única mujer. He logrado que nos hagan un puente colgante y que nos pongan los otros servicios básicos. Luego me invitaron a participar como vocal en la próxima junta de vecinos. En esa gestión, propuse la construcción del embovedado del río. Como parte de mi junta de vecinos participé del Congreso de FEJUVE donde me eligieron junto a otra mujer. Ella asumió como Vinculación Femenina y yo como Secretaria de Deportes. Nos daba miedo hablar porque los varones hacían chistes burlones y no tomaban en cuenta que había dos mujeres ahí. Se burlaban de mí, diciéndome que haga alguna cosita en los barrios pero yo los desafíe a un campeonato entre hombres y mujeres; ellos han aceptado el reto y nosotras hemos ganado ese campeonato”, celebra con el recuerdo.

“En el siguiente congreso de la FEJUVE ya fuimos doce mujeres y propusimos que la secretaría ya no se llame de Vinculación Femenina, sino de la Mujer”. En esa gestión tuvo varios éxitos y se postuló al Consejo Nacional de Juntas Vecinales CONALJUVE; en 1987 obtuvo el tercer cargo más importante: “un logro grande durante mi gestión en CONALJUVE, ha sido incorporar en los planes estratégicos de los municipios, la instalación de agua domiciliaria porque hasta antes de eso, en los barrios periurbanos, sólo había piletas públicas y quienes sufrían las consecuencias de eso, éramos las mujeres, que somos la que cocinamos, lavamos, etc”. A esa altura, Amalia está totalmente involucrada y comprometida con la dirigencia: “esto es algo en lo que me involucré tanto que me trajo problemas en mi hogar. Un congreso de la FEJUVE duró hasta las cuatro de la mañana y me daba miedo llegar. Una compañera y su esposo me han acompañado para hablar con mi esposo. Él dudaba de mí, pero en el fondo no me importaba lo que piense porque al final él no me daba ni un centavo para el mantenimiento de la familia. Yo, con mi trabajo, ganaba mucho más que él y mantenía sola a mis hijos y a mis hermanos. El me decía que si quería ir al congreso y demás debía llevar a mis hijos, yo tenía dos hijitos y me organizaba como podía para hacer la dirigencia. Mi limitación era que yo no podía viajar porque no tenía con quién dejar a mis hijos”. Era muy difícil organizarse, pero lo hacía. Su mamá le había enseñado a cocinar en fogón y ella, fiel a esos aprendizajes, preparaba los ingredientes la noche antes, se levanta siempre antes de que salga el sol y ponía a hervir la carne para la sopa, con el recado y apagaba el fuego antes de irse, encargando a su hermanito que acabe de cocinar: “les dejaba la papa pelada y picada y el arrozito calculado. Les decía, comienza el Palenque -en la radio-, prenden el anafe y ponen la olla. Meten el arrozito y la papa y cuando termina el Palenque, lo apagan. Mi hermanito me ha ayudado mucho en eso”.

Amalia había dejado la dirigencia vecinal y estaba en su puesto de venta del mercado, pero: “Cuando entra Mac Lean a la Alcaldía, tenía el propósito de privatizar los mercados y nosotras no estábamos organizadas. Alguien de la COB nos dijo que nos organicemos como una federación de mercados. Pensé que iba a ser fácil organizar la federación, pero me ha tomado un año hacer comprender la importancia a las compañeras. Soy fundadora de la Federación de Mercados”. Dirigió, junto a otras mujeres, a las vendedoras de mercados y lograron que los mismos, sean espacios municipales y no privados.

Este andar dirigenal ha dejado huellas positivas y negativas en la vida de Amalia. Sus logros y dificultades son innumerables. Ella ha hecho una pausa en

su andar. Por ahora no dirige a su gremio y mirando hacia adelante y hacia atrás, hace comparaciones: “desde entonces hasta ahora, las mujeres hemos avanzado mucho. Hemos salido al ámbito público, por necesidad, desde la relocalización. Como no había trabajo para los hombres, las mujeres no teníamos más remedio que salir a las calles y, como somos la mayoría, ahora participamos mucho más”. Ella celebra el avance pero también advierte: “las mujeres debemos prepararnos porque a veces llegamos a un cargo alto y al mes renunciamos. Las presiones familiares también obstaculizan la dirigencia y eso les pasa, sobre todo, a las mujeres más jóvenes porque tienen niños pequeños, los esposos son celosos; pero después la cosa mejora porque ya los hombres no son tan celosos -y entre risas dice- ya no tienen fuerzas para pegar y nosotras ya los pegamos”. En seguida sentencia: “debemos asumir las responsabilidades al 100% porque cuando una mujer asume un cargo, la mirada es más aguda”.

Para Amalia, es fundamental la formación permanente y es importante adaptarse a la dinámica sindical. Otra cosa que para ella es muy importante, es que las mujeres dejen los apetitos personales y los individualismos a la hora de ejercer un cargo directivo. La lealtad es para ella un valor muy grande que contribuirá mucho para mejorar las condiciones de las mujeres.

Hoy no es dirigente de ningún sector, pero es una líder indiscutible; hoy es la responsable de coordinación de la Red de Mujeres Trabajadoras y Sindicalistas, una etapa muy importante para ella porque ha comprendido el trabajo de otras mujeres en otros espacios diferentes al suyo: “Ahora, estamos empujando que se cuantifique el aporte de las mujeres al producto interno bruto porque una vez que sepamos cuánto aportamos, podremos exigir una reivindicación justa. No nos interesa un bono, creemos que merecemos más que eso porque nuestro aporte es muy importante”.

Amalia ha promovido tres cumbres de mujeres y después de todo el análisis acumulado, propone: “hay que hacer una tesis política, económica, social e intercultural, pero desde la mirada de las mujeres y las mujeres debemos ser capaces de debatir y defender nuestras ideas de igual a igual. Recuerdo a Pedro Montes que un día nos dijo que vayamos a la biblioteca y después de leer volviéramos a debatir de igual a igual. Tenemos que hacer respetar la alternancia también para estar en todos los espacios de decisión”.

YOLANDA SUÁREZ GIL



Yolanda es como la mamá de sus hermanos. Si hay algún problema, ella les ayuda a resolverlo, si hay que reunir a la familia, es Yolanda quien lo hace mejor que nadie; por eso, las navidades en su casa son tan esperadas. Asumió la maternidad de sus hermanos a los 19 años y, desde entonces, es imprescindible para ellos.

"Antes, los partidos políticos no se metían con los trabajadores; no había eso de querer sacar beneficios políticos de las instituciones, Trabajábamos tranquilos hasta que subió el MNR, más o menos el '75 ó el '78. Recuerdo que el director del SEDES era un emenerrista y fue durante su gestión que me mandaron un memorándum despidiéndome, con tantos años de trabajo. Imagínense, yo, quedarme sin la fuente de trabajo, pero el sindicato me defendió y no sólo a mí, nos defendió a los que teníamos años de trabajo y no me botaron pero estuve un mes sin trabajo. Es entonces que empiezo a interesarme en el sindicato y recién comprendo que los trabajadores tenemos esto para defendernos..."

Hoy Yolanda tiene 51 años y así recuerda su infancia: "nací en Santa Ana de Yacuma, en una provincia del Beni. Crecí dentro de la religión evangélica, en una familia muy pobre, pero muy unida. Nosotros somos cinco hermanos: dos hombres y tres mujeres; yo soy la del medio. Mi papá se dedicaba a comerciar; viajaba con mercadería y mi mamá sólo a los trabajos del hogar. Era la que se quedaba con nosotros, porque mi papá, de un mes, estaba tres días con nosotros y los demás estaba fuera; casi siempre estaba en el campo, porque su trabajo era ir al campo".

Yolanda no se cuestionó la situación económica de su familia, sino hasta la juventud: "nosotros no notábamos si éramos pobres o no; vivíamos humilde-

mente, no había mucho flujo de dinero y no teníamos comodidades; por ejemplo, nunca tuvimos casa propia e incluso éramos cuidantes de la iglesia y nunca tuvimos ambiciones; realmente no notábamos la pobreza, pero estudiamos en un colegio privado de la iglesia evangélica”.

Yolanda estudió en Santa Ana hasta los 12 años; después su familia migró a Trinidad porque a su papá le ofrecieron un mejor trabajo y allá terminó sus estudios. “Quedé huérfana a los 15 años. Mi mamá que nunca en la vida había trabajado, tuvo que vérselas y le tocó una época bien fea porque no tenía una forma de ganarse la vida y nosotros fuimos repartidos entre sus hermanos. Dos de nosotros nos fuimos con uno de sus hermanos que trabajaba en Santa cruz. Los otros se quedaron aquí en Trinidad; sólo el menor de mis hermanitos quedó con mi mamá. Así que yo estudié hasta tercero medio en Santa Cruz y me vine a Trinidad para hacer el bachillerato porque, a decir verdad, nunca me gustó Santa Cruz y además yo quería estar con mis hermanos”.

Pero Yolanda no llegó a ser sólo hija, sino madre: “me vine a los 16 años y desde ese momento es que empecé a trabajar, porque resulta que el director del SEDES era amigo de mi papá y por casualidad se topó con mi tía y supo que era hija de su mejor amigo. Este señor, al saber de nuestra situación, me dio un trabajo de limpieza de la sección dental. Gracias a ese señor es que tuve mi primer salario y lo gané trabajando de ayudante en la sección dental.

Como mi mamá encontró otra pareja, tuve que madurar y asumir el papel de madre, así que yo compartí mi primer salario y todos los demás, con mis hermanos. Recuerdo que con mi primer sueldo le compré un uniforme de educación física a mi hermana menor porque no tenía y desde entonces yo me hice cargo y apoyé a mi hermano para que vaya al colegio militar. Lamentablemente, mi hermano mayor se dedicó a la mala vida. Ayudé a todos mis hermanos y hasta el día de hoy ellos me ven siempre como a su madre. Hasta ahora, las navidades las hacemos en mi casa. Por último, asumí la responsabilidad de tenerla también a mi madre. Ella nunca tuvo la madurez de trabajar y mantener a sus hijos y yo fui la que tuvo que hacerse cargo de todo y también de ella en su vejez. Bueno, de ese modo es que estoy en el sector Salud. Si no me equivoco, estoy cumpliendo 33 ó 34 años de trabajo, gracias a Dios”.

La situación no era nada fácil. Eran varios hermanos a los que había que mantener y ayudar, y ganaba muy poco, de modo que: “siempre he sido emprendedora y viajaba. Ya pensaba en qué puedo traer y venderles a mis compañeras; mi mismo tío me decía ‘la turca’, porque yo hacía cualquier cosita y pensaba en venderla. Es que tenía una gran responsabilidad en mis espaldas y mi situación era muy difícil”. En esos afanes, lo último en lo que hubiera pensado Yolanda, era en una carrera sindical: “nunca iba a las reuniones, más bien era reacia a esas cosas; prefería irme a mi casa a descansar o a hacer tantas cosas que tenía que hacer. Recuerdo que incluso, alguna vez, me hablaron para que ocupe una cartera pero no acepté”. Pero la política y sus malas prácticas, tocó la vida de Yolanda del peor modo: “antes, los partidos políticos no se metían con los trabajadores; no había eso de querer sacar beneficios políticos de las instituciones, Trabajábamos tranquilos hasta que subió el MNR, más o menos el ‘75 ó el ‘78. Recuerdo que el director del SEDES era un emenerrista y fue durante su gestión que me mandaron un memorándum despidiéndome, con tantos años de trabajo imagínense quedarme yo sin mi fuente de trabajo. Pero el sindicato me defendió y no sólo a mí, nos defendió a los que teníamos años de trabajo; no me botaron pero estuve un mes sin trabajo. Es entonces que empiezo a interesarme en el sindicato y recién comprendo que los trabajadores lo tenemos para defendernos; desde ese momento fui a las reuniones, apoyaba en todo. Más o menos el ‘79 me mandan un memorándum delegándome a representar a los trabajadores ante el Comité Cívico, antes no habían elecciones, nos delegaban directamente. Como dirigente siempre tuve mis principios ideológico-sindicales y tengo también mi color político, pero jamás me incliné hacia él mientras cumplía funciones dirigenciales; he privilegiado mis principios por los derechos de los trabajadores, no como otros sindicalistas que velan por un patrón, por alguien que les manda sin importarles los intereses de los trabajadores. Por eso, siempre los trabajadores tocaron mi puerta; siempre tuve apoyo. Por eso me siento contenta y realizada”.

Yolanda recuerda con cariño, algunos de los momentos que más le enorgullecen como sindicalista: “he ganado muchas verdaderas amigas por defender sus fuentes de trabajo; siento la satisfacción de haber ayudado a muchas personas a venirse a la ciudad porque estaban años y años en el campo y ese era mi propósito más grande también. Una vez, una señora se me acercó llorando, le había dado un derrame cerebral y no podía ya trabajar. No había manera de que

se jubile porque sólo había trabajado 5 años, pero logramos que se la jubile y aunque le dieron lo mínimo de la jubilación, logramos que esa persona tenga alguna seguridad en ese momento y para el futuro. La señora hizo público su agradecimiento hacia a mí; esas cosas, a una le dan fuerza para seguir adelante. Después he logrado capacitarme, eso también es muy importante porque conozco los derechos de los trabajadores y me siento capaz de asesorarlos y defenderlos”.

Yolanda no sólo asumió la maternidad de sus hermanos, sino que además se casó muy joven: “me casé a los 19 años. Tengo 3 hijos, todos mayores ya. Mi esposo es un hombre político y me ayuda con la vida sindical; él me ha ayudado y me ha dado la fuerza para estar metida en el sindicato; es el mayor apoyo que tengo porque he visto a muchas mujeres que se quedan por no tener apoyo”.

A pesar del apoyo de su esposo, Yolanda siente remordimientos como madre: “siempre tengo problemas, no de parte de mi marido, porque él siempre me apoyó, pero con mis hijos, es que no me siento tan realizada porque los abandonaba, ¿no?, y es que una tiene que cumplir el rol sindical”. Yolanda comprende que las mujeres sindicalistas tienen que sortear muchos obstáculos para realizarse en este duro campo y quiere que más mujeres caminen por este sendero, pero encuentra muchas dificultades en ese afán: “a muchas mujeres invitamos pero no pueden vencer ese obstáculo de la familia. Es cierto que las mujeres tenemos tres y hasta cuatro roles, como son el trabajo, los hijos, la casa y el marido y realmente tenemos que ser muy valientes y tener espíritu de lucha por servir y apoyar a los trabajadores. Muchas veces hemos tenido problemas; tantos, que nos dan ganas de botar todo por el suelo; pero al final una en el balance ve que puede ayudar a los demás y ese es un aliciente. La verdad es que se necesita mucha convicción para ser líder; en este tiempo hay muchas políticas para que las mujeres surjamos, pero yo creo que depende de las personas, es una la que se tiene que dar la oportunidad, también”.

Como otras sindicalistas, Yolanda reconoce que las mujeres han avanzado mucho en este campo: “al menos en el sector de Salud, los hombres ya están aceptando que las mujeres los dirijamos porque el 80% somos mujeres. Ya nos están dando nuestro espacio y estamos logrando posicionarnos en los espacios de decisión. Ya hemos llegado a la Central Obrera Departamental donde nunca

antes ha habido una mujer; sin embargo, hace dos gestiones atrás lo logramos, con una compañera y no creo que los hombres estén dando un paso atrás, sino que nosotras, con fortaleza, estamos avanzando”.

Hay avances, pero también siguen habiendo obstáculos, dice Yolanda y argumenta: “el mayor obstáculo por el que tenemos que pasar las mujeres sindicalistas somos nosotras mismas; nuestro peor enemigo, somos las mismas mujeres. Somos las que nos ponemos trabas, no nos ayudamos a avanzar. Es increíble, pero son las mujeres las que nos ponen obstáculos, las que no dejan surgir a otras mujeres y si están surgiendo tratan de deshacer sus liderazgos, si hay alguna equivocación tratan de tumbar a la líder. Incluso, ni amistad respetan y a veces, esas situaciones defraudan y decepcionan, pero hay que seguir adelante con la vida sindical; siempre firmes, siempre con el propósito de ayudar, y más que todo, apoyan para que otras mujeres también se empoderen y se hagan líderes porque la verdad es que hay crisis de dirigentes mujeres, pero es porque no nos queremos ayudar y quizá es porque no tenemos las mismas convicciones, los mismos principios sindicales y yo creo que esos valores se han perdido desde que se han metido los políticos dentro de las estructuras sindicales”. Para Yolanda, esta penetración es uno de los aspectos más preocupantes: “antes, primero eran las reivindicaciones sociales de los trabajadores y nunca dejamos que se meta la política pero ahora, la política ingresa como hormiga y ahí se deteriora todo”.

Yolanda se estrenó como sindicalista cuando fue delegada al Comité Cívico del Beni; después ocupó la Secretaría de Hacienda de su sindicato; luego, fue Secretaria de Conflictos y por dos gestiones ejerció como Ejecutiva de ese sindicato. Más tarde, fue Secretaria General en la Federación y, posteriormente, y por dos gestiones, fue Secretaria Ejecutiva de la Federación de Trabajadores de Salud del Beni. De allí a la Central Obrera, donde fue Secretaria de Hacienda. Actualmente es Secretaria de Conflictos de la Central Obrera del Beni.

Yolanda cree que las mujeres deberían unirse y conservar el principio ideológico sindical: “mientras las mujeres nos apoyemos y conservemos esos principios, podemos hasta tener una presidenta pero creo que nos falta capacitación, conocimiento y tener un poco más de convicción hacia la vida sindical porque, a veces, las circunstancias nos ponen ahí sin tener convicciones, sin tener esa ideología, sin inquietud de servir, de ayudar, pero creo que con un poco de capacitación y de unidad, las mujeres podemos lograr muchas cosas más porque somos mayoría. Si superamos esas cosas, podemos llegar muy lejos”.



LUCÍA CUENTAS CRUZ



Lucía tiene 47 años. Es una mujer de sonrisa amplia y franca. Nació en el Centro Minero de Colquirí, en la provincia Inquisivi y comienza por recordar su infancia: “nosotros somos seis hermanos y mi papá era minero; mi mamá era comerciante. Me vine muy pequeña a vivir a Ciudad Satélite, pero quedé huérfana a los 13 años. Primero murió mi mamá en una cirugía y a los tres meses murió mi papá con una embolia. Yo quedé a cargo de mi hermana mayor y como no tenía muchos recursos económicos, opté por estudiar enfermería y lo hice con una beca aunque hice dos años de bioquímica”.

Lucía era buena alumna, así que mientras estudiaba le ofrecían trabajo: “En cuanto egresé, comencé reemplazando a una enfermera en el Hospital Juan XXIII, luego me presenté en el Ministerio de Salud y trabajé en Tambillo, camino al Desaguadero. Mi salario era de 42 bolivianos y no alcanzaba para nada; apenas para mis pasajes. No alcanzaba ni siquiera para comprarme unos zapatos y, obviamente, mi hermana me seguía ayudando, pero allá había un proyecto y me apunté para dar charlas y a veces resultaba mucho mejor que mi sueldo”.

Fueron sus malas experiencias las que la motivaron a participar de la vida sindical “cuando he trabajado en provincia, he ido joven y soltera; ahí viví muy malas experiencias. Una, al principio piensa que el trato que recibe es normal; por

“A nosotras (las enfermeras auxiliares) nos encerraban, no nos dejaban salir del hospital y a mí, la Directora del hospital me hacía cocinar. Me llamaba justo cuando estaba almorzando. En una ocasión le conté a mi hermano y él me dijo que ese maltrato hay que denunciar al Sindicato. El Sindicato vino y arregló esa situación. Además nos dejaron Información y reclén tomé conciencia de mis derechos. A nosotros ni siquiera nos respetaban los horarios. Allí empieza mi Interés por esta labor”.

ejemplo, a nosotras (las enfermeras auxiliares) nos encerraban, no nos dejaban salir del hospital y a mí, la Directora del hospital me hacía cocinar. Me llamaba justo cuando estaba almorzando. En una ocasión le conté a mi hermano y él me dijo que ese maltrato había que denunciar al sindicato. El sindicato vino y arreglaron esa situación. Además nos dejaron información y recién tomé conciencia de mis derechos. A nosotros ni siquiera nos respetaban los horarios. Allí empezó mi interés por esta labor, pero mi trabajo como dirigente misma, comenzó mucho después”.

Superada esa etapa de su profesión, Lucía luchó para insertarse en el área urbana y en su ciudad, El Alto: “después de tres años de trabajo en provincia me vine a El Alto, al Hospital 20 de Octubre, pero andaba de un lado a otro porque mi ítem era de provincia así que tenía que estar a disposición de los jefes, donde ellos me necesiten. Allí me enteró que éramos muchos trabajadores y por entonces teníamos sólo un sindicato en El Alto. Así surgió la idea de hacer una Federación, pero la situación política era determinante. En medio de todas las pugnas de partidos, nos nombraron como delegados a Fanny Gutiérrez, a Alejandro Zapata y a mí para hacer todos los trámites correspondientes para formar la Federación y logramos hacerlo. Había tanta pugna política que nosotros no pudimos ser la primera federación, pero eso no importaba; lo realmente importante era que hubiera una federación. Comenzaron en la calle y ahora ya es una Federación grande y sólida”.

Lucía fue parte de esos primeros pasos fundamentales en la constitución de la ciudad misma. Después de la Federación vinieron otros logros igualmente importantes: “después volví al Hospital 20 de Octubre y me eligieron en el sindicato. En esa época ya se planteó la necesidad de construir el Hospital Boliviano Holandés porque El Alto ya era muy grande, pero no teníamos presupuesto para construirlo. Nos querían dar un presupuesto sólo para una ampliación en el Hospital 20 de Octubre, que ya era obsoleto e inadecuado para hacer internaciones y, gracias a la iniciativa de muchos compañeros que no sólo se dedican a cumplir su horario, sino que velan por la gente y que tienen una visión a largo plazo, hemos conseguido un terreno para construir un hospital de acuerdo a la cantidad de gente que atendíamos. El lugar que vimos era un basural y unas canchas en Ciudad Satélite. Tuvimos que sufrir mucho porque los vecinos no querían una asociación de futbolistas tampoco. Nos apedreaban, nos botaban

pero después de mucha lucha, de concientizar a los vecinos, de mostrarles los beneficios de tener un hospital, hemos logrado finalmente que se construya el hospital más importante de El Alto y esa es nuestra satisfacción”.

Lucía siguió escalando en la vida sindical de la ciudad de El Alto: “El 2007 llegué a la Federación de Trabajadores en Salud de El Alto, a la Secretaría de Conflictos. Muchas veces he hecho cosas que no correspondía a mi cartera, pero lo hacía para beneficiar a mis compañeros. En el lugar que me ha tocado estar me he rajado, me he esforzado para hacer lo mejor que he podido. Siempre he mantenido la unidad de mis compañeros. En el Hospital hay personas que están a contrato y otras tienen ítem y hay un trato discriminatorio de unos a otros, en varias cosas. En mi gestión, todos recibíamos todo por igual. Esa es otra de mis satisfacciones porque cuando yo dirigía mi Sindicato, no ha habido discriminación. Además, yo siempre velaba por mi lugar de trabajo; constantemente iba a ver qué faltaba, cómo estaba la infraestructura, llegaba a donde había que llegar para arreglar lo que estaba mal, por ejemplo, para pintar el hospital, arreglar los jardines”.

Ella es lo que denominan una líder nata, con gran capacidad de negociación y una gran intuición: “Cuando recibí capacitación comprobé que había actuado bien; intuitivamente había hecho todo lo que nos enseñaban en las capacitaciones. Esa es otra de mis satisfacciones personales”.

Sus logros son muchos, pero algunos aspectos negativos han marcado su carrera sindical: “a veces, las propias mujeres son las que no te dejan avanzar más. Considero que para llegar a puestos de decisión dentro de la organización hay que prepararse y yo lo he hecho y me ha dolido mucho que las mismas mujeres intenten e inventen cosas que no han sido, sólo para no permitir que una surja más. Yo, de hecho, recibo más apoyo de los varones. Hasta ahora me dicen que armemos frentes para presentarnos. No recibo ese mismo apoyo de mis compañeras mujeres con las que me he formado y dijimos que nos íbamos a apoyar”, pero no es lo único que molesta a Lucía: “otra cosa que hay es que se forman grupos en contra de alguien que quiere surgir; eso pasa mucho con los varones, pero para ser líder no es necesario estar en el sindicato. Si una es líder, puede influir desde donde esté, a mí, por ejemplo, los médicos me consultan para tomar decisiones importantes y eso me hace sentir bien porque sé que me toman en cuenta”.

Para Lucía la familia no es un obstáculo para que las mujeres ejerzan funciones sindicales o salgan a la vida pública: “el obstáculo no fue tanto mi familia como yo misma. Cuando me invitaron a formar parte de la Asociación de Enfermeras, por ejemplo, lo rechacé porque priorizaba a mi hijito que era pequeño. Cuando él ya tenía como 4 años, recién he empezado a salir y meterme en esto porque se necesita tiempo. Por otro lado, da un poco de miedo decirle al esposo que a una le han elegido para el Sindicato y cierto, él no me apoyaba al principio, pero ya son tantos años que estoy en esto, que al final, él me apoya y he comenzado a delegar las tareas de la casa y como los chicos ya han crecido, ahora me ayudan. Entonces, creo que hay que involucrar a la familia en la vida del sindicato. Todo eso me ha ayudado harto”.

Lucía considera que la lógica del sindicato puede cambiar, si las mujeres así se lo proponen: “yo creo que el proyecto es grande. Para que nosotras podamos dedicarnos a la política y al sindicalismo es importante crear centros infantiles, donde nuestros hijos estén cuidados y así nosotras podemos dedicarle mayor tiempo al sindicalismo”.

AYDA TERESA
GASCÓN ALCÁZAR



“El último cargo que he desempeñado ha sido la Secretaria General de Trabajadores de la Universidad Técnica de Oruro, cargo al que he llegado peleando mucho tiempo. He candidateado dos veces antes y me fue mal por el machismo no sólo de los hombres sino de las mujeres. Bueno, mi trabajo siempre ha sido para defender los derechos, la dignidad de los trabajadores; probablemente he cometido errores, pero he hecho lo mejor que he podido”.

Teresa es fuerte y decidida; se nota cuando habla, cuando explica su gestión, su mirada política. Ella nació en La Paz: “nací en la provincia Inquisivi del departamento de La Paz. A los pocos meses de nacida ya estaba en Oruro, así que soy paceña de nacimiento, pero de vivencia, orureña”.

Teresa recuerda así su infancia: “vengo de una familia tradicional, costumbrista y conservadora. Mi abuelo materno todavía conserva algunas propiedades rurales y en su momento era dueño de una hacienda, así que siempre he estado vinculada a las faenas agrícolas. Mi mamá era la única hija y mi papá era dependiente de la empresa minera Colquiri, de manera que se hizo una simbiosis de una mamá con poderío económico y un papá que sólo tenía su fuerza de trabajo. Nosotros siempre hemos vivido bajo el amparo del abuelo, en el aspecto económico. Tengo tres hermanos y yo soy la mayor. Desde muy temprano he comprendido lo que era la justicia social. En vacaciones íbamos a la hacienda de mi abuelo y él me mandaba a controlar a los campesinos en su trabajo y ahí veía que a veces los campesinos no tenían y me pedían llevarse el resto de semilla que había quedado y yo consideraba que era lo menos que podía hacer, de modo que les aceptaba. Mi abuelo me decía que conmigo iba a entrar en quiebra. Mi padre era el típico obrero, entregado a su trabajo, dirigente sindical,

un buen trabajador, pero un accidente laboral en una hidroeléctrica truncó su carrera porque estuvo 3 meses en estado de coma, pero siguió trabajando con mucho esfuerzo”.

Salió bachiller y quería estudiar agronomía, pero la influencia de su abuelo era demasiado grande: “al final ingresé a Derecho -usted va a estudiar derecho sino ¿para quién van a ser estos libros?- me decía mi abuelo. Como el abuelo era la voz de mando, tuve que hacer caso, pero no me arrepiento porque ahí conocí a amigos de mucha valía y he tenido vivencias sociales que han marcado mi vida personal. Ahí he corroborado que lo que me gusta es buscar la justicia, el bienestar de todos, de pelear contra lo injusto, siempre he tenido un carácter de independencia, lo que a mi abuelo le gustaba mucho. A veces me decía -tú deberías ser varón porque tienes un carácter fuerte y cuando yo ya no esté tú tienes que hacerte cargo de la hacienda”.

Teresa creció sin muchas apreturas económicas gracias al apoyo de su abuelo, de modo que ella debía concentrarse en estudiar, pero las circunstancias le plantearon nuevas opciones: “mi abuelo y mi mamá siempre nos han proporcionado todo lo que necesitábamos, pero cuando yo pasaba de la adolescencia a la juventud y no querían darme algo, mi mayor chantaje era amenazar con trabajar para comprar lo que quería y un día cumplí mi amenaza. Pasaba por la Corte Superior de Distrito Judicial de Oruro y una amiga me preguntó si quería trabajar, me ofreció un puesto de supernumeraria y acepté. Tenía 22 años y fue una experiencia interesante, me gustó el trabajo. Yo ya estaba involucrada en peleas sindicales y políticas; en ese momento había una influencia muy grande del MNR y yo me inclinaba por partidos de izquierda, de tendencia trotskista. Entonces se produjo la relocalización y, entre otros tantos trabajadores, mi papá fue despedido. Eso reforzó mi convicción de lucha por los trabajadores. Formamos un sindicato del Poder Judicial y nadie podía entender cómo en el Poder Judicial y con tanto poder del MNR había un sindicato y, aunque era supernumeraria, participé activamente en ese sindicato”.

Teresa recuerda con cariño su primer salario: “se lo llevé a mi mamá y se lo entregué agradecida por el apoyo que me dieron pero ella me lo devolvió y me dijo que aprenda a administrar y a valorar el trabajo”.

Al mismo tiempo que trabajaba, Teresa se formaba como abogada y como líder: “en la Universidad formamos un frente de tendencia trotskista, identificados con el POR (Partido Obrero Revolucionario) de Guillermo Lora, pero él nos decía que éramos poltrones y que no le servíamos para la revolución porque la idea era que no hablemos con gente de ‘otra clase social’ y nosotros no nos identificamos mucho con eso y por eso nos expulsaron del POR pero nos quedamos como el frente URUS, unidad que, por 10 años, estuvo en la dirigencia de la Facultad de Derecho. Esa ha sido una buena referencia y yo era una de las pocas mujeres. Después entró una amiga y con ella me sentí más fortalecida. Después entré a ser dirigente de la Federación Democrática de Mujeres de Bolivia que apoyaba a mujeres en el plano sindical y político”.

Teresa había invertido mucho en la Universidad, de modo que allí mismo se quedó a trabajar: “el ‘92 entré a trabajar a la Universidad, producto del apoyo a una gestión rectoral. Entré en un puesto vacante, no le quité el trabajo a nadie. Trabajé en extensión universitaria, pero en todo este tiempo he podido notar que la mujer siempre está en contra de las mujeres, más si se trata de una mujer sola que no tiene hijos ni marido. No ven con buenos ojos que una mujer con voz propia surja, pero pese a todas las circunstancias sigo adelante”.

Desde diferentes cargos y aunque no lo fuera, desde las bases, Teresa se ha hecho carne de las luchas de los trabajadores: “el último cargo que he desempeñado ha sido como Secretaria General de Trabajadores de la Universidad Técnica de Oruro, cargo al que he llegado peleando mucho tiempo. He candidateado dos veces antes y me fue mal por el machismo, no sólo de los hombres, sino de las mujeres. Bueno, mi trabajo siempre ha sido para defender los derechos, la dignidad de los trabajadores; probablemente he cometido errores, pero he hecho lo mejor que he podido”.

De todo el tiempo que lleva Teresa como sindicalista, ella evalúa: “cuando se trata de la unidad de los trabajadores, ellos están firmes y eso ha permitido que nos mantengamos incólumes en nuestras fuentes de trabajo; la posición firme ante las autoridades y el gobierno hace que los trabajadores no seamos avasallados en nuestros derechos fundamentales. Lo negativo es que los trabajadores sean miopes, inconsciente en relación al trabajo dirigencial y no vean los beneficios que se han logrado. Mucho de ellos critican rasgos de la personali-

dad o del temperamento de sus dirigentes y ponen mucho énfasis en eso, pero no toman en cuenta que un dirigente sabe lo que hace y si no tiene carácter puede ser fácilmente manipulado. Yo creo que gracias a la dirigencia firme, en la Universidad tenemos un sindicato fuerte y unido. He tenido que enfrentarme a posiciones desde machistas hasta fundamentalistas. He tenido que pelear con mis propios compañeros por el fuero sindical porque no lo comprendían. El dirigente tiene que tener posiciones políticas bien claras y posiciones claras frente al gobierno y a las autoridades, y más si se es mujer; por ejemplo conmigo, creían que porque era mujer iban a poder manejarme a su antojo, pero no fue así. Cada uno en su lugar, me eligieron por alguna razón y si era así, yo debía dirigir el Sindicato. Mis aciertos o errores eran míos y de nadie más y eso no quiere decir que me haya alejado de las bases, pero supone asumir el rol dirigencial. Con todas esas dificultades hay que seguir adelante”.

Con la experiencia sindical que tiene Teresa, se permite un análisis de la relación entre hombres y mujeres en los diferentes gremios: “dependiendo de los gremios o sectores, la relación entre hombres y mujeres varía. En el sector minero y fabril, por ejemplo, el varón ve con buenos ojos que la mujer esté en el sindicato, pero no admite que sea superior a él en cargos. Ahora, hay algunas excepciones. En la clase media la mujer tiene el tropiezo de la familia que no quiere que rompa con sus roles tradicionales e incluso hay tendencia a crear malos comentarios de la mujer dirigente. En el sector campesino, la mujer puede ser dirigente, pero no tiene que descuidar sus roles familiares. Y vista así la cosa, la familia es un obstáculo para la vida sindical. En mi caso, mi hermano, por ejemplo, me apoya mucho, pero, tal vez, si hubiera tenido esposo, me hubiera dicho que no, o me hubiera mandado con mis hijos por delante. He visto casos de amigas cuyos esposos apoyaron a sus esposas, pero cuando ven viajes empiezan a desconfiar y retiran el apoyo, sobre todo por celos e inseguridad.

La familia es como la sombra al cuerpo y por lo tanto, hay que integrar a la familia al sindicato y hacer comprender el porqué de la participación en el sindicato, tanto de hombres como de mujeres, porque muchas veces las mujeres tampoco comprenden lo que sus esposos hacen en la vida sindical y desconfían, y lo hacen porque también se ha desvirtuado la tarea sindical, sobre todo los hombres que son más permeables que las mujeres y esa degeneración es dañina”.

Con todas la experiencia que ha visto alrededor suyo, Teresa ha decidido mantenerse soltera y sola: "Después de lo que he visto que pasan las mujeres, yo me pongo en su posición que conozco y digo 'no gracias', porque el trabajo de ellas es terrible y ni que la esclavitud. Claro que tiene su encanto, quizá yo podría aguantar hasta un mes, pero no más". Quizá por eso, le dedica todo su tiempo y pasión a la vida sindical.

SILVERIA MARTÍNEZ MEDRANO



Silveria es una de esas mujeres que ha incursionado en la vida sindical con muy mala suerte. Hoy tiene 48 años y está luchando por recuperar su trabajo; pero volvamos al principio, su infancia: "He nacido en La Paz. Mi papá era fabril; mi mamá, ama de casa. Tengo seis hermanos, pero uno ha fallecido. Mi papá trabajaba en la Fábrica Soligno. He estudiado gracias a mi mamá que nos incentivaba pese a que no tenía mucha preparación. Mis hermanos son técnicos".

Silveria, luego de salir bachiller, hizo un curso para enfermera auxiliar y se puso a trabajar: "terminé y me dediqué a trabajar y después de muchos años, ya casada y con un hijo, empecé a estudiar Derecho. Mi hijo nació y mi madre murió cuando más la necesitaba porque mi hijo se enfermó, incluso tuvo que internarse y era mi primer hijo, yo no tenía experiencia. La situación me desequilibró muchísimo. Un drama terrible. Ahora mi hijo es ya joven, pero extraño a mi madre".

"Yo mantenía mi casa, pero no importó nada. Iba a reclamar de un lado a otro; luego de un año, recién tuve el valor de decirles a mis hijos que se tenían que buscar trabajo porque yo ya no trabajaba. Antes, no sabían nada. Fui con mis compañeras a hacer huelga y nos devolvieron nuestros trabajos pero con un ítem de prueba y como nuevas y, al cabo de un tiempo, no hubo nada; nos han engañado y nos dijeron que es más una cuestión política y no se puede. Ahora nuestro caso está en un juzgado y ganamos la primera instancia, pero no sé cómo será luego. Seguramente hay mucha gente en mi situación y por el juego político no nos hacen caso. Hacen que el trabajador se canse, yendo de un lado a otro, a reclamar".

Para Silveria, su primer salario fue muy significativo: “Mi primer trabajo fue a los 21 años en el Hospital Obrero de la Caja. Mi primer salario fue muy simbólico porque era mi sacrificio, y empecé a ahorrar aprovechando que estaba soltera. Recordaba cómo mis hermanos buscaban trabajo y mi mamá nos privaba de comer cosas muy elaboradas, y como me crié así, yo tenía la idea de ahorrar”.

“Estuve 23 años y 6 meses en mi Institución y me decepcioné porque ya estaba como parte del sindicato de la Caja y por ser dirigente me retiraron de la institución. En el último año de trabajo, en la Caja me eligieron para ser miembro del sindicato como Secretaria de Relaciones. Yo era muy buena trabajadora, pese a los problemas de mi casa, daba todo en mi trabajo y mucha tolerancia con los enfermos y hasta tenía felicitaciones por ser buena trabajadora. Las injusticias no me gustaban y siempre exponía mis argumentos. Supongo que mis compañeros en eso se habrán fijado. Cuando nos posesionaron y por mi trabajo, yo no sabía quién era quién, no me ocupaba de saber nombres ni cargos de ninguno de los asistentes a ese acto, así que mi discurso fue: ‘solamente me dedicaré a defender los derechos de mis compañeras’, y eso fue todo”.

Silveria asumió su cargo con convicción, pero también con ingenuidad: “fuimos avanzando en la gestión. Yo pensaba que todos eran como yo, sinceros, no había sido así. Muchas personas son hipócritas y, analizando, el aspecto sindical es muy ingrato. Había un compañero que ya era 15 años dirigente y conocía muy bien el movimiento y la dinámica sindical, mientras yo no; yo sólo fui con mis convicciones y punto, porque el trabajo del hospital es muy diferente al de la parte administrativa. A veces, una está cirugía tras cirugía, no salimos hasta el final del día y este dirigente era administrativo. Ellos cualquier rato se iban a tomar un café; nosotras no podíamos y por eso tuvimos problemas porque yo hacía una observación y este compañero decía que yo no tenía nada que ver, porque ellos son administrativos y me hacía a un lado. Habían otras mujeres como representantes, otras enfermeras que trabajaban en los policlínicos pero ese trabajo también es diferente y cuando yo defendía a mis compañeros de hospital, ellas se alejaban, no me apoyaban; así que allí conseguí más enemigos que amigos. Dejé mi hogar, abandoné a mis hijos y recién ahora veo a mis hijos y duele no haberlos disfrutado, no los he visto crecer y no sé cómo habrán crecido. La verdad es que ahora me duele no haber estado con ellos. Han sido 23 años de trabajo al agua porque ahora no tengo trabajo y mis hijos ya son jóvenes”.

Silveria estuvo en su cargo durante un año y seis meses cuando le llegó el memorándum de destitución: “somos cinco enfermeras retiradas porque a nosotras, cuando salimos como dirigentes reconocidas como tales por el Ministerio de Trabajo, cumplimos a cabalidad con un convenio de la institución que permite cumplir la actividad sindical, declaradas en comisión pero con la condición de marcar tarjeta en nuestras instituciones, pero una compañera inventó un proceso mellando incluso nuestra dignidad. Presentamos nuestro memorándum explicando que estábamos cumpliendo lo que decían las autoridades, pero de nada sirvió”.

Quizás para Silveria el golpe no hubiera afectado tanto si no hubiera sido el sustento económico principal de su hogar: “yo mantenía mi casa pero no importó nada. Iba a reclamar de un lado a otro; luego de un año, recién tuve el valor de decirles a mis hijos que se tenían que buscar trabajo porque yo ya no trabajaba. Antes, no sabían nada. Fui con mis compañeras a hacer huelga y nos devolvieron nuestros trabajos pero con un ítem de prueba y como nuevas, y al cabo de un tiempo no hubo nada; nos han engañado y nos dijeron que es más una cuestión política y no se puede. Ahora nuestro caso está en un juzgado y ganamos la primera instancia pero no sé cómo será luego. Seguramente hay mucha gente en mi situación y por el juego político no nos hacen caso. Hacen que el trabajador se canse, yendo de un lado a otro a reclamar”.

Silveria lamenta haberse involucrado en el sindicato porque, además, nunca estuvo entre sus planes y expectativas entrar en esos espacios y lamenta más todavía que sea una de sus compañeras, la que inició el proceso administrativo en su contra porque es mujer y porque la conoce y conocía su trabajo: “Me parece que ahora la gente de los sindicatos está viendo más por sus intereses personales que por los intereses de los trabajadores. Mi papá era sindicalista, también, él fué perseguido por el gobierno de Banzer y nosotros chiquitos asustados, lo veíamos prepararse para escapar. Esa idea tenía yo del sindicalismo pero ahora no es así”. Silveria cuenta que este problema ha desestructurado las familias de las mujeres involucradas, porque todas tenían mucho años de servicio y prácticamente ellas mantenían a sus familias: “además, ahora dónde podemos ir a trabajar. En todo lado solicitan gente joven. Es muy difícil encontrar trabajo y empezar de nuevo”, dice casi desconsolada.

Después de esta dramática experiencia, Silveria es totalmente escéptica sobre un posible cambio en la cultura sindical "tantas personas han sido retiradas por culpa de alguna gente y deben seguir haciendo lo mismo. No sé si puede cambiar; yo creo que depende de la persona que ocupa el cargo. En el sindicato se necesita gente con ética. Yo, a veces me arrepiento de haber aceptado ese cargo y ahora quiero demostrar que no hice nada y mi sueño es volver a mi institución, aunque sea un año. Este acto ha destruido al sindicato porque quedó un antecedente negativo de que si las compañeras van a hacer algo les va a ir igual".

.....
**EDMY GLORIA
LÓPEZ IRAHOLA**
.....



Serena, firme, solvente; así puede calificarse a Gloria después de una primera conversación. Es una mujer mayor, llena de experiencia y cariño por su compromiso sindical. Nació en marzo de 1945 y desde 1981 se dedica plenamente a la vida sindical.

“Desde que hay más mujeres en el sindicato, las cosas han mejorado. Ya las mismas compañeras se han ido interesando porque hemos abierto brecha y los compañeros varones han ido entendiendo que las mujeres también pueden y deben asumir estos cargos e intercalar la participación porque en Salud, por ejemplo, sólo el 20% son varones y más bien les conviene alternar si no quieren quedarse abajo. Ahora, en la Federación somos seis mujeres y un solo varón. Entonces, creo que hemos equilibrado la participación y hemos demostrado que somos tan capaces como los hombres para dirigir las instituciones y organizaciones”

“Yo soy una luchadora por los derechos de la gente gracias a la orientación de mi padre. Él me inculcó estos valores. He empezado una lucha quizá sin conocimiento pero he tenido grandes experiencias con líderes como Huracán Ramírez, Víctor López y el mismo presidente del Estado; creo que he aprendido mucho de ellos y hasta ahora estoy en la lucha sindical. Mi padre era industrial minero en la localidad de Poopó, tengo cinco hermanos varones. Yo, en mi juventud fui deportista; estaba en la selección de básquetbol y vóleybol de Oruro. Mi infancia ha sido muy dulce porque he tenido padres muy buenos pero estrictos también, y eso me ha formado así, yo soy una persona que le gusta cumplir. Estuve en la Facultad de Economía pero por razones muy especiales y familiares no terminé mis estudios universitarios pero posteriormente hice una carrera de auxiliar de contabilidad”.

Gloria salió bachiller e inmediatamente comenzó a trabajar: “yo empecé a trabajar a los 18 años, saliendo bachiller. Me fui a Huanuni como profesora de manualidades pero no duré mucho porque no era mi vocación. Con mi primer salario me compré una cama y una bicicleta. La bicicleta era mi mayor sueño e iba en esa ‘bici’ a todo lado. Después trabajé en una empresa privada de telecomunicaciones. Luego administré una empresa de transporte y después llegué al SEDES y ya estoy aquí 33 años”.

Su primera experiencia sindical no fue muy trascendental para ella: “mi primera experiencia sindical ha sido el ‘81 como Secretaria de Deportes del Sindicato de la Unidad Sanitaria de Oruro y luego fui Secretaria de Hacienda. Después lo dejé como dos años por la carga de trabajo que tenía, pero me interesó estar en la cabeza del sindicato por las injusticias que existían; en el área rural vi un montón de injusticias. El año ‘86 llegué a la Federación de Trabajadores en Salud de Oruro, era la primera vez que una mujer asumía la Federación. Justo en esa época se planteó el problema de FOCSSAP; tuvimos una dura batalla para recuperar los aportes de los trabajadores que se habían robado”. Esta experiencia la marca definitivamente y nunca más dejaría las lides sindicales.

Aunque había adquirido ya mucha experiencia con la dirigencia de la Federación, ella todavía no se había planteado nuevos retos, pero las circunstancias se encargaron de ello: “yo ni había pensado en llegar a la máxima instancia de la organización de los Trabajadores en Salud, pero llamaron a un congreso extraordinario en Santa Cruz el año ‘89, en el cual se determinó cambiar al máximo Ejecutivo Nacional. Entonces, propusieron mi nombre pero me negué rotundamente porque sentía que no tenía la experiencia necesaria. Todas las delegaciones insistieron en que yo asuma el cargo porque no había más alternativa. Ante esa situación no me quedaba más remedio que aceptar ir a la cabeza de la Confederación. Éramos dos mujeres y el resto, varones” dice.

Gloria, determinada como es, asumió su nuevo cargo: “al principio, los varones creían que las mujeres estábamos ahí de floreros y eso me molestó porque nosotras tenemos los mismos derechos y les planteé que si ellos querían quedarse con la Confederación yo me iba. Ellos reflexionaron y me pidieron que me quede. Ahí surgió el respeto. La falta de respeto a nuestra capacidad nace lamentablemente del machismo que todavía tenemos en el país. De ahí en

adelante, me fue muy bien. Conseguimos que nos devuelvan el bono de riesgo que ahora se llama viático de vacunación. De la misma forma hemos llamado a un primer congreso orgánico para hacer nuestro estatuto y con eso hemos puesto un alto a las arbitrariedades que cometían anteriores dirigentes”.

Lo ha dicho, nunca más dejó la vida sindical: “he estado tres veces en la Confederación: la primera como Ejecutiva, la segunda como Delegada a Derechos Humanos y la tercera como Secretaria del Área Social. Yo ya no puedo volver a la Confederación porque así dicen los estatutos. Ahora estoy como Ejecutiva de la Federación de Oruro y ahí concluyó mi carrera sindical. Ojalá la gente que me está acompañando en la gestión y que he ido formando, pueda seguir la lucha por la defensa de los derechos de los trabajadores”.

Y después de tantos años de trabajo y entrega, Gloria revisa sus logros y menciona sólo los más importantes: “en aquellas épocas de la UDP, los trabajadores no teníamos ni la canasta familiar y conseguimos una pulpería para nuestros compañeros. Luego, hemos tenido la oportunidad de construir el inmueble de la Federación, que ahora tiene incluso guardería y sirve no sólo a los hijos de los trabajadores sino que, además, atiende a niños de la zona. He recuperado un dinero de nuestra Sede Social que se estaba perdiendo. Últimamente hemos conseguido un mausoleo para nuestros compañeros”.

Con todo, Gloria cree que hay mucho por hacer y lamenta, sobre todo, las divisiones: “cuando una es funcionaria y dirigente y cumple con su trabajo, resulta que le cargan más trabajo que a los que no trabajan. Eso me molesta porque acabamos trabajando los unos para que les paguen a los otros. Por otro lado, la división entre profesionales y trabajadores de base es muy marcada. Antes todos éramos como una sola cosa pero ahora desde que tenemos la Federación y el SIRMES que aglutina a los profesionales, la cosa ha cambiado mucho. Nosotros hacemos paro y ellos esperan que logremos las conquistas y, al final, ellos son los más beneficiados en cuestión de incrementos salariales por ejemplo, porque ellos ganan más que nosotros. Esa es la cosa más negativa que tenemos ahora en nuestro sector, creo que eso es una injusticia”.

Sobre las relaciones entre hombres y mujeres, Gloria es optimista: “desde que hay más mujeres en el sindicato, las cosas han mejorado. Ya las mismas compañeras se han ido interesando porque hemos abierto camino y los compañeros

varones han ido entendiendo que las mujeres también pueden y deben asumir estos cargos e intercalar la participación porque en Salud, por ejemplo, sólo el 20% son varones y más bien les conviene alternar si no quieren quedarse abajo. Ahora, en la Federación somos seis mujeres y un solo varón. Entonces, creo que hemos equilibrado la participación y hemos demostrado que somos tan capaces como los hombres para dirigir las instituciones y organizaciones". No piensa lo mismo sobre las relaciones entre mujeres: "en este sentido de género, creo que las mujeres estamos cometiendo el error de no apoyarnos entre nosotras y más bien somos más críticas con las dirigentes mujeres que con los varones; no estamos comprendiendo que si una mujer llega a algún lugar es por su capacidad y más bien deberíamos aprender de ella y seguir su ejemplo porque de las dirigentes lo hacen con mucho sacrificio. Estas cosas ponen al descubierto que hay mucha rivalidad entre mujeres, sobre todo, por falta de educación. Tenemos que trabajar mucho en educación para las mujeres y en esto tiene que ver la familia".

Gloria es soltera, pero eso, dice ella, no la libera de los compromisos familiares: "yo soy soltera con varios hijos que no son míos. Tengo un cariño muy grande por mi sobrinos, así que puedo comprender a las mujeres que tienen hijos y no por ser soltera una no tiene obligaciones. Yo, como cualquier mujer, tengo obligaciones en mi casa, apoyo a mis hermanos, mis sobrinos. Mi familia no ha sido una desventaja para hacer vida sindical; de hecho a mí nunca me ha gustado el sindicalismo pero son las injusticias las que me han impulsado a meterme en este mundo. Ahora, tengo compañeras casadas cuyos esposos han sido muy comprensivos. Hay química entre los esposos que permiten que las compañeras estén aquí a tiempo completo. Ellos las colaboran muy bien y eso les permite desarrollar sus actividades con mucha solvencia".

Finalmente, Gloria cree que precisamente por ese proceso de liberación de la mujeres, no es posible cambiar la lógica sindical: "yo creo que las mujeres debemos adaptarnos a la lógica sindical porque si estamos luchando tanto contra el machismo, no creo que los varones tan fácilmente nos den toda la libertad de cambiar el sindicato. Al contrario, creo que las mujeres debemos trabajar en nuestra familias, con las parejas, para que entiendan que también podemos ser nexos entre las familias y la sociedad y que podemos y queremos aportar en estos espacios".



CARMEN LIDIA ANDIA OLMOS



A Carmen, la vida le ha dado duros golpes. Perdió a su hijo y a su esposo. Ahora vive sólo con su hija. Su esposo le ha dejado como herencia un trabajo y con laboriosidad, ella lo ha conservado.

“En el '99, con un cambio de gobierno, me destituyeron y tuve que entrar con otras 15 personas a huelga de hambre en el Hospital General para que me devuelvan mi ítem. Me devolvieron mi trabajo pero me mandaron a El Alto. De ese modo he conocido varios distritos de El Alto y por último me mandaron al Hospital Corea donde actualmente estoy trabajando. El mismo '99 me eligieron como Secretaria de Relaciones, luego asumí al siguiente año la cartera de Conflictos. Hubo una elección el 2005 y fui parte de la Federación de El Alto como Secretaria de Deportes. Ahora soy parte de la actual Federación como Secretaria de Hacienda”.

Carmen nació en el Beni, en Santa Rosa de Lima, pero se crió en San Borja. Ahora tiene 48 años, y nos cuenta cómo era su familia: “Mi papá era carpintero pero por circunstancias de la vida ha trabajado en todo, ha trabajado con ganado y hacía de todo un poco. Mi madre era ama de casa y seguro que tenía mucho trabajo porque nosotros somos 12 hermanos, seis mujeres y seis varones y yo soy la quinta”.

Carmen estaba estudiando y cuando casi logra el bachillerato, el destino le tenía una sorpresa: “Hice hasta tercero de secundaria y bueno, me enamoré y prácticamente me casé a los 18 años. Me vine a vivir a La Paz porque mi esposo era paceño. Tuve a mi hijo mayor a los 18 años. Tenía dos hijos, pero mi hijo varón falleció. Tiempo después terminé el colegio en CEMA, salí bachiller el 2000 ó 2001”.

Desde que tuvo sus hijos se dedicó por entero a ellos y a su esposo hasta que se le presentó la oportunidad de trabajar: “Fui ama de casa hasta el '89 que entré a

trabajar a la institución de Salud. Mi esposo era dirigente político y de ese modo entré a trabajar, pero al poco tiempo hubo cambio de gobierno y como entré por invitación política estaba observada. Me dieron el cargo de auxiliar de nutrición y obvio que cuando empecé no sabía nada aunque en ese tiempo ya nos habrían capacitado. Como éramos un personal relativamente nuevo, pero ya capacitados, decidieron tomarnos un examen para ver si nos quedábamos o no y vencimos el examen. Así es que me quedé a trabajar en Salud hasta ahora”.

Carmen no podría olvidar lo que hizo con su primer salario: “recuerdo que cuando recogí mi primer salario, mis compañeras me dijeron que me compre pan, sal y azúcar y ese rato, como es costumbre de acá, me lo ch'allaron diciéndome que iba a durarme y que no iban a sacarme de la institución y hasta ahora estoy allí”.

Pero no siempre estuvo tranquila en su trabajo: “en el '99, con otro cambio de gobierno, me destituyeron y tuve que entrar con otras 15 personas a huelga de hambre en el Hospital General para que me devuelvan mi ítem. Me devolvieron mi trabajo pero me mandaron a El Alto. De ese modo he conocido varios distritos de El Alto y por último me mandaron al Hospital Corea, donde actualmente estoy trabajando. El mismo '99 me eligieron como Secretaria de Relaciones, luego asumí al siguiente año la cartera de Conflictos. Hubo una elección el 2005 y fui parte la de Federación de El Alto como secretaria de Deportes. Ahora soy parte de la actual Federación como Secretaria de Hacienda”.

Para Carmen, la labor sindical es una de las cosas que más disfruta y le da satisfacciones cuando logran algún objetivo en favor de los trabajadores: “siempre hemos tratado de hacer lo mejor para los compañeros y compañeras y eso hemos logrado aunque no siempre al 100%, pero hemos hecho muchos esfuerzos para que así sea”.

Entre las cosas negativas que Carmen ha experimentado en la vida sindical está sobre todo el machismo de sus compañeros varones: “a veces hay discriminación de parte de los varones. Eso se siente todavía. Ellos piensan que no somos capaces pero somos muy capaces y, a veces, más que ellos. No es una discriminación de frente ¿no? pero hacen el trabajo sucio, por debajo, difamando con panfletos como nos han hecho cuando estábamos en campaña para esta Fede-

ración y muchas veces lo hacen en el plano personal incluso, y sólo con las mujeres. Entre ellos no se hacen eso porque muchas veces resuelven sus diferencias entre farras y ahí hacen sus 'amarres', como se dice vulgarmente. Las mujeres no podemos hacer esas cosas porque nosotras nos debemos más al hogar”.

A pesar de esos obstáculos, Carmen dice que las mujeres han crecido mucho en el ámbito sindical y lo han hecho con mérito propio porque: “no tenemos el apoyo al 100% de los varones. Siempre va a existir eso de que piensen que los hombres pueden más que las mujeres, pero es más lamentable que entre mujeres exista envidia. No valoramos las capacidades de las mujeres, pero, por otro lado, también las mujeres que suben a los cargos velan más por sus intereses personales y se olvidan de quiénes las han elegido y eso también hace que se les retire el apoyo”.

Carmen no es la excepción de la regla. Ella también ha tenido que madrugar mucho y doblar los esfuerzos para ser dirigente sindical: “como toda mujer me he organizado con mis hijos levantándome temprano para dejarles todo hecho. Mi esposo todavía vivía y hubo algo de desconfianza pero yo me propuse seguir adelante, así que me organizaba para cumplir con mis tareas sindicales porque veía mucha injusticia que hasta ahora existe en la Institución. Hasta ahora, a las mujeres, nos ponen a prueba y nos mandan a cualquier lugar. Además, antes, era muy tímida y el sindicalismo me ha ayudado a superar eso”.

Por experiencia propia, Carmen recomienda que las mujeres se propongan cambiar las cosas en la casa, que es donde mayores dificultades encuentran las mujeres para salir a la vida pública: “todo depende de cada mujer pero depende sobre todo, de que las mujeres se organicen y superen los obstáculos que pone el hogar porque si vamos a seguir sometidas a las tareas domesticas, nunca lo vamos a lograr. Hay que hablar con el esposo y los hijos porque es ahí que tenemos más carga y sufrimos más. Los papás también influyen en las mujeres diciéndonos que estamos descuidando la casa, que nos debemos a los hijos. Yo, en cierta medida, he pasado por eso también y tuve algunos problemas con mi esposo por esa situación. Al final el me dijo que si quería estar en esto yo debía ver cómo iba a hacer -ya verás tú como haces con tus hijos, si no los controlas o se enferman, yo no sé- así me decía, de ese modo me organicé en la casa pero

en contra de los deseos de mi esposo”.

Carmen considera que es muy difícil que cambie la lógica sindical, es decir esa dinámica de reuniones largas y sin horario, viajes intempestivos y el inevitable alejamiento de la casa y la familia y por eso mismo cree que las mujeres deben delegar y descentralizar las tareas domésticas y trabajar para que los entornos familiares comprendan que tanto hombres como mujeres tienen derecho a una vida pública y a la realización personal. Por último, Carmen hace una reflexión sobre algunas otras cosas que las mujeres deben trabajar para superarse: “deberíamos hacer a un lado la envidia y ser más solidarias con las personas que se perfilan como líderes, porque, además, podemos ver que nosotras también podemos llegar a estos cargos. Las mujeres podríamos participar más y aportar más para construir liderazgos, pero sabemos que la cuestión familiar influye mucho para meternos en este mundo y ahí es que tenemos que trabajar de manera individual cada mujer”.

ELIZABETH VACA MENDOZA



“Acá la cosa es muy difícil. Se cita a las mujeres y no aparecen; la una porque tiene el hijo que se enfermó, la otra porque viajó el marido, la otra porque la madre no sé qué. O sea, muy complicado porque, sobre todo, las mujeres no tienen esa actitud de superación, de salir adelante, de progresar, de estar en contacto con las demás mujeres...”

Elizabeth nació en Trinidad, en diciembre de 1945. Es una mujer madura, serena y con una historia de vida marcada por la política.

Los recuerdos de su infancia son entrañables: “mi mamá era profesora y vivía con nosotros en Trinidad. Mi papá tenía una propiedad de agricultura, una plantación de cacao, que generalmente da frutos a fin de año, los que traía aquí a Trinidad para la venta. Como teníamos esa propiedad, mi hermano y yo íbamos de vacaciones y nos llevábamos algunas amistades de nuestras mismas edades para no estar solitos y la pasábamos muy bien. Mi papá tenía bastante gente que trabajaba a su cargo y siempre nosotros tratábamos de colaborarles. Mi padre siempre ha sido muy sensible y ayudaba a la gente que trabajaba con él en lo que podía”.

Una anécdota marca la adolescencia de Elizabeth: “estudiaba en el Colegio Madre Setun, un colegio de monjas, y allí estuve hasta quinto de secundaria. Ya íbamos a salir bachilleres pero había un grupo de chicas que tenían un carácter bien especial, discutían mucho con las monjas, ya era insoportable la situación; las monjas ya no aguantaban a las alumnas ni las alumnas a las monjas y fue tan grande la tensión que al final cerraron el curso. Al final nos fuimos todas al Liceo y de ahí salimos bachilleres; por primera vez, veo en la historia que se cierra un curso”, dice Elizabeth y sonríe levemente.

Por entonces, Trinidad no ofrecía muchas oportunidades a sus jóvenes, así que, como muchos de ellos, Elizabeth tuvo que migrar a La Paz para estudiar. Allí estudió secretariado ejecutivo bilingüe y también conoció a su pareja: “Me casé a los 23 años con un caballero bastante político que era de la juventud comunista”. Su vida adquirió un ritmo totalmente acelerado eran los años sesenta y los comunistas de esa época tenían una actividad intensa: “yo tenía que estar con él, de un lugar a otro, subíamos hasta los cerros, íbamos a las villas a conversar con la gente para hablarles de política, de los postulados comunistas. Ahí he adquirido la facilidad de estar con la gente”.

Eran otros tiempos, eran personas apasionadas y su esposo estaba entre ellos: “Mi esposo quería irse a la guerrilla del Che Guevara. Dos años después de esa guerrilla, hubo otra a la que fueron puros estudiantes y la mayoría de la universidad”. Era la guerrilla de Teoponte y su esposo era miembro de la CUB (Confederación Universitaria Boliviana) y estaba en la cartera de vinculación sindical: “entonces, se fue a la guerrilla y yo me vine acá con mi hijito pequeño y esperando familia y, bueno, fatal, porque todo fue un desastre. Él murió y yo aquí con mis hijos, donde mi padres”.

Desde entonces, Elizabeth tuvo que encarar la vida sola: “tuve la suerte de encontrar trabajo rápido porque tenía lo del secretariado así que trabajé en la Universidad gracias a que, justamente, el Rector era del partido comunista; bueno, por lo menos tenía esa relación. Estuve ahí un tiempo y me fui, porque me ofrecieron un mejor salario en la Droguería INTI. Trabajé como cinco años en este laboratorio y luego tuve la oportunidad de tener contacto con gente del Banco Ganadero y presenté mis papeles; me aceptaron y trabajé allí como diez años. Me fue bien en este trabajo e incluso llegué a ser gerente de la sucursal de San Borja. Todo iba bien, pero empezó el desastre, porque la gente no pagaba sus créditos y, como siempre, todo recae sobre el gerente ¿no? A veces uno por amistad accede con la promesa de que no van a fallar pero igual fallaban. Eso me causó bastante desastre y me vine. Y dije ‘mejor es trabajar independiente’, ¿no?, y puse un negocio. Pedí la representación de embutidos Santa Fe de Santa Cruz. Igual, la gente sacaba crédito y no pagaba; todo era fiado. Creo que estuve como 5 años en el negocio y tuve que cerrar y mucha gente me quedó debiendo un montón”

Con una nueva decepción a cuestas, Elizabeth tenía el convencimiento de que era mejor trabajar por un salario mensual: “uno recibe su salario y se termina. Si le va mal o bien a la empresa no es problema de uno. Casualmente me llamaron para trabajar en la Cooperativa de Luz Eléctrica que ahora está como ENDE. A Dios gracias, sigo en la empresa; ya son 10 años que trabajo ahí”.

Trabajando en ENDE es que de rebote, como dice ella, le llega una invitación para participar de la Red de Mujeres Trabajadoras y Sindicalistas: “debe ser hace cuatro años. Yo no era miembro del sindicato pero ninguna de las del sindicato podía asistir, así que me pidieron que yo fuera. Ya en la Red, me eligieron como responsable del área internacional y entré en este mundo, francamente sin pensar”.

Elizabeth está muy agradecida con la Red porque: “es en esta Red que tuve la oportunidad de aprender; lógicamente hubieron otros talleres y ya me fue gustando porque siempre a mí me gustaba estar en esas cosas por lo que pasé con mi esposo. A mí siempre desde niña, me ha gustado ayudar, compartir, estar con la gente más necesitada porque ese era el trabajo que hacía mi marido ya difunto. Bueno, después de esa experiencia, al año siguiente estuve en el sindicato de SITRALUZ, como delegada de la COD. Entonces, ya me eligieron en la Federación de Luz, Agua, Teléfono de Bolivia. Tuve más ascensos en los últimos años porque antes no me metí, y sin embargo, ahora, cuando yo ya creo no voy a trabajar, estoy en el Sindicato como Secretaria de Hacienda de la Federación, estoy más involucrada y a más alto nivel”.

En su corto tiempo como dirigente, Elizabeth ha cosechado varias experiencias positivas pero la más importante para ella es: “estar en contacto con las mujeres porque he visto la necesidad de que las mujeres vayan progresando y puedan desligarse de ese yugo que tienen desde la casa. La mujer pasa de un yugo a otro; si no son los padres, son los maridos los que tratan de aplacar a la mujer. Hacen todo para que no salgan, que no se metan en nada y, generalmente, es por celos o por excesivo cuidado a sus hijas, cuando todavía son dependientes y cuando pasan a manos del marido, peor todavía. Generalmente los hombres son más machistas en el Beni que en otras partes. No quieren ni que se junten con las amigas porque creen que las van a llevar a otros lados, que les van a presentar a otros amigos, qué sé yo; tienen ese pensamiento. Además, creen

que la mujer debe cuidar a los hijos; pero, sin embargo, los maridos se salen y nadie dice nada, salen de lo más tranquilos ¿no?”.

Elizabeth celebra haberse contactado con otras mujeres sindicalistas, pero tiene una profunda preocupación sobre el fortalecimiento de liderazgos femeninos en su departamento: “acá la cosa es muy difícil. Se cita a las mujeres y no aparecen; la una porque tiene el hijo que se enfermó, la otra porque viajó el marido, la otra porque la madre no sé qué, o sea, muy complicado, porque, sobre todo las mujeres no tienen esa actitud de superación, de salir adelante, de progresar, de estar en contacto con las demás mujeres. Un día, incluso, invité a mi casa a un té y allí charlamos sobre las dificultades que atravesamos como mujeres dirigentes, pero fueron las de mi oficina, y las que tenían que ir de otras partes, nada, no aparecieron. La cosa es peor si se habla de viajar a otra parte, nadie quiere. Eso veo yo como una cuestión bastante negativa”.

A pesar de todo, Elizabeth encuentra que hay avances: “ya he tomado contacto con mis compañeras y nos está yendo bien; la mayoría del sindicato son mujeres y en la Federación también hay mujeres. Hemos tratado de que vayan más mujeres, pese a que los hombres, lógicamente, se imponen y lo hacen precisamente porque ellas ponen muchos obstáculos para ejercer la dirigencia, quizá por temor pero la que hace las cosas bien, no tiene por qué preocuparse ¿no?”.

Como esposa de un caído en la Guerrilla de Teoponte, Elizabeth también es miembro de Asociación de Familiares Muertos y Desaparecidos de las dictaduras: “el año pasado también estuve en ASOFAM. En esta Confederación, recién hace dos años que hay mujeres, porque antes entraban más hombres que mujeres. Todo eso a mí me gusta pese a que antes nunca estuve involucrada, sólo miraba de palco, pero creo que he hecho algo bueno, que estoy haciendo algo bueno con mis compañeras”.

“Quizá mi esposo hubiera sido un apoyo en mi carrera dirigencial. Uno nunca sabe”, dice Elizabeth, pero expresa satisfacción porque: “no ha habido ningún obstáculo para hacer este trabajo porque no tengo persona que me ligue y que me diga que no vaya, porque ya mis padres fallecieron y los hijos son jóvenes; entonces no tengo compromisos y me valgo por mí misma”. Para Elizabeth es fundamental que las mujeres se superen y se animen a salir al ámbito público

porque: “siempre los varones tratan de que la mujer no entre, precisamente, porque dicen que puede esperar familia y no va a poder, o no va a ir las reuniones; entonces es preferible que un hombre vaya a la cabeza siempre. Lo que nosotros queríamos es que vayan las mujeres a las cabezas de los sindicatos y como que lo logramos en el Sindicato de ENDE”. Destaca que las mujeres dirigentes del Beni tienen muchos valores: “tenemos mujeres buenas que no tienen ese “doble filo”.

Elizabeth cree que el sindicalismo, sin duda, es duro y sobre todo para las mujeres más jóvenes, las casadas y con hijos pequeños. pero que para superar eso: “debe haber una concientización, deben haber talleres en los que estos temas sean tratados de modo profundo y permanente, porque si no, no se puede. Para que esto siga, tiene que haber apoyo constante entre mujeres, porque a veces se dice que sí, pero termina una gestión y ya vienen los problemas. Vienen nuevas dirigentes y, sin esas charlas, otra vez el problema se presenta”.

ROSARIO DEL CARMEN ARCE PIZARROSO



La mirada de Charo es impresionante, arrolladora. Pequeña de estatura pero grande en valentía, esta mujer nació en Camiri y a los 9 días se la llevaron a Tarija y siempre ha vivido allí. Ahora ella tiene 53 años y así recuerda su infancia: “vengo de una familia estable. Mi padre trabajaba en YPFB pero falleció cuando yo tenía 7 años. Soy hija única de mis padres pero mi mamá se volvió a casar. Pese a todo, tuve una infancia muy feliz porque mi abuelita llenó todos los espacios vacíos que yo pudiera tener y mis tíos, lo mismo”.

El caso de Rosario es impactante; vivió de muy joven muchas experiencias fuertes que marcaron su vida: “no pude salir bachiller cuando debería hacerlo porque me enamoré y me casé muy joven. Fui mamá antes de cumplir los 15 años. Eso marcó mi vida, mi estado de persona porque de pronto maduré y tenía que ser responsable de otra vida. Al año de tener mi primer hijito, estaba embarazada de nuevo; ya eran dos, ya no podía jugar. A mis 18 años yo ya tenía

“Tuve la mala suerte de decirle a un Presidente del Consejo que lo que estaba haciendo no era legal y que no estaba bien. Al día siguiente me dieron un memorándum para cambiarme de lugar de trabajo. Fue una etapa muy dura para mí porque el enfrentamiento fue muy duro... El tiempo me dio la razón. Este consejero, evidentemente hizo un mal proyecto que ocasionó una caída de la Empresa de Teléfonos e Incluso entró a la cárcel. Yo crecí y llegué a la Federación de Trabajadores de Luz y Fuerza, Telecomunicaciones y Aguas de Tarija como Secretaria de Hacienda y en la segunda elección fui Secretaria de Relaciones y el 2008 me eligieron como Secretaria de Prensa, Propaganda, Cultura y Deporte de la Confederación de Luz y Fuerza, Telecomunicaciones, Aguas y Gas de Bolivia. En febrero de 2009 me vengo a La Paz y aquí estoy en una segunda gestión hasta el 2013”.

3 hijos. Bendito sea Dios, el padre de mis hijos me apoyaba. Pero enviudé cuando mi tercera hijita tenía 4 años. Yo iba a cumplir 22 años. Eso me marcó mucho, también porque a partir de entonces, comprendí que sí o sí tenía que trabajar; tenía tres pequeños que criar y educar. Antes trabajé pero no muy formalmente, eran trabajos temporales y recuerdo que mi primer salario, que lo recibí a los 17 años, lo gasté en comprar caramelos, galletas y en tomar helados con mis hijos. Compré ropa para ellos y para mí y nos habíamos olvidado de mi esposo, no le compramos nada”.

Su familia, siempre que pudo, le brindó apoyo: “Conseguí mi primer trabajo en la empresa constructora de un tío mío. Da la casualidad que él se quedó sin secretaria y sin administradora y yo entré allí. Estuve como cuatro años, pero los ingresos bajaron mucho y empezaron a liquidar a todos”. Ahora si, tenía que buscar trabajo: “me fui a otra empresa constructora por muy poco tiempo porque luego me fui al Comité Cívico de Tarija pero en esa época vino el golpe de García Meza e hizo desaparecer a todos los Comités Cívicos. Me fui a la Prefectura y le dije al Prefecto interino que no era política pero que de verdad necesitaba trabajar. El Cnl. López, me vio y enseguida me preguntó quién era mi padre; cuando le dije el nombre de mi papá, me dijo que volviera porque había sido muy amigo suyo y mi padre lo había ayudado muchas veces refugiándolo, porque este coronel era político. Me consiguió un ítem como inspectora de Registro Civil y yo realmente estaba agradecida porque con eso mis hijos tenían su alimento seguro. Era un cargo de importancia, en una institución peso. Allí estuve hasta que hubo otro cambio de gobierno y de nuevo estaba sin trabajo. Después conseguí trabajo en el Ministerio de Asuntos Campesinos. Allí trabajé de auxiliar y teníamos que ir al campo permanentemente. Hice muchas amistades en el campo; tanto que muchas veces me volvía a mi casa con mi corderito, canastas de fruta, papas, queso. Ganaba poco pero la amistad de los campesinos compensaba todo eso”.

Rosario estaba contenta con su trabajo pero necesitaba mejorar sus ingresos: “visitaba mucho las oficinas de COSET (Cooperativa de Servicios Telefónicos de Tarija) y una de las señoras que trabajaba allí me dijo que lleve mis papeles, que había vacancias. Así lo hice y me dieron un trabajo de 4 meses pero con un sueldo mucho más alto. Dejé el MACA y me fui allí. Después de un mes de trabajo, mi jefe me dijo que había que copiar planos y como yo ayudaba, precisa-

mente, a mi esposo con eso, así que me ofrecí e hice el trabajo que estaba planificado para 3 meses, en un mes. Presenté mi trabajo y a la semana siguiente me llamaron a la oficina del gerente para contratarme de manera definitiva. Yo estaba muy agradecida porque mi preocupación era volver a buscar trabajo después de terminado mi contrato. Esto me daba seguridad a largo plazo”.

La semilla del liderazgo estaba germinando en Rosario y floreció en 1986: “hubo elecciones de sindicato y entré a formar parte del mismo como Secretaria de Deportes y estuve dos o tres gestiones. Después me fui a la de Género. Era muy difícil que las mujeres estemos en el sindicato, pero por nosotras mismas porque siempre ponemos excusas y nos limitamos para estar en el sindicato, porque consideramos que es una pérdida de tiempo. A mí no me pesaba quizá porque estaba sola con mis hijos”.

Estuvo en su sindicato permanentemente hasta el 2004 que no ingresa al mismo por presión de los ejecutivos: “tuve la mala suerte de decirle a un Presidente del Consejo que lo que estaba haciendo no era legal y que no estaba bien. Al día siguiente me dieron un memorándum para cambiarme de lugar de trabajo. Fue una etapa muy dura para mí, porque el enfrentamiento fue muy duro. Me mandaron a planta externa y ahí me fortalecí mucho porque en ese lugar trabajan las personas más explotadas; yo me solidarizo con ellos y ellos me valoran. Tenía una buena relación con todos. El Presidente se enteró de eso y me envió como personal de apoyo a Padcaya, una provincia bajo el mando de una señora a la que habían contratado y ahí es donde yo estallo y le pido a mi Secretario General que me solucione el problema porque ya me habían maltratado demasiado. El tiempo me dio la razón. Este consejero, evidentemente hizo un mal proyecto que ocasionó una caída de la empresa de teléfonos e incluso entró a la cárcel. Yo crecí y llegué a la Federación de Trabajadores de Luz y Fuerza, Telecomunicaciones y Aguas de Tarija como Secretaria de Hacienda y en la segunda elección fui elegida como Secretaria de Relaciones. El 2008 me eligieron como Secretaria de Prensa, Protaganda, Cultura y Deporte de la Confederación de Luz y Fuerza, Telecomunicaciones, Aguas y Gas de Bolivia. En febrero de 2009 vine a La Paz y aquí estoy en una segunda gestión hasta el 2013”.

Después de todos estos años de experiencia sindical, Rosario evalúa: “lo positivo es escalar y adquirir seguridad y experiencia. Lo negativo es haberse enfren-

tado al poder y sentirse disminuida; eso es algo muy duro. Contarlo es una cosa, vivirlo es otra pero eso mismo hace que una se fortalezca. Al principio, en la Confederación me ha costado acostumbrarme al vocabulario de los hombres y aunque no crean, ellos también se van adaptando a nosotras y ya se cuidan”.

Para Rosario el sindicato tiene sus propias reglas y las mujeres sindicalistas tienen que tomar determinaciones : “nosotros tenemos toda una escuela en el sindicalismo. Entonces, es cuestión personal. Si los hombres pueden, ¿por qué nosotras no vamos a poder? y la verdad es que sí podemos. Ahora, ¿Qué obstaculiza a las mujeres jóvenes en el sindicalismo? Un factor puede ser el acoso de los varones y lo otro puede ser la familia que no las apoya, pero si una tiene la vocación sindical eso más bien fortalece”.

Y para Rosario como para otras mujeres sindicalistas, la familia fue factor determinante para su éxito: “para mí no fue difícil porque mi mamá me ayudaba y siempre tuve alguien que me colaboraba en la casa con mis hijos y los quehaceres. Tengo tres hijos que felizmente me alentaban y como yo al casarme todavía no había salido bachiller, estudié en CEMA y fui a algunos cursos de la universidad y muchos otros de capacitación, y en todo siempre he tenido el apoyo de mis hijos fundamentalmente, y de mi mamá también”.

Rosario relativiza esa relación “perversa” que muchos afirman existe entre mujeres: “Evidentemente, entre mujeres hay un poco de egoísmo. Cuando las mujeres ven que otra mujer está subiendo, tienen algunas actitudes negativas pero en mi caso no ha sucedido. Siempre me han impulsado y las relaciones con los varones, al principio han sido un poco duras pero he aprendido a reírme de las cosas que me dicen y a no mostrar debilidad y así he ganado espacios. Algunos compañeros que al principio no me aceptaron por diferentes razones, ahora son mis mejores amigos”.

Rosario considera que las mujeres tienen el horizonte abierto para proyectarse hasta donde quieran, porque ahora más que nunca las condiciones están dadas: “según la nueva Constitución, las mujeres tenemos derecho a 50% de presencia en todos los espacios de decisión, y es cierto que no estamos en todos los espacios, pero estamos avanzando. Estamos en diferentes espacios, incluso de gobierno y eso es importante”.

GLADYS RIVERA VACA



Gladys es la típica maestra de primaria: amorosa, dulce, cariñosa, paciente y lo expresa en cada acto suyo. Actualmente, Gladys tiene 59 años, es madre de familia y dirigente de magisterio pero vayamos a conocerla desde su infancia: "yo soy de Villamontes. Viví con mis padres hasta que salí bachiller. Lamentablemente perdí a mi padre a muy temprana edad. Estudié en Villamontes, en el Colegio Ismael Montes; fui muy feliz con mis padres y mis 8 hermanos. Mi padre era mecánico, mi madre era ama de casa. Al salir bachiller, me fui a Cochabamba con el afán de estudiar Derecho pero por la

dictadura de Banzer no se pudo porque cerraron las universidades, así que entré a la Normal de Charagua y con mucha suerte porque por las notas del colegio, entré directo a segundo año. Gracias a Dios, mi madre era una persona que sabía hacer de todo y además tenía una hacienda en el Gran Chaco, de modo que nos sacó profesionales a los 9 hermanos".

"El camino sindical no se puede hacer desde la casa; la mujer tiene que surgir y salir adelante pero la casa es siempre nuestra excusa. En mi caso, mis hijos más bien me empujan a salir, me dicen -vaya mami, prepárese, sea otra persona-. Sólo nos falta capacidad de decisión. Si nos decidiéramos hasta una mujer presidenta tendríamos ¿cómo sería mi Patria si las mujeres fueran autoridades? porque tenemos más transparencia; yo creo que las cosas cambiarían para bien. Resulta que en el sindicato del Magisterio, por ejemplo, las mujeres son las que no quieren ocupar los sitios de poder. Siempre hay pretextos: que mi casa o mis hijos. Claro, hay limitaciones pero eso se puede superar. En otros sindicatos en cambio, he visto que se acosa a las mujeres que llegan a esos sitios; se las molesta pero ahora la equidad de género está incluso en la ley. Tiene que haber paridad y se tiene que respetar".

Gladys terminó sus estudios en la Normal de Canasmoro. Se formó como maestra del ciclo básico. Se casó el año 1974 y el 1976 arrancó su vida profesional: “empecé a trabajar el ’76. Ya estaba casada y cuando empecé a trabajar, mi hijo cumplía un año. Salí con un diploma de honor de la normal y me dieron trabajo en Poria, a cuatro horas de viaje, camino al Gran Chaco y desde entonces, he trabajado en el campo, como maestra rural y lo hago con mucha alegría porque disfruto de mi carrera. Siempre he estado en comunidades”.

Gladys recuerda con cariño su primer salario: “bueno, los profesores nunca hemos sido bien pagados. Me acuerdo que no fue mucho lo que me pagaron pero sentí mucha alegría porque mi madre siempre me dijo que el día que reciba mi sueldo, yo iba a tener de todo, así que al recibir mi primer sueldo me sentí muy independiente”.

“A 10 años de trabajar en el Magisterio, en los ’90, entré como Ejecutiva del Núcleo de Calamuchita; luego ocupé el cargo de Tesorería y me relacionaba con los dirigentes de la Federación de Maestros Rurales de Tarija hasta ocupar el sitial de Secretaria Ejecutiva. Allí vi muchas cosas que no me gustaban y desde entonces creo que las mujeres deben ocupar espacios de decisión, eso es muy importante. Yo fui la primera mujer con el cargo de Secretaria General en ese lugar”.

Su contacto permanente con dirigentes de niveles nacionales le sirvió de mucho. Cosechó muchos aprendizajes y comprendió que su camino era el sindicalismo: “Después, me eligieron como coordinadora de la Red de Mujeres Trabajadoras y sindicalistas de Tarija. Ahora estoy poniendo en práctica todo lo aprendido gracias a los talleres, pero actualmente no estoy ejerciendo ningún cargo en el sindicato; estoy como profesora solamente. Por la muerte de mi madre no quise todavía volver al sindicalismo, sin embargo, durante mis gestiones he aprendido que no se debe pasar por sobre los demás, ni tampoco dejarse manejar por nadie. Una tiene que luchar y saber salir adelante con diálogo y equilibrio. Ahora que estoy superando la muerte de mi madre, debo continuar porque hay mucho por hacer porque veo que en las mismas comunidades hay todavía machismo y eso no es bueno. Pensando siempre en mis colegas, les recomiendo seguir adelante, surgir, porque ahora incluso la nueva Constitución nos apoya y en el Magisterio tiene que haber personas que sepan valorarse, más que nada las mujeres”.

Según cuenta Gladys, el familiar, no fue una aspecto que perjudicara su vida sindical, sino todo lo contrario: “en el aspecto familiar, mi esposo y mis hijos siempre me han ayudado y he aprendido a ser más rápida y múltiple para tratar de cumplir con todo porque a veces me pongo temática. Claro que no es fácil. Al ser elegida en el sindicato tuve que decir -aquí todos tenemos manos y todos hacemos. Yo voy a hacer cuanto pueda pero necesito que me colaboren con la casa- y lo hicieron, siempre me colaboraron. Los chicos eran independientes y mi esposo me ayudaba”. Desde esa perspectiva, Gladys analiza la situación de otras mujeres: “Yo diría, que es bueno tener apoyo porque eso contribuye en el éxito de la vida dirigencial pero en los casos de mujeres que no tienen ese apoyo, pienso que algo falta en algunas mujeres. Nosotras, muchas veces, asumimos todo solas y cometemos el error de no comunicarnos con nuestra pareja. Eso tenemos que trabajar pero estamos también aprendiendo ahora”.

A diferencia de otras mujeres sindicalistas, Gladys no ha experimentado machismo en el sindicato de su gremio y por el contrario, ha recibido mucho apoyo masculino: “en mi caso, la relación de hombres y mujeres ha sido muy buena; los varones me apoyaron mucho. Incluso me postulé como Ejecutiva porque mis compañeros me animaban pero me dio miedo porque había puro varones alrededor. Después me arrepentí y no me presenté, por miedo y ya pasó la oportunidad, la perdí”.

De sus propias experiencia y temores, Gladys concluye que: “el camino sindical no se puede hacer desde la casa; la mujer tiene que surgir y salir adelante. En mi caso, mis hijos más bien me empujan a salir, me dicen -vaya mami, prepárese, sea otra persona-. Sólo nos falta capacidad de decisión. Si nos decidiéramos, hasta una mujer presidenta tendríamos ¿cómo sería mi Patria si las mujeres fueran autoridades? porque tenemos más transparencia; yo creo que las cosas cambiarían para bien. Resulta que en el sindicato del Magisterio, por ejemplo, las mujeres son las que no quieren ocupar los sitios de poder. Siempre hay pretextos: que mi casa o mis hijos. Claro, hay limitaciones pero eso se puede superar. En otros sindicatos en cambio, he visto que se acosa a las mujeres que llegan a esos sitios; se las molesta pero ahora la equidad de género está incluso en la ley. Tiene que haber paridad y se tiene que respetar”.

Gladys lamenta que a veces las mujeres guían sus acciones por la envidia: “no dejamos surgir a otras mujeres y nos hacemos enemigas; en cambio, los varones se apoyan. Creo que hay egoísmo entre nosotras y es doloroso ver que no nos podemos apoyar. Por ejemplo, en las últimas elecciones había una mujer y todas dijimos vamos a votar por ella, pero en el momento mismo de la elección, nadie lo ha hecho:” Para Gladys, la causa de esa conducta tiene que ver con una estructura social que determina la forma de ser de las mujeres pero cree que eso se puede superar con formación permanente”.

Gladys es una de las mujeres más convencidas de la utilidad de la Red de Mujeres Sindicalistas y comenta algunos aspectos importantes de la agenda que han construido y que pretenden consolidar en cosas concretas: “en la agenda que hemos preparado, pedimos paridad incluso en los sueldos. Queremos tener una cartera de Género en la COB. Aunque con tropiezos tenemos que avanzar; sólo nos falta alianzas entre instituciones y pensar apuntando a una misma cosa”.

.....
**ANTONIA
SÁNCHEZ LOZA**
.....



“Yo aprendo y me apasiono por el sindicalismo pero en mi casa, mi esposo, no quería saber nada de eso. Me decía que el sindicalismo era para los vivos que escalan y se sirven de otros; llegamos a tener roces, pero mi hijo le dijo que me deje realizarme, porque ya no había niños que cuidar”

Paceña, tiene 59 años; todavía trabaja en la Caja Nacional de Salud. Antonia habla de sindicalismo y sus ojos brillan, su rostro se enciende de felicidad y quizá no pararía de contar su emoción de haber formado parte de una experiencia sindical extraordinaria, si no fuera necesario retornar al principio, a su infancia.

“Nosotros somos cuatro hermanos. Mi madre no trabajaba -y corrige- bueno, no trabajaba es un decir porque ahora, con el tiempo, entiendo que quien más trabajaba era mi mamá. Mi papá trabajaba y era el proveedor de la casa. Mi niñez ha sido relativamente feliz, hasta que murió mi mamá, cuando yo tenía 8 años. Mi papá, que había tenido madrastra, nunca se volvió a casar”.

Antonia celebra la responsabilidad de su padre y le agradece siempre por su formación: “acabé el colegio pero alternado con las labores de casa porque, como no había mamá, mi hermana y yo teníamos que alternar en las labores de la casa. Después he estudiado enfermería y cuando salí, trabajé primero en una clínica privada. De joven, trabajaba ‘matinée, tanda y noche’. Como era soltera y amo mi profesión, yo estaba en la Clínica sin mirar la hora, pero, además, los internos eran muy lindos -dice Antonia y estalla en risa recordando sus mejores años-. Cuando recibí mi primer salario, eran 4.000 bolivianos, fue una locura, nunca había tenido tanto dinero y no sabía por dónde comenzar. Fui a comprar ropa, con una amiga; ropa para mis hermanos menores y unos hermosos

zapatos de tacón para mí, unos zapatos muy caros y al primer tropezón, se me rompió el taco”.

“Después entré a trabajar a la Caja; primero, supliendo a una compañera en la Maternidad 18 de Mayo. Yo tenía la idea fija de que iba a casarme sólo cuando tuviera un trabajo estable. Mi esposo, muy buena gente, me esperó y cuando me independicé, me casé a mis 23 años”.

Entre el matrimonio, el niño recién nacido y el trabajo, transcurría la vida de Antonia, pero no podía ser indiferente a los abusos que presenciaba: “en la Caja, siempre ha existido el ente sindical y algunos dirigentes eran muy prepotentes y sobre todo las mujeres muchas veces nos sometíamos, porque no conocíamos nuestros derechos. Yo, continuamente, tenía problemas con la jefatura y la dirección por las injusticias contra mis compañeras. Llegaron unas elecciones y me eligieron como delegada de base. Desde entonces no pierdo, gano o empato, pero no pierdo. Pasan como cuatro años y después me invitan a formar parte de una fórmula del sindicato con el compañero Burgos, al cual yo le agradezco mucho porque lo que sé del sindicato lo he aprendido de él, un hombre muy humilde y comprensivo”.

A estas alturas, Antonia se había entregado en alma y cuerpo a una pasión ajena a su casa: “yo aprendo y me apasiono pero en mi casa, mi esposo, no quería saber nada de eso. Me decía que el sindicalismo era para los vivos que escalan y se sirven de otros; llegamos a tener roces, pero mi hijo le dijo que me deje realizarme porque ya no había niños que cuidar. Empecé en mi primera cartera, el año 1970 pero por las responsabilidades con mis hijos, que eran pequeños, no me involucré más y no lo hice porque mi esposo es topógrafo y siempre ha trabajado en el campo y, en esa época, no había pañales desechables ni nada de eso. Así que yo lavaba los pañales y mi esposo llegaba a planchar, por ese lado no me puedo quejar. El año '80, más o menos, retomo con fuerza y en 1993 entro al sindicato con una cartera baja, pero voy ascendiendo hasta llegar a la Secretaría de Conflictos que ha sido mi realización plena. Desde ese cargo, he podido reclamar por mis compañeras, que era algo que siempre había hecho pero, esta vez, mis reclamos tenían eco, yo tenía cierto poder de decisión”. Amalia estalla en éxtasis, el sindicalismo es el espacio en el que se realiza plenamente: “realmente me he apasionado pero luego, vuelvo a las bases porque siempre habíamos dicho que los dirigentes no pueden eternizarse. Me apasio-

no tanto, que me olvido de todo: de casa, de hijos, de todo”.

Crece su emoción cuando cuenta las circunstancias en las que le tocó ser dirigente: “en mi época hemos tenido muchas luchas; hemos marchado hasta por el gas, donde nos apalearon en el Prado. Yo creía que esos palos negros que tienen los policías, no hacían nada, pero habían tenido descargas eléctricas; entonces, uno me llega a mí y me hace temblar como si tuviera Parkinson. Este enfrentamiento me dio más fuerza para asistir a seminarios, talleres y exponer todo lo que tenía guardado, porque en mi casa no podía hablar. Conozco mucha gente muy interesante, mujeres de agallas y así llegamos a la COB. Conozco la COMUANDE y tenemos una pelea terrible porque los dirigentes de la COB nos coartaban, no nos permitían participar porque para ir allá debíamos tener carrera pero peleamos y formamos la directiva de la COMUANDE con puras mujeres. Después nos enfrentamos a dirigentes de mucho peso y trayectoria, que querían manejar la parte económica de esa coordinadora, pero tampoco los dejamos”.

Antonia no puede dejar de sonreír contando sus experiencias y logros como dirigente: “después de nuestra gestión en la COMUANDE, recibimos cartas de felicitación que fueron enviadas a nuestras instituciones. Luego, del 2002 al 2005 he estado en la Federación de la Caja Nacional donde mi Ejecutivo era Jorge Solares; como él no hay dos porque siempre nos respetó y defendió a capa y espada a los trabajadores. Aprendí mucho con él porque nos daba a estudiar leyes y normas. Nos decía que estar en comisión no es estar de vacaciones, que los compañeros habían ganado el salario por nosotros y que debíamos corresponder. A las ocho en punto, estábamos reunidos debatiendo y discutiendo. Ha habido una disciplina que no hubo en otros dirigentes y viendo las cosas de ahora, creo nomás que al año me voy a lanzar a la cabeza de mi Federación”. Recuerda un pasaje en particular, que la llena de emoción y orgullo de su compañero de Federación: “una vez, nos citaron en la Gerencia con un problema y subimos a eso de las siete de la noche. La secretaria nos dijo que esperemos cinco minutos. Esperamos los cinco minutos y mi Ejecutivo se paró y le dijo que nos íbamos porque ya habíamos esperado cinco minutos y que nos llamen. Nosotros le dijimos que esperemos un poco más pero él nos dijo que merecemos respeto porque somos personas. Al día siguiente, nos contó que después lo llamaron para arreglar el conflicto a solas pero él les había dicho que el Comité Ejecutivo estaba conformado por ocho dirigentes y que debían reunirse

con los ocho. Fue una cosa impresionante, él era mi ídolo”

A diferencia de otras dirigentes, Antonia ha tenido gratificantes experiencias y no puede evitar las comparaciones: “en el sindicato, las mujeres estaban más sometidas, ellas no podían decidir. En cambio, en la Federación la situación era diferente porque había espacio para el debate y amplitud para recibir críticas. Pero esa diferencia la hacen las personas, gracias a Dios me ha tocado un Ejecutivo varón extraordinario”.

Y sobre la relación entre mujeres en el sindicato, ella opina: “las relaciones entre mujeres a veces son muy lindas y a veces también de peleas. Entre las mujeres siempre hay rivalidad y no así entre los hombre y creo que esto se debe al patriarcado y a que nos movemos entre puros hombres, y el hombre, en general, es nomás ególatra y no acepta que una mujer lo iguale”.

Y aunque la experiencia de Antonia es casi insuperable, ella comprende que su caso es una excepción y que la dirigencia sindical, no es nada fácil para las mujeres; por eso sugiere que: “la lógica del sindicato debe cambiar, ahora más que nunca que tenemos derecho al 50% de la representación, pero la responsabilidad está en nosotras y no es que esté muy de acuerdo con este Gobierno pero si hay algo positivo, es que hay mujeres con sombrero y pollera en todo lado; pero también critico que estas mujeres no se empoderen, a veces actúan igual que el hombre; entonces, creo que nos falta todavía y lo que sueño es que tengamos una Central Obrera donde estén por lo menos unas cuatro mujeres, y que haya una Secretaría de la Mujer, para esto tenemos que prepararnos. Por ejemplo, Montes, una vez, me ha retado a un debate y yo le acepté. Si no hubiera leído, me hubiera ido mal”.

.....
MIRIAM
MAGARZO SEGOVIA
.....



Cuando Miriam cuenta cómo era y cómo es hoy, cuesta creerlo. Hay que escucharla con atención para comprender los cambios que ha experimentado en su vida personal, a partir de su vida sindical.

Todo comienza en su familia: "Nací en la provincia O'Connor, en la localidad La Cueva. Lo que más recuerdo de mi infancia es que mi padre era muy autoritario y mi madre muy obediente. Podría decir que crecí prácticamente en la esclavitud de la mujer. Mi madre hacía todo para mi padre y yo crecí viendo eso y lo asimilé para mi vida. Yo creía que la vida de la mujer era someterse al marido, levantarse a las cinco de la mañana, dejar todo hecho, irse a trabajar, volver y seguir haciendo. Eso creía yo, hasta que un buen día, un maravilloso buen día, me invitaron a un taller de la Red de Mujeres Trabajadoras y Sindicalistas y fue como si me hubieran arrancado una venda de los ojos y me hicieran ver el mundo real que me costó asumirlo, me vino mucho resentimiento hacia mi pareja, pese a que mi esposo es muy bueno, pero él siempre me había visto impasible en esa batalla terrible de hacer y hacer y nunca tuvo la consideración de ayudarme a poner por lo menos una taza. Eso me chocó tanto y saber que mi pareja me tenía que ayudar, fue realmente un alivio,

"Lo que más recuerdo de mi infancia es que mi padre era muy autoritario y mi madre muy obediente. Podría decir que yo crecí prácticamente en la esclavitud de la mujer. Mi madre hacía todo para mi padre y yo crecí viendo eso y lo asimilé para mi vida. Creía que la vida de la mujer era someterse al marido, levantarse a las cinco de la mañana, dejar todo hecho, irse a trabajar, volver y seguir haciendo. Eso creía yo, hasta que un buen día, un maravilloso buen día, me invitaron a un Congreso de la Red de Mujeres Trabajadoras y Sindicalistas y fue como si me hubieran arrancado una venda de los ojos y me hicieran ver el mundo real que me costó asumirlo y me vino mucho resentimiento hacia mi pareja..."

desde ese día hice un corte. Ha sido muy fuerte y muy bueno para mí, saber que tenemos más alternativas como mujeres, porque yo les estaba inculcando las mismas cosas a mis hijas, pero, gracias a Dios, ellas ya tienen otra mentalidad. No sé cómo pude aguantar porque estuve así hasta hace unos cuatro o cinco años”.

Miriam, había sido programada para servir a un hombre y quizás por eso, se casó muy joven: “yo salí bachiller y estaba en primer año de Derecho cuando me casé a los 19 años. Tengo 33 años de matrimonio y 3 hijos. Nació mi primera hija y estudié contabilidad; luego, cuando quise continuar, no pude porque ya vino mi otra niña. Como mi esposo es argentino, tuve que vivir allá pero quería regresar. Allá tuve la oportunidad de ver lo mal que rataban a mis compatriotas, al extremo que preferían negar su nacionalidad y, tanto era mi dolor, que aprendí todas las danzas de Bolivia estando en Argentina”.

Después de un tiempo volvió a Bolivia, a su querida Tarija: “Al final regresé y, más bien, me conseguí un trabajito en la empresa telefónica y ya son 30 años que trabajo ahí. Yo le hacía a todo; cuando en mi oficina aparecieron las computadoras, me metí y quería jalar a mis compañeras a eso, pero a las mujeres nos cuesta competir”.

Miriam no puede recordar su primer salario sin que se le quiebre la voz y se le escapen una par de lágrimas porque rememora los largos años de renuncias que pasó: “recibir mi primer salario fue muy fuerte, porque por mi formación, todo era para los hijos, siempre me olvidaba de mí hasta en el matrimonio. Mi esposo es muy tranquilo, demasiado tranquilo pero muy quedado”.

Pero su camino a la libertad empezaba a abrirse: “en el sindicalismo entré por insistencia de mis compañeros, quizá por ser muy habladora y porque discutía todo. Algo había en mí pero no sabía cómo tomar un rumbo y en la vida sindical podía explotar ese potencial, pero mis intentos no fueron muy afortunados. Fui Ejecutiva del Sindicato de la Telefónica durante 9 meses, el año ‘87, pero fue una experiencia amarga porque los ejecutivos pronto quieren agarrarlo al dirigente y meterlo en su círculo para que uno haga las cosas a la conveniencia de ellos y si una se rehúsa a hacerlo, ellos mismos se ocupan de que los trabajadores nos volteen y si la dirigente es mujer les es mucho más fácil. Eso me

obligó a renunciar. Las asambleas de las cooperativas eran formadas por consejeros con mucha ayuda de los trabajadores y yo siempre les decía que debemos velar por los intereses de los trabajadores y de la empresa, no al servicio de alguien en particular, y a mí no me gusta que me utilicen, así que me bajaron nomás”.

De todos modos, la dirigencia sindical le dio satisfacciones y alegrías: “yo me puse metas, sobre todo de reivindicación de los derechos de las mujeres porque la presencia femenina es muy importante. Luego conseguí que se nos reconozcan las horas que trabajábamos los sábados haciendo turnos, porque no se reconocía ese trabajo de horas extras. Después, hice que la empresa ayudara con donaciones de material escolar para unas escuelas que estaban cerca de la telefónica, experiencias muy agradables, a pesar del corto tiempo que he estado”.

Desde la perspectiva de Miriam, las circunstancias todavía son adversas para las mujeres: “el sindicalismo coarta totalmente a las mujeres porque les dan las carteras menos importantes, ahora recién se está abriendo un poquito y es muy costoso aunque según las leyes debería haber paridad, pero en mi sindicato son puros varones. En las contrataciones pasa lo mismo; hasta para secretarías contratan hombres. Supongo que es porque es una empresa técnica también, pero falta todavía mucho por avanzar”.

Con todo, ve algunas luces al final de túnel: “la relación entre hombres y mujeres en mi empresa es buena pero las mujeres no estamos bien preparadas quizá también por las ataduras de la familia y además las mismas mujeres están divididas; la mujer es enemiga de la mujer y eso no ayuda: muchas veces he oído decir que prefieren tener de jefe a un hombre, así que tenemos que avanzar en conciencia fundamentalmente. Yo estoy contenta porque ahora, la Presidenta del Consejo es una mujer y espero que tenga una buena gestión por el hecho de ser mujer. Creo que la formación influye en el caso de que no nos apoyamos entre mujeres porque siempre tenemos excelentes ideas y se las decimos a nuestros compañeros para que ellos las digan. Parece que nos sentimos menos que ellos; otra cosa es que los hombres entre ellos no se denuncian; en cambio, las mujeres saben algo e inmediatamente lo reproducen, eso es malo también y en eso hay que trabajar”.

Podría suponerse que siendo Miriam como era, tuvo muchas dificultades para ejercer su cargo sindical pero no fue así: “por suerte, a mí no me tocó viajar mucho y mis hijas eran chiquitas todavía y si había que hacerlo le pedía a mi segundo Ejecutivo que fuera. Las cosas hubieran sido más sencillas si en esa época hubiera sabido que mi esposo podía y debía ayudarme, pero yo no pedía ayuda, hasta me daba vergüenza y me levantaba a las cinco de la mañana para dejar todo hecho. Mis compañeros me llevaban a las reuniones y todo eso; no siento que mi esposo ni mis jefes me hubieran obstruido, he tenido mi espacio para desarrollarme”.

Miriam cree que se puede conciliar el sindicalismo con las tareas del hogar y el trabajo: “Ahora tenemos que cambiar ese pensamiento de que el sindicalismo es sólo para hombres porque la mujer, sin descuidar sus responsabilidades de madre, puede responder al sindicato. Sería muy saludable que alguna vez los esposos participen de las reuniones para que vean la capacidad de las mujeres y también entiendan el afán de ellas por mejorar el medio en que viven y entre ambos ayudarse, ¿no?, como dicen que la pareja es la mitad, entonces ese mecanismo puede ayudar a mejorar los procesos del sindicalismo. Yo por ejemplo, le dije a mi esposo al volver de ese taller al que me invitaron –hijito, ahora si quieres te sirves tu desayuno y todo, como tantos años yo te he servido y nunca me has dicho gracias siquiera- y por increíble que parezca ahora lo hace”.

Miriam celebra los tiempos que vivimos y reivindica siempre a las mujeres: “ahora alabo muchísimo las políticas que hay, pese a que aún existe discriminación hacia las mujeres en el ámbito laboral. En la mujer hay mucho potencial porque somos más cerebro que los hombres y eso tienen que saber y sin necesidad de quitarles espacios ni mérito, sino más bien estando a su lado”.

.....
NELLY
ARIAS MITMA
.....



Nelly lleva en los genes la femineidad aymara-quechua. Es emprendedora, empedernida, tenaz hasta las últimas consecuencias, autosuficiente y proveedora. Ella vive en Tarija pero nació en Huanuni, Oruro. Ahora tiene 49 años, se ha casado y tiene una sola hija que ya le ha dado nietos.

Así comenzó a construirse esta líder: “nosotros somos ocho hermanos y como éramos tantos, nos separamos de mis padres. Mi hermana era comerciante de carne, papa, fruta y, a veces, de ropa. Con ella he trabajado desde mis 13 años. Mi hermana guardaba mi dinero o me compraba mis cosas y a mis 14 años me ha dado mi primer sueldo”.

Acostumbrada al trabajo y a recibir dinero, Nelly no estudió mucho: “sólo he estudiado hasta tercero intermedio nomás. A pesar de eso siempre he querido superarme”. Nelly se casó a los 21 años; su esposo trabajaba en ferrocarriles en Oruro pero llegó la relocalización y él perdió su trabajo. Desde entonces, Nelly es el cerebro y sustento de la familia: “yo volví a trabajar vendiendo de todo un poco y después le propuse a mi marido venirnos a Tarija para hacer negocio. En eso, mi hermano nos habló para irnos a la Argentina. Yo estaba bien animada pero él no quiso. Bueno, antes en Oruro, yo había aprendido algo de costura

“Sábado y domingo estoy vendiendo; jueves reparto mi mercadería y voy a cobrar; algunas veces voy a Chile a traer mercadería. Mi hija ya es profesional y se ha casado, yo mantengo a todos en mi casa, desde mi yerno hasta mis nietos. Soy la base económica de mi familia y mi yerno me apoya mucho en mi carrera dirigencial, me empuja a formarme más. En cuanto a mi marido, ni modo, ya ha aceptado hace diez años que tiene que ayudarme. Yo ni sabía de la equidad de género pero por la necesidad, él sabe que tiene que hacerse todo solo”.

pero aquí empecé vendiendo refrescos y con eso me hice capital. Después dije -cómo voy a trabajar para la gente- y compré mis propias máquinas industriales. Le dije a mi marido que me ayude y me ayudó también, nos ha ido muy bien; costurábamos para los colegios; las señoras del mercado nos conocían y vendía bien. Ahora ya estoy mal de la vista, ya no hago, pero todavía me piden que confeccione”.

Una migración frustrada la devolvió a Bolivia y le abrió las puertas al sindicalismo: “me fui 3 meses a la Argentina para trabajar en costura pero justo los pesos argentinos habían bajado y muchos nos hemos regresado, y como no sabíamos qué hacer, de qué ganar, hemos fundado una feria llamada ‘La Unificada’ y ahí me nombraron dirigente. Primero era solamente delegada de un bloque; hemos enlozetado la calle, gestionando con la Alcaldía en el año ‘94. Al año siguiente, fui Secretaria de Relaciones. Después conocí a la Red de Mujeres Trabajadoras y Sindicalistas mediante la compañera Ninfa Guarachi, porque nos ha tocado el mismo asiento en un viaje. Ahí me invitó a un taller; yo le dije a mi esposo y fui pero no sabía mucho, no entendía pero en esa reunión conformaron un comité en el que me eligieron como Responsable de Actas. Ahora tengo compañeras en las que me apoyo como la compañera Gladys y la compañera Amalia. Ella, como es trabajadora por cuenta propia, apoya mucho a los gremialistas”.

Nelly tiene más satisfacciones que malos ratos: “la vida dirigencial me ha dado muchas satisfacciones, me ha gustado mucho y quiero llegar más lejos. Ahora, en mi barrio, estoy como Secretaria de Hacienda. Desde que estoy en los talleres apoyo mejor a mi feria, y mis bases me apoyan; recién nos hemos reunido con Marlene Ardaya, presidenta de la Aduana, para hacer algunas peticiones y cubrir nuestras necesidades”.

Nelly nos comparte algo sobre la dinámica de su sindicato: “la mayoría de las dirigentes son mujeres en el sector de los gremiales, pero no todas; pero lo peor es que las mismas mujeres son envidiosas y no dejan surgir, incluso a veces ni les interesa lo que se habla en las reuniones. Se les plantea cosas y no responden, luego se les pregunta si están de acuerdo y dicen sí, sin saber. Luego se están quejando y dicen que no habían entendido. Ahora, hay algunas sí, que quieren superarse y quieren talleres, pero son muy pocas. La mayoría de mis

compañeras cuando se las postula, piensan –¡Ay!, qué dirá mi marido o mejor que sea hombre nomás el dirigente, o tengo que vender, tengo que atender a mis hijos- todo eso perjudica. Ese patriarcado, ellas mismas no quieren dejar, hasta dependientes parecen; por eso, los hombres ocupan sus espacios. En los talleres se les dice de sus derechos y ellas saben pero no quieren hacer caso o no profundizan y como no hacen nada es mejor pues que los hombres nomás hagan. Pero estamos pensando en tener una Federación de puras mujeres porque ni siquiera los hombres están bien preparados para trabajar. Así nomás es, pues, qué vamos a hacer, avanzaremos de a poco. Ahora sólo estoy como delegada pero participo cuando vienen ministros o viceministros”.

Nelly dice que de teorías de equidad y género no sabía nada, pero que ella practica la equidad en su casa desde hace mucho años: “Sábado y domingo estoy vendiendo; jueves reparto mi mercadería y voy a cobrar; algunas veces voy a Chile a traer mercadería. Mi hija ya es profesional y ya se ha casado y yo los mantengo a todos en mi casa, desde mi yerno hasta mis nietos. Yo soy la base económica de mi familia y mi yerno me apoya mucho en mi carrera dirigencial, me empuja a formarme más. En cuanto a mi marido, ni modo, ya ha aceptado hace diez años que tiene que ayudarme. Yo ni sabía de la equidad de género pero por la necesidad, él sabe que tiene que hacerse todo solo”.

Las mujeres gremialistas son, por lo general, las que sustentan económicamente sus hogares, pero en el sindicato siempre son relegadas por los pocos varones en el gremio: “la relación de hombres y mujeres es muy mala porque no coordinan; por eso mis compañeros me dicen –doña Nelly, cuando hemos trabajado con usted era un maravilla, los voltearemos porque no se saben organizar- y tenía que entrar este año pero con tanto viaje les dije que mejor al siguiente, porque ahora les voy a perjudicar nomás”.

A Nelly le preocupa su gremio y la lógica de su sindicato, pero cree que las cosas pueden cambiar: “el sindicalismo puede cambiar, siempre y cuando las mujeres se preparen y vayan a talleres, que vayan, que se den tiempo. Si no lo van a hacer, es muy difícil. A las mujeres les falta capacitarse para cambiar porque su excusa siempre es ‘qué dirá mi marido’ y eso no está bien, nos faltan talleres para formarnos y salir de esos esquemas patriarcales. El otro día nomás me he acompañado en el vuelo con el ministro Arce Catacora y estaba hablando de economía y le pedí que nos dé un taller de economía y dijo ‘llámenme nomás’. ¿Ve?, sólo es cuestión de decidir y capacitarse. Yo hasta con los ministros puedo

SHIRLEY MOLINA CUÉLLAR



“Entré a la vida sindical por la discriminación que había hacia las mujeres, porque cometían toda clase de abusos contra nosotras; yo lo viví en carne propia porque me ponían en un cargo y me sacaban; me daban otro cargo y me sacaban; por eso me metí en el sindicalismo y fue así que más bien quedé ya mandándolos a todos...”

Todas las tardes, cuando el sol se escondía, Shirley y sus cinco hermanos comenzaban su pelea de todos los días. En el barrio donde ella vivía, no había energía eléctrica y eran los hijos los encargados de encender los lámparas: “a vos te toca. No, a vos te toca”, se oía a los niños peleándose por evitar la laboriosa tarea.

Hoy, Trinidad ya tiene energía eléctrica y Shirley 42 años. Ella nació en Villa Tunari, Cochabamba pero estuvo allí sólo hasta sus tres años: “Mi papá es cochabambino y se vino con un camión a Trinidad; por un tiempo fue el único que había en Trinidad. Mi mamá es de Loreto, de una provincia, trabajaba en la casa haciendo los quehaceres y también tenía una venta; o sea, una pulpería que decimos nosotros, donde vendía y de eso básicamente vivíamos nosotros. Los hijos ayudábamos en la pulpería y a cargar lo que mi padre tenía que transportar. Yo prefería cocinar y atender a mis hermanos, que vender. Entonces más me dedicaba a las cosas de la casa que eso si me gusta”.

Su infancia fue como la de todos los niños, dice Shirley y recuerda: “la escuela era cerca de mi casa y jugaba con mis compañeros del barrio. Al caer la tarde, nos mandaban a nadar al arroyo San Juan. Antes, esa agua era limpia”.

Una infancia sin mayores recuerdos que la hayan marcado hasta los 11 años: “empecé a trabajar desde los 11 años, en la casa Hércules donde vendían hasta

la noche; la tienda tenía de todo: cosas de pesca, deporte, ropa deportiva, todo pillaba uno ahí. Entonces, salía del colegio a las seis de la tarde y trabajaba hasta las nueve de la noche. Mi padre no quería, pero mi madre me apoyaba porque decía que desde chico uno tiene que aprender a tener responsabilidad y saber ganarse el pan. Ella iba y me recogía del trabajo, porque mi padre se enojaba con ella". A pesar de la oposición de su padre, Shirley insistió en trabajar y recuerda con mucha alegría su primer salario "¡Ay!, con mi primer salario me compré una muñeca y una bicicleta. Yo quería una muñeca porque mi madre nos hacía muñecas de trapo pero yo quería una de esas grandotas con cabello y todo. Me moría de ganas de una de esas muñecas de goma, toda de goma y una bicicleta y ya con mi bici andaba por todo lado".

Shirley salió bachiller pero como ya tenía alguna experiencia laboral, la convocaron para reemplazar a una amiga: "terminando el bachillerato entré a trabajar, reemplazando a una amiga aquí en CONAVI (Consejo Nacional de Vivienda), que ahora se llama FONVIS. Luego me fui a estudiar a Cochabamba; allí terminé mis estudios y en el mismo instituto donde estudié había una escuela de turismo. Por mis notas, me contrataron ahí para docente. Después volví de Cochabamba, a Trinidad, y un amigo de mi madre le compró unas tierras acá y cuando estaban haciendo el trato, este amigo me vio, era el doctor Suárez y le dijo a mi mamá: "¿No quiere tu hija trabajar? Y no sé qué más le dijo. Así fue que me llamaron para trabajar como secretaria de dirección del SEDES. Yo había presentado todos mis papeles y bueno pues, aquí antes, no había mucha gente. Llegaban las chicas a un trabajo a los 16 años; algunas, incluso han trabajado desde los 15 años porque rogaban para trabajar; no como ahora que hay que esperar a ver quién se va a morir o a jubilar para conseguir un ítem, ¿no?, incluso, puras compañeras empíricas habían, parteras que llamaban, ¿no?, para que pudieran cubrir los ítems de los puestos porque no habían auxiliares de enfermería y todo eso".

"Así empecé mi trabajo en la 'Caja' en los años '90. Entré directamente con ítem e incluso como no pensé que me iba a quedar, mi primera boleta la rompí ¿para qué será esto? dije, la rompí y la boté; no sabía que después podía servirme; la cosa era que ya tenía la plata. Después nomás me enteré que ese papeli-to servía".

Shirley fue madre soltera a los 25 años: “fue una decisión personal muy desafiante, más que todo por el golpe para mi familia, en especial para mis padres, fue muy fuerte porque los padres siempre quieren que la hija salga casada, pero después yo misma fui superando toda esa situación. Me propuse hacer algo más y me esforcé; como casi toda la vida estuve trabajando en horario continuo de siete de la mañana a una y media, toda la tarde tenía tiempo libre, así que busqué otro trabajo porque no me alcanzaba y es que mi hijo salió enfermo y no quería pedirles a mis papás. Llegué a trabajar hasta en tres partes para completar todos los gastos”.

Quizá por la salud de su pequeño hijo, Shirley se fue a trabajar a Cochabamba con una transferencia y cuando volvió no pudo recuperar el puesto que anteriormente ocupaba: “ya no volví al mismo SEDES, sino a una unidad ambiental. Ahí, la mayoría son hombres y entre ellos hacían su camarilla y a una la relegaban, no me querían; me ponían apodos y querían hacer toda clase de abusos conmigo. Recuerdo que hubo elección de sindicato y entonces dije: yo me voy a meter ahí; así que usé la misma táctica de los hombres que fue invitarlos a comer y a beber para que todos voten por mí y fue así, toditos votaron por mí. Así llegué a ser la ejecutiva del Sindicato de Saneamiento Ambiental. Eso fue el ‘94, más o menos”.

Shirley admite que no fue vocación precisamente lo que la motivó a ser parte activa de un sindicato: “Entré a la vida sindical por la discriminación que había hacia las mujeres, porque cometían toda clase de abusos contra nosotras; yo lo viví en carne propia porque me ponían en un cargo y me sacaban; me daban otro cargo y me sacaban; por eso me metí en el sindicalismo y fue así que más bien quedé ya ‘mandándolos’ a todos... ya ahí como me gustó eso del sindicalismo que para mí es un trato igualitario, equidad, solidaridad, me fui quedando. No me gusta la gente que se aprovecha del sindicalismo y lo usa como escalera para subir y tener beneficios personales ¿no?, al menos creo que hasta ahora no me he beneficiado personalmente; aunque muchos lo usan como un trampolín político, es decir, para hacerse conocer en la estructura sindical y aprovechar y buscar el beneficio propio y no el de los trabajadores ¿no?. Esa es la parte fea del sindicalismo, por eso, incluso ahora ya me he apartado un poco porque la verdad es que logré todas mis metas; estuve en el sindicato y fui a la Federación”.

Shirley recorre con su memoria su vida sindical: “Después que estuve en el Sindicato de Salud Ambiental ya fui a la Federación; de la Federación a la Confederación, en La Paz, en comisión. Estuve como Secretaria de Hacienda en la Confederación de Trabajadores de Salud de Bolivia; cumplí toda mi gestión y entonces volví. Ya van a ser 2 años que he vuelto a trabajar a mi mismo cargo”. De la cúspide sindical a las bases y de ahí a surgir otra vez: “ahora estoy de Ejecutiva del Sindicato del SEDES a pedido de los mismos compañeros, pero ahí es que me doy cuenta de que hace falta preparar compañeras. Yo deseo preparar a más compañeras que puedan seguir en la dirigencia. Una no puede eternizarse por 20 ó 30 años, sino que debe preparar cuadros para que una no muera y hayan seguidores. Eso es lo que no hay ahora, porque nadie quiere seguir por este camino y, bueno, a veces es comprensible porque la dirigencia decepciona, no es fácil satisfacer a la gente y por eso mismo, yo no quería postularme otra vez al sindicato, pero lo he hecho por pedido de mis compañeros y, la verdad, es que la carrera dirigencial me dio una satisfacción bien enorme, porque tuve sólo 10 votos en contra de los 250 trabajadores que somos ahora en el SEDES y trato de que no le vulneren sus derechos a los trabajadores pero también soy drástica, no tolero flojera ni borracheras, porque por eso también somos mal vistos los sindicalistas. A veces los trabajadores creen que su sindicato les puede cubrir todo y no es así; hay que defender lo justo”.

A Shirley le preocupa que entre las mujeres no encuentra respaldo para fortalecer los liderazgos femeninos: “una cosa que decepciona es que entre mujeres somos enemigas, eso no pasa con los hombres. Parece que ellos por naturaleza son más solidarios entre ellos, y nosotras por naturaleza parece que somos enemigas y contrincantes; creo que se debe a intereses personales. A las mujeres nos parece mal que otra mujer ascienda en cualquier espacio y eso es muy negativo para las mujeres”. A pesar de estos inconvenientes, Shirley celebra los avances de las mujeres en materia sindical: “en el Beni, que es un departamento bien machista, desde hace años la mayoría de las personas que ocupan cargos en el sindicato, son mujeres. Ahora nosotras ponemos a los hombres de relleno nomás. Pero lo negativo también es que muchas veces nos olvidamos de que llegamos a ese lugar para servir a los demás y no para servirnos de ese cargo”. Esos son los logros colectivos, pero también resalta sus logros personales: “hasta el momento mi experiencia ha sido buena porque han reconocido mi trabajo y en mi vida personal me ha dado mucha seguridad. La capacitación ha

sido importante y ahora desde donde estoy, puedo ayudar a mis compañeros porque a pesar de que he dejado la Confederación, mis compañeros me buscan y yo con gusto los colaboro”.

Para Shirley: “el sindicato por sí mismo no promueve los liderazgos femeninos pero la necesidad misma obliga a participar a las mujeres, con todo. Todavía hay mujeres que tienen miedo o desgano por el sindicalismo, porque creen que las cosas no van a cambiar o que están sujetas a la familia, al marido y no quieren participar. Esa es una debilidad, cuesta formar nueva gente y sobre todo mujeres” y revisa su propia experiencia: “yo no tenía marido pero tenía hermanos que igual me dificultaban en mi tarea sindical porque, claro, muchas veces tenía que dejar a mi hijo con mi mamá para poder asistir a reuniones, y ahora que ya me casé es un poco diferente; a veces hay choques porque yo estoy acostumbrada a moverme con libertad y ya no es igual; pero mi marido me conoció en esta vida sindical así que me apoya pero, con todo, es complicado porque otra vez tengo un pequeñito que me limita por ahora”.

Shirley cree que la lógica del sindicalismo puede ser cambiada de acuerdo a las funciones y lógicas femeninas pero: “eso depende de las mismas mujeres porque, por ejemplo, en Salud la mayoría somos mujeres y podríamos cambiar las horas de reuniones y esas cosas pero, como digo, entre mujeres no somos aliadas y eso nos perjudica mucho”, concluye esta realizada mujer sindicalista.



MARÍA LUZ PINTO RIVERA



"Nací en Azurduy, en el departamento de Chuquisaca, Tengo 49 años. Lamentablemente en mi pueblo no hay esperanzas de surgir. Seguramente mis ancestros eran potentados porque eran hacendados pero en la revolución del '52 quedamos pobres como familia. Mi padre falleció a los 49 años y mi madre quedó viuda con 9 hijos"

"En CASEGURAL Sucre, es la primera vez desde 1957 que se creó la Caja Nacional de Salud, que una mujer está al mando de la dirigencia sindical. Ful yo quien rompló esta estructura impenetrable en la que siempre, a la cabeza, tenía que estar un hombre. Esto hizo que costara mucho que admitan a una mujer conducir el sindicato. Al principio fue muy difícil porque, como dije antes, no sabía nada de sindicalismo pero poco a poco supe defenderme, gracias a las enseñanzas y fortaleza que me daba el asistir a cursos y talleres".

La madre de María Luz tenía demasiado peso encima, así que la pequeña María Luz tomó la decisión más difícil de su vida: irse a vivir con los tíos a La Paz: "En mi niñez sufrí mucho porque a mis cortos nueve años, tuve que tomar la decisión de alejarme de mis padres y vivir con diferentes tíos, hermanos de mi madre. Pese a que eran relativamente buenos, no es lo mismo que vivir con los padres. Primero estuve en casa de mi tía Ermelinda pero por la lejanía de sus casa tuve que irme con mi otra tía a los 12 años, era como otra hija más; ella me sacó bachiller del Colegio Copacabana. Prácticamente no tuve niñez, directamente me hice adolescente y, de pronto, ya tenía que valerme por mí misma. Quizás todo el sufrimiento que pasé me hizo madurar muy rápido, ser responsable y valorar mucho lo que la vida me dio. Lo bueno de todo esto es que aprendí a tener valores y principios".

En cuanto salió bachiller, María Luz debía buscar trabajo porque ya sentía que tenía que mantenerse por sí misma: "mi primer trabajo fue en una tienda de

chinos, donde vendíamos chamarras. Mi primer salario se lo tuve que prestar a un tío que llegó de Santa Cruz que no tenía para volver. Nunca me devolvió pero no le pedí tampoco porque mi tío era muy bueno. Después de un tiempo le recordé la deuda pero lo único que recibí fue unas sandalias. Siempre lo recuerdo como una anécdota”.

A los 21 años, conoció a su esposo y se casó y tuvo dos hijos: Armando y Stephani. Con la responsabilidad de los niños encima, María Luz trabajó en diferentes cosas: “por un tiempo trabajé con los tíos de mi esposo, en una fábrica textil recosiendo las fallas de la ropa. Luego trabajé en la joyería King’s, en el Hotel Sucre. Los dueños eran alemanes; un poco déspotas pero pagaban bien. Después, he trabajado en Manufacturas Textiles FORNO, con un salario de 180 bolivianos. A mí me parecía muchísimo dinero. Era auxiliar de personal; yo tenía que controlar la asistencia, las planillas del personal, sacar los cálculos de acuerdo a las horas de trabajo y todo eso. El ‘86 he entrado a la FORNO y he trabajado ahí hasta el ‘98. Ese año la Fábrica se ha declarado en quiebra porque el contrabando había afectado mucho a la industria nacional. En la Fábrica hacíamos telas de todo tipo, frazadas y cuando nos llamaron para avisarnos que estaban en quiebra, yo lloré muchísimo porque no sólo estaba perdiendo mi fuente de trabajo, sino que también para mí era maravilloso trabajar ahí. Hacíamos telas hasta para exportación, así que me dolió mucho y lloré amargamente. Yo he pasado momentos muy lindos en la Fábrica y he aprendido mucho. Primero he sido auxiliar de control de personal; luego, he estado en el departamento de ventas, en una agencia; luego, en el Shopping Norte, era responsable de esa agencia; después abrimos en la calle Potosí, frente al Hotel Presidente. Otra cosa que me gustaba mucho era la amistad que tenía con las compañeras. Incluso me dieron un premio como mejor trabajadora; siempre daban un pergamino y un buen monto de dinero”.

Y como dicen que las desgracias nunca vienen solas, al desempleo se le sumó el conflicto matrimonial: “seis meses después de mi despido, el jefe de personal de la Fábrica me llamó para ver si quería trabajar con ellos como promotora de otra fábrica de telas pero yo estaba pasando por un momento muy triste en mi matrimonio y decidí irme a Sucre. Hice un contrato de 6 meses en la Caja Nacional de Salud y no pude conseguir un ítem porque el partido que estaba de turno, tenía que acomodar a su gente, así que tuve que trabajar para el MIR, por

un amigo coterráneo mío. Volví a La Paz con un contrato de un año al Policlínico 9 de Abril y continuaron los problemas con mi esposo, así que tomé la determinación de irme a Sucre. Aquí conseguí trabajo en las oficinas del MIR, como secretaria y tras un contrato de 6 meses, había la posibilidad de irme con ítem a la Corte Suprema con un sueldo alto pero con propuestas indecentes para una mujer; por otro lado, me ofrecieron trabajo en la Caja, con 800 bolivianos de sueldo, así que preferí trabajar honradamente en la Caja. Después el Administrador, una persona muy respetable y rígida, me ofreció ser su ayudante y he estado de su auxiliar. Manejaba la documentación y viendo mi trabajo, me dijo -te mereces un puesto, dónde quieres trabajar-”.

Finalmente, María Luz había conseguido un trabajo estable: “me llevaron al servicio de Vigencia de Derechos y de ahí fui rotando por todos los servicios administrativos de la Caja. Trabajé como secretaria de Dirección, también como secretaria del Hospital Jaime Mendoza, después a Jefatura Médica y ahí es donde empiezo a pensar en el sindicalismo, en el 2008 luego de haber visto el accionar de algunos dirigentes”.

Y pensó en el asunto pero no se involucró sino hasta marzo del 2009 que se inscribe con una fórmula a insistencia de sus compañeros: “acepté pero no sabía nada y mis compañeras se encargaron de organizar la estructura del sindicato. Como me pidieron que esté a la cabeza, les dije que quería gente nueva. Así que empezamos a revisar quiénes me podían colaborar y necesitaba varones para Bioseguridad y Deportes, pero todas las demás eran mujeres. Nos presentamos y un compañero dice -esta señora no puede ser porque nunca ha hecho vida orgánica- y otro más dice -denle la oportunidad, es gente nueva-. Otros me insultaban -que estos miristas han entrado por la ventana y por la ventana les vamos a sacar-. En el momento de hacer el escrutinio, no quería ganar porque tenía miedo y salgo ganadora del sindicato CASEGURAL Sucre y dije -ahora qué hago-. Ni bien me posesiono, ya tenía que viajar al Congreso Nacional. No sabía cómo hacer pero me ayudaron. En el Congreso se tenía que renovar FENSEGURAL a nivel nacional y yo estaba en la comisión de poderes. Había mucha pelea con CASEGURAL La Paz y de por medio muchos intereses personales. Yo subí a la palestra a decir que era nueva y que nunca pensé ver tanta pelea entre compañeros y que no apoyo a La Paz porque son muy desorganizados y logramos que salga como Ejecutivo de la FENSEGURAL el compa-

ñero Miguel Flores. Ese fue mi logro a pocos días de haberme posesionado. Después empecé a trabajar, enmarcándome en las normas legales e institucionales. Cuando el director del Hospital Jaime Mendoza quiso desaparecer un turno que implicaba recorte de personal, no permití ese cambio, demostrando que no era factible”.

“En CASEGURAL Sucre, es la primera vez desde 1957, que se creó la Caja Nacional de Salud, que una mujer está al mando de la dirigencia sindical. Fui yo quien rompió esta estructura impenetrable en la que siempre, a la cabeza, tenía que estar un hombre. Esto hizo que costara mucho que admitan a una mujer conducir el sindicato. Al principio fue muy difícil porque, como dije antes, no sabía nada de sindicalismo pero poco a poco supe defenderme, gracias a las enseñanzas y fortaleza que me daba el asistir a cursos y talleres”.

La experiencia fue intensa y María Luz estaba dispuesta a volver a las bases pero después de cinco convocatorias infructuosas, tuvo que volver a presentarse pues no había más alternativa. En su segunda gestión también confrontó problemas: “invitaron a nuestros compañeros a jubilarse pero en un taller de la ley de pensiones he aprendido que no pueden obligarles a jubilarse, así que empezamos la defensa hablando con los de dirección de trabajo y nos dieron una guía y todo eso. Pedí el apoyo de la Central Obrera Departamental porque los compañeros ya estaban 7 días sin trabajar, pero logramos anular totalmente aquello y los compañeros volvieron sin descuentos ni nada que afecte su vida laboral”. María Luz hace memoria y dice que lo más difícil para ella, ha sido lidiar con las autoridades y ganarse enemistades: “durante estas 2 gestiones, sólo he apoyado a mi gente y por eso, muchos se han agarrado conmigo”. Pero no todo es negativo: “en mi primera gestión de Secretaria General he sido nominada a la Central Obrera Departamental de Chuquisaca. He sido elegida en el Congreso y estoy vigente en la COD. He aprendido mucho, pero siempre hay choque de criterios. Poco a poco hemos ido respetando nuestras formas de pensar”.

Actualmente, María Luz es dirigente nacional de la FENSEGURAL, ocupa la cartera de Relaciones Internacionales; también es parte de la Central Obrera Departamental de Chuquisaca, en la cartera de Secretaria de Organización y se siente satisfecha, aunque esto no estaba entre sus aspiraciones pero en vista de cómo sucedieron las cosas, ella se preparó y estudió primero Secretariado

Ejecutivo y luego Derecho en una universidad privada que lamentablemente no tenía resolución ministerial.

Como otras mujeres sindicalistas, María Luz se dedicó a la vida sindical porque no tenía la presencia masculina que la atara a la casa y porque sus responsabilidades como madre ya eran mínimas: “una vez que mis hijos se encontraban en un nivel superior de estudios, tuve la posibilidad de poder ingresar a la vida sindical; de lo contrario, quizás no hubiese podido realizarme como dirigente. Ser madre y esposa, es un limitante para las mujeres”.

Con la experiencia que ha acumulado María Luz, puede decir que: “hay que hacer mucho trabajo con las mujeres; falta mucho la decisión de la mujer y nos falta incentivar a las compañeras para que entren a la vida sindical. Ahora si yo he evadido buen tiempo era porque no me interesaba, pero también las mujeres tenemos limitantes por ser esposas, madres, trabajadoras, pero hay mujeres muy valientes que no les interesa estar trabajando hasta las 4 de la mañana y hacer las cosas de la casa, como la compañera Carmen Domínguez para quien no existe el cansancio. Yo quisiera que todas las mujeres tengamos esa energía”.

Para esta mujer sindicalista, el sindicato debe cambiar sus lógicas y adaptarlas a las mujeres o, mejor dicho, las mujeres deben adaptar el sindicato a sus circunstancias, pero una vez más ella dice que para eso: “falta decisión de las mujeres, pero que no es imposible, que hay que buscar mecanismos. La familia misma puede ayudar, por ejemplo; ese es el primer apoyo para salir adelante. Creo que ahora hay un decreto donde la mujer puede llevar a sus hijos donde esté trabajando. Se nos debería permitir hacer eso en el sindicato, para desempeñarnos bien en nuestras labores del hogar y en la vida sindical”.

ANDREA CORINA CHÁVEZ CALDERÓN



No es difícil imaginarse a Andrea, caminando acelerada por los pasillos del hospital o discutiendo de tú a tú con algún dirigente. Y es que Andrea transmite energía. Ella nació en el Puerto de Guaquí y ahora tiene 53 años.

Andrea casi no conoció a su padre, pues él falleció cuando ella tenía dos años. Su madre con Andrea y tres hijos más, se fue a La Paz. Sin oficio ni profesión, la cosa no fue fácil. Andrea nos cuenta qué hizo su mamá para mantener a cuatro hijos: "Mi mamá ha hecho de todo para mantenernos, teníamos mesas de billar, canchas de fútbolín, etc. pero eso sí, era muy exigente", añade Andrea. Sus hijos debían ser profesionales y para eso, su formación desde colegio era importante así que hizo el esfuerzo de ponerlos en colegios particulares: "yo estudié en el Colegio Santa Ana y de ahí he salido bachiller".

Su sueño era ser médico, así que saliendo del colegio se inscribió en la carrera de Medicina de la UMSA: "he entrado a medicina y fui dirigente desde el segundo año. Me postularon como parte de una fórmula para el centro de estudian-

"Antes de casarme, yo había hecho vida sindical en la Universidad y en mi trabajo, después de casada, no quise aceptar ningún cargo porque quería cuidar a mi familia, así que he dejado pasar muchas oportunidades, justo mi esposo me dejó y ahí retomo la vida sindical porque no me gustaban las injusticias. Retomo la dirigencia postulé a la Federación de Trabajadores de la Caja, ganamos las elecciones y me mandan como delegada a la COB, cuando llegué no me recibieron bien porque esperaban a un varón. En la segunda reunión, tampoco me recibieron bien y resulta que habían mandado una carta diciéndome que no querían mujeres, arguyendo que no pueden hacer nada".

tes". Todo iba bien pero un día, una compañera de universidad, la tentó para postularse a un trabajo en la Caja Nacional de Salud: "ella me pidió que la acompañara a dar un examen para trabajar en la Caja y acabamos dándolo las dos. Mi compañera no logró entrar y yo sí. A pesar de la oposición de mi madre, empecé a trabajar. Empecé con suerte porque entré como empleada fija y con un buen salario".

Andrea, quien no esperaba mucho de ese examen, acabó contenta por su logro. Se presentó a trabajar y su idea era organizar sus tiempos para poder estudiar: "el problema era mi carrera. Hablé con la jefa de enfermeras para poder seguir estudiando pero ella me dijo que ahí no se podía estudiar porque no iba a rendir bien en el trabajo y me conminó a tomarlo o dejarlo".

Andrea es una mujer inteligente y dinámica, pero su contexto, incluso el más próximo, estaba mellando su seguridad por una cuestión subjetiva y superficial como es la belleza física: "yo creí que era el patito feo porque nadie se fijaba en mí. En mi casa todos me decían que era feíta y evidentemente, en la universidad, nadie se fijaba en mí pero conocí a mi esposo y me casé a los 19 años. La pena es que nunca pude acabar la carrera de medicina y me quedé a trabajar en la Caja por mucho años".

Andrea había encontrado quien se fije en ella, pero al mismo tiempo, estaba cerrando su horizonte como líder: "Antes de casarme, yo había hecho vida sindical en la Universidad y en mi trabajo. Después de casada, no quise aceptar ningún cargo porque quería cuidar a mi familia. Así que he dejado pasar muchas oportunidades". Pero la vida da vueltas y las cosas cambian: "justo mi esposo me dejó y ahí retomé la vida sindical porque no me gustaban las injusticias. Retomé la dirigencia postulándome a la Federación de Trabajadores de la Caja. Ganamos las elecciones y me mandan como delegada a la COB. Cuando llegué no me recibieron bien porque esperaban a un varón. En la segunda reunión, tampoco me recibieron bien y resulta que habían mandado una carta diciendo que no querían mujeres, arguyendo que no pueden hacer nada. A pesar de su oposición, mi Federación me respaldó y continué en ese cargo. Fueron tres años de lucha, pero valió la pena. En un congreso posterior en Cochabamba, se logra elegir tres mujeres en la Federación y quisieron reelegirme pero no acepté porque quería que otras mujeres vayan y ganen experiencia

en el sindicalismo. Lamentablemente, tiempo después, ellas me contaron que el Ejecutivo las había bajado de carteras. En un ampliado, dos años más tarde (2004), copamos la Federación con mujeres; eso era lo justo porque hasta hace cinco años, las enfermeras éramos más mujeres que varones”.

Un año intenso de gestión y tras eso, el desastre: “en esa gestión hicimos obras por todo lado para nuestros afiliados pero comenzó la pugna interna con un grupo de trotskistas sobre todo. Ellos logran voltearnos con un proceso a nuestro Ejecutivo. Nos sacaron a todos y hasta el día de hoy estamos en juicio por este tema. Yo estoy en juicio por 50.000 dólares, por calificar el escalafón para todos los trabajadores administrativos. Nosotros no hemos firmado ningún cheque ni nada, nuestro pecado ha sido firmar lo que hemos calificado. He tenido que jubilarme y ser rentista a la fuerza y antes de tiempo porque si no, ahorita, estaría sin un centavo en el bolsillo y difícil encontrar trabajo porque a mi edad ya no quieren recibarnos en ningún lugar”.

El sindicalismo aleja a las personas de su casa y su familia por las reuniones y viajes y, para las mujeres eso es un obstáculo, pero Andrea nos cuenta cómo salvó el mismo: “para ser dirigente tenía que organizarme bien, pero mis hijos me han ayudado mucho. Tengo dos hijos varones muy organizados y no me daban mayor trabajo. La otra ventaja es que no tenía esposo que me controle horarios o me exija ciertas cosas en la casa. Creo que tener esposo no es una ventaja para hacer vida sindical porque los maridos siempre son egoístas; soy independiente y así he criado a mi hijos. Ellos saben ahora que si sus mujeres deben salir, tienen que hacerlo y ellos asumir las tareas de la casa.

Lo más triste y difícil de haber sido dirigente, es el pleito jurídico que todavía arrastra, pero: “lo positivo de esta carrera sindical es, primero, que he llegado a conocer gente que siempre me ha alentado a seguir y en mi última gestión en la Federación hemos hecho una guardería, un lugar de descanso en los Yungas con campos de Beach Vóley, varias piscinas, un instituto de inglés y computación, un multifuncional, todo con los dineros de los afiliados. Hoy, nada de eso ha quedado; todo nos han quitado o está cerrado. Lo único que conservan es la guardería. Es una pena”. Para Andrea, hay cosas que no se pueden olvidar como el dolor y la tristeza que le trajo la dirigencia sindical: “pero ahora soy dirigente de mi barrio. Estamos haciendo obras y espero que el Alcalde nos ayude”.

Revisando su camino recorrido, Andrea se atreve a afirmar :“a los hombres no les gusta que una mujer sea dirigente. A ellos les gusta estar adelante siempre, les hemos hecho comprender que no debe ser así pero el camino no ha sido fácil porque incluso en los ministerios, nos recibían mal, pero hemos insistido y hemos tenido nomás buena acogida” y aunque resulta siendo casi una norma que las mujeres se oponen a las mujeres, Andrea recupera una experiencia diferente y positiva: “nosotras en el sindicato, siempre nos hemos llevado bien entre mujeres. Hemos hecho buenas alianzas a pesar de que los hombres querían dividirnos, metiendo cizaña”.

MARTHA VARGAS CAERO



Martha es maestra de Artes Plásticas y ha visto a muchas generaciones de alumnos suyos hacerse adultos y profesionales: “tengo 56 años de edad y estoy en el magisterio urbano desde hace 32 años”.

Martha recuerda su infancia con cierta tristeza: “nací en Cochabamba y tuve una infancia un poco desprotegida porque éramos una familia grande; éramos 5 hijas mujeres y 1 varón. Mi papá era carpintero y no ganaba mucho y mi mamá era sólo

ama de casa, así que mis hermanas y yo tuvimos que trabajar en el tejido de lana de oveja desde chicas. Como no nos alcanzaba el dinero, nos fuimos a Oruro porque mis hermanas mayores consiguieron trabajo en el Magisterio. Al salir bachilleres nos fuimos a Sucre, a la Normal, mi hermana melliza y yo. Ella se llama Beatriz; era muy aplicada y estudiaba en la Normal, Psicología y Filosofía y, en la Universidad, Derecho. Siempre ha estado a mi lado y la admiro mucho”.

Martha conoció a su pareja cuando estudiaba en la Normal de Sucre y esa fue la razón que la llevó a Tarija hasta el día de hoy: “me casé en Sucre, a los 26 años,

“Estos dirigentes atropellaban muchos derechos de los maestros. Con el asesoramiento de algunos compañeros, los hemos sometido a un proceso; el proceso duró aproximadamente 7 meses. Debido a este proceso, yo fui expulsada de la Confederación y ellos continuaron siendo nuestros dirigentes impunemente.

Yo seguía con el proceso con las consecuencias del caso porque ya no percibía ni el salario, pero finalmente, el fallo salió a mi favor y los trotskistas fueron suspendidos de sus funciones sindicales definitivamente. El fallo se ratificó en Guayaramerín y allí sufrí muchas agresiones y acusaciones como que me había acostado con los del tribunal pero igual los declararon culpables y una mujer ha hecho esto. Para mí esto ha sido un hito en la actividad sindical”.

con un compañero de la Normal, de la carrera de Artes Plásticas. Tengo 2 hijos varones que son universitarios, y ya son más de 30 años que vivo en Tarija. Aquí me he apasionado por la defensa de los derechos porque yo observaba muchas injusticias, sobre todo de parte de las autoridades, incursioné en el sindicalismo, primero en carteras inferiores, en el sindicato llegué hasta la Federación de Maestros Urbanos de Tarija durante cuatro gestiones”.

Ese no fue ni mucho menos, el último cargo sindical de Martha: “En el Congreso Nacional del Magisterio en el Beni, me eligieron como representante de Tarija para conformar la Confederación Nacional del Magisterio Urbano, pero ésta ha sido una experiencia nefasta para mí por la discriminación que he visto que hay hacia las mujeres en cuanto a sus derechos. La representación nacional casi nunca tenía mujeres, nosotras hemos debido ser de las primeras en llegar a ese nivel. Somos el 80 por ciento en el Magisterio, pero éramos como un cero a la izquierda; no se nos tomaba en cuenta. Yo decía -para qué estoy aquí, si en Tarija puedo aportar más-. Me sentía mal por esa gestión nada productiva, pensaba que era yo la que fallaba. Pero en un nuevo congreso que se realizó en Yacuiba nos volvieron a elegir; me pareció bien que nuevamente nos eligieran pero fue peor porque fue una dirigencia pseudo-trotskista y las mujeres no servíamos para nada. Tenía compañeros que habían sido miembros del Tribunal de Ética y me sugirieron hacerles un proceso porque estos dirigentes atropellaban muchos derechos de los maestros. Con el asesoramiento de algunos compañeros, lo hemos hecho; el proceso duró aproximadamente siete meses. Debido a este proceso, fui expulsada de la Confederación y ellos continuaron siendo nuestros dirigentes impunemente. Yo seguía con el proceso con las consecuencias del caso porque ya no percibía dieta ni salario, pero finalmente, el fallo salió a mi favor y los trotskistas fueron suspendidos de sus funciones sindicales definitivamente. El fallo se ratificó en Guayaramerín y allí sufrí muchas agresiones y acusaciones como que me había acostado con los del Tribunal, pero igual los declararon culpables y una mujer ha hecho esto. Para mí esto ha sido un hito en la actividad sindical”.

Después de esta amarga experiencia, podría creerse que Martha no volvería a las andanzas sindicales, pero como ella misma dice: ‘la sangre llama’. “Al volver a Tarija, he seguido asistiendo a asambleas, seguía activa y llegué a ser miembro de la Central Obrera Departamental, como Secretaria de Hacienda y Actas

porque en un Congreso nuestra elección se desvirtuó por las líneas políticas del compañero Evo Morales y Mario Cossío. En Tarija, mucha gente apoyaba a Mario Cossío mientras nosotros como COD apoyábamos la línea del compañero Evo Morales. En ese tiempo el racismo se expresó de manera muy marcada. Nosotros fuimos intervenidos por la Unión Juvenil Cruceñista y pegaron a nuestros compañeros. Hubo un ataque frontal de agresión. Todo esto pasó hace como 4 años y no volvimos al sindicato, pero fue un desconocimiento a la legalidad. Más tarde se posesionó el señor Mogro, quien era brazo político de la ex Prefectura”.

Hoy, Martha no ejerce ningún cargo sindical y desde el llano analiza algunos aspectos que perjudican los avances de las mujeres en la vida sindical: “la misma mujer hace que retrocedamos; lo poquito que avanzamos, en dos minutos se derrumba porque actitudes mezquinas nos hacen retroceder mucho. Cuando creemos estar muy bien armadas, viene algo y ya se retrocede todo lo avanzado; eso por envidias, broncas y no hay fuerza entre nosotras”.

A pesar de no estar en las estructuras de representación sindical, Martha no ha dejado de participar en política: “Hemos trabajado para presentar propuestas en la Asamblea Constituyente en Sucre, para mejorar el salario de las mujeres, y en un grupo llamado El Colectivo, estamos estudiando la nueva Constitución Política y vimos que están abiertas las puertas a las mujeres, como en el primer artículo donde se hace la diferencia de los y las, lo cual ya es un logro. Ahora depende de las mujeres adueñarse de los espacios cedidos”.

Definitivamente, Martha cree que las mujeres, solas se ponen obstáculos para crecer en la vida pública: “la mayor parte de los sindicalistas en el Magisterio son varones. Ellos avanzan más rápido incluso en los cargos jerárquicos; por ejemplo, nunca hubo una directora departamental; siempre son varones. La relación con los compañeros varones en el Sindicato es buena e incluso ellos impulsan los liderazgos de mujeres pero las mismas mujeres tienen mucha mezquindad y cuestionan a la que quiere surgir por cuestiones regionales por ejemplo, y, como dije antes, son más conformistas, dejan nomás que las cosas pasen, no se proponen cambiar nada. La última batalla que hemos librado desde la COD no ha sido nada fácil porque este es un pueblo en el que todos nos conocemos y nos han fichado de modo que incluso mi familia corría riesgo”.

Martha considera que las mujeres somos las culpables de reproducir un sistema machista que obstaculiza la salida de las mujeres al ámbito público: “Qué felices los varones que pueden moverse con mucha facilidad. Encuentran todo hecho en la casa; para ellos es más fácil. Si tienen un compromiso se van nomás pero nosotras mismas tenemos la culpa porque repetimos un régimen educativo. Deberíamos educar a nuestros hijos de forma diferente”. Sin embargo, Martha agradece a su familia por el apoyo que le han brindado, sobre todo cuando estaba en la Confederación: “tengo que agradecer mucho el apoyo de mi esposo porque a veces los congresos duraban hasta la madrugada y, al día siguiente, había que viajar o cambiar de residencia y mi esposo me ha comprendido y colaborado mucho y mis hijos también; pese a que me lo han reprochado en algún momento, y mi esposo también se ha enojado conmigo, pero no ha pasado a mayores, más bien, no me siento culpable de haber dejado a mis hijos porque creo que no he hecho nada malo; es más, desde esos espacios estoy contribuyendo para que la sociedad donde viven mis hijos, sea mejor”.

Martha, como lo dijo, es una de las pocas mujeres que ha llegado a tan alto nivel sindical en su sector. Ella sabe el valor que eso tiene: “Nosotras en el campo sindical hemos abierto el camino para otras mujeres, para que las nuevas compañeras ya tengan su lugar, esto da satisfacción pues es un logro; a nosotras ya nos tienen respeto y orientamos a las nuevas mujeres. Por ejemplo, ahora estamos trabajando con mujeres que están en el PLANE, que son reporteras populares, profesoras y trabajadoras en salud y otras de diversos lugares. A ellas les orientamos sobre el ejercicio de la política sindical; al final las compañeras nos reconocen siempre nuestro trabajo. Eso me mueve mucho y aunque no haga vida sindical, no soy de las mujeres que se va a quedar en su casa. Eso ya es cosa del pasado”.

Martha no quiere alejarse de estas páginas sin una recomendación a las mujeres en general y a las sindicalistas en particular: “por último, a la mujeres quiero decirles que participen más en las actividades políticas con un perfil positivo y sean activas y analíticas. Sepamos denunciar las irregularidades para no ser cómplices de las cosas que están mal, porque no denunciar involucra hasta a la familia y luego nos pueden juzgar por haber callado”.

AIDÉE VIDAL VELASCO



“Al año y ocho meses de nacido mi hijo, me separé y el sindicalismo fue como una tabla de salvación a mi problema familiar. Tenía tanta ocupación, que no me daba tiempo de pensar en mis problemas personales; no tenía tiempo para sufrir, estaba viendo el sufrimiento de los demás. Ahora soy una mujer libre, autónoma, voy a donde quiero. Tengo mi hijo y él va conmigo a todo lado”.

“Yo vengo de una familia minera; mi madre era ama de casa. Somos siete hermanos, la mayoría hemos estudiado; hemos logrado salir profesionales, aunque perdí a mis padres a los siete años. Quedamos huérfanos tres pequeños y mi hermana mayor se ha hecho cargo de nosotros. Cada hermano mayor ayudaba al que le seguía y así hemos logrado salir profesionales”. Así empieza Aideé a contarnos su vida. Ella ahora tiene 42 años y nació en Cochabamba, en la provincia Arque.

Cuando sus padres vivían, enviaron a sus hijos mayores a estudiar a Brasil y cuando murieron, estos hermanos llevaron a los más pequeños a estudiar con ellos; por eso, Aideé estudió Comunicación Social en ese país pero como la sangre llama, volvió en cuanto terminó su carrera: “me costó mucho convalidar toda mi documentación para poder ejercer mi profesión en Bolivia y me costó encontrar trabajo”. Con suerte, consiguió un trabajo con ingresos expectantes: “llegué a trabajar en comunidades campesinas con la Cooperación Europea. Gané muy bien, ahorré todo lo que pude y fui a comprarme un terreno en Palca pero perdí mi dinero porque hice una mala compra. Me devolvieron mi dinero pero ya devaluado. Terminó el proyecto y después fue muy difícil encontrar otro trabajo”.

Aideé, como muchos bolivianos, peregrinó de ‘Herodes a Pilatos’ en busca de trabajo: “todo había estado politizado. He presentado papeles a todo lado,

pero como no pertenecía a ningún partido, como no tenía aval de nadie y además veían el salario que gané antes, me decían que no podían pagarme igual, que no se podía". Cansada de intentar, pero con su espíritu inquebrantable, siguió buscando trabajo: "en ese tiempo, en El Alto se abrían ítemes para Salud. Fui a trabajar por tres meses ad-honorem y luego nos sometieron a un concurso que yo gané, pero no pasó ni un año y cambió el Gobierno. Hicieron desaparecer nuestra documentación e hicieron aparecer como si hubiéramos entrado por política y nos quisieron botar. Había compañeras embarazadas, mujeres que mantenían solas su casa y les obligaban a trabajar hasta un mes más, gratis, para que enseñen a los nuevos. Eso sucedió el 97, cuando entró ADN-MIR".

Aideé adquiere un tono amargo cuando recuerda esa época: "era mucho, había un acoso laboral muy intenso, a los que no pudieron botarnos, nos llevaron a diferentes lugares. A mí me mandaron al Hospital Boliviano-Holandés, que antes se llamaba 20 de Octubre. Este hospital realmente era un lugar muy pobre, no había ninguna condición para trabajar. En menos de tres meses me han hecho rotar por todo el hospital. Fui desde secretaría hasta economato (la cocina), sólo faltaba que me manden a la lavandería o a la limpieza. Era tanta mi rabia y mi impotencia, hasta que nos juntamos todos los compañeros que estábamos en esa situación y decidimos entrar al sindicato. Hicimos una fórmula y nos presentamos a elecciones y ganamos".

Había llegado donde quería pero las cosas de ahí en adelante, no serían fáciles: "ese director del hospital era terrible, no nos quería ver y cuando nos veía, nos gritaba -estas 'sindik'ateras' ya me van a venir a molestar-. En ese sindicato yo era Vocal, pero era tal la tensión que muchos miembros del sindicato renunciaron por miedo y amedrentamientos del director. Quedamos la Secretaria General y yo que hemos sufrido persecución del Estado a causa de haber denunciado el accionar de este director. Nos agarraron y nos dijeron que dejáramos de hacer denuncias, pero con todo, logramos botar al director y parar los despidos".

Acabando su gestión sindical pidió su cambio, del Hospital a un Centro de Salud, camino a Viacha y ese mismo año se formaron ternas para hacer la Fed-

ración de Trabajadores en Salud de El Alto. Aideé no iba a estar ausente de esas elecciones: “el ‘98 armamos una fórmula con dos varones a la cabeza. En esta primera elección ganamos y sólo estuvimos dos años, pero el trabajo no fue muy efectivo porque yo no estaba declarada en comisión. El 2002 volvimos a presentarnos a las elecciones con un varón para ejecutivo. Ganamos por amplia mayoría pero tropezamos mucho con el machismo del compañero que encabezaba la fórmula. Él iba solo a las reuniones y sólo nos involucraba en los problemas, no nos comunicaba nada, nos gritaba, nos trataba mal, no quería que tomemos parte de las decisiones hasta que decidimos perseguirlo a todos lados. Un día de esos, el director dijo que iba a hablar sólo con él, y nosotras nos plantamos ahí y tuvo que hablar con los tres. La confrontación fue muy dura porque incluso llegamos a amenazarlo con pegarlo si seguía tratándonos mal”.

Y llegó 2003, un año que quedará en la memoria de todos los bolivianos y cómo no, en la vida de Aideé : “pasamos el conflicto de febrero de 2003, justo en esos conflictos habían ampliados y reuniones en la COR en plena balacera. El Ejecutivo, perdido; íbamos a las marchas y él se iba a atrás. Fuimos a una marcha pidiendo que pare el tiroteo; Roberto de la Cruz lanzó una piedra a un minibús y eso fue suficiente para que se desate un nuevo tiroteo contra nosotros. Él y todos los dirigentes han desaparecido y quedamos más mujeres y jóvenes. Todos corrimos a ponernos a salvo y en nuestra carrera vimos caer a dos jóvenes muertos”. Luego vino Octubre Negro: “igual en esas fechas hemos estado en reuniones de toda la noche, en vigilia, marchando todos los benditos días de El Alto a La Paz, y cuando hirieron a esa doctora que recogía heridos en San Francisco, me di cuenta de que yo ya no estaba sola, tenía un hijito de tres años y mi misma familia me dijo que si moría nadie se iba a hacer cargo de mi hijo. Entonces, recién me di cuenta de que cuando uno está involucrado en una lucha, no se mide y no se da cuenta que corre peligro”.

Sin duda, fue una intensa gestión sindical y ella pensaba retomar la calma del trabajador de base: “El 2005, terminamos nuestra gestión y sufro una persecución sindical de la nueva Federación, porque pensaban que uno puede seguir influyendo en los compañeros. Yo debía volver a mi puesto de trabajo en La Paz, pero no me dejaron volver y tampoco me permitieron ir a los lugares donde requerían mis servicios. Me querían mandar a un lugar lejano, a una hora de El Alto, a un Centro nuevo. Yo tomé la determinación de ponerme a

disposición de la Directora de Salud de La Paz y me mandaron al Hospital del Niño de Miraflores". Aideé suelta un suspiro y se queja: "a veces la dirigencia es ingrata, no es nada agradable ser dirigente. Después de eso, juré nunca más participar del sindicalismo porque uno ayuda y cuando uno necesita, nadie le ayuda pero no sé, uno tendrá la esencia o qué será, igual venían a pedirme ayuda en el nuevo lugar donde trabajaba y así un día me piden ser sindicato. Fui como segunda, buena experiencia y fuimos reelegidos. En esta segunda gestión mi compañero se lanzó a la Federación, le pedí que mande su carta para que yo asuma su lugar y así se hizo.

Ella creía que allí se quedaría, dirigiendo su sindicato, pero: "llega el Congreso para elegir Confederación y se lanzan unos requisitos que yo cumplía. Así que me lancé a la Confederación de los Trabajadores en Salud. No era mi intención pero salió mi nombre y tuve que ir. En el Congreso ganamos y fuimos elegidos Confederación. Actualmente soy Secretaria General de la Confederación de Trabajadores en Salud de Bolivia. Me eligieron, sobre todo, porque he impulsado los liderazgos femeninos. Cuando fui dirigente en El Alto, de siete sindicatos, apenas uno estaba dirigido por una mujer. Al año siguiente, ya éramos seis mujeres secretarías generales y un varón. Ahora tenemos cinco federaciones de salud, dirigidas por mujeres. Entonces, hemos avanzado mucho porque además en Salud, somos más trabajadoras mujeres que hombres"

Esos son algunos de sus logros, pero de las dificultades dentro del sindicalismo se puede hablar mucho: "las dificultades en el sindicalismo son muchas para las mujeres, pero en lugar de unirnos, mucha veces las mujeres somos enemigas unas de las otras; por ejemplo, una compañera dejó de hablarme por seis meses, sólo por llamarle la atención. Entre varones quizá son más sinvergüenzas porque en la mesa de discusión se dicen de todo y cuando salen es como si nada hubiera pasado. En cambio con las mujeres no pasa eso. Discuten en la mesa y nunca más se hablan, se enojan de por vida", lamenta Aideé: "En el sistema machista no cabemos las mujeres y si nos unimos podemos cambiar pero el camino al cambio es lento y desgastante. Las mujeres que logran aprendizajes en su carrera sindical no replican sus conocimientos con las nuevas líderes. Es un trabajo muy difícil. Pero no perdemos las esperanzas de que en alianza entre mujeres podamos avanzar y de hecho, en estos diez años hemos avanzado; entre nosotras ya hay diputadas, concejalas, etc. Pero, a muchas de

las mujeres que estamos en la idea de cambiar las prácticas machistas, lo que más nos pesa es la familia. Las mujeres dirigentes somos viudas, solteras, separadas o divorciadas porque cuando estamos casadas, el marido no nos deja estar hasta altas horas de la noche en reuniones. Muchas reuniones duran horas. Por ejemplo, en Octubre Negro hemos estado 24 horas en la calle, dos noches en vigilia ¡Qué hombre quisiera ver a su mujer en la calle! piensan mal. Ha habido muchos casos de mujeres dirigentes que llegaron tarde a su casa y los hombres las han maltratado, las han pegado.

Para Aideé estar sola es una ventaja, en la medida en que tiene libertad de movimiento: “la carga de la familia es doble y hasta triple porque como mujer sola, una tiene que lavar, cocinar, trabajar. No es como el hombre dirigente que deja a su mujer ese trabajo y sabe que en su casa todo está bien. Para la mujer quién se lo va a hacer ese trabajo si no tiene marido y, si tiene, no quiere hacerse cargo. Para la mujer es pesado ser dirigente pero tenemos la convicción de cambiar esta cultura sindical. No sólo hemos nacido para ser mamás, nos satisface ayudar a los demás; cuando ayudas a los compañeros y resuelves sus problemas a nivel nacional, es una satisfacción personal. Es interesante poder decidir y que no decidan siempre por ti”.

Aideé se casó a los 27 años y para entonces ya era dirigente sindical: “me aceptaba que sea dirigente mientras éramos novios, pero cuando me casé la cosa cambió; no me dejaba salir, me reclamaba que iba a muchas reuniones. Tuve mi hijo a los 29 y ahí se me complicó más la cosa. Tenía que ir a trabajar con mi hijo. Tuvimos una marcha cuando recién tuve a mi hijo y no marché, pero me pusieron en la parte logística y era peor porque había que cargar comida, dinero y todo lo hacía con la ‘wawa’ en brazos. En muchas otras marchas, las compañeras me ayudaban en algunos tramos con el niño. Mi hijo ha crecido entre marchas y reuniones, ampliados y congresos.”

“Al año y ocho meses de nacido mi hijo, me separé y el sindicalismo fue como una tabla de salvación a mi problema familiar. Tenía tanta ocupación, que no me daba tiempo de pensar en mis problemas personales; no tenía tiempo para sufrir, estaba viendo el sufrimiento de los demás. Ahora soy una mujer libre, autónoma, voy a donde quiero. Tengo mi hijo y voy con él a todo lado. Él dice que ya es un graduado del sindicalismo porque conoce todo sobre el sindicalis-

mo y a veces me dice que (él) debería ser sindicalista, es un niño muy consciente. Gracias a Dios, el colegio de mi hijo nos ayuda a los padres solos. Así que está en el colegio desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde; pero como ha crecido, ya no puedo viajar mucho. Eso es lo más complicado. Cuando tengo que viajar, pido ayuda a otras compañeras para que vean a mi hijo. Por otro lado, muchas veces, las reuniones se prolongan y a las seis yo ya estoy sudando para recoger a mi hijo y algunos dirigentes me riñen, pero hay otros comprensivos. Entonces, voy a recogerlo y vuelvo. El pobre se queda hasta diez u once de la noche. Se aburre, pero comprende. Es muy paciente”.

Aldée es una mujer que ha comenzado una lucha en la que no va a parar y convoca a las demás a cambiar las cosas: “las mujeres tenemos que cambiar esa lógica del sindicalismo machista. Por ejemplo, necesitamos guarderías para que no estemos correteando en busca de nuestros hijos. Para el sindicato no hay horario y eso también debería cambiar porque las mujeres tenemos que cumplir con nuestros hijos. En el sindicato, si bien es cierto que estamos declaradas en comisión, trabajamos sin horarios y es muy complicado. Por otro lado, que cambie la visión de los varones y asuman parte de la responsabilidad de cuidar a los hijos”.



BASILIA CATARI TORRES



Basilia tiene diez años, se sube en un bus en compañía de su abuelo y, pasiva, ve cómo el altiplano se queda atrás, mientras el bus avanza sin remedio hacia la ciudad. Llegan a una casa, quién sabe dónde. Los adultos hablan, el abuelo encarga a Basilia que se porte bien y la deja. Basilia tiene que cuidar a los niños de esa casa; a cambio, tendrá techo, cama y comida.

Hoy Basilia es una mujer adulta. Ha trabajado mucho y ha aportado mucho más. Pero volvamos a su infancia: "he nacido en la provincia Camacho, en una comunidad que se llama Chualluma. Provengo de una familia muy humilde; somos nueve hermanos. Mis padres eran campesinos. He migrado a la ciudad a los 10 años porque mi abuelo tenía contacto con gente de los hacendados y me vine a trabajar como niñera. Las primeras veces trabajaba sólo por la ropa y la comida. Yo quería ganar y tener mi propio sueldo porque hasta entonces, mis empleadores me compraban las cosas que a ellos les gustaba y en una ocasión mi empleador me ha pegado; de ese modo, me he escapado y de ahí ya busqué otro empleo"

Basilia tuvo suerte y encontró otro empleo y, como soñaba, recibió dinero a cambio de su trabajo y recuerda con absoluta claridad, qué hizo con su primer salario: "con mi primer sueldo me he comprado pollera, zapatos y sombrero y ya

"Fulmos a Colomba a una reunión de trabajadoras del hogar del continente y a mi vuelta nos organizamos a nivel nacional. Yo he sido la fundadora y primera Secretaria Ejecutiva de las Trabajadoras del Hogar de Bolivia. Hemos fundado la organización el 30 de marzo de 1993, en Cochabamba. Me fui satisfecha, porque dejé una organización sólida. Después ocupé un cargo bastante importante para mí: fui Secretaria General de la Confederación Latinoamericana de Trabajadoras del Hogar que me dio la oportunidad de conocer compañeras de otros países y nuestra realidad latinoamericana".

en este trabajo tenía salidas en fin de semana, así que iba a una iglesia evangélica y un día de esos recibí un volantito donde ofrecían clases de todo y fui. Era en el Montículo; ahí íbamos, nos reuníamos puras trabajadoras del hogar de todo Sopocachi y me gustó ir porque aprendía muchas cosas. Estuve durante años y ahí surgió la idea de organizarnos para reclamar por nuestros derechos laborales”.

Basilia sabía lo que quería y trabajó mucho para lograrlo: “en 1998 fue mi primera experiencia sindical; entré como Secretaria General del Sindicato de las Trabajadoras del Hogar. En esa oportunidad hice la personería jurídica del Sindicato de Trabajadoras del Hogar. ‘Más antes’ estuve como Secretaria de Conflictos y también tramitamos la Ley de las Trabajadoras del Hogar y luego organizamos la Federación Nacional, porque eso mandaba nuestro estatuto”.

Como Secretaria General de las Trabajadoras del Hogar, Basilia representó a su gremio en eventos internacionales: “fuimos a Colombia a una reunión de trabajadoras del hogar del continente y a mi vuelta nos organizamos a nivel nacional. He sido la fundadora y primera Secretaria Ejecutiva de la Federación de Trabajadoras del Hogar de Bolivia. Hemos fundado la organización el 30 de marzo de 1993, en Cochabamba. Me fui satisfecha porque dejé una organización sólida. Después ocupé un cargo bastante importante para mí; fui Secretaria General de la Confederación Latinoamericana de Trabajadoras del Hogar que me dio la oportunidad de conocer compañeras de otros países y nuestra realidad latinoamericana”.

Pero la vida da vueltas y de ser la mujer más importante de su gremio pasó a ser una anónima: “ahora yo ya no estoy trabajando porque me pasaron muchas cosas, sobre todo con mi salud. Hasta hace unos cinco años atrás, trabajaba por días pero ahora me dedico a otras cosas y recién estoy empezando a salir de la depresión que tenía”. Basilia se había entregado en cuerpo y alma a la consolidación de su organización, había puesto todo su empeño y su energía para dejar una organización que defendiera los derechos de un sector tan vulnerable como el de las trabajadoras del hogar, pero cuando dejó su cargo, nadie se acordaba de lo mucho que había hecho: “ser dirigente no es nada bonito porque hay mucha ingratitud. Al principio, organizar fue bastante difícil porque todas las que hemos participado en ese entonces, todas, trabajábamos en casas

y no teníamos las facilidades que ahora tienen las trabajadoras del hogar. En la Nacional, ahora todas las compañeras son liberadas y tienen más posibilidades de hacer cosas. Nosotras en cambio, hemos invertido mucho, hemos tenido muchos problemas para salir y organizarnos y eso nadie valora, eso es lo que más duele”.

A pesar del dolor que le causa el olvido y la ingratitud de sus sucesoras, Basilia también guarda algunos recuerdos gratos: “también hemos pasado cosas muy lindas, de mucho compañerismo porque las que en esa época éramos las ‘dirigentas’, estábamos juntas, preparando los talleres; esa vez hablábamos mucho de la ley de las trabajadoras del hogar, entonces como compañeras estábamos juntas preparando todo. Cuando nos encontramos con estas compañeras, nos vemos siempre con mucho cariño como si fuéramos parientes”.

La organización de trabajadoras del hogar, por lo menos hasta ahora, no tiene miembros varones, lo cual la hace diferente a otras organizaciones: “a diferencia de otras organizaciones, nosotras somos puras mujeres y decidimos nuestras actividades, así que no tenemos choques con varones. Actualmente, sigo participando en mi Sindicato de Sopocachi. Tenemos cuatro sindicatos: uno en San Pedro, otro en Sopocachi, Max paredes y uno más en la Zona Sur. Cada sindicato tiene su propia directiva y ahora yo soy responsable de mi organización hasta el año próximo”.

Basilia no se casó pero tiene una niña que es el motor de su vida; por eso, ella comprende lo difícil que es trabajar, tener familia y ser sindicalista: “no soy casada pero tengo una hija. Mi hija ahora tiene 10 años. Creo que como muchas compañeras dicen, es bastante difícil ser dirigente teniendo hijos por las responsabilidades que tenemos las mujeres y mucho más si tiene pareja porque hay problemas. Es mejor no tener pareja a estar peleando. Yo no he tenido ese tipo de problemas porque, como digo, no soy casada, pero sí, al principio, he tenido problemas con mis empleadoras; era bastante difícil salir, no me dejaban, pero con mis últimos empleadores, conversando y haciéndoles entender la importancia de mis actividades, la cosa ha sido muy fácil. Nunca me han prohibido hacer reuniones; he podido hacer trámites, ir al Parlamento, etc. Yo cuidaba a su hijita y con la niña iba a todo lado”.

Basilia, quien pertenece a un gremio de puras mujeres, encuentra que entre ellas hay una gran rivalidad difícil de superar: “pasa entre mujeres, que somos enemigas unas de otras. Eso no podemos esconder y creo que en vano nomás hablamos. Hemos hecho muchos talleres para superar el miramiento entre mujeres, la rivalidad y todo eso, pero veo que es bastante difícil, si no hacemos un gran esfuerzo, sobre todo de tolerancia. No somos como los hombres que rápido resuelven sus diferencias. Creo que las mujeres nos dañamos mucho con esas cosas y eso nos impide surgir. Los hombres no son así, discuten un rato pero se olvidan y siguen adelante. Yo quisiera pedirles a las mujeres que hagamos un esfuerzo de reflexión sobre todo las jóvenes de ahora, ellas dicen que somos viejas y que esas experiencias no sirven. Eso nos aleja y va a ser difícil que avancemos si no recogemos las experiencias de antes”.

A pesar de que en la organización de las trabajadoras del hogar son sólo mujeres, la lógica sindical es la misma y desde su experiencia, Basilia cree que será muy difícil cambiarla: “pisando la tierra, es bastante difícil cambiar la lógica del sindicato, porque la mujer no puede dejar su casa así nomás, es muy difícil dejar la casa. A un varón no le interesa si la casa está limpia, o hay comida, pero a las mujeres sí nos interesa, aunque no seamos madres. Nunca las mujeres podemos dejar las cosas así nomás. Siempre hay alguien de quién ocuparse. A mí por ejemplo, nadie me obliga a quedarme en mi casa, pero mi papá me da pena, no puedo dejarle así. Tengo que cocinárselo, verle. Me levanto temprano y para ser ‘dirigenta’ es un doble trabajo para la mujer porque tiene que ir a trabajar y trabaja en la casa también. Una tendría que ser sola y que no le importe la familia y así una se puede dedicar a tiempo completo a ser sindicalista”.

A su edad, Basilia se siente ya muy mayor y le pesa el olvido de su organización: “Creo que me he dedicado demasiado a la organización y eso me afecta porque nadie reconoce ese esfuerzo y cuando uno es mayor no tiene ningún apoyo. Yo podía quizás trabajar para asegurarme mi vejez porque las trabajadoras del hogar no tenemos derecho a la jubilación. Entonces he visto que me he dedicado mucho a la organización y ahora nadie se acuerda y creo que hay que saber combinar entre el trabajo y la vida personal porque después nadie valora lo que una ha hecho. Nosotras hemos empezado con tanto esfuerzo esa organización y actualmente no recibimos ni el saludo de las compañeras que ahora dirigen; más bien todo es crítica tras crítica y eso desmoraliza. Actualmente no quiero

saber más, ni hablar más. Solamente animar un poco a la organización donde yo he participado, porque ellas todavía tienen un pensamiento colectivo, no son individualistas y son solidarias a pesar de todas las cosas, pero después las demás organizaciones han cambiado, así que nosotras vamos a seguir en ese camino que hemos soñado, ¿no?”.

CARMELA CACHI HUANGA



Carmela nació en el Centro Minero de Colquiri, en 1962. Recuerda muy poco a su padre porque cuando apenas tenía 3 años, se fue de la casa a formar otra familia: "Mi mamá hacía labores de casa y mi papá trabajaba en la empresa pero cuando yo era chiquita se ha ido de la casa. Entonces, nosotros vivimos sólo con mi mamá. Somos 8 hermanos. Mi mamá ha hecho muchos esfuerzos para mantenernos, pero con todas las dificultades económicas hemos seguido estudiando"

Carmela se casó muy joven: "me he casado a los 16 años, tengo cuatro hijos, dos varones y dos mujeres. He tenido a mi primer hijo a los 18 años. Como ya tenía una familia nos organizamos como mujeres en el Centro Minero Colquiri, trabajamos con OFINAL que era una ONG que nos incentivaba a hacer comida vegetariana, a capacitarnos". Fue allí que Carmela inició una larguísima lista de cargos y experiencias dirigenciales.

"En el '85, con la relocalización que dictó el gobierno de Víctor Paz Estenssoro con ese decreto 21060, migramos a La Paz. Transfirieron a mi esposo a COMIBOL porque se estaba cerrando la empresa en Colquiri". Llegó a vivir a El Alto, una ciudad que se ha constituido en el semillero de líderes mujeres en varios ámbitos.

"El 2004 fui elegida en la Red Corea como Secretaria de Hacienda de mi sindicato y después participé en la Federación de Salud como Secretaria de Asistencia Social. Después de dos años volví a ser Secretaria de Asistencia Social de El Alto con otros dirigentes y el 2007 fui reelegida. El 2010 impulsé para que se organice lo de la Federación de Salud en la que ahora estoy como Secretaria de Conflictos. Impulso esta organización porque vi que nosotras, las auxiliares, cumplíamos múltiples tareas y no teníamos quién nos represente. Ahora ya tenemos quien abogue por nosotras y somos la mayoría mujeres. La cabeza también es mujer".

“Ya en El Alto, el año ‘89 fui dirigente de mi junta de vecinos. En esa gestión incentivamos que se haga un curso de parteras empíricas en los UROS comunitarios. El ‘91 se hicieron estos cursos y logramos consolidar a los UROS. El ‘94 fui elegida como Secretaria General del Comité Popular de Salud, con el fin de mejorar la atención de la salud para nuestro barrio. El mismo ‘94 he participado del Fondo de Inversión Social; trabajamos con 2.000 mujeres con el proyecto Madre Gestante Nodriz. En esa ocasión todavía era dirigente de mi Junta Vecinal. El ‘95 fui promotora en ADRA OFASA para trabajar con niños en desnutrición y soy voluntaria en la lucha contra el cáncer. El 2001 organicé el primer grupo de las Manzaneras de la Salud. Eran mujeres que se organizaban por zonas para mejorar las condiciones de salud de los niños y las madres, y con la Alcaldía nos capacitábamos. También participé del Anteproyecto de Ley del Derecho Humano a la Vivienda. Hicimos todo el seguimiento a este anteproyecto, presentamos a la Cámara de Diputados y ahora es una ley”.

Después de toda esa intensa tarea de dirigente vecinal, Carmela se ocupa de buscar un trabajo y lo consigue: “el ‘97 empiezo a trabajar en el sector Salud y entro porque trabajaba en ADRA OFASA y como manzanera de salud; además yo había hecho un curso con la Cruz Roja. He trabajado dos años ad-honoren en el distrito de la Red Corea pero ese no es mi primer trabajo porque ya en la mina Colquiri he trabajado en Salud, sólo que viniéndome a La Paz, más me he dedicado a la dirigencia. De esa vez que he recibido mi primer salario, creo que lo he gastado así nomás, no me acuerdo qué he hecho con ese sueldo”.

Ya como trabajadora de Salud Pública, Carmela ejerce su primer cargo como sindicalista>: “el 2004 fui elegida en la Red Corea como Secretaria de Hacienda de mi sindicato y después participé en la Federación de Salud como Secretaria de Asistencia Social. Después de dos años volví a ser Secretaria de Asistencia Social de El Alto con otros dirigentes y el 2007, fui reelegida. El 2010 impulsé para que se organice lo de la Federación de Salud en la que ahora estoy como Secretaria de Conflictos. Impulso esta organización porque veía que nosotras, las auxiliares, cumplíamos múltiples tareas y no teníamos quién nos represente. Ahora ya tenemos quien abogue por nosotras y somos la mayoría mujeres. La cabeza también es mujer”.

Para Carmela, las mujeres han dado importantes pasos en materia sindical: “las mujeres hemos avanzado hasta lograr llegar a la Secretaría Ejecutiva porque en

Salud somos más mujeres que varones y antes, siempre habíamos elegido varones para que nos dirijan, por miedo. Yo misma podía ser Ejecutiva pero tuve miedo, pensaba que podía ser muy difícil hacer esas cosas pero he aprendido que las cosas no son difíciles, que una aprende. Pero sigue existiendo eso de que las mujeres no nos apoyamos. Cuando somos dirigentes, no compartimos con ellas, no las apoyamos. En cambio los hombres apoyan a las mujeres y se ganan la confianza. Los hombres cuando se pelean, para lograr sus propósitos, se ayudan y logran llegar. Ojalá la mujer cambie esas actitudes”.

Esta mujer sindicalista considera que: “hombres y mujeres a veces tenemos diferencias, pero hablando y comunicándonos siempre llegamos a conclusiones consensuadas. Los hombres apoyan los liderazgos femeninos y aunque todavía les cuesta un poco, ellos han ido aceptando que nosotras también podemos ocupar esos cargos; ya no hay eso de que no podemos ocupar esos cargos porque somos mujeres”.

Carmela como tantas otras mujeres sindicalistas, tuvo que organizar no sólo su vida, sino la de sus hijos para poder cumplir con sus responsabilidades dirigenciales: “al principio ha sido complicado, pero nos hemos ido organizando, sobre todo con mis hijos. Ahora ellos hacen todo porque ya son jóvenes, pero cuando eran chiquitos, me levantaba temprano y cocinaba, le dejaba a mi hija y cuando ella llegaba les servía, así nos hemos organizado”.

Para Carmela, muchas mujeres evaden asumir cargos dirigenciales, no tanto por falta de capacidad, sino por temor a sus familias y sobre todo a sus esposos: “a veces, hay reuniones hasta muy tarde en la noche, pero nos organizamos e igual participamos. Algunas mujeres usan la excusa de los hijos y la casa porque en realidad les tienen miedo a los maridos y hay mujeres muy capaces pero el temor para salir es muy grande. Puede ser que la cultura con la que nos han formado se nos haya quedado, pero poco a poco eso está cambiando también y si las mujeres pueden superar ese miedo, pueden surgir más líderes mujeres y no queda otra que adaptarse porque así nomás es la vida sindical”.

Para Carmela, la cuestión más difícil de superar es la rivalidad entre mujeres: “sólo tenemos que trabajar en el cambio de actitud entre mujeres porque a veces la envidia nos mueve y cuando llegamos a algún cargo, también nos

olvidamos de las bases y nos olvidamos de que por ellas estamos ahí y siempre hay que apoyar a las compañeras de base, y estimularlas para que también participen y asuman cargos”.

Otra cosa que no hay que perder de vista es la formación permanente de las líderes: “es un incentivo para que las mujeres sigan adelante. Ahorita las organizaciones son muy importantes, pero ¿quiénes están ahí? son los varones mayoritariamente y nosotras tenemos la capacidad de ejercer esos cargos en el trabajo y en la misma junta de vecinos. Con más formación podemos acceder a los cargos más altos porque cuando las mujeres participamos siempre nos dan los cargos más bajos ¿no?.

MARTHA PACHECO HERRERA



"Mi primera marcha no la voy a olvidar nunca, fue la marcha por la vida, con los mineros. Era una marcha tremendamente organizada y tenía un ritmo intenso, teníamos ampollas por todo lado y queríamos deshacernos de todo, pero veo una mujer que tenía cacerolas, anafes y otras cosas. Era Domitila Chungara que estaba acostumbrada a marchar con todo encima. Fue una linda experiencia a pesar de que no ha tenido resultados positivos"

Martha tiene 56 años, nació en Oruro, trabaja en la Universidad Técnica de Oruro y es soltera. Mujer de buen ánimo, comprometida y de izquierda. Recuerda así su infancia: "he tenido una infancia feliz porque no teníamos gran cosa, pero sí lo suficiente para ser felices. Somos tres hermanas mujeres y yo soy la menor. Soy licenciada en Auditoría y actualmente estudio en la UMSA, Ciencias de la Información en la modalidad de larga distancia".

Martha fue protagonista desde muy joven: "empecé a ser dirigente en el colegio, en la Federación de Estudiantes. En Sucre, éramos FUL, no me acuerdo bien el cargo que ocupaba pero era una época dura porque estábamos en dictaduras".

Su prioridad era estudiar pero en vista de que se le presentó la ocasión, se puso también a trabajar: "mientras estaba estudiando, trabajaba en el Hospital Santa Bárbara en Sucre y ahí también fui dirigente. Ese fue mi primer empleo, mi primer salario, fue fabuloso porque envié todo a mi casa. Acababa de fallecer mi papi y ese dinero hacía falta".

Martha acabó su carrera y volvió a su ciudad natal: "volviendo a Oruro trabajé en un Banco. Después me fui a Vinto, a ENAF, como trabajadora social. Yo no

sabía nada de trabajo social, pero aprendí mucho. Fue un trabajo muy lindo, lo disfruté mucho y la paga era fabulosa. El sobre-suelo por horas extras era mucho mayor que el sueldo que ya era bueno. Después de ENAF, he luchado casi 8 años como personal eventual en la Universidad Técnica donde finalmente logré entrar como personal estable. Ahora ya estoy ahí 25 años. Estoy a cargo de la Biblioteca de Economía y me gusta mi trabajo, por eso ahora estoy estudiando Bibliotecología”.

Martha siempre ha estado comprometida con los trabajadores, aunque no siempre ha ocupado cargos sindicales. De toda su vida de compromiso, estos son sus mejores recuerdos: “Hasta diciembre fui Vocal en el Sindicato de la Universidad y en ese tiempo hemos tenido tremendas luchas por los derechos de los trabajadores. Mi primera marcha no la voy a olvidar nunca. Fue la marcha por la vida, con los mineros. Era una marcha tremendamente organizada y tenía un ritmo intenso, estábamos con ampollas por todo lado. Muchas queríamos deshacernos de todo el peso en la marcha, pero veo una mujer que tenía cacerolas, anafes y otras cosas; era Domitila Chungara que estaba acostumbrada a marchar con todo encima. Fue una linda experiencia a pesar de que no ha tenido resultados positivos”. Pero también tiene recuerdos no muy gratos: “entre las experiencias negativas, tuvimos una experiencia desagradable con Pedro Montes, que esa vez era dirigente de Oruro. Tomaron la Universidad a nombre del Control Social con algunas organizaciones encabezadas por la Central Obrera, fue una intervención muy violenta y nos secuestraron a dirigentes sindicales y autoridades de la Universidad. En esa ocasión, todos los varones se ponían detrás de las tres mujeres que estábamos ahí en calidad de dirigentes. Es increíble, pero no es lo mismo ser autoridad que dirigente. Esa vez, comprobamos que el dirigente sindical es muy importante pues las autoridades esperaban que nosotras contribuyamos a resolver el conflicto. Nos han hecho renunciar a todos a la fuerza y comenzaron a recibir curriculums. Era un desastre; este dirigente minero no nos colaboró en nada. Al final, los trabajadores nos pusimos fuertes y reencauzamos la Universidad”.

Martha Pacheco y Teresa Gascón son casi una unidad, dicen quienes las conocen. Son ya muchos años de amistad que las une y Martha es fundamental para Teresa. La una complementa a la otra. Teresa es la mujer pública, Martha es como su cable a tierra, la ubica, la orienta, la acompaña: “en realidad, siempre he

acompañado a mi amiga Teresa Gascón, apoyando y respaldando su liderazgo. Ella siempre ha estado más metida que yo en todas estas cosas. Voy más por detrás, asesorándola”, dice contenta Martha y se ríe: “Yo trabajo para que vayan al sindicato, pegando papeles y haciendo lo que se necesite pero la cuestión no es ocupar un cargo, sino pelear por nuestros principios y desde donde estemos. Una puede siempre hacerse escuchar como persona. Pienso que desde donde una está tiene que luchar, aunque nunca sea reconocido nuestro trabajo”.

Tal es la amistad de Martha con Teresa, que no puede hablar de ella en singular: “todavía hay machismo pero nosotras hemos sabido trabajar con ellos. A mí me dicen madrastra pero siempre hemos logrado captarlos porque sin ellos tampoco la cosa no es agradable y entre mujeres nos comemos vivas. Las mujeres somos más machistas que los varones y somos más protectoras de los varones, así lo estén haciendo mal. Eso pasa por los estereotipos con los que hemos crecido, porque no creemos en nosotras mismas; como nos han enseñado a que las mujeres deben saber lavar, cocinar y nada más. Entonces, todavía en el inconsciente se ha instalado la idea de que no tiene la misma capacidad del varón”.

Martha acaba por confesar que una amistad muy fuerte las une: “Teresa y yo tenemos una gran amistad y a pesar de nuestras diferencias políticas seguimos juntas. Eso causa roncha entre las mujeres, es increíble como no les gusta eso y peor a los hombres. No sé por qué no les gusta la lealtad y la consecuencia. Somos compañeras y amigas de toda la vida”.

Para Martha, la familia como es ahora, constituye un obstáculo para que las mujeres puedan dedicarse al sindicalismo: “si una mujer quiere ser dirigente, primero tiene que luchar en la casa. Desde los hijos van a cuestionarle sus salidas y su ausencias y del esposo ni hablar. Entre los dirigentes, ha habido muchos divorcios. Además para las mujeres, la dirigencia es como una forma de escape de las ataduras de la casa y la dirigencia le da esa libertad porque empieza a salir, a conocer gente, viaja y eso no les gusta a los esposos pues. Ahora, es muy importante que las mujeres preserven su hogar. Se han dado casos de dirigentes que tienen sus hogares hechos tiras; todo con exageración es malo. Entonces, la mujer tiene que equilibrar sus actividades. Ahora tienen

nuevos horizontes y tienen que trabajar en eso, ¿no?, porque en las anteriores generaciones, nuestras mamás se han frustrado porque no podían hacer nada más que atender la casa. Yo creo que un poco de educación en la familia puede contribuir a que las mujeres asuman la vida dirigencial”.

Martha, como otras mujeres sindicalistas, cree que adaptar la lógica sindical a las necesidades de las mujeres es también arbitrario: “es un poco difícil adaptar la vida sindical a la lógica femenina. Creo más bien que hay que buscar un punto de equilibrio. Tanto estudiamos lo de género, entonces, no se trata de volcar la tortilla sólo a favor de las mujeres, sino buscar ese equilibrio que tantos años hemos buscado”.

ERLINDA IBÁÑEZ RODRÍGUEZ



Así recuerda ella su Infancia. "Mi infancia, como para todos los niños, ha sido la etapa más bonita y hogareña que tiene uno, al lado de los padres y los hermanos. Mi papá es auditor y ha trabajado en las minas por muchos años. Después nos vinimos a La Paz. Somos 10 hermanos. Gracias a Dios, todos pudimos estudiar. Yo hice el colegio de corrido y egresé de Auditoría.

"Veo mucho machismo... Los varones creen que el sindicato está hecho sólo para ellos. En el transcurso del tiempo, me he dado cuenta de que los hombres ponen a las mujeres al frente cuando ven una mujer que grita mucho. También pude ver que cuando los varones hablan, nosotras tenemos que escucharlos. Ellos, muchas veces dicen cualquier cosa y creen que una no se da cuenta y muchas veces yo, dentro mío, he dicho -un poquito por lo menos deberían leer-. Las mujeres, aún estando mejor preparadas, tenemos temor de expresarnos y en ese sentido creo que eso no ha cambiado. Que haya diez varones y veinte mujeres en un sindicato, no significa que haya habido cambio. Yo creo que tiene que haber igualdad de condiciones en la toma de decisiones"

"A mis dos años, me enfermé con poliomielitis y quedé con problemas en las piernas. Entonces yo vivía rodeada de atenciones; todos en mi casa me ayudaban con todo, pero a mis 15 años empecé a darme cuenta de que tenía que valerme por mí misma. Mis padres no iban a estar toda mi vida a mi lado y mis hermanos, cada uno iba a hacer su vida. Así que a esa edad partí a Cochabamba y allí pasé momentos muy lindos porque viví mis primeras experiencias de soledad y madurez. Estuve como cinco años en un centro de rehabilitación donde tuve mi primera experiencia laboral. Allí mismo, los internos trabajábamos. Estudié gratis y allí también me enseñaron a ahorrar y mirar el futuro. Cuando recibí mi primer salario, en el Centro me preguntaron si quería ahorrar

y me abrieron una cuenta de banco. Eso me gustó y salí con dinerito de allá. Todos hacíamos algún trabajo, los varones hacían ventanas, puertas, etc. y nosotras, las mujeres, hacíamos pinturas y esas cosas”.

Erlinda no se casó, pero tiene una hija de 25 años. La tuvo a los 27 años más o menos. Ahora Erlinda tiene 52 años y goza de mucha vitalidad. Acabada su formación en Cochabamba, vuelve a La Paz y empieza a sentir el rigor de la vida adulta: “aquí me siento más insegura porque ya no había mucha gente que estaba alrededor mío. Entonces empecé a trabajar como profesora en el Colegio María Auxiliadora de El Alto y, gracias a Dios, me fue bien”. Con buen ánimo, Erlinda superó sus temores y comenzó a asumir nuevos retos: “me invitaron a participar en una actividad deportiva en sillas de ruedas. Yo no sabía ni manejar silla de ruedas. Asisto al acto deportivo y solamente estaba sentada sin hacer nada y no estube cómoda porque me sentí inútil. Transcurrieron las semanas y tuve que adaptarme a otra actividad y empieza a ocurrir lo inesperado, me invitan a presentarme a la presidencia de la Asociación del Deporte Integrado. Me postulé sin saber siquiera el reglamento del básquet, nada, gané y tuve que asumir el rol de presidenta. Eso habrá sido el '99; estuve dos años haciendo toda la actividad deportiva, haciendo viajes nacionales e internacionales y me ha ido muy bien. Creo que mis expectativas como ser humano y mujer han sido superiores a lo que imaginaba. Siempre tuve la precaución de decir lo que se puede hacer y lo que no, y he actuado con mucha transparencia”.

Tras esta primera experiencia, Erlinda tomó impulso para asumir muchos otros cargos dirigenciales: “posterior a eso tuve demasiadas actividades. Estuve en juntas de vecinos, y otras actividades, pero también hay cosas negativas y me encontré con algunos dirigentes a los que les creció las uñas, así que presenté mi carta de renuncia irrevocable al cargo de la tercera cartera de la Junta de Vecinos de Villa Dolores. Nunca más me involucré en esas organizaciones porque ahí no hay control de qué se hace y cómo se gasta el dinero que los vecinos dan. Es una barbaridad porque sacan las piedras de un lado para poner en otro y no es justo que cuando un barrio pide empedrado, se saque de un lado para poner en otro. Eso es engañar a la gente y no podía admitirlo. Esa fue la razón de mi renuncia”.

Esta mala experiencia no ha disminuido su interés por trabajar al servicio de los demás: “después, estuve en la Confederación de Personas con Discapacidad y

actualmente soy dirigente de la Prensa Comunitaria de El Alto, soy miembro de la Federación de las Personas con Discapacidad en representación de las veinte provincias de La Paz, he sido postulada por AASANA como Segunda Secretaria General del Sindicato y estoy ejerciendo también, como Segunda Secretaria de la Federación Nacional de Trabajadores de Aeronáutica. Con todos estos cargos, a veces no tengo nada de tiempo. Supongo que me han elegido por la transparencia con la que he actuado". Erlinda lleva ya 22 años trabajando en AASANA.

Erlinda no se hace muchas expectativas con lo que las personas digan de ella; trabaja por convicción y satisfacción personal: "sé que este trabajo es ingrato pero no me preocupa mucho que me agradezcan; eso no me interesa. En algún momento, alguien dirá lo que se ha hecho y se reconocerá; eso es lo que queda. Dejaré mi trabajo para las instituciones en las que trabajo".

Cuando Erlinda evalúa su vida sindical y pone en la balanza lo positivo y lo negativo que le ha sucedido, pesa más lo positivo: "la vida dirigencial para mí ha sido llevadera porque me ha permitido estudiar, estar despierta y activa. Yo creo que el dirigente tiene que estar bien comprometido y estar siempre preparado, es para mucho estudio, a momentos digo que debería descansar porque ya no tengo mayores responsabilidades, pero disfruto de lo que hago. He logrado amistades buenas, hemos tenido muchos logros; así que para mí, el sindicalismo, me ha dejado buenas experiencias".

Erlinda es crítica con ciertas estructuras que sustentan los poderes sindicales: "veo mucho machismo; creo que no hemos aprendido que cada ser humano tiene que estar en su lugar. Los varones creen que el sindicato está hecho sólo para ellos. En el transcurso del tiempo, me he dado cuenta de que los hombres ponen a las mujeres al frente cuando ven una mujer que grita mucho. También pude ver que cuando los varones hablan, nosotras tenemos que escucharlos, ellos, muchas veces dicen cualquier cosa y creen que una no se da cuenta y, muchas veces yo, dentro mío, he dicho -un poquito por lo menos deben leer- Las mujeres, aún estando mejor preparadas, tenemos temor de expresarnos y en ese sentido creo que eso no ha cambiado. Que haya diez varones y veinte mujeres en un sindicato, no significa que haya habido cambio. Yo creo que tiene que haber igualdad de condiciones en la toma de decisiones, pero en muchos sindicatos los varones deciden las cosas en un bar e imponen sus decisiones.

Eso tiene que cambiar y no debe afectarnos, porque al final creo que en el lugar donde nos toca estar, debemos responder con responsabilidad y capacidad. Yo espero que en los próximos años venga una generación de mujeres más decidida. Llama la atención, por ejemplo, que en gremios donde hay más mujeres, sus representantes siguen siendo varones, ¿no? ¿Acaso no nos podemos valorar entre mujeres? ¿Acaso no podemos pensar que esa mujer no podrá dedicarse una horita al sindicato? Creo que las mujeres que tienen familia, tienen que aprender a separar sus espacios y dedicarse a prepararse porque el sindicalismo requiere de preparación; no es fácil llegar, hemos conocido grandes líderes mujeres que han dado mucho por la sociedad pero muy pronto se las olvida o las recuerdan cuando se mueren. Considero que las mujeres podemos ser mejores líderes que los varones por cómo nos formamos y por los roles que nos toca desempeñar en la sociedad con la familia”.

Erlinda reconoce muchas virtudes en las mujeres, virtudes que deberían ser usadas para participar de la vida pública: “creo que las mujeres nacemos con el don de ser buenas administradoras; el tiempo nos alcanza para todo: lavar, planchar, cocinar, coquetear y encima estar en las andanzas del sindicato. Gracias a Dios yo tuve a mi mamá y mi papá que me ayudaron mucho, así que disponía de mi tiempo libremente y lo dediqué con responsabilidad a mis tareas dirigenciales. Nunca me he quedado a una reunión más allá de las horas prudentes. Excepcionalmente me he quedado a alguna cosa. También he visto, por ejemplo, congresos en los que al principio estábamos todos y en medio del congreso estábamos diez o doce y los primeros en desaparecer eran los varones y aparecían al final para tomar decisiones. Hasta en eso las mujeres éramos más consecuentes”.

Erlinda está convencida de que si las mujeres sindicalistas se lo proponen, pueden cambiar la lógica corrupta y machista que todavía persiste en varios de los espacios sindicales: “todo se puede cambiar, y claro que podemos cambiar estos, que yo considero, males del sindicalismo, porque a ningún familiar y menos al esposo o al hijo le va a gustar que una se quede hasta el amanecer en una reunión. Hay que dar muchas explicaciones y eso no está bien. Tenemos que cambiar esa lógica y mientras más mujeres hayan en el sindicato, más rápido podremos cambiarla creo que como mujeres deberíamos perfilarnos a los cargos más altos. Estamos en capacidad de hacerlo. Por ejemplo, creo que ya

tenemos que aspirar a que una mujer dirija la COB. Hay que ver cómo ocupamos esos espacios, cómo nos formamos para llegar ahí. Es importante generar espacios de formación a nivel nacional para las mujeres sindicalistas”.

Para Erlinda, es relativo eso de que las mujeres son enemigas de las mujeres: “comparto que a veces entre mujeres hay relaciones ásperas pero también ocurre lo siguiente: como dirigentes nos olvidamos de la gente y de nuestro propio género y eso, claro, genera malestar pero no es sólo cosa de las mujeres, pasa también con los hombres. A hombres y mujeres, el poder les emborracha pero las mujeres deberíamos trabajarlo, para eso estamos”.

NORA GUATARA PARARÍ



Nora habla bajito, con la cabeza agachada, casi murmura. Es muy puntual para responder, casi nunca argumenta. Quizá su trabajo, su vida, sus circunstancias la hacen tímida. En todo caso, Nora es valiente y luchadora. Su debilidad aparente, esconde una mujer de mucho valor.

"Mi papá quería que sigamos estudiando, así que nos vinimos acá a la ciudad y nos quedamos, pero yo no terminé mis estudios, sólo estudié hasta tercero de secundaria -y vuelve a callar pero retoma su argumento- es que me casé y ya cuando uno se casa, el esposo dice que ir a la escuela es para buscar otro marido, y a veces uno es tan incapaz como mujer, que no se da su lugar y le hace caso y ya es demasiado tarde cuando una quiere" Agacha la cabeza, piensa unos segundos y se consuela, "pero nunca es tarde para estudiar ¿no?".

"Nací en un cantón cercano de Trinidad, tengo 45 años. Mi papá era carpintero, mi mamá era ama de casa nomás; mi papá trabajaba, iba a las estancias" y no dice más, pero su mirada trasluce cierta pena al recordar su infancia.

"Me crié hasta los 12 años en ese pueblito; luego nos vinimos acá porque allá no había intermedio; por entonces, yo estaba en quinto. Mi papá quería que sigamos estudiando, así que nos vinimos a la ciudad, y nos quedamos pero no terminé mis estudios, solo estudié hasta tercero de secundaria -y vuelve a callar, pero retoma su argumento- es que me casé y ya cuando uno se casa, el esposo dice que ir a la escuela es para buscar otro marido, y a veces una se siente tan incapaz como mujer, que no se da su lugar y le hace caso y ya es demasiado tarde cuando una quiere" Agacha la cabeza, piensa unos segundos y se consuela "pero nunca es tarde para estudiar, ¿no?".

Nora se casó a los 19 años. Tiene cuatro hijos y ahora vive sola y asume sola la responsabilidad de mantener y educar a sus pequeños. Con voz, ciertamente

aliviada, cuenta: “me separé de mi esposo hace dos años y ahora estoy sola, con mis hijos nomás”. Nora es una de las tantas mujeres que se visibiliza sólo como un número en los cuadros de deserción escolar, de empleo precario, de trabajo infantil: “Cuando me vine de mi pueblo, a los 13 años, empecé a trabajar como niñera para ayudar a mis padres porque en una ciudad grande cuesta mucho volver a empezar y tuve que trabajar como niñera”. Nora conoce del trabajo y del sacrificio desde muy joven, pero nunca pudo disfrutar el fruto de su esfuerzo: “desde mi primer salario le he dado a mis papás porque para eso trabajaba y también me ayudaba en mis estudios”.

Nora se casó y dejó de trabajar como niñera. Ya no atendía hijos ajenos. Atendía a los suyos, pero, claro, lo hacía sin ninguna remuneración, sin siquiera recibir las gracias por los cuidados y atenciones. Mientras estaba casada, no pudo trabajar aunque ganas no le faltaba: “después de que me separé de mi marido, trabajé como trabajadora del hogar. Hace dos años que recién empiezo a trabajar”.

A pesar de no estar trabajando, Nora se había inscrito al Sindicato de Trabajadoras del Hogar de su barrio y era miembros activa de ese sindicato: “dirigente soy ya desde... siempre, porque iba a las reuniones de mi barrio donde vivo; Pedro Ignacio Muyo, se llama; igual se llama mi Sindicato. Entré ocupando la cartera de Secretaria de Hacienda, el 2008”.

A medida que la conversación avanza, la voz de Nora adquiere cierta claridad y fortaleza: “cuando me inscribí al sindicato, yo no era trabajadora; es decir, no estaba trabajando pero me asocié y lo hice porque me cansé de ver a muchas trabajadoras del hogar que llegan y son abusadas. Las tratan mal porque llegan de provincia, porque no saben hacer las cosas como las hacen en la ciudad o por no pagarles sencillamente. Eso fue lo que me motivó”. Nora se siente útil en el espacio sindical: “ahorita, ya soy vicepresidente del Sindicato Pedro Ignacio Muyo- y ahora sí, se extiende en explicaciones- aquí, en Trinidad, tenemos cuatro sindicatos y con el de San Ignacio de Moxos, son cinco sindicatos de las trabajadoras del hogar”.

Nora disfruta de la vida sindical y encuentra que en ese espacio ha ganado mucho: “una adquiere experiencia, conoce más amigas y se da cuenta de que

como mujer, tiene que valorarse y no dejarse humillar con los hombres porque la mayoría de los hombres son machistas. Nosotras también tenemos derechos". Cuando dice esto, su voz es segura y firme.

Pero no todo es bueno: "mis experiencias negativas como sindicalista, tienen que ver con el tipo de trabajo que hacemos las trabajadoras del hogar. Cuesta mucho porque, por ejemplo, en mi sector de trabajadoras del hogar hay varias que aún son abusadas laboralmente. A muchas otras no les dejan salir, ir al sindicato. Así que es muy difícil organizarnos y la otra cuestión es que ni con todo el maltrato que reciben, les interesa apoyar al sindicato, para que el sindicato les apoye. A veces nos va bien, a veces mal, porque siempre hay diferencia entre las mujeres también; algunas piensan que dirigir un sindicato es fácil y no ven las dificultades que pasamos para conseguir las cosas". A pesar de todas las dificultades que tienen como organización, el Sindicato de Trabajadoras del Hogar de Beni, ya tiene apoyo jurídico, lo cual es un gran logro para Nora y sus compañeras.

Nora reconoce que todavía falta mucho para que las trabajadoras del hogar, trabajen en buenas condiciones, sobre todo en su departamento, pero resalta los logros que tiene como organización: "tenemos varios sindicatos y en La Paz, tenemos la Federación que nos representa. En este tiempo hemos conseguido aprobar nuestra ley 2450 para ser reconocidas por el Gobierno y ya la promulgó el Presidente. Por ejemplo, tenemos capacitaciones, la cabeza tiene que ir a todo eso ¿no ve? y tenemos que viajar a La Paz a capacitarnos. Ahora todos los meses viaja una de cada sindicato a capacitarse".

Nora vuelve a su casa y a su esposo: "a mi esposo no le gustaba que salga; siempre me decía que era una mujer, como se llama, 'liberal'. Él no quería que yo vaya a mi sindicato, no le gustaba. Bueno, me separé por otras cuestiones, pero esto de las prohibiciones para salir, ir a mi sindicato, también influyó. Gracias a Dios, mis hijos me apoyan, me colaboran, así que por ese lado estoy tranquila".

El Sindicato de Trabajadoras del Hogar probablemente es el más complicado de ejercer, porque no hay ni habrá declaratorias en comisión, ni cosa parecida: "es difícil que los patrones les den permiso; por eso, las compañeras no quieren viajar, porque sus empleadores no les dan el permiso. Es difícil hallar una u otra

compañera para que viaje. En algunos casos hemos hablado con los empleadores, algunos dan permiso, otros no. Es que ellos son independientes, no hay quién les obligue, no quieren dar permiso para asistir a los talleres. Ahora, por ejemplo, nuestro sector es el más vulnerable porque no tenemos ningún seguro, ni nada, a no ser que sus empleadores les aseguren, pero son muy pocas las que tienen”.

Nora quisiera hacer mucho más; a veces la impotencia le gana porque sus condiciones son las más difíciles en el mercado laboral; por eso, ella imagina algunas cosas que podrían contribuir en las conquistas y ejercicio de sus derechos: “Yo creo que sacando cuñas, haciendo concientizar a los empleadores, podemos lograr algo más para que escuchen y ayuden a las empleadas, que entiendan, que como ellos, somos personas y tenemos derechos laborales, decirles también a las mujeres trabajadoras del hogar que son sindicalistas, que no se dejen con sus maridos porque muchas de ellas son casadas y no las dejan asistir a las reuniones. Ese es el mayor problema, junto con los empleadores”.

JENNY ARIAS LA TORRE



Con voz enérgica y firme, Jenny se deja sentir donde esté. Tiene 42 años, es trabajadora de Salud Pública, dependiente de la Gobernación de La Paz. Ella recuerda así sus años de infancia y juventud: “he sido hija única durante 7 años. Mi papá es militar y mi mamá, ama de casa. He pasado mis primeros años en La Paz y luego en Riberalta porque mi mamá es riberalteña. He tenido una infancia normal y tranquila, pero con un papá estricto que a todos los hijos nos ha encaminado bien. He salido bachiller y estudié Secretariado Ejecutivo y luego Turismo en la UMSA, pero nunca pude ejercer mi profesión porque

me casé. Cuando empecé a trabajar en Salud, comencé a estudiar Derecho, que era la carrera que siempre quise hacer, pero no lo hice por oposición de mi padre. Ahora estoy a punto de dar mi examen de grado”.

“En enero del ‘99 me invitan a una Asamblea y no sé qué había dicho, pero ya era Vocal del sindicato. En la siguiente elección ya fui Secretaria de Conflictos y durante varios años ocupé esa cartera y luego la de Relaciones; después y durante cinco o seis años fui Secretaria General. Antes de llegar a la Federación me gustaba reclamar y defender a la gente y me fui involucrando en esto, pero tenía limitaciones por mi doble función de mamá y papá. Me fue bien como Secretaria General de mi Sindicato. Mis problemas comenzaron cuando entré como Secretaria Ejecutiva de la Federación. Ahí sentí el sabor amargo de la vida dirigencial. He sentido esa persecución política, te inventan cosas y he tenido dos procesos administrativos: sobreesfuerzo de uno y sancionada de otro pero me estoy defendiendo; espero que todo salga bien. Me están sancionando llevándome a otro lugar, pero ahora que se me ha metido el bichito de ser dirigente, a donde vaya voy a ser dirigente”.

Jenny empezó a trabajar, estando muy joven “Mi primer trabajo fue cuando tenía 19 años, en un Centro Comercial que se llamaba La Maravilla y con mi primer salario, que eran 120 bolivianos y con un crédito que nos dieron a los trabajadores por navidad, llevé regalos para toda mi familia. A esa edad, qué orgullo llegar con regalos para todos, y cómo es cuando la mamá es ama de casa, ¿no?, le regalé una fuente y un cucharón -Jenny se muere de risa porque hoy comprende que su mamá no sólo era mamá y que un regalo como ese encasilla a las mujeres en los roles estrictamente domésticos y en función de los demás. En cambio a su papá le hizo un regalo personal - a mi papá le regalé una camisa de manga corta, colombiana, me acuerdo bien”. Jenny tuvo sólo tres experiencias laborales a lo largo de su vida; dos de ellas, apenas de meses y en su tercer trabajo, en el SEDES La Paz, pasa ya la década de trabajo y aspira quedarse allí.

A los 27 años Jenny se casó y tuvo una hija: “me casé pero me separé y tengo una hija de 15 años. Mi matrimonio apenas duró un año. Más duró la fiesta que el matrimonio mismo y si hubiera durado más, segurito que igual se hubiera terminado por mi vida sindical”, dice Jenny entre risas porque asume que el camino que ha tomado, es duro y difícil, y para eso, se necesita un compañero que comprenda la dimensión de la tarea que tiene una mujer dirigente.

Después de una corta experiencia como secretaria, Jenny entró a trabajar en Salud y nos cuenta cómo: “entré al SEDES el '98, por amistad de mi papá con una doctora. En junio de ese mismo año, entré como secretaria de Bienes y Servicios. Después fui recaudadora en el Centro Piloto. Ahí tuve mis más grandes satisfacciones, pero también mis más grandes problemas porque me acusaron de haber hecho daño al Estado por 10 millones de bolivianos, pero ahí aprendí a ser dirigente”.

Lo dicho, Jenny habla y se deja sentir, fue así como llegó a su primer cargo sindical: “En enero del '99 me invitan a una asamblea y no sé qué había dicho pero ya era vocal del sindicato. En la siguiente elección ya fui Secretaria de Conflictos y, durante varios años, ocupé esa cartera y luego la de Relaciones; después y durante cinco o seis años fui Secretaria General. Antes de llegar a la Federación, me gustaba reclamar y defender a la gente y me fui involucrando en esto, pero tenía limitaciones por mi doble función de mamá y papá. Me fue bien como

Secretaria General de mi Sindicato. Mis problemas comenzaron cuando entré como Secretaria Ejecutiva de la Federación. Ahí sentí el sabor amargo de la vida dirigencial. He sentido esa persecución política, te inventan cosas, y he tenido dos procesos administrativos: sobreseída de uno y sancionada de otro pero me estoy defendiendo; espero que todo salga bien. Me están sancionando llevándome a otro lugar pero ahora que se me ha metido el bichito de ser dirigente, a donde vaya voy a ser dirigente. Yo acabo mi gestión en abril del 2012”.

En el gremio de Salud, las relaciones entre mujeres, parecen ser marcadamente ásperas: “En mi organización somos 13 miembros, de los cuales seis somos mujeres y siete son varones, pero ellos no son conflictivos como las mujeres. La segunda Secretaria General no se lleva bien con el otro grupo de mujeres. Yo tengo que ser mediadora entre ellas. Lamentablemente, los conflictos son por cuestiones personales, ni siquiera por cuestiones sindicales o diferencia de criterios para encarar la gestión de la Federación. Gracias a Dios me llevo bien con todos, pero muchas veces tengo que deponer mi carácter también. En cambio la relación entre hombres y mujeres es mejor aunque siempre los compañeros son machistas, les cuesta un poco admitir que una mujer esté al mando de la organización pero la mujer ha avanzado. Lo veo cuando voy a posesionar sindicatos tanto en el área rural como en la urbana”.

Jenny encaró momentos muy complicados a la hora de asumir la dirección de la Federación de Trabajadores de Salud de La Paz, pero su familia fue un apoyo fundamental: “yo, además de haber estado en la dirigencia sindical decidí estudiar Derecho pero tengo la ventaja de vivir con mis padres y me apoyaron mucho en todo lo que emprendí, pero cuando llegué a la Secretaría Ejecutiva las cosas se me complicaron mucho. He tratado de organizarme entre mi hija, mi trabajo, la Universidad y la dirigencia. A mi hija, trataba de dedicarle tiempo los fines de semana porque no había otro momento libre. Realmente mi familia es fundamental porque no he tenido que preocuparme de pensar qué será de mi hija mientras yo estoy en correteos como dirigente”. Pero todo tiene un precio: “mi hija me reclama por mis ausencias y por la falta de su padre, pero le explico. A veces eso me supone algunos conflictos que supero con ayuda de mi hija también. Gracias a Dios es una niña sensata y comprende en lo que su madre se ha metido”.

Por estas experiencias por las que ha pasado, ella considera que: “cuando las mujeres entendamos que el rol que tenemos en la sociedad no sólo es el de ser mamás y esposas, esto va a cambiar porque somos las mujeres las que nos limitamos a la pareja. Por eso las mujeres separadas, divorciadas o viudas estamos en esto de la dirigencia, porque las que están casadas están controladas por el esposo. Si las mujeres no ponen un límite a esto y le explican que son esposas y madres, pero que también quieren realizarse en otros ámbitos, eso no va a cambiar. Es importante que los varones entiendan que ser compañeros es acompañarse y comprometerse también con lo que contribuye a la realización del otro y de la otra. Mientras eso no cambie, creo que sólo las mujeres que estamos solas vamos a ser dirigentas”, lo cual no le parece justo. Ella quisiera que más mujeres se empoderen y un camino importante es el sindicalismo porque les abre la posibilidad de hacerse del espacio público, de ampliar sus relaciones y, por lo tanto, sus horizontes. Ser dirigente, requiere de formación, dice Jenny y ese es otro beneficio de ser sindicalista porque en el camino una lucha por los derechos de los otros, pero también por los de una misma.

MARTHA CAMPOS CARTAGENA



Martha es paceña, tiene 47 años viene de una familia grande: 10 hermanos, 7 mujeres y 3 varones: “Yo he tenido una infancia muy feliz, unos padres que nos han encaminado muy bien. Mi papá era

músico de las Fuerzas Armadas y mi madre se ha dedicado enteramente a educarnos”, dice Martha con absoluta certeza. Martha iba bien. Había salido bachiller y estaba estudiando en la universidad: “He salido bachiller y he estudiado contaduría en INCOS y en la universidad estudié Auditoria pero no he concluido. Cuando una es joven piensa que el tiempo no va a pasar y justo cuando estaba en la universidad entré a AASANA a trabajar como recaudadora; tenía 20 años y allí se hacía turnos, así que ya no pude acomodar mis horarios y dejé la carrera. Actualmente ya trabajo 25 años en AASANA”.

A pesar del tiempo que ha transcurrido, Martha todavía recuerda con claridad su primer salario: “Mi primer salario lo perdí y realmente sentí esa pérdida porque mi mamá estaba muy enferma y todo el sueldo de mi papá se había ido en hacerla curar, así que no teníamos ni para comer. Gracias a Dios, una hermana de mi papá nos ayudó pero cómo he sentido esa pérdida y era mi sueldo y mi refrigerio. Con mi segundo refrigerio, he ido a festejar el 16 de Julio. Fue mi primera salida hasta tarde. Una preocupación muy grande para mis papás”.

“siempre he trabajado desde las bases. Me he metido a trabajar desde las bases porque se ha visto mucha injusticia. Por ejemplo, hace dos años se dio el reordenamiento en AASANA pero nosotras éramos tres personas que hemos hecho tambalear a la Federación a nivel nacional porque ellos veían a las personas y no los cargos. Por reclamar, a mis compañeras y a mí nos han bajado de cargos dentro de la institución pero ni así han logrado cansarnos; seguimos en la lucha. Actualmente hemos renunciado a ese sindicato porque entendemos que no lucha por el bien común sino por sus propios intereses”.

Martha comenzaba a tejer su independencia.

Ella nunca llegó a ser dirigente pero tiene pasta de líder. Su aporte como trabajadora de base es muy importante: “siempre he trabajado desde las bases. Me he metido a trabajar desde las bases porque se ha visto mucha injusticia. Por ejemplo, hace dos años se dio el reordenamiento en AASANA pero nosotras éramos tres personas que hemos hecho tambalear a la Federación a nivel nacional, porque ellos veían a las personas y no los cargos. Por reclamar, a mis compañeras y a mí nos han bajado de cargos dentro de la institución, pero ni así han logrado cansarnos; seguimos en la lucha. Actualmente hemos renunciado a ese sindicato porque entendemos que no lucha por el bien común, sino por sus propios intereses”.

Martha tiene todas las condiciones y posibilidades para asumir un cargo sindical pero no quiere hacerlo y tiene sus razones: “creo que ahora no es el momento para ser dirigente porque veo mucha soberbia tanto en los dirigentes como en la gente de base. Lamentablemente tenemos dirigentes viejos en AASANA que no quieren ver renovaciones. Ellos quieren eternizarse en el sindicalismo”.

Ella prefiere mantener distancia y ver las cosas de afuera y desde esa óptica, analiza las relaciones de género en su sindicato: “Entre varones y mujeres hay buena relación en el sindicato de mi institución, pero entre mujeres la cosa es diferente. Es muy lindo cuando una mujer llega a sindicalista, pero una vez que llega a ese espacio, es la primera enemiga de sus compañeras de base. Yo supongo que pasa eso porque el poder las emborracha y buscan sus intereses. Antes de ser sindicalistas dicen que van a luchar por la igualdad y los derechos de los trabajadores pero una vez que llegan, se olvidan de todo. Creo que falta mucha concientización, por ejemplo, yo leía un libro de Domitila Chungara y es un ejemplo de lucha por su pueblo, ella incluso ha perdido dos hijos por su lucha y me pregunto por qué no podemos seguir esos pasos. Tantos talleres y cursos y no podemos lograr cambiar las actitudes mezquinas de los dirigentes”. Martha ha hecho las cosas con cierta calma: “me casé a los 33 años y tengo tres hijos”, pero a pesar de eso, algunas cosas no salieron bien: “soy divorciada del papá de mis hijos pero me he casado de nuevo y él me apoya porque ha sido sindicalista, ha llegado a la Federación, ha sido confinado, así que en él tengo un gran apoyo. Mis hijos también me apoyan, pero todavía tengo un hijito

pequeño al que debo ver. Sin embargo, el pequeño es muy independiente porque cuando tenemos ampliados de la Federación, me ausento y no siempre son en La Paz, recientemente se hizo uno en Santa Cruz y yo siempre participo, de modo que mi hijo se queda y sus hermanos mayores lo ayudan; mi esposo también pone el hombro. Si no me postulo a cargos dirigenciales, no es por mi pareja o mis hijos, es más bien porque no veo que las condiciones estén dadas. Veo mucha mezquindad de la gente que está en los sindicatos”.



ESTEFANÍA GARECA CHOQUE



"Soy oriunda de Taríja. Mi padre es Enrique Gareca, mi madre, Carmen Choque. Estudié la primaria en el Colegio Carmen Mealla, la secundaria he estado en el Liceo Campero. Tengo 14 hermanos, pero de todos, sólo 3 somos profesionales. Como mis papás eran agricultores nomás, no han podido satisfacer las expectativas de estudios de todos mis hermanos. Mi mamá vendía en el Mercado Central lo que cultivaban. Mi padre era sindicalista, dirigente de los campesinos y ha llegado a ser diputado en el gobierno de René Barrientos".

Estefanía, ahora tiene 47 años, es enfermera y aún vive en Taríja. Mujer apasible, cariñosa, preocupada, nos comparte más sobre su vida: "Como éramos tantos hermanos, los mayores han tenido que dejar el colegio y ponerse a trabajar para ayudar en la familia. Yo también he salido bachiller trabajando". Estefanía fue madre a los 18 años. Su padre no quiso que se case si antes no estudiaba: "cuando mi hijita tenía dos años, entré a estudiar enfermería y cuando estaba por egresar, tuve mi segunda hija y cuando salí profesional, recién dejaron que me case".

"Quería trabajar, pero mi esposo me decía que la mujer es para la casa. Él es auditor y también trabajaba y me decía que yo no necesitaba trabajar, que estaba para atenderlo a él y a mi hijas. El 2003 ya me puse fuerte y se presentó la posibilidad de trabajar. Peleando tuve que salir a trabajar. Entré al Colegio de Enfermeras y como siempre me gustaba esto de ser dirigente, igual he tenido problemas. Algunas veces él quería salir los domingos y yo justo tenía una reunión; entonces no le gustaba, me decía que esas cosas son para los hombres y que no debería meterme, que no tengo tiempo ni para las chicas, pero al final cedí".

Estefanía formalizó su relación y como había acabado de estudiar, se disponía a trabajar: “quería trabajar, pero mi esposo me decía que la mujer es para la casa. Él es auditor y también trabajaba y me decía que yo no necesitaba trabajar, que estaba para atenderlo a él y a mis hijas. El 2003 ya me puse fuerte y se presentó la posibilidad de trabajar. Peleando tuve que salir a trabajar. Entré al Colegio de Enfermeras y como siempre me gustaba esto de ser dirigente, igual he tenido problemas. Algunas veces él quería salir los domingos y yo justo tenía una reunión; entonces no le gustaba, me decía que esas cosas son para los hombres y que no debería meterme, que no tengo tiempo ni para las chicas, pero al final cedió”.

El 2006, la relación de Estefanía con su esposo terminó: “por circunstancias de la vida nos tuvimos que separar. Recién desde ese año hice lo que quería hacer; conocí a la Red de Mujeres Trabajadoras y Sindicalistas, yo por entonces era Segunda Ejecutiva del Sindicato de los Trabajadores de Salud de Cercado. Llegué directamente a ese cargo por decisión de mis compañeros porque siempre que hacíamos reuniones, yo hablaba y reclamaba. Habré estado en ese cargo unos tres meses, cuando al Primer Ejecutivo lo llevaron a trabajar a otro lugar y subí a Primera Ejecutiva. Hasta ese momento no había recibido ninguna capacitación y al principio pensaba que no iba a poder llevar adelante mi organización, pero iba resolviendo las cosas a medida que se presentaban los problemas. La cuestión es que no siempre se puede contentar a todo el mundo, las opiniones de algunos compañeros me hacía pensar en desistir y a veces pensaba en renunciar; con todo, mis bases estaban contentas con lo que hacía y he cumplido mis dos años de gestión. En el tiempo que he estado de dirigente, hubo un taller de la Red de Mujeres Sindicalistas y por habladora me conseguí otra terna para conformar un Comité de la Red de Mujeres donde entré como Secretaria de Relaciones Internacionales. Este Comité lo dirigía la profesora Gladys Rivera”.

Estefanía ha crecido mucho como dirigente y no piensa dejar estas actividades: “actualmente, estoy en el Comité Impulsor de la Carta Orgánica de Tarija y participo del ECAM en diferentes cursos, con el grupo de Mujeres Actoras y Transformadoras que pertenece a la Coordinadora de la Mujer”. Estefanía es una mujer esencialmente tímida pero ella cuenta que ser dirigente le ha ayudado mucho en su seguridad personal: “durante mi ejercicio como sindicalista, mi

inseguridad era lo más terrible, pero uno se fortalece con la capacitación y eso también me ha dado experiencia; ahora parece que quieren que vuelva a dirigir mi Sindicato y si así fuera, lo haré con más confianza”.

En su ejercicio sindical, Estefanía ha podido observar algunas peculiaridades en las relaciones entre hombres y mujeres: “la mayoría de los varones piensan que no tenemos capacidad y siempre quieren sobresalir o tener la razón pero por la experiencia que he recogido, pienso que las mujeres tenemos la capacidad de mirar, incluso mucho más estratégicamente que los varones. Nosotras, desde siempre, hemos tenido excusas para participar en las organizaciones; siempre ponemos de escudo la casa, los hijos, el marido y no nos damos la oportunidad de salir y hacer vida pública”.

Estefanía se había dado esa oportunidad; aceptó el reto de dirigir un sindicato y su familia fue fundamental en su éxito: “como ya no estaba mi esposo, más bien contaba con el apoyo de mis hijas que además ya son grandes porque una tiene 19, la otra 23 años y cuento con el apoyo pleno de ellas, pero cuando mi esposo vivía en la casa, era un obstáculo porque a él no le gustaba que me meta en el sindicalismo. No estoy segura de que el sindicalismo haya influido en mi matrimonio, pero es posible que sí”.

“Yo creo que el sindicalismo contribuye para formar líderes mujeres. Es sólo cuestión de que las mujeres nos animemos a participar y aceptemos los retos que se nos presentan. Para eso es bien importante que cambiemos primero en nuestras casas porque nosotras siempre preferimos la casa: que tenemos que lavar, que cocinar, que ver a los hijos, que ir al mercado. Las mujeres llegamos de trabajar y seguimos trabajando en la casa, mientras los esposos llegan y tienen derecho a descansar, a ver ‘tele’. Así nunca tenemos tiempo para nada. Entonces, debemos hacer reflexionar a los hombres y a los hijos sobre eso. Tenemos que compartir las tareas de la casa, así nos podemos organizar y realizarnos en otros aspectos. No sólo somos madres o esposas”.

Estefanía es optimista respecto a los progresos que tienen las mujeres líderes en Tarija y está contenta porque ya tienen propósitos claros y concretos: “En Tarija, las mujeres estamos progresando; se ha formado una plataforma con más de 20 organizaciones de solo mujeres y somos las más preocupadas

porque el departamento tenga su Carta Orgánica. Esto para nosotras es muy importante, ya que es como una 'mini Constitución' para regir la vida del departamento. Por eso nos interesa estar inmersas en ello, pero las cosas se dilatan, las organizaciones mismas no responden rápido pero no perdemos la esperanza de que nuestras propuestas se inserten, de modo que esperemos que se cumpla. De momento no nos escuchan, esperamos que tomen en cuenta nuestras sugerencias. Dicen que somos ricos, pero estamos sentados sin hacer nada y las mujeres somos las más perjudicadas en todo sentido, quizá por eso dicen que la pobreza tiene rostro de mujer”.

BETTY ANGULO CATORCENO



"Mi papá era panadero en Arque, elaboraba el pan y se lo mandaba a mi mamá por tren a Oruro. Ella tenía su puesto de pan y para acompañarle, yo me he ido a estudiar el ciclo medio a esta ciudad. Salí bachiller del Liceo Oruro y durante dos años no he estudiado, sólo he ayudado en la casa. Mi papá no quería que estudie porque era mujer, a mis hermanos sí les ofrecía estudio pero a mí, no; decía que las mujeres no necesitan estudiar".

"Nací en la provincia de Arque del departamento de Cochabamba. Ahora tengo 53 Años. Mi infancia la he pasado en Arque y estudié allí en la escuela Nataniel Aguirre. Para hacer el ciclo medio me vine a Oruro con mi mamá". Así llegó Betty a Oruro y nunca más se fue. Allí hizo su vida personal, profesional e incluso sindical.

"Mi papá era panadero en Arque, elaboraba el pan y se lo mandaba a mi mamá por tren a Oruro. Ella tenía su puesto de pan y para acompañarle, yo me he ido a estudiar el ciclo medio a esta ciudad. Salí bachiller del Liceo Oruro y durante dos años no he estudiado, sólo he ayudado en la casa. Mi papá no quería que estudie porque era mujer, a mis hermanos sí les ofrecía estudio pero a mí, no; decía que las mujeres no necesitan estudiar".

Su destino era, quizá, ser vendedora de pan como su mamá, pero a través de una amiga, una pequeña luz la iluminó y le ayudó a tomar otro camino: "gracias a una amiga del colegio me animé a estudiar enfermería en la Cruz Roja y hablé con mi mamá para que me dé permiso, pero ella me dijo que no, porque mi papá le iba a reñir. Después hablé con mi hermano menor y él me apoyó. Así pude estudiar, a escondidas de mi papá. En la mañana preparaba la comida, todo, y por las tardes estudiaba. Cuando mi papá estaba, mi hermano le

atendía, me cubría. Cuando mi papá preguntaba dónde estaba yo, él le decía que fui a ayudar a mi mamá al puesto. Mi papá se enteró que estudié, casi al final, cuando fui a hacer mis prácticas. De todos modos, le había reñido a mi mamá”.

Betty terminó sus estudios e inmediatamente se fue a trabajar: “he trabajado en el área rural por 17 años, en un trabajo muy sacrificado. Me ha tocado vivir en comunidades alejadas y mi área de trabajo abarcaba muchas otras comunidades y para vacunar, por ejemplo, cuando ya tenía mi hijito, tenía que acomodar en una bici, mi maletín con vacunas, mi ‘wawa’, mis cosas y manejaba todo el día de comunidad en comunidad y tenía que volver antes de que anochezca por mi hijo. Mi primer salario ha sido bien poquito y me servía para comprarme víveres y cubrir mis gastos de mantenimiento en el campo, ¿no?”. Hasta entonces, ella estaba al margen de toda actividad sindical: “al principio yo no asistía a ninguna reunión porque la verdad es que me había abocado a mi trabajo; como mi hijo también estaba allá en la escuela, yo me quedaba año redondo en la comunidad, no salía para nada, vivía ahí como si fuera una más de la comunidad”.

Precisamente el descontento con su organización sindical, la involucró en la vida sindical: “comencé en la vida sindical por rabia; en realidad me daba rabia que nos descuenten los de la Federación. Nos aumentaban un poquito y conseguíamos eso con tanta pelea, yo había ido ya a tres marchas desde Oruro hasta La Paz y no me gustaba que nos descuenten para la Federación e iba a hacer mi reclamo hasta los dirigentes de la departamental; así llegué a la vida sindical. En la Federación de Salud de Oruro he estado el 2003 y he estado durante dos gestiones, y ahora último, en una elección que se ha hecho en la Federación Departamental de Trabajadores en Salud, me han elegido para que venga de delgada a la COD. De esa manera he llegado aquí a la Central Obrera Departamental. Ahora soy Secretaria de Seguridad Industrial en la COD de Oruro, representando al sector de Salud”.

Betty está muy involucrada y comprometida con su trabajo, y en lo que va de su gestión conoce con mucha profundidad la situación de los trabajadores en materia de seguridad industrial: “Hasta ahora, hay instituciones que no ofrecen ninguna medida de seguridad a sus trabajadores, y esa es mi tarea, reclamar por

ellos y así lo hago, especialmente donde hay mujeres porque sigue habiendo discriminación y en las organizaciones pequeñas pasa lo mismo, no tienen seguridad, en eso hay que trabajar mucho”.

Betty recuerda con cariño uno de sus logros como dirigente: “lo único positivo, sería que ahora, últimamente, hemos luchado por ganar, aunque sea un puntito más en el aumento salarial. Muchos compañeros no querían marchar pero insistí y gracias a esa marcha hemos logrado aunque sea ese puntito de aumento que no es mucho, pero siempre ayuda para la jubilación también. Ese es uno de mis mayores logros como dirigente”.

Para Betty, su hijo es una cuestión que le ata: “una de las cuestiones negativas que tengo que enfrentar en la vida sindical es que no cuento con la colaboración de mi pareja y eso no me permite desenvolverme al cien por ciento porque a veces me delegan para hacer viajes y como no tengo con quien dejar a mi hijo, eso me dificulta y no puedo viajar libremente como hacen los varones. Además, a las mujeres siempre nos coartan y eso a veces nos duele”.

Su rol de madre le pesa pero no le impide ejercer su compromiso sindical: “como toda mujer que trabaja y mantiene su casa, me organizo levantándome temprano; dejo todo hecho: la cocina, la casa pero me doy tiempo y en realidad, la mujer hace ese triple trabajo y cuando una mujer es dirigente tiene nomás que acomodar sus tiempos para cumplir con ese compromiso hacia los trabajadores”.

Betty celebra ser parte de la COD de Oruro y como miembro activa y comprometida es crítica con algunos aspectos de las organizaciones sindicales: “creo que con el tiempo esa relación de hombres y mujeres tiene que cambiar. Ahora todavía hay machismo, ellos nomás quieren tener la razón; a veces, con un grito quieren ganar y eso duele, pero también nos fortalece. Lo más negativo es que las mujeres nos tomamos en serio las diferencias que tenemos. Los hombres, aunque se peleen, en un rato lo resuelven y se vuelven a hablar. Eso no pasa con las mujeres pero por eso, tenemos que trabajar en la unidad de las mujeres; con unidad vamos a resolver y crecer en la vida sindical. En la COD somos sólo 3 mujeres y no tenemos mayores problemas. Tenemos cierta unidad y la única declarada en comisión soy yo, de manera que tengo que luchar por las

compañeras porque para algunos viajes, a mí me dan viáticos, pero yo abogo para que ellas también vayan y, a veces, eso me ocasiona problemas con los compañeros. Alguna vez, me han dicho que si aviso a las compañeras de un viaje les iban a dar el viático a ellas y no a mí y así ha sido, pero no me hago problema, porque ellas no tienen trabajo ni ingreso fijo y no tienen dinero; entonces, me parece bien que les den los viáticos”.

Desde su mirada de dirigente departamental, Betty lamenta que en algunas organizaciones sindicales hayan problemas entre mujeres: “en algunos sindicatos como en el de Avance Obras que trabajan a contrato en la Alcaldía, hay algunos problemas con los liderazgos de las mujeres porque entre ellas se pelean y la mayoría son mujeres, pero en el resto, las cosas van bien”.

Para Betty, es complicado pensar en cambiar la lógica sindical actual. Ella cree más bien en la capacidad de adaptación de las mujeres: “la mujer ya tiene que pensar en autodeterminarse y como se está buscando equidad de género, hay que trabajar en eso. Si estamos con pretextos, no vamos a poder avanzar. Tenemos que tener la capacidad de organizarnos para dedicarle tiempo a esta tarea para la que nos han elegido”.

SOFÍA RÍOS MONTES



Sofía nació en La Paz. Ahora tiene 53 años y viene de una familia con 3 hijos: “soy la menor; mi padre murió cuando yo tenía 12 años y mi mamá quedó sola. Ella era comerciante y con eso nos ha sacado adelante a los 3. Siempre nos motivaba para ser profesionales. Mi hermana es maestra, mi otro hermano administrador y yo soy enfermera. Luego mi mamá murió y quedamos los 3 hermanos que siempre nos apoyamos”. Así se presenta Sofía, una sindicalista de larga trayectoria.

Sofía dedicó su primer salario a agradecer a su madre por los años de dedicación y esfuerzo: “una vez que salí de estudiar, busqué trabajo y logré entrar en el Instituto de Gastroenterología Boliviano-Japonés. Yo estaba a contrato por unos 6 meses y me dio mucha satisfacción recibir mi primer salario. Lo recibí y se lo dí a mi madre como un reconocimiento a todo el esfuerzo que ella ha hecho por mí, ella lo invirtió en mí comprando cosas para mi cuarto y para poder independizarme”.

“Vemos las mujeres esto de la casa como un perjuicio, porque hay demasiada carga sobre la mujer como es la doble y triple jornada, ese trabajo que no es reconocido y una vez que la mujer asume un rol sindical, tiene que pasar por todo eso. Me ha tocado vivirlo, no es nada fácil llevar la casa y la responsabilidad de un cargo a nivel nacional, pero queda la satisfacción de que las bases que han confiado en mí, han quedado contentas con mi desempeño y me ha gustado mucho el apoyo de mis hijos. Si bien mi esposo no me ha apoyado al principio, pero mis hijos sí. Inicialmente, mi carrera sindical casi ocasiona una fractura familiar por que los maridos no apoyan, ¿no?, piensan que no es correcto que una mujer esté metida en eso y es sólo por machismo, pero por eso es importante estar juntas, capacitarse y conocer nuestros derechos y hay que hacerlos cumplir sin temores, porque así debe ser”.

Sofía mostró empeño en el ejercicio de su profesión y logró que le dieran un ítem. Ella recuerda que ya desde el colegio era inquieta y le gustaba liderar a sus compañeros: “He participado en diferentes carteras en el sindicato de mi institución. El año '84 fui Secretaria General por tres gestiones y tuve una participación muy activa porque estar sólo de pantalla, no sirve; por ejemplo; hice huelgas de hambre convocadas por la Central Obrera, fruto de las cuales hemos tenido muchas conquistas importantes para nuestro sector, en el sentido social. También he participado en una marcha desde Caracollo, lo que me ha enriquecido y me ha hecho entender lo importante que es estar organizados, porque no es fácil sacar incrementos salariales a ningún gobierno de turno y tenemos tantas necesidades por los salarios bajos que percibimos y por las condiciones en las que trabajamos”.

Para Sofía, el sindicalismo es lo mejor que le ha pasado en su vida profesional y hace un recuento de sus logros: “yo mencionaría que esto ha creado en mí un compromiso de lucha permanente por la defensa de los derechos de los trabajadores y de las mujeres en particular, porque el sector al que pertenezco tiene un 70% de presencia femenina. Cuando se me ha dado la oportunidad de acceder a un cargo dentro la Confederación de Trabajadores en Salud de Bolivia inicialmente como Secretaria de Hacienda y reelegida como Secretaria General, yo he podido percibir todas las necesidades y dificultades de mi sector. Ese roce con autoridades nacionales ha sido muy importante porque hemos hecho trabajos importantes como la elaboración de la nueva Ley de Pensiones. Otra cosa importante ha sido ver la necesidad de más mujeres de llegar a instituciones como la Central Obrera Boliviana, hay esa falencia. La presencia de la mujer en esos espacios es mínima y estamos trabajando en eso. Ahora estamos empujando la idea de realizar un congreso orgánico donde podamos modificar la estructura de la COB. Eso me anima a seguir trabajando y continuar con la lucha”.

Pero también encuentra dificultades en las que hay que trabajar: “un aspecto negativo que siempre lo analizamos, es que la mujer misma no deja avanzar a otras mujeres y siempre impulsan liderazgos masculinos. Eso no deja avanzar pues. Ahora, entre hombres y mujeres cuesta un poco romper con el machismo y otra cosa que nos diferencia a hombres y mujeres es que entre los varones se apoyan. Afuera pueden hasta golpearse pero en la institución son sobre todo compañeros y hasta cómplices; llegado el momento, se apoyan. Me he dado

cuenta de que entre ellos mismos se dan oportunidades y nos ceden espacio a las mujeres, es más bien como poniéndonos a prueba y por eso es importante que nos formemos, pero yo más bien, pese a ese machismo latente, he tenido el apoyo de los varones también”.

Sofía cree comprender porqué entre mujeres no existe la unidad que observa en sus compañeros varones: “en muchas oportunidades hemos analizado por qué entre mujeres tenemos esas conductas y es que nos falta trabajar la sororidad y en eso me incluyo porque creo que es muy difícil romper esquemas. Nos cuesta ser compañeras; nos falta reconocernos como aliadas y no como enemigas pero para llegar a eso es un proceso y esto de la Red de Mujeres Trabajadoras y Sindicalistas que ya tiene como 10 años, nos ayuda a entender y a reconocernos y estamos comprometidas para justamente superar esto”.

Para Sofía, ciertamente la familia puede ser un obstáculo para la vida sindical de las mujeres, si no se la involucra y compromete con este servicio social: “vemos las mujeres esto de la casa como un perjuicio, porque hay demasiada carga sobre la mujer como es la doble y triple jornada, ese trabajo que no es reconocido y una vez que la mujer asume un rol sindical, tiene que pasar por todo eso. Me ha tocado vivirlo, no es nada fácil llevar la casa y la responsabilidad de un cargo a nivel nacional, pero queda la satisfacción de que las bases que han confiado en mí, han quedado contentas con mi desempeño y me ha gustado mucho el apoyo de mis hijos. Si bien mi esposo no me ha apoyado al principio, pero mis hijos sí. Inicialmente mi carrera sindical casi ocasiona una fractura familiar porque los maridos no apoyan, ¿no?. Piensan que no es correcto que una mujer esté metida en eso y es sólo por machismo, pero por eso es importante estar juntas, capacitarse y conocer nuestros derechos y hay que hacerlos cumplir sin temores, porque así debe ser”.

Por ahora Sofía ha vuelto al llano, pero desde allí sigue trabajando para volver con fuerza a la vida sindical: “Hace 3 años que dejé la dirigencia a nivel nacional y este espacio me ha dado oportunidad para poder participar más. Tenemos un estatuto que establece dos gestiones continuas y una discontinua. Así que estoy viendo la posibilidad de volver a la Confederación y de ahí, ojalá a la COB, ese es mi mayor anhelo pero si no lo puedo hacer, estoy para apoyar a mis compañeras desde donde esté para que tengan la oportunidad de llegar a esos espacios, que por derecho, les corresponde”.

AYDÉE GARCÍA DUCHÉN



“Lo positivo de mi experiencia sindical es que he aprendido mucho porque yo misma me he tenido que superar y lo que más destaco es que he reclamado por la gente que está más abajo como las personas de servicio, porque los profesionales nos ven a los administrativos como si fuéramos nada, por el simple hecho de que no hemos podido, como ellos, hacer una carrera universitaria, he ganado muchos amigos. Para mí la amistad es demasiado importante”.

Aydée es una joven potosina con alma orureña. Ella nos cuenta el porqué: “Soy de Potosí pero vivo en Oruro, prácticamente desde que nací. Soy de padre orureño y madre potosina. Mi papá trabajaba en un centro minero en Potosí. Somos cuatro hermanos. Yo recuerdo mi infancia con cariño porque ha sido muy linda. Mi padre siempre se ha esforzado por darnos todo lo mejor y nos ha dejado en libertad para que nosotros nos podamos desenvolver como niños”.

Como a muchas otras jóvenes mujeres, la difícil situación económica de su familia la obligó a incorporarse al mundo laboral, más temprano que tarde: “he estudiado hasta salir bachiller, pero empecé a trabajar antes de salir bachiller. Con la famosa relocalización, a mi papá lo botaron de la empresa y ya no había un monto económico fijo para que ingrese a la casa así que empecé a trabajar a los 16 años, mediante una tía comencé a tejer chompas. El primer dinero que he recibido lo guardé y lo usé para sacar mi primer carnet cuando se me presentó la posibilidad de entrar a trabajar en la institución donde trabajo hasta ahora”.

Ella no pudo hacer una carrera universitaria. Debía pensar en trabajar, esa era su prioridad y se le presentó la oportunidad: “entré a trabajar ad-honorem en lo que ahora es el SEDES, a los 19 años. Un pariente, cuyo partido entonces estaba en función de gobierno, me mandó a la Unidad Sanitaria y empecé como

auxiliar de oficina. Después de seis meses de trabajar ad-honorem, recién me dieron un ítem”.

Y como este tipo de trabajos siempre se cobran, y a veces muy caro, Aydée tuvo que pagar: “cuando una ingresa nueva a trabajar, todos se aprovechan y más si una es callada. Entonces, prácticamente me han explotado, diría yo, porque el horario en el SEDES era de 8:00 a 14:30 en horario continuo, pero yo ingresaba a las 7:30 de la mañana y salía incluso a las 10 de la noche. No podía reclamar nada porque, como siempre, hay esos comentarios de que una llegó con un partido político, yo no reclamaba nada y por aferrarme al trabajo, me sometía a todas las reglas que ellos ponían. Así que cumplía hasta 12 horas de trabajo. Con el tiempo, los mismos jefes me avalaron para que me quede en la institución. Cuando estaba trabajando como 8 años, querían seguir cometiendo abusos conmigo, así que empecé a abrir la boca. La compañera Gloria López se fijó en mí y una vez se me acercó y me planteó ir al sindicato. Recibí la invitación con miedo y hasta ahora tengo un poco de miedo de hablar en público. Me lancé con mucho temor a la candidatura y estaba postulando a Secretaria General de mi Sindicato. Me postulé y ganamos; trabajamos pero no me gustó porque como éramos jóvenes, los jefes se burlaban y no nos tomaban en serio”. Esta experiencia le hizo retroceder en su propósito de ser sindicalista, pero fue sólo para tomar impulso: “después estuve en cargos menores porque esa primera experiencia, como dije, no me gustó mucho, pero actualmente ocupo la Secretaría de Relaciones de la Federación de Trabajadores en Salud del Departamento de Oruro. Esta experiencia es muy linda, pero muy complicada porque quita mucho tiempo. Muchas veces he querido dar un paso al costado pero no puedo porque he asumido un compromiso con mucha gente; me apena cómo tratan al personal de servicio y por eso me mantengo en mi Secretaría. Me he comprometido y tengo que cumplir. Ahora nuestra pelea no es sólo con el jefe médico, sino con los alcaldes porque no hay respeto para los trabajadores en salud”.

Aydée después de lo que ha vivido y está viviendo, hace sus evaluaciones: “Lo positivo de mi experiencia sindical es que he aprendido mucho porque yo misma me he tenido que superar y lo que más destaco es que he reclamado por la gente que está más abajo como las personas de servicio porque los profesionales nos ven a los administrativos como si fuéramos nada, por el simple hecho

de que no hemos podido, como ellos, hacer una carrera universitaria, también he ganado muchos amigos. Para mí la amistad es demasiado importante”.

Y como hay cosas positivas, hay también cosas negativas: “hay muchas cosas negativas, empezando por los mismos compañeros que al principio te dan su apoyo, pero viendo sus intereses personales en los que no se los complace, hablan en contra de la persona que al principio a ellos mismos han apoyado. Esa inconsecuencia es lo más feo que me ha pasado; ha sido como una puñalada en la espalda. Por otro lado, una se hace de enemigos por los compañeros y a veces eso repercute en las funciones. Por ejemplo cuando yo estaba de dirigente, he llegado a discusiones muy fuertes con dos médicos que años más tarde han sido mis jefes y ha sido un poquito difícil coordinar el trabajo”.

Como otras dirigentes sindicales, Aydée encuentra que las relaciones entre mujeres suele ser áspera: “en el Comité Ejecutivo somos 6 mujeres y 1 solo varón y es cierto que hay rivalidad entre mujeres. Tenemos mucho celo, las personas que saben más no comparten con la que saben menos. Creo que en todo nivel se ve eso entre mujeres. No tenemos mucha afinidad para encajar. En cambio, siento que es mucho más fácil relacionarse con varones; a mí se me hace mucho más fácil relacionarme con varones; yo me llevo súper bien con los varones porque creo que son más sinceros, en cambio, entre mujeres, creo que no somos muy sinceras”.

A pesar de esa opinión, Aydée cree que se han dado pasos importantes, por los menos en la Federación de Oruro: “ahora la Federación está liderada por mujeres por eso creo que en alguna medida hemos superado el machismo, pero hay muchos otros espacios donde el varón todavía quiere estar en estos lugares y no cede el paso a las mujeres y lo bueno entre ellos es que se unen, lo que no pasa entre mujeres”.

Aydée es soltera y reconoce que su estado civil le otorga muchas más libertades que a sus compañeras: “pero no creo que la familia obstaculice hacer vida sindical. Ciertamente ser solteras nos da la libertad de disponer de nuestro tiempo. En cambio las mujeres casadas tienen más problemas sobre todo por el marido que las cela y el mismo hecho de atender la casa, los hijos, el esposo. Incluso yo, siendo soltera, tengo mis obligaciones en mi casa porque vivo con mi papá y

mis hermanos, pero con todo, tengo más libertad, pero también depende del grado de educación de cada persona y la familia misma. Sería bueno que las familias apoyen el trabajo sindical de las mujeres, tendría que nacer en la familia porque si es la primera en poner obstáculos, imagínense los demás”.

Aydée es de las sindicalistas que confía en la capacidad de organización de las mujeres para salir a la vida pública sin descuidar su rol maternal, pero, al mismo tiempo, plantea desafíos interesantes que cree que las mujeres pueden lograrlos: “nosotras, como mujeres, tenemos mucho poder y fortaleza y muchas mujeres sindicalistas programan sus actividades; se dan un tiempo para todo. Ser ama de casa creo que le enseña a una a programar su tiempo. Yo creo que una se puede acomodar a la lógica actual y como mujeres podemos proponernos cambiar la lógica del Sindicato, pero nos falta confianza porque no tenemos seguridad de que podemos organizarnos y responder a cualquier desafío que se nos ponga en frente”.

MARIA LUISA VARGAS VACA



María Luisa destila alegría por los poros de la piel. Anima conversar con ella. Quizá su profesión y su vocación definen su personalidad. Empezamos por el principio, cuando ella llegó al mundo: "Nací en Trinidad, en septiembre de 1963. Me crié con mis abuelos

porque fui la primera nieta, la primera sobrina, la primera en todo, de modo que mis abuelos me pelearon y me quedé con ellos. Yo iba a cumplir un añito cuando murió mi abuelo, así que ya me crié con mis tías y mi abuela, que no me largaba nunca. Tuve una infancia muy linda y prueba de ello es que me celebraban mis cumpleaños, todos los años y el año que no me lo hicieron yo, absolutamente segura de que lo iban a hacer, salí a invitar a todos y puse en aprietos a mi familia. Fue una infancia muy linda, fui muy mimada pero también bien criada, muy bien educada. Nos hemos criado todos bien unidos; ahora que ya somos mayores, independiente cada una, pero seguimos sintiendo la necesidad de estar juntos, por lo menos el fin de semana estamos todos en familia".

Hoy, María Luisa tiene 48 años, pero vuelve a sus años de adolescencia para confirmar que su vocación de maestra nace muy temprano: "gracias al Señor pude salir bachiller y estando en el colegio todavía ya me gustaban mucho los niños; así que saliendo bachiller, ingresé al Instituto Normal, para profesora de

"Así como era apasionada por mi carrera, me gustaba surgir en mi carrera, sin importar dónde esté. Entonces organicé a todas las profesoras de kínder para que tengamos una asociación del nivel inicial y así unificar y pelear también por nuestras reivindicaciones para que el Estado reconozca como una obligatoriedad el nivel inicial ¿no?, porque siempre era anexado al nivel primario y bueno, desde 1998 hemos luchado para que el gobierno también se responsabilice por esta etapa tan importante en el ser humano y, por qué no decirlo, también de la educación".

kínder. Ahora soy profesora de Kínder; felizmente profesora. Si volviera atrás y me dieran a elegir una profesión, volvería a escoger ser maestra de kínder. Tengo ya 23 años de servicio dentro del Magisterio". Hay pasiones conducentes, positivas: "así como era apasionada por mi carrera, me gustaba surgir con mi carrera, sin importar dónde esté. Entonces organicé a todas las profesoras de kínder para que tengamos una asociación del nivel inicial y así unificar y pelear también por nuestras reivindicaciones para que el Estado reconozca como una obligatoriedad el nivel inicial ¿no?, porque siempre era anexado al nivel primario y bueno, desde 1998 hemos luchado para que el gobierno también se responsabilice por esta etapa tan importante en el ser humano y, por qué no decirlo, también de la educación. Gracias al Señor, con esta nueva ley Avelino Siñani, ya eso se ha logrado, ya se está considerando como una obligatoriedad y como una responsabilidad del gobierno. Por ese lado yo me siento satisfecha de haber aportado algo para mi nivel".

Sus gastos de estudio y su maternidad temprana, impidieron que María Luisa se diera un gustito con su primer salario: "recuerdo muy bien mi primer salario. Recibí 150 bolivianos, el año 89. Yo trabajaba en doble jornada, o sea que trabajaba mañana y tarde y recibía dos salarios. Bueno, cuando estaba en mi práctica me pedí prestado dinero porque para profesora de kínder se gasta mucho, muchísimo gasto porque todo el material uno tiene que comprárselo; Así que mi primer salario fue, uno, para pagar la deuda, y dos, para llevarme víveres para el otro mes, porque estaba haciendo provincia y para entonces yo tenía ya dos hijitos. Además, mi esposo estaba sin trabajo, lo habían sacado hacía dos meses, así que él también se fue conmigo a provincia a ayudarme con los niños".

María Luisa se casó prácticamente saliendo bachiller, de modo que hizo su carrera con varias interrupciones, sobre todo al final: "me casé muy joven y ya hice mi primer año de la normal embarazada; cuando me tocaba egresar, estaba otra vez embarazada y era muy complicado tocar el acordeón y otros instrumentos con mi barriga, así que ese año que me tocaba salir, no ingresé a la normal y al siguiente año tampoco pude ingresar, porque seguía dando de lactar a mi segundo hijo, ya nomás me sentía gorda y más gorda cada vez y cuando me doy cuenta ya iba a dar a luz a mi tercera hija. Finalmente, el año '88 entré y acabé la carrera ya con tres hijos. Estuve dos años haciendo provincia. Luego me vine a la ciudad a trabajar. Aquí también trabajaba mañana y tarde.

En la tarde en un colegio particular y en la mañana en la escuela fiscal, ese ha sido el trabajo de mis 23 años de servicio. Trabajar mañana y tarde, siempre, desde que salí. Por la noche estudié otros cursos como la licenciatura, el post grado y el diplomado”.

María Luisa no fue precisamente dirigente sindical de principio, pero rescata la organización de la asociación de la maestras de kínder como una gran experiencia dirigencial: “lo interesante es que en el nivel inicial no hay hombres, somos solo mujeres y quizá eso contribuyó en una organización rápida y efectiva. Para mí la conformación de la asociación es como una experiencia dirigencial. Fue una gran experiencia haberlas reunido, haber conformado la asociación y también una satisfacción grande ¿no?, porque la hemos difundido y estamos asociadas a nivel nacional. Tenemos ya nuestra asociación a nivel nacional y, cada año, nosotras nos reunimos como maestras del nivel inicial en cada departamento. Después formé parte de la asociación de directoras y directores de Trinidad y ahora soy Ejecutiva de los Maestros Urbanos del Beni”.

Ella cree en el sindicato como un espacio de consolidación de liderazgos femeninos: “creo que el sindicato promueve los liderazgos femeninos y lo digo porque yo lo viví y fue lo que me impulsó a seguir en ese camino. Haber conseguido conformar la asociación me inyectó nuevas energías para seguir en el camino del sindicalismo, ahora mucho más todavía con la Federación de Maestros Urbanos. Entonces yo creo que las mujeres podemos perfilarnos bien porque incluso estamos tomando clases en la escuela para líderes mujeres”.

“Cuando estaba promoviendo lo del nivel inicial siendo maestra, no lo comentaba en mi familia ni a mi esposo; solamente salíamos nosotras de clases y nos reuníamos y veíamos la necesidad de hacerlo, pero ya cuando entré a la Federación, les dije a mi esposo y a mis hijos porque tengo tres hijos hombres y una mujer. Son cuatro mis hijos y la ventaja es que ya son mayores, tres ya son profesionales y bueno les comenté la cuestión. No tuve ningún problema, todos en mi casa me dijeron “métele mamá” o sea que también tengo el apoyo de mi esposo y de mis hijos y, por cierto, mi esposo también es sindicalista, así que intercambiamos ideas ¿no?. Sin embargo, hay muchos casos de mujeres que tienen hijos chiquitos y que por esa responsabilidad, sobre todo, no quieren asumir cargos de dirigencia sindical, porque supone alejarse de la casa, viajar, dejar a los pequeños y eso siempre es más dificultoso para la mujer.

“Tenemos que cambiar esa lógica del sindicato que impone horarios imposibles para las mujeres y yo me siento comprometida, por eso estamos formando una escuela para líderes; en la Federación hacemos reuniones para ir inyectando a las mujeres la idea de que nosotras tenemos derecho y capacidad para ocupar los espacios sindicales y podemos lograrlo con organización, lo digo yo que durante 23 años he trabajado mañana y tarde y me ha dado el tiempo; entonces, querer es poder”.

MARÍA ELENA LEITÓN MARTÍNEZ



“¿Cuándo me he sublevado? Cuando he empezado a ganar, pues. Llegó mi primer sueldo y dije ‘ahora soy independiente’. Realmente ganar un sueldo para una mujer es una fortaleza y a mí que era tan joven, ha sido una fortaleza muy grande y desde que empecé a ganar he buscado mi liderazgo y he visto que puedo, que soy capaz”

María Elena siente vergüenza de haberse casado a los 16 años pero en el balance de su vida, esto resulta ser una ventaja porque hoy, puede ser dirigente sindical y líder en su ciudad porque ya no tiene responsabilidades domésticas.

Ella de su infancia recuerda poco: “nacé en Sucre, tengo 9 hermanos. Mi madre es ama de casa, ella, gracias a Dios, vive todavía. Mi papá era zapatero, muy conocido en Sucre por la calidad de trabajo que hacía y además, él era deportista; fue campeón nacional de pelota de mano”.

María Elena empieza a compartírnos su vida por esa etapa que le avergüenza un tanto: “yo me casé joven, a los 16 años; desde luego, no terminé el colegio. Lo hice después de muchos años, cuando ya tenía a mi hija. Tengo una sola hija que ya es profesional y actualmente está haciendo una maestría en el exterior”. Hoy, María Elena tiene 51 años y hace 31 que trabaja en la Universidad San Francisco Xavier. Ella misma cuenta cómo llegó a este trabajo: “Como yo me casé tan joven, mi hermana me dijo -así como has sabido tener habilidad para casarte, tienes que saber trabajar. Si no trabajas, te vas a morir de hambre- pero yo no tenía ni idea de dónde podía buscar trabajo. Entonces, mi hermana me dice que vaya a la universidad, que allí hay trabajo y un día fui con mi carnet nomás, con mi hijita en brazos y lo busqué al jefe de personal, le dije que quería trabajar. Él me miró y se rió en mi cara y me dijo -tú, ¿qué sabes hacer?- Yo tenía muchos deseos de trabajar y le dije que podía hacer lo que sea y le expliqué que me había casado y que estaba arrepentida. El señor me dijo que iban a ver qué

podían hacer por mí y me pidió que vaya desde un lunes que nunca voy a olvidar. Me recibió y me dijo -Desde hoy vas a estar a prueba-“.

Así, María Elena inauguró su larga estancia en la Universidad de San Francisco Xavier: “en ese mes de prueba me dijeron que iba a trabajar con el licenciado Muñoz que era Jefe de Servicios Académicos. Yo no sabía de qué se trataba el trabajo pero era viva y bien ágil, así que he sido conserje, he limpiado, he servido el café y todo lo que me han dicho he hecho y me quedaba hasta tarde porque me lo pedían” por ese lado, todo iba bien. Pero por el otro, comenzaron los problemas familiares: “me hacía problemas mi marido. No podía trabajar tranquila. Yo hacía todo para que me deje ir a trabajar: cuidaba a mi hija, cocinaba, limpiaba y para irme a la oficina, la dejaba con mi mamá pero igual tuve problemas porque mi esposo era muy celoso y desconfiado; no quería que yo trabaje. Hablé con su papá explicándole que yo necesitaba trabajar. A mi papá también le pedí que interviniera porque realmente no me dejaba trabajar”.

Pero no todo fue malo, su esposo comprendió que la salida de María Elena de la casa no era improductiva: “las cosas han mejorado con mi esposo cuando he empezado a tener independencia económica al recibir mi primer sueldo que he usado para comprarme un tocador porque no tenía ni un espejo. Solitos hemos hecho todo con mi marido”.

María Elena es una convencida de que la independencia económica es fundamental para construir la independencia de las mujeres y lo dice por experiencia personal: “¿cuándo me he sublevado? cuando he empezado a ganar, pues. Llegó mi primer sueldo y dije ahora soy independiente. Realmente ganar un sueldo para una mujer es una fortaleza, para mí que era tan joven ha sido una fortaleza muy grande. Desde que empecé a ganar he buscado mi liderazgo y he visto que puedo, que soy capaz”.

Trabajando en la Universidad, María Elena comprendió que debía acabar de estudiar y hacer una carrera profesional: “he empezado a estudiar en CEMA, he salido Bachiller y he estudiado después para ser Secretaria Ejecutiva. Con esa formación ya ocupé otros cargos en la Universidad. A los 5 años de haber trabajado, me invitaron para ser parte de un sindicato; he sido dirigente durante 4 gestiones y, más bien, mis cargos en el Sindicato y en la Confederación han estado relacionados con mi profesión”.

Después de esa experiencia, María Elena fue presidenta de las secretarías ejecutivas de Chuquisaca y actualmente se desempeña como delegada de la Universidad San Francisco Xavier ante la Central Obrera Departamental: “Es por mi capacidad y mi viveza que soy delegada, porque a las mujeres les ponen siempre de secretarías de actas o conflictos pero, yo me he impuesto para estar en esta delegación y también representando a la Universidad, soy Secretaria General del Comité Cívico de Chuquisaca”.

Esta dirigente sindical de la universidad, ostenta su orgullo de haber llegado a la Central Obrera y explica sus razones: “me dejaron elegir; yo tenía la opción de ser Secretaria de Conflictos pero les dije que no, que prefería ser delegada de la Central Obrera y he ganado con más del 50%, nunca he perdido y ya son 2 años de vida orgánica en la COD. He llegado contra viento y marea porque antes, un hombre quería hacerse elegir pero yo he dicho, aquí vamos a ir por la legalidad y como estamos dentro de la norma hemos hecho que no vuelvan, porque esa directiva estaba en manos de 3 personas que han manejado mal la Central Obrera”

María Elena es optimista a pesar de los obstáculos que ha enfrentado en su carrera sindical: “he abierto mis expectativas y he visto la vida sindical más de cerca. Nunca he faltado a ningún Ampliado, pero veía muy difícil llegar a formar parte de la Central Obrera porque veía dirigentes muy capacitados, pero además, los anteriores delegados manejaban la cosa a su antojo. Pero llegó el momento del Congreso de la Universidad y allí me hice poner como delegada titular a la COD y todo se dio como yo quería. Si estoy aquí, es porque Dios me ha dado ese camino y me lo ha dado porque tengo el tiempo para hacerlo. Todo el tiempo que no le doy a mi hija, se lo doy a este trabajo de servicio a la sociedad y en este caso es por mis compañeros trabajadores. No me gusta que se vulneren los derechos de los trabajadores; como soy una trabajadora antigua, he pasado por toda clase de situaciones y he visto de todo. He ayudado a muchos estudiantes, siempre he ayudado a la gente. He trabajado seis años en la Facultad de Medicina, en la Facultad de Ciencias de Económicas, 11 años; he sido secretaria de las autoridades principales de la Universidad y donde voy siempre me hablan los chicos, me dicen que estoy en sus videos de las colaciones y eso es agradable para mí. Mi nueva meta es ser Secretaria Ejecutiva de mi sindicato y tengo el apoyo de mis bases; además, me siento líder”.

En todo el tiempo que lleva de dirigente, María Elena sólo ha cosechado éxitos,

nunca un fracaso: “me considero privilegiada; todo en mi vida ha sido bueno. En los sindicatos hemos tenido muchos logros. Las autoridades siempre nos han colaborado; hemos conseguido muchas cosas, excepto por algunos roces con las autoridades debido a un grupo de trabajadores de emergencia pero siempre hemos sabido vencer y en la Central Obrera y en las capacitaciones he aprendido muchísimo. Todos me conocen y saben de mi convicción, de mi apasionamiento por el sindicalismo”.

En su ya larga experiencia como dirigente sindical, María Elena considera que: “para las mujeres no hay muchas opciones para acceder a espacios dentro del sindicato, pero desde la Nueva Constitución, tenemos derecho al 50% en todos los espacios; es cuestión de que la mujer vaya a buscar sus espacios en los niveles superiores. Nosotras nos dejamos porque ahorita en la universidad somos contadas las mujeres líderes. No se animan, tienen hijos, sus casas, sus maridos, etc., hay muchos impedimentos para las mujeres, pero si ellas quisieran, se podría. Pienso que las mujeres tienen que buscar su lugar en todos los espacios porque somos tan capaces como los hombres, e incluso más, porque somos administradoras de nuestros hogares y podemos hacerlo mejor que los hombres. Lo malo es que hay mucha envidia entre mujeres; esa es la parte negativa del sindicalismo. Hay mucha envidia entre mujeres y no nos ayudamos y deberíamos hacerlo. Las mujeres siempre ven lo malo de las otras mujeres, nunca valoran lo positivo de las demás. No sé por qué habrá esa relación entre mujeres; para mí es difícil determinar eso. Yo no soy así, siempre felicito y respeto al que está mejor capacitado o al que tiene más o puede más”. Para María Elena también se trata de formación en valores.

María Elena está tan involucrada y apasionada por la carrera sindical que no considera necesario cambiar la lógica masculina que se ha impuesto en los sindicatos: “no creo que el sindicalismo tenga que adaptarse a las mujeres, sino más bien al revés. Creo que la capacitación a la mujer le hace ver mejor las cosas y busca la paridad. Yo la hago respetar donde estoy y depende sólo de nosotras ¿si no quién?. También soy parte del Comité Departamental de Lucha Contra el Racismo y Toda Forma de Discriminación y claro que no se puede ser líder de la noche a la mañana; no es fácil, hay que capacitarse -y comparte su proceso de formación- yo, antes de estar donde estoy, tenía miedo de hablar por el micrófono pero ahora gritamos donde sea. Cuando en Sucre sale la Central Obrera se

hace sentir, me siento orgullosa que hayan mujeres en la COD, porque las mujeres en Sucre hemos reposicionado a la Central Obrera Departamental que no está constituida sólo por mineros o fabriles; nosotras también somos obreras, representamos a la sociedad, pero nuestra organización no siempre es bien reconocida”.

ESTHER
ENCINAS VALDERRAMA



“Convocamos a todos los que trabajábamos en el PLANE a la Plaza Abaroa y creo que eran como 5.000 personas. La Plaza estaba llenita y de mi agencia me han elegido a mí y otras personas de otras agencias, pero para Ejecutiva, y nunca me voy a olvidar de ese día, siempre lo voy a llevar en mi corazón, todos y todas gritaban mi nombre a coro. Así se conformó nuestro primer Directorio”.

Su llanto duele, porque duele la circunstancia que, como a ella, les toca vivir a muchas mujeres. Esther nació en la ciudad de La Paz, en 1960, en una familia que surgió desde abajo, pues su padre, según cuenta Esther, dejó su natal Cochabamba a los 14 años y en La Paz comenzó como lustrabotas: “fue uno de los primeros dirigentes de los lustradores de calzados de La Paz. Cuando fue dirigente de su sector, consiguió una casa en la calle Graneros que quiso destinarla a los jóvenes y al servicio social, y fundó el Jisk’a Nacional, un equipo muy fuerte y él mismo era jugador de ese equipo. Creo que de ahí me viene la vena sindicalista”, dice Esther, con cariño.

Su madre fue ama de casa, pero, también, se dedicaba al comercio minorista y, gracias al esfuerzo de sus padres, Esther pudo estudiar hasta salir bachiller: “he hecho la primaria en la Escuela Juana Azurduy de Padilla y salí bachiller del American School, el año 1981. Yo creo que he vivido mi infancia como una niña rica prácticamente, porque no me ha faltado nada”.

Para Esther, la solidaridad y la defensa de los menos favorecidos son los valores que ha cosechado de su familia: “viví toda mi infancia en la Loayza y Ballivián, en un conventillo, y fui testigo de muchas situaciones difíciles que ha vivido el país. En mi familia siempre hemos vivido bajo los principios de la solidaridad y les dábamos cafecito a los soldados que hacían guardia en los alrededores de la Plaza Murillo, en los golpes militares, porque para ellos era muy duro, ¿no?”.

Entre lágrimas, Esther recuerda a su hermano: “mi hermano mayor se fue a la guerrilla de Teoponte, muy jovencito y nunca más supimos nada de él. Mi mamá ha muerto con la pena de no saber qué fue de su hijo”.

“Siempre me gustó la carrera de Trabajo Social, ingresé a la universidad y vencí dos años, pero me casé y se me truncó la carrera. Tuve dos hijos, pero no me fue bien en el matrimonio. Una, de joven, piensa que todo lo puede y que el tiempo es eterno y, bueno, empecé muchos estudios y, por las circunstancias, todo lo dejé. Me inscribí al Conservatorio porque me gustaba cantar pero no pude terminar. Finalmente, logré titularme de CETAL como peinadora y cosmetóloga”, comenta entristecida Esther.

Tiempo después, sus padres le regalaron una acción en una mina aurífera: “yo no sabía qué significaba eso, así que no aproveché la ocasión como debería. Mi primer trabajo, creo que ha sido cuando trabajaba en la mina aurífera, pero no era consciente del dinero que podía ganar. Ha sido un trabajo bien esforzado, por los bichos y porque trabajaba como hombre, con pala y picota, pero como no sabía y no entendía cómo se dividían las ganancias, me han engañado mucho, he perdido mucho dinero”. A pesar de los engaños, Esther tuvo una época de holgura.

“Después estuve en varios otros trabajos como en ALPACH, una fábrica de vidrios, pero todas las empresas en las que trabajé se cerraban por diferentes circunstancias”. Esther, que vio mejores días, nunca más pudo encontrar un trabajo para mantener a sus dos hijos: “me separé de mi esposo a los dos años de nacido mi hijo mayor y desde entonces he luchado sola con mis dos hijos, porque nunca él me ha dado ni un pan, ni un lápiz, ni un calzado. Mi segunda hija es de una segunda pareja pero tampoco me fue bien. Trabajé un tiempito ad-honorem en el canal del compadre Palenque, en su brazo social y me gustaba hacer ese servicio. Esa vez, la comadre Mónica me dijo que había trabajo en el Gobierno y me habló del PLANE”

Así Esther se convirtió en una más de las miles de mujeres que trabajaban en empleos de emergencia, empedrando calles, haciendo gaviones, etc.: “Empecé en este trabajo el 2002 y me tocó empezar limpiando la calle Mercado, después de la granizada que ha ocasionado tantos muertos. Esa vez, Del Granado era el

alcalde y, como siempre, yo reclamé por las injusticias, porque para un ratito, para aparecer en televisión ellos iban con botas, guantes, bien resguardados mientras nosotras estábamos trabajando con nuestra ropa de diario, con los pies mojaditos y helados por el granizo, que ya se había convertido en hielo, y nos ha tocado hasta sacar cadáveres. Yo he roto el cerco de seguridad que tenía y he reclamado por mis compañeras. El Alcalde me ha llamado, me ha preguntado quién soy y me ha felicitado por el reclamo; al rato nomás nos han enviado ropa de trabajo. Así he ido reclamando por todas las injusticias que vivíamos en el PLANE. Al final, para todo ya me buscaban las compañeras y me empujaban a reclamar”.

Tal fue el liderazgo de Esther, que cuando iba a las oficinas del DUF (Dirección Única de Fondos), que era la entidad que recibía los fondos de la cooperación externa: “me detenían y no me dejaban entrar, porque les reclamé por la desigualdad de salarios. Ellos ganaban fabulosos sueldos de 15.000, 20.000 bolivianos sin hacer nada y nosotras con 480 bolivianos. Cuando me veían, hacían cerrar las puertas y yo me sentaba en las gradas hasta que salgan, a veces por horas. Me han acusado de terrorista y todo eso, porque siempre nosotras andábamos con nuestra mochila, porque ahí llevábamos nuestra ropa de trabajo. Hasta ese momento, yo era dirigente de ese sector sin estar organizados, todo fue espontáneo”.

Su liderazgo se consolidó cuando: “pasaron como cuatro meses que no nos pagaban y solo nos daban trabajo eventual y cada que terminaba un trabajo, debíamos ir a ver listas a las diferentes agencias (ANED, PRODEM, SARTAWI, ECO FUTURO, IDEPRO y otras) a ver si estábamos. A veces estábamos, a veces no y además en las listas había fantasmas. Entonces, dijimos -nos organizaremos bien para reclamar- y se nos ocurrió hacer una especie de Directorio. Convocamos a todos los que trabajábamos en el PLANE a la Plaza Abaroa y creo que eran como 5.000 personas. La Plaza estaba llena y de mi agencia me han elegido a mí y otras personas de otras agencias, para Ejecutiva, y nunca me voy a olvidar de ese día, siempre lo voy a llevar en mi corazón, todos y todas gritaban mi nombre a coro. Así se conformó nuestro primer Directorio. Logramos muchas cosas como que el pago sea puntual, que no hayan fantasmas y que el profesional que nos supervisa, que no se pase las cinco horas durmiendo, sino que nos guíe, pero, lamentablemente, los supervisores no eran profesionales del área,

había dentistas, psicólogos y nosotros necesitábamos ingenieros, por ejemplo. A pesar de eso, los profesionales eran personas comprensivas y buenas, pero la pena también es que nunca nos apoyaron en las luchas. Si todos hubiéramos luchado juntos, quizá ahora hubiéramos logrado trabajos estables”.

“Luego, cambiamos Directorio cada dos años, orgánicamente asistíamos a las convocatorias de la COB, no querían aceptarnos, pero nuestra meta era pertenecer a la COB y empezamos a hacer vida orgánica. Ahora, cuando escucho en los medios que muchos se atribuyen las victorias de octubre de 2003, me da pena porque nosotras, las del PLANE, éramos como 25.000 mujeres y esos días hemos salido a las marchas, eran marchas multitudinarias. Así que nosotras hemos contribuido mucho en todo eso. Finalmente, el 2004, nos afiliamos a la COB, hicimos una marcha contundente y nos hicimos reconocer a la fuerza”.

Con un salario de 480 bolivianos mensuales, pagados cada quince días, y sin ningún beneficio laboral, Esther y sus compañeras deciden emprender otra batalla: “nosotras no teníamos aguinaldo, ni nada, y nos cortaban el trabajo justo desde antes de navidad hasta febrero que es cuando más necesitábamos para nuestros hijos. Así que el 2004 decidimos hacer una huelga de hambre para lograr nuestra quincena navideña y allí nos buscan los compañeros del interior. Ahí nos articulamos para hacer un congreso nacional. No sabíamos cómo hacer todo eso y buscando, buscando logramos la ayuda del CEDLA. El Estado no tenía dinero para pagarnos nada y así pensamos en recurrir a las embajadas y logramos nuestra quincena”.

Hasta entonces, según narra Esther, la organización de las trabajadoras del PLANE estaba en su auge. Era la época en que el MAS ya se había configurado como una organización política fuerte y muchos sectores sociales se adherían a sus filas, con la idea de llevar a la presidencia a un hombre que, como ellos, había sufrido y comprendería sus demandas: “hicimos nuestro congreso y allí, las bases nos piden hacer alianza con el MAS. El discurso del cambio y que era nuestra clase, les había convencido: “Así, buscamos al MAS para hacer alianza. Ya entonces, había pugnas entre la Federación de Cochabamba y la de La Paz. La señora Vargas, de la Federación de Cochabamba, tenía la intención de ser la ejecutiva, pero gané yo y se respetó esa decisión”.

Cuando estaban en la búsqueda de Evo Morales para proponerle el acuerdo, Esther sufrió un accidente: “se me cayó un muro encima y, por saltar, me rompí tendones y ligamentos y ya no podía caminar. En el PLANE teníamos un seguro de 200 dólares que no cubría ni el 10% de lo que costaba la cirugía a la que debía someterme. En mi desesperación, llamé a la gente del DUF y pedí que me dieran el número de la Embajada de Holanda. Ellos me conocían, ya habíamos logrado un financiamiento de 30 millones de dólares para seguir trabajando. La señora Navía era mi supervisora en Chamoco Chico y me ofreció su ayuda. Al final logré que la Embajada me ayude, porque yo sola no podía ni soñar conseguir tanto dinero”.

“Recién operada, fui a firmar el convenio con el compañero Evo Morales y como parte del convenio se había planteado que yo vaya como candidata a diputada pero Navía junto a su hermano y Aramayo, cambiaron astutamente el documento y pusieron su nombre para candidata a diputada. Yo no dije nada, porque lo importante era que tengamos representación parlamentaria como PLANE. El 2005 encaramos la campaña con el MAS, bajamos en multitudes hasta la zona Sur y resulta que todo nuestro trabajo había sido para que Navía entre al Parlamento como suplente.

El MAS gana, se posesiona en enero y ya en abril el presidente Evo nos convoca al Palacio y le encarga a Villegas hacerse cargo de nuestras demandas. En todo ese proceso Navía manipula muchas cosas, y un día la enfrenté y le dije que gracias a nosotras estaba allí y que debía someterse a nuestras disposiciones. Ella se enojó y, tiempo después, hizo un mañoso ampliado en Cochabamba con sólo tres federaciones y eligieron a la señora Vargas a dedo, como Ejecutiva, y ahí comienza nuestra frustración política. Empezaron a difamarme con toda clase de denuncias. Supongo que le informaron mal al Presidente y me cerraron las puertas del Palacio. El programa del PLANE se suspendió y hasta ahora no tenemos nada. En septiembre de 2006 hemos denunciado todo, pero no nos han hecho caso. Ramírez casi me pisa los pies con su auto, cuando yo corriendo iba tras su vehículo pidiéndole espacio para explicarle lo que pasaba”.

Esther intenta contener el llanto, pero le ganan la rabia y la impotencia: “nunca hemos tenido ninguna respuesta a nuestras denuncias, en ninguna instancia. El programa de empleo no salía y todas nuestras compañeras decepcionadas, sin

trabajo, y la señora Navía junto a los supuestos nuevos dirigentes, los nuevos ricos. Eso puedo repetirlo en cualquier espacio y se puede comprobar.

Mis padres han muerto a causa de esa situación política, porque llamaban permanentemente a mi casa con amenazas y acusaciones injustas. Mi madre murió de un ataque súbito al corazón y tras ella, mi padre. Eso es lo que me ha dado la política, ahora no tengo trabajo, mis compañeras y yo trabajamos como cuenta propia. Hay dirigentes que han usado nuestros nombres y hoy son mano derecha de ministros y viceministros, hacen y deshacen y tienen la suerte de empoderarse de cosas que no les ha costado sacrificio y, bueno, vivimos al día. Después de todo, nuestro sector, como organización, tiene diez cupos en la Alcaldía y allí rotamos por tres meses y son muchas las que rotan para que prueben del pequeño pan que tenemos. Las más capaces se quedan porque tienen la capacidad y son maestras; ellas hacen un aporte institucional porque nosotras también tenemos que aportar a nuestros entes matrices”.

Esther recuerda y lamenta: “estos seis años del discurso del Vivir Bien, nosotras no hemos vivido bien porque se han aprovechado de nuestra institución para que otros vivan bien. Han aprovechado a nombre de nosotros. En la última cumbre de mujeres, muchas dirigentes de nuestra propia red, sabiendo toda la historia, han preferido botarme del Ministerio de Justicia y han recibido a Vargas, que no es una legítima representante de nuestro sector. En ese sentido, creo que las mujeres no nos valoramos, no hay una verdadera intención de valorar nuestras luchas, no como personas sino como instituciones porque las dirigentes pasamos. Nuestra institución ha sido de las más vulneradas y olvidadas pero hemos sido una de las primeras de la Red, por ejemplo. Lo malo es -y yo hablaría del ser humano, no sólo de las mujeres- que la ambición y la codicia no tienen límite. No importa pisar dignidades, esfuerzo, ni luchas, ni necesidad y hambre. Eso lastima, nos retrasa. Sería bueno valorarnos entre nosotras. Hay gente que valora, pero es la que no tiene poder y creo que como sindicalistas la mayoría, como la compañera Chungara, siempre vamos a estar en miseria y necesidades”.

.....
NATIVIDAD
GONZALES ZELADA
.....



"Iban a rematar la casa de un prestatario. Pagamos toda nuestra rabia ahí. Nos hemos entrado a la casa, hemos agarrado las garrafas y hemos soltado el gas. Les hemos amenazado que si los policías no salían íbamos a prenderles fuego. Desde ese día nos defendemos así, entre nosotros y hasta ahora es así, porque no tenemos una ley que nos defienda, entonces nos defendemos entre nosotros"

Natividad nació en La Paz, en 1959. Fue una niña no deseada y hasta sus nueve años creció creyendo que su madre, era su hermana: "yo crecí con mi abuelita materna hasta mis nueve años. Cuando mi abuela vivía, he tenido la dicha de hacer por lo menos kínder. Cuando ella murió, acabé siendo empleada. Yo era la mayor y mi madre se casó; llegamos a ser 13 hermanos. Yo tenía que cocinar, lavar, ver a los chicos. Entonces, no pude estudiar más que el kínder. A mis 12 años, mi mamá me llevó a emplearme porque mi presencia le incomodaba. Mi padrastro reclamaba que yo esté con ellos, pero mi mamá no quería. Así que he andado de un lado a otro. Hasta mis 13 años, mi mamá recibía mi salario".

Hasta sus 14 años, Natividad vivió de una casa en otra, rechazada por su madre y su madrastra. Ante la impotencia de su padre, ella dejó su casa: "decidí irme a Cochabamba, porque mi mamá no me toleraba en la casa, me decía que me vaya donde mi padre y cuando me iba, ella le hacía escándalos a mi padre pidiendo que me devolviera. Al final, yo no le entendía y un día me botó. Me fui a Cochabamba con una amiga que también se iba de su casa. Allí vivimos un mes en la calle e íbamos a pelar papa, a hacer lo que podíamos. Siempre he sido decidida; me hice rapar el cabello y me metí a trabajar como cobrador del colectivo de la línea 1. Un día, mi jefe se dio cuenta que era chica y me encaró, diciéndome que no era varón -¿no te sientes incómoda trabajando aquí?- me preguntó. Le dije que no, porque necesitaba comer. Con el dinero que ganábamos mi amiga y yo, alquilamos un cuarto donde dormían los chanchos. Allí había una

tarima donde hacían secar maíz, ahí dormíamos. Un día, mi amiga me dijo que nos vayamos a una granja de pollos de Capinota, pero no me gustó porque el supuesto jefe manoseaba a las chicas. A los quince días volvimos a Cochabamba; ella trabajó vendiendo en un kiosko, en la parada del micro y yo volví a cobrar”.

Natividad trabajó como cobradora hasta los 15 años y, gracias a su jefe, fue a dar a una casa, como trabajadora del hogar, donde se sintió bien tratada, pero a poco más de un año, la familia decidió volver a su país y quería llevar a las dos muchachas pero como no tenían documentos, no hubo más remedio que quedarse: “ellos nos dejaron en el Consulado de Brasil, pero asaltaron la casa y también se fueron. Otra vez, estábamos en la calle, después, conocí a una buena familia y el señor, que era profesor, me dijo que yo todavía podía estudiar. Trabajaba en una imprenta y en la noche estudiaba. Me fue muy bien; tanto, que en tres meses, yo estaba en tercero básico”.

Después de un tiempo, Natividad se plantea volver a La Paz para ver a su familia: “yo tenía la esperanza de que mi mamá me vea con buenos ojos, se alegre al verme, pero no fue así. Mi familia se había deshecho. Mis hermanos menores acabaron en un internado. Ninguno sabía dónde estaba mi mamá. Cuando fui a la Ciudad del Niño me dijeron que no podían entregármelos porque yo era menor de edad; me dijeron –que venga su madre con certificados de nacimiento, a ella le vamos a entregar-, me llevé a mis dos hermanitas que me seguían, porque mis demás hermanos fueron muriendo de diferentes enfermedades. Con mi hermanita que me sigue comenzamos a trabajar en Cochabamba vendiendo empanadas tucumanas, en el estadio”. Pero, después de un tiempo, apareció la madre de Natividad y tras hacerle un escándalo le quitó a las dos hermanas. La niña que trabajaba con Natividad, murió al poco tiempo. “En ese tiempo me becan para estudiar en un colegio particular, pero me pedían papeles y como no tenía, perdí la oportunidad. Eso ya me ha desmotivado y he empezado a trabajar, viajé a Santa Cruz trayendo y llevando mercadería. He ganado dinero, he podido mantener a mi familia, a mi madre la he vestido de pies a cabeza, pero ella nunca reconoció. He puesto a mis hermanos en colegios particulares”.

“A los 23 años me casé, y a los 25 mi esposo murió en un accidente. Tuve un hijo con él, pero nació con el corazón muy grande y a los 15 días de nacido murió. Es

increíble cómo todo en familia hasta ahora se deshace. Me volví a casar, quería hacer una familia, pero no se pudo, porque tuve mi hija y mi esposo murió hace dos años, con diabetes”.

Natividad surgió de la nada. De vivir en la calle, acabó vendiendo zapatos por mayor a prácticamente todos los mercados populares del eje troncal. Viajaba con frecuencia a Chile, Brasil y otros países para importar calzados. Creció impresionantemente hasta que, otra vez, llegó la desgracia a su vida “sufrí una estafa de 68.000 dólares. Me decepcioné mucho porque desde muy joven me he dedicado para poder ser algo, no he conocido libertinaje, ni diversiones y me di a la bebida con toda mi rabia. Ese es mi más grande dolor. Ya tenía a mi hija y mi mamá se la llevó, me dijo -vos, morite si quieres de borracha, pero la wawa no, con mi esposo ya tenía problemas, él andaba con otras mujeres”.

Dos años de su vida perdió Natividad en el alcohol pero tomó la determinación de rehacer su vida y comenzó por ir a Santa Cruz a recoger a su hija y allí se encontró con una amiga “tú sabes cómo se maneja el calzado, empezá a trabajar, hermana. Tú me has dejado mercadería una vez, ¿por qué no te llevas eso?- me dijo mi amiga y traje mi mercadería a La Paz. Una de las mujeres, a las que dejaba mercadería antes, me dice que es muy poco, que no le sirve para nada”. En esa circunstancia, Natividad es tentada a prestarse dinero del banco para arrancar su negocio. “Me acordé que tenía un terreno en El Alto y ella me pagó los impuestos, y me he prestado. Sinceramente, en ese momento yo creía que era una gran amiga, que me estaba haciendo un gran favor. Al momento de firmar el contrato, recién me dice que me iba a garantizar con la condición de que le dé la mitad del crédito. Ese rato, ni como retroceder”. Natividad no vio más alternativa y aceptó el trato. Trabajadora, como era, logró levantarse y su amiga le instó a sacar nuevos créditos de otros tres bancos. “Ella ha visto que yo he estado progresando y un día me dice -Nati, tengo problemas con mi esposo. Él dice que cualquier rato te puedes ir y hasta mi casa está hipotecada-. Bajó el esposo y me amenazó con irse en ese momento si no le entregaba toda mi mercadería. Yo les propuse recoger toda la mercadería en un mes y devolver el dinero al banco pero me dijeron que no aceptaban y me conminaron a entregarle toda la mercadería, con el compromiso de que ellos iban pagar. Ellos tenían que darme cada mes para pagar al banco. Me han dado 3 cuotas y nada más. Con todo, hice un puesto en la Uyustus pero con tan poquita mercadería ya no podía pagar la deuda y mantenerme yo”.

Natividad cometió el error de hacerse otro préstamo para intentar pagar la anterior deuda: “he pagado casi la mitad pero ahí ya no he podido. Yo, desesperada andaba y reunía todo lo que vendía pero resulta que los cobradores no depositaban nada al banco y un día me sorprenden con un anuncio de deudora en mi casa. Ahí estalló el problema”.

En el afán de reclamar y aclarar las cosas ante el banco, Natividad se dio cuenta de que eran muchas las personas que estaban en las mismas circunstancias. Muchas de ellas se agruparon y desorientados y desesperados como estaban, aceptaron la ayuda de una abogada que les prometió conseguir la condonación de sus deudas, a través de la iglesia católica: “pero la abogada nos cobraba a todos, el 10% de nuestra deuda. La gente desesperada, le daba lo que tenía. Ella recibía joyas, relojes, aparatos de sonido, todo le llevaban. Nos decía que el año 2000 es el jubileo y que ese año se perdonaban deudas. Nos dijo que el Monseñor Solari se estaba encargando de eso”.

Natividad decidió viajar a Cochabamba y allí comentó con su cuñado el tema: “mi cuñado me dice –¿tú crees que alguien les va a regalar dinero para pagar sus deudas todavía? ¿Cómo vas a creer eso?; estás mal. Yo les digo que Monseñor Solari se estaba ocupando de eso y me animan a ir a averiguar. Logro verme con Monseñor que ni siquiera había viajado, porque esta abogada nos decía que él estaba en Roma y, primero que nada, le he agradecido llorando por todo lo que estaba haciendo por nosotros, porque todos los días entre los prestatarios había un muerto por suicidio, embolias y paros cardíacos. Él me dice que no sabía nada y que lo único que recordaba era que la Doctora Sagredo, lo buscó para resolver el problema de los ladrilleros de Suticollo -¿yo qué tengo que ver con los que deben en los bancos? ¡Qué barbaridad! No pueden usar así mi nombre- me dice y me despide”.

Natividad volvió a La Paz y comentó esto con sus compañeros. La abogada les dijo que hicieron muy mal y que ahora no iba a haber nada. A pesar de eso, la gente todavía le creía y “nos dijo que hagamos una huelga de hambre frente a los juzgados en todo el país. Nosotros, obedientes, una semana estuvimos haciendo la huelga de hambre, hasta que un día sale el ayudante del Presidente de la Corte De La Paz y nos pregunta qué pedimos. -Pero presenten una carta, si no mandan nada, quién les va a escuchar-. Recién se nos ‘prende el foquito’.

Hicimos la carta manuscrita con la firma de todos los que estábamos en la huelga, inmediatamente nos responden preguntándonos qué propuesta tenemos. Nosotros no sabíamos qué hacer y nuestra abogada no aparecía para nada”.

Así fue que Natividad y sus compañeros se enteraron de que nadie, a nombre suyo, estaba haciendo ninguna gestión para resolver sus casos y finalmente, pudieron desenmascarar a la abogada: “esa noche, después de la reunión, la hicimos dormir en la Fiscalía y teníamos que meterla a la cárcel por estafa de más de medio millón de dólares, pero el Dr. Guerrero le dio medidas cautelares. Se fue bailando y riendo”. El vía crucis de los prestatarios no había terminado, ni mucho menos: “los abogados que se han acercado a nosotros, querían hacernos lo mismo. Al final, hemos decidido tomar nuestro problema en nuestras manos y luchar en persona. Hemos tenido varios dirigentes varones pero tampoco han hecho nada. Uno de ellos venía a preguntarnos qué hemos hecho, le mostrábamos los avances y él se recogía todos los documentos”.

“En esta lucha llegamos a conocer a Evo Morales y él nos anima y nos dice que las organizaciones tienen que luchar por sí solas y unirse entre todas para hacer el instrumento político y ahí vamos a ganar, así nos ha dicho. A todo lado hemos apoyado. Hemos ido a la Central Obrera, incluso, y prácticamente éramos como perritos. En todas las organizaciones nos querían a distancia nomás, nadie quería mezclarse mucho con nosotros. Después, hemos vivido casi un año en la Plaza Alonso de Mendoza, porque nuestro dirigente nos ha hecho creer que los bancos iban a ir ahí. Como yo era la dirigente de La Paz, les he propuesto hacer una feria porque todas las señoras tejían, hacían cositas y Radio Altiplano nos hizo una gran cobertura. Recién vinieron todos a vernos, a saber quiénes éramos. Recién la COB nos pidió un dato preciso de cuántos éramos a nivel nacional para ayudarnos. El dirigente nacional nos dijo que estábamos haciendo macanas y que más bien le demos dinero para ir en avión a Cochabamba”. Para entonces, Natividad había sido elegida como Ejecutiva de La Paz: “la gente venía con desesperación a avisarme que remataban su casa, su lote. Yo, desesperada, no sabía qué hacer y a sugerencia de una amiga, decidimos ir a todos los remates y retardarlos, por lo menos”.

En las elecciones del 2004 apoyamos a Evo Morales y él sabía de nuestro problema. Cuando ya tenía diputados, elaboramos el proyecto de ley que planteaba que el Estado compre nuestras deudas y que, con menos intereses, le pague-

mos al Estado porque el Banco cobraba hasta el 50% anual, pero nos negaron". La desesperación era tanta, que decidieron entrar al Parlamento entre todos y tomaron a Evo Morales de rehén: "él se molestó y nos dijo que no era su culpa que nos prestemos -por qué no pagan, paguen- nos ha dicho. Nosotros esperábamos que él nos ayude a convocar a la prensa y a los parlamentarios para que nos encuentren una solución. No queríamos que nos perdonen las deudas, pedíamos que no nos cobren esos intereses usureros, pero como se enojó tanto, lo botamos -nosotros lo hemos apoyado y ahora usted no nos quiere apoyar, déjenos y salga-. Alguna gente me decía que por mi culpa nos iban a matar -que nos maten si ya no somos nada, estamos muertos en vida- les dije. Nos quedamos ahí y lloramos mucho, golpeamos mesas hasta que, finalmente, vino el presidente de la Cámara de Diputados a pedirme que volvámos mañana, con una cartita en papel blanco".

Aquel mismo día, iban a rematar la casa de un prestatario: "nos hemos entrado a la casa con toda nuestra rabia, hemos agarrado las garrafas y hemos soltado el gas. Les hemos amenazado que si los policías no salían íbamos a prenderles fuego. Desde ese día nos defendemos así, entre nosotros y hasta ahora es así porque no tenemos una ley que nos defienda".

A los pocos días, los prestatarios dirigidos por Natividad tomaron el Parlamento nuevamente. Esta vez el Defensor del Pueblo, fue a verlos y detrás de él, muchos otros: "nos reunimos y otra vez ahí nos han mareado diciendo que el Estado no puede hacer nada por nosotros pero como no nos queríamos mover, después de tanta lucha nos firman un acuerdo marco".

Finalmente, el 2003, Natividad es elegida como Ejecutiva Nacional de los Prestatarios y hasta ahora detenta ese cargo: "es bien triste, porque he perdido mi puesto en la Uyustus, porque no teníamos dinero para la organización y para mantener mi hogar vendo cosméticos por catálogo. Mi hija que este año sale bachiller, también me ayuda".

Natividad tiene una fortaleza casi inquebrantable pero cuando habla de su organización se le escapan unas lágrimas porque siente que la suya, es una de las organizaciones más olvidadas y que su causa no tiene futuro y lamenta el rol que juegan algunas mujeres dentro de las organizaciones en general: "las muje-

res hemos aprendido a ser honradas en todo sentido; somos leales y no podemos malearnos por unos cuantos pesos. Eso es lo que está pasando en muchas compañeras, no con todas, que no están entendiendo el sentido de esta lucha. Los varones, con seis cervezas y un plato de comida, las prostituyen, por así decir, y eso nos perjudica mucho; por eso, quiero que esa forma de hacer sindicalismo cambie de estructura. No se trata de hacerles competencia a los varones, sino de complementar visiones. Por ahora, los varones están en todas las organizaciones y lo que hay que lograr es que entremos mitad y mitad y que nos den cargos de decisión, porque cuando la gente va llorando donde los dirigentes, no escuchan. En cambio las mujeres, de la clase que sean, son más sensibles y escuchan cuando alguien llora. Entonces, es necesario humanizar el sindicalismo”.

Natividad también llama la atención sobre algunas actitudes masculinas: “al varón no le gusta cuando una mujer tiene una idea que de repente es mejor, eso le fastidia y dice -a ella no la llamaremos, es muy habladora-, pero toma la idea y la dice como si fuera suya. Eso también tenemos que cambiar. Así habría buenos gobernantes. Otra cosa que perjudica son estos anillos de seguridad que rodean siempre a los gobernantes y dirigentes. Ojalá todo eso cambie”.

.....
**CARLA KARINA
CARDOZO CUENCA**
.....



Karina nació en 1982, en la ciudad de Santa Cruz: "Soy la mayor de tres hermanos. Mi infancia ha sido como la de todos los niños. Fui hija única hasta los diez años y ya vinieron los

hermanos y las diferencias también, ¿no?, pero, dentro de todo, creo que he tenido una infancia relativamente tranquila. Mi papá es ex policía y periodista, y mi mamá es ama de casa".

Ella vivió en Santa Cruz hasta los 15 años y, de pronto, tuvo que venir a vivir a La Paz: "todos sabemos que la mayoría de las chicas en Santa Cruz son mamás a los 14 ó 15 años y quizá ese era el miedo de mis papás y como mi mamá traía negocio aquí y teníamos algunos parientes, decidieron traerme con engaños. En una vacación de invierno, me dicen que venga a La Paz a conocer y cuando llegué aquí ya me dijeron que busque colegio". Ella no quería quedarse en La Paz y buscó todos los pretextos posibles, pero la decisión estaba tomada: "al entrar, fue difícil el cambio porque las personas nos aceptan rápido a otras; me ha costado habituarme, pero siempre he sido de las mujeres que la luchan y luché, me acostumbré, me hice aceptar con los compañeros después de tres o cuatro meses de pelearla y hasta el día de hoy seguimos siendo buenos amigos".

Karina no volvió más a su tierra natal, salvo para visitarla: "salí del colegio el 1997 y ya he hecho mi vida aquí. Al año de salir bachiller, me detectaron la

"A mí, por ejemplo, me han dicho que soy amante del Ejecutivo y se me viene encima la esposa, la familia, todos. Las mismas mujeres creen que cuando una mujer llega alto, es porque es una 'puta' y más las que están en la vida sindical. La mujer que es 'normal', con un matrimonio feliz, como la buena mujer que tiene que ser, está en su casa, cocinando y cuidando a los hijos. Todo eso da lugar a que los hombres reproduzcan su poder y no podamos ocupar esos espacios a los que tenemos tanto derecho como ellos"

artritis reumatoide, una enfermedad que me ha ido limitando en algunas cosas pero lo he asimilado. Terminé la carrera de Comunicación con dificultades por mi problema de salud y mi hermano también enfermó de asma y hubo que cuidarlo mucho. Con mi caso y el de mi hermano, nos dimos cuenta que las personas con capacidades diferentes no tienen muchas oportunidades, ni para la atención en salud, ni para que tengan una vida con calidad y, de esta manera, decido estudiar Psicología con la idea de abrir un centro de rehabilitación y buscar ayuda. Acabé mi carrera, pero mi hermano falleció y fue un golpe muy duro, porque él era un hijo para mí, más que un hermano; yo lo cuidé desde bebé”.

Karina, como muchas otras jóvenes, trabajó desde muy temprano: “mi primer trabajo lo he hecho por experimentar, a mis 13 ó 14 años en una imprenta, compaginando libros. Mi sueldo era poquito, pero a esa edad era una maravilla. Después, me dediqué a estudiar y he tenido la suerte de que en el primer año ya me ofrecieron trabajar en una radio como reportera. Ahí empecé y creo que fue la mejor herramienta que tuve, porque hice práctica desde el principio. No hay que olvidarse que en la universidad, todo es teoría”.

Actualmente, Karina no tiene trabajo y lamenta que hayan círculos cerrados en torno del mercado laboral de la comunicación: “soy parte de la dirigencia de la Federación de la Prensa; apoyo ahí y de ahí tengo algo de dinero y hago trabajos eventuales, porque hace un año me dio artrosis de cadera y me es muy difícil trabajar. En ese aspecto también he sufrido discriminación, porque la comunicación es toda una rosca y mi estado de salud, por otro lado, me ha limitado en muchas cosas”.

Karina entró a la vida sindical, sobre todo, por protegerse laboralmente: “para trabajar en un medio se necesita un respaldo, porque los medios no son precisamente empresas que cumplan con los trabajadores. Yo era presentadora de un canal pequeñito y mis compañeros me contaban cómo los abusaban y un compañero me contó de la Federación y me recomendó afiliarme. Un día, de casualidad, voy a una reunión de directorio y empiezo a hacer vida sindical. Después, me afilié al sindicato de periodistas independientes que estaba a la cabeza de una mujer pero a mí no me gustaba la actitud autoritaria de la compañera, sólo ella tenía la razón y cerraba las puertas a quienes querían participar en la Federación; hasta entonces, yo no entendía por qué tenía que

hacerse amarres y por qué se seleccionaba gente y cuál era el propósito. Después, supe que hay gente que entra a estos cargos para proyectarse a un empleo expectante, por ejemplo”.

Desde abajo y como una afiliada más, Karina empezó su lucha: “comencé peleando porque no se limite la participación de los afiliados, que no se forme una rosca. Al principio, me veían como una loquita pero acabó la gestión de esta compañera, llaman a una nueva asamblea y allí me eligen como Secretaria General de los periodistas independientes. Era hacer un trabajo que no se hizo en años. Empezamos a hacer talleres, a querer organizar a la gente, pero es bien difícil. Una tiene toda la buena voluntad de avanzar, porque, por ejemplo, para mí era muy importante promover la participación de las mujeres, porque si bien la anterior Secretaria General era mujer, no tenía voz propia, era un títere más de los compañeros. Yo quería otra cosa y trabajé para eso desde el primer día, pero fue muy difícil, porque hasta mi vida personal ha entrado en juego”.

Karina pasa a su vida privada y nos comenta: “yo me casé a los 27 años, en mayo, y me divorcié en junio porque descubrí mentiras de esta persona y hubo maltrato psicológico y físico también. Entonces, dije –si me las está haciendo una vez, me las va a hacer siempre- así que decidí divorciarme. Estaba consciente de que me iba a doler mucho porque no sólo era que estaba dolida por el asunto, sino porque, además, la mujer siempre tiene que enfrentar a la familia, a la sociedad y todo lo demás. Hasta la fecha sigo en proceso de divorcio, porque hasta en eso la justicia también es maltratadora y todo eso tiene que asumirlo la mujer; lo mismo me pasó con la Iglesia, porque yo pertenecía a una parroquia y me cuestionaron por mi decisión; me decían que yo debía aguantar porque la Biblia dice que uno se casa y la pareja debe estar unida en el bien y el mal, pero no dice que una debe dejarse maltratar, ¿no?. No he dejado de creer en Dios, pero he dejado de creer en la Iglesia”.

En esas circunstancias, Karina tomó el sindicalismo como un reto, pues su ex pareja era miembro del mismo sindicato: “Él es trotskista y permanentemente teníamos encontrones. Él logró involucrar nuestra relación con la Federación pero al final se retiró y ahí sí me propuse demostrar que yo no estaba en ese espacio por mi pareja o por ser mujercita y calladita, sino porque tengo una convicción muy diferente y algo que quiero demostrar. Formamos seminarios,

trabajamos nuestro estatuto y tratamos de vincular el sindicato a la Federación. En una nueva reelección del nuevo Comité Ejecutivo de la Federación de Trabajadores de la Prensa, me invitan a ser parte de ese comité como Secretaria de Hacienda y, bueno, el trabajo ya es más fuerte. Desde ese espacio he luchado porque haya más aceptación a la mujer y sigo luchando para tener una voz propia, creo que las mujeres tenemos la capacidad para asumir cualquier cargo y tenemos voz propia para poner nuestras ideas y, a veces, es difícil poner en claro que no podemos ser títeres”.

En el directorio de la Federación de la prensa de La Paz, Karina es la única mujer: “a veces, una tiene los frenos, porque para los hombres, las mujeres siempre somos tontas y alguna vez me dijeron -si tú estás aquí es porque eres una mujer divorciada-, pero he aprendido a recibir eso sin dolor y a poner freno a esas cosas y ganarme los espacios sindicales, organizando seminarios exclusivamente para mujeres, por ejemplo, pero, lastimosamente, a las mujeres nos falta un poquito de solidaridad y fuerza de decisión para asumir los espacios sindicales. Está tan enraizado que el varón tiene que ser la cabeza de todo, porque las propias mujeres nos inutilizamos al decir que tenemos wawitas, etc., y pasa lo mismo en la vida profesional y no nos permitimos crecer. He intentado por todos los medios habidos y por haber, incentivar a las mujeres, pero es muy fuerte todavía, esa negación para aceptar que la mujer es tan capaz como el varón”.

Karina es una mujer de baja estatura, de aspecto frágil, habla despacio, pausada y serena, pero su discurso es fuerte y claro. Quizá por eso la han reelegido: “desde el 2007 ejerzo el cargo de Secretaria General y fui reelegida, pero a ratos quiero hacerme a un lado. Yo, en este momento, estoy en una etapa muy difícil de la vida sindical, porque he decidido prepararme para tener voz propia y es tan difícil, que los compañeros no lo admiten. La mujer que quiere asumir un cargo alto, tiene que tener más de cincuenta años porque ya tiene experiencia. Pronto habrá elecciones de la Federación y hay voces que dicen que puedo ser la próxima Ejecutiva, pero el actual Ejecutivo no acepta eso, ¿no?, y se las tomó conmigo, con todo. Ha hecho desde hacer perder dinero y quererme culpar, hasta pedirme las llaves de la oficina y hacerme pelear con la secretaria; todo bien manipulado. Claro, los hombres, en estos casos, no pelean ellos, mandan a pelear a otros. Hace unos días, hubo un congreso en el que acabé siendo la mala de la película y yo me puse a llorar de tanta presión psicológica, uno de los

errores de las mujeres.

A pesar de estas duras experiencias, Karina dice que ha aprendido mucho: “yo he aprendido que en el sindicalismo hay que ser fuerte (porque las mujeres, por naturaleza, siempre somos maternas, aunque no tengamos hijos. Siempre queremos proteger, tener las cosas rectas, claras, etc.), pelear con las mismas armas que ellos tienen. Tengo que enfrentarme a lo laboral, porque tengo que continuar trabajando y está muy difícil, porque el maltrato continúa, pero, primero, me tengo que equilibrar y decidir si quiero seguir siendo la víctima o no. Pensaba renunciar, pero no lo voy a hacer. Espero, en algún momento, ser la Ejecutiva de la Federación, ese es uno de mis objetivos y no con la intención de dañar a nadie, sino con el afán de demostrar que las mujeres somos capaces y que tenemos ideas que podemos ejecutar en esos espacios grandes. Es una pelea que la tengo que ganar y ojalá haya más mujeres que se quieran sumar, porque la verdad es que en mi profesión son más de tecito y seminarios, no son de lucha y si no la peleamos nunca avanzaremos”.

Sobre un sindicalismo diferente, pensado desde las mujeres, Karina opina: “no sé si podría cambiar. Es una estructura bien cerrada desde la Casa Matriz que tenemos todas las organizaciones, que es la COB, habría que comenzar por cambiar los estatutos de todas las organizaciones, pelear porque se cumpla la Constitución; por otro lado, hay que cambiar la mentalidad de las compañeras, no quedarnos como mamás, esposas y trabajadoras, sino ser protagonistas de las peleas porque las mujeres estamos en las luchas, pero, cuando hay resultados, nos vamos atrás y los hombres están en primera fila. Hay que cambiar esas ideas. Otra cosa importante, es que nuestras circunstancias sentimentales, privadas no definan nuestra vida sindical como no pasa con los hombres. Los hombres pueden ser divorciados, casados, tener relaciones paralelas y eso no es cuestionado nunca en su vida sindical, pero en el caso de las mujeres eso puede definir y, como dije antes, se utiliza en contra de nosotras como dirigentes y eso no está bien porque al final es nuestro derecho ser lesbianas, divorciadas, solteras o lo que fuera. Ese es uno de los primeros límites que tenemos que aprender a poner. A mí por ejemplo, me han dicho que soy amante del Ejecutivo y se me viene encima la esposa, la familia, todos. Las mismas mujeres creen que cuando una mujer llega alto es porque es una ‘puta’ y más las que están en la vida sindical. La mujer que es “normal”, con un matrimonio feliz, como la buena mujer que tiene que ser, está en su casa, cocinando y cuidando a los hijos. Todo eso da lugar a que los hombres reproduzcan su poder y no podamos ocupar esos espacios a los que tenemos tanto derecho como ellos”.

